La gar ta

Cómo ser un animal salvaje en España

Gabi Martínez

geoPlaneta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
01. Alguien
02. Lagarto gigante
03. Ballena vasca
04. Urogallo
05. Bucardo
06. Lince
07. Desmán
08. Murciélago
09. Cigüeña negra
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

El urogallo, el lagarto gigante de El Hierro, el lince ibérico, el desmán del Pirineo, la ballena vasca, el bucardo… Siguiendo el rastro de animales simbólicos aunque difíciles (o imposibles) de ver, se puede penetrar en la idiosincrasia de las poblaciones que los tienen como referencia. Este proyecto apunta a la geografía española para, a través de algunos animales tan emblemáticos como esquivos, adentrarse en la naturaleza más salvaje del país y en la relación que los españoles tienen con ella.

Cada animal ayudará a desarrollar un tema de importancia ecosistémica, de modo que el libro crecerá en cada capítulo, con unas historias alimentando a las siguientes y complementándose hasta conformar un fresco de la situación de la fauna salvaje en España.

La gar ta

Cómo ser un animal salvaje en España

Gabi Martínez

Ilustraciones de Francisca Pageo

geoPlaneta

01

Alguien

Con la nieve por las rodillas, Luis Fernández se inclinó señalando unas huellas y dijo: «Por aquí ha pasado alguien». La nieve silueteaba un rastro de patas de pájaro. Ascendíamos la montaña rumbo a un cantadero de urogallo. El tamaño de las huellas sugería un animal más pequeño que el que buscábamos, pero supuse que Luis también debía considerar «alguien» al urogallo, un alguien especialmente cercano y querido en el vecindario salvaje.

Era el primer año de la pandemia y el país atravesaba un período de confinamiento estricto, así que dedicarse a buscar huellas en la montaña cubierta por una altísima capa de nieve virgen tenía mucho de privilegio. Y ese mismo contexto aumentaba de un modo atípico el deseo de ver seres vivos, fueran personas o no; el deseo de ver a ese otro, a esos otros, que nadaban, caminaban y volaban cerca pero invisibles. Al aludir a «alguien», Luis me hizo pensar en el confinamiento no solo humano y en el hilo que, durante el último año, se estaba tendiendo entre los animales que yo llevaba décadas buscando y los millones de personas que sumaban meses experimentando encierros de distinta índole, desde la comunidad a la provincia, el barrio o el propio hogar. El diccionario define *confinar* como «obligar a alguien a permanecer en un lugar o encerrarlo en él». Obligar a «alguien». Hay una segunda definición en la que el confinamiento se asocia al destierro de una «persona» a un lugar determinado del que no puede salir. Seguro que Luis también podía emplear palabras como *destierro* para explicar el destino de un buen número de animales.

Yo había pasado casi media vida rastreando al tigre siberiano, al moa neozelandés o al picozapato en Uganda para divulgar la vigencia de esos animales que una vez fueron importantes en el imaginario de ciertos pueblos y ahora estaban en apuros o se habían extinguido. Denominé al proyecto *Animales invisibles* y, junto a mi amigo

arqueólogo Jordi Serrallonga, me dediqué a escrutar la actualidad de unos seres que «existían» lejos de mi ciudad. De la mayoría de las ciudades.

En ese tiempo fui afinando la mirada sobre el entorno, asumiendo que si un proyecto sostenible comienza por cuidar lo cercano, la literatura debía ser consecuente, y que ya era hora de atender a la fauna más próxima. De modo que empecé a sondear valles, estepas, costas, dehesas de España. Aparecieron los primeros animales imprevistos, dudas y revelaciones sobre la relación que la gente había tenido con la fauna nacional. Y entonces llegó la COVID.

Como los invisibles suelen habitar espacios naturales más o menos aislados y mis movimientos no comprometían la salud de otras personas, conseguí permisos para continuar viajando. Buscar animales invisibles por un país confinado detonó paralelismos entre la situación de muchas de esas especies refugiadas en espacios cada vez más constreñidos y la que nos tocaba vivir a los humanos. Si sufrir juntos une, el virus abrió una ventana de empatía que incitaba a emprender lo que Thomas Berry llamó la Gran Conversación entre los seres humanos y la naturaleza. Las otras naturalezas, en realidad. Berry apelaba a tratar el entorno con respeto considerándolo un igual, sabiendo que de su supervivencia depende la nuestra. No proponía una conversación literal, claro, aunque a saber quién no le ha hablado a una rosa o a un perro sintiendo que, literalmente, charlaba con ellos.

De entrada, dirigirse a una planta suena más raro que decirle algo a un animal. La gente habla a diario con gatos, pericos, hámsteres, caballos. Los biólogos, veterinarios, pastores y especialistas de ese ámbito incluso hablan con serpientes, arañas, jirafas, yaks, sobre todo si los conocen. Porque interpelar a una foca cualquiera o a un mono desconocido no basta. El humano necesita algo más: tender un hilo. ¿Cómo normalizar ese acto? ¿Cómo no observarse a uno mismo como alguien un poco tronado cuando le hablas a un caballo cualquiera? Nombrando. Nombramos para reconocer el entorno, para dotarlo de una identidad

que nos permita aproximarlo a nosotros. Para dialogar con él. El nombre es una de nuestras mejores fórmulas de confianza y cariño.

Las dos perras de mi vida se llamaban —mi madre convenció a sus tres hijos para que aceptáramos esos nombres (éramos jóvenes e influenciables)— Cuqui y Bobi; la tortuga, Gustavo; el canario, Ulises. Los gatos que comparten cama con mi hijo son Simba y Zum. El perro que día a día asombra a mi pareja y a la pequeña Katia, Foc (Fuego). El repertorio de nombres con los que identificamos a los animales es enorme y podría explicar mucho sobre la mirada que volcamos en ellos, pero hasta aquella mañana en compañía de Luis no había oído a nadie emplear una generalización tan humana para referirse a otras especies. Al decir «alguien», Luis daba rango de semejante no solo al invisible ser de dos patas que había brincado por allí, sino al conjunto de los animales que poblaban el bosque, estableciendo un vínculo cordial con todos, sin necesidad de atribuirles un nombre concreto. Al decir «alguien», Luis consideraba al pájaro uno de los suyos, lo integraba en su familia.

Luis tenía cincuenta y seis años, que en gran medida había dedicado a proteger animales. Desde hacía unas décadas cobraba por cuidar osos, pero era un viejo fan del urogallo y aprovechaba cada oportunidad para defenderlo. En el pueblo no caía muy bien. Era forestal, el típico aguafiestas, y había asumido el rol con un orgullo que no jugaba a su favor. Le gustaba mantenerse apartado, hablar lo justo. Estilo urogallo. Criatura de madrugada que prefiere la soledad y, eso sí, cuando canta lo hace a fondo.

Como el urogallo, pero también como el lobo o la cabra montesa; como José María Valverde, el tritón y Juan Mieg y Mariano de la Paz Graells; como el lagarto gigante, Félix Rodríguez de la Fuente o el desmán, Luis pertenecía a una estirpe de resistentes que habían experimentado el confinamiento un poco antes que los demás y, por mucho que se los mantuviera en los márgenes, formaban parte de una familia que trascendía la especie. Todos eran alguien.

Los animales «no son hermanos, no son adláteres; son otros pueblos», había escrito el naturalista Henry Beston, y por lo visto Luis pensaba algo así. Henry Beston y Luis Fernández habían aprendido a conversar con esos pueblos, utilizando palabras también. Imaginar a uno y escuchar al otro hacía que uno se preguntara si cuando los animales se comunican entre ellos no se refieren a nosotros con algo similar a nombres.

Beston es un respetado autor de *nature writing*, lo que en español vendría a traducirse como «literatura sobre naturaleza», y detectar que en mi lengua no existía un término concreto que nos introdujera a los relatos sobre la naturaleza fue otra revelación que desencadenó muchos porqués.

En el origen del imaginario animal español hay una cueva llena de bisontes. El descubrimiento de las pinturas paleolíticas de Altamira entronizó la figura del bóvido poderoso cazado por grupos humanos, y ahora, con la perspectiva de los milenios, impresiona hasta qué punto aquellas pinturas anunciaban una tradición cultural. El tiempo ha rebajado el tamaño del bóvido cediéndole el papel de tótem al toro, pero el legado de Altamira continúa caracterizando a España.

El arte de lidiar toros se remonta como mínimo a la Edad de Bronce. La cueva descubierta en 1868 vino a afinar dónde empezó la afición por desafiar al bravo, explicando a base de antepasados rupestres la importancia que este herbívoro aún posee en la península. Las rocas de Altamira también muestran ciervos y animales no tan grandes, pero el que domina aquellos techos y paredes de caliza es el cornudo imperial.

El toro ha secuestrado el imaginario animal español acaparando durante siglos los debates naturales. Ha sido el Sol del bestiario nacional: todo el país hablando de él mientras olvidaba al resto de fauna. El toro. Elevándose como un monarca sentimental, involuntario rey del ruido y

la disensión capaz de diluir la presencia de murciélagos, tejones, arañas, lagartos, cigüeñas, abejas o ranas sin los que Hispania —«Tierra de conejos», según los fenicios— no existiría.

La diferencia respecto a muchas otras culturas es que el toro es una figura con hombre. En España no se aprecia al toro solo, sino perfilado junto a un ser humano con el que además lucha a muerte. Se observa al toro como a un rival de otra naturaleza al que el hombre —no la mujer— debe batir, y bate. España no necesitó la Revolución industrial para asentar la convicción de que los humanos deben y pueden someter a cualquier naturaleza ajena; ha pulido esa idea escenificándola a lo largo de centurias, y esto ayuda a entender la relación entre distante y hostil que el país ha mantenido con los seres considerados salvajes. De todas formas, Altamira queda lejos. Ha habido mucho tiempo para modificar nuestra relación con el toro, lo que seguramente habría implicado cambiar nuestra mirada hacia la naturaleza y los animales, pero no ha sido hasta épocas muy recientes cuando se ha percibido una cierta reacción. ¿Qué ha pasado mientras tanto?

Cuando los árabes introdujeron la historia natural en Europa filtrando descripciones realistas de animales a los que los religiosos cristianos a menudo presentaban como mitos, relativizaron el lugar ocupado por criaturas que, a fin de cuentas, no eran más que seres vivos dentro de un ecosistema. Muchas personas comenzaron a apreciar al animal físico más allá de la idea más o menos fabulosa que la comunidad proyectaba de él.

El descubrimiento de América despertó otro interés por la fauna. Las nuevas formas de vida y el deseo colonial de imponer los animales «propios» en los territorios conquistados agudizó la observación naturalista. Además de la productividad de las especies, se analizó su comportamiento con más rigor, e incluso hubo quienes empezaron a encargar retratos de sus animales domésticos.

El arte es un buen indicador de los afectos y las repulsas de cada época, y en las obras del siglo XVI ya asoman personas que apreciaban a los animales por sí mismos. Aunque aún había mucho que hacer. Cervantes lo dejó claro.

Si el elefante es una catedral del reino animal, Cervantes se eleva como su equivalente en el ámbito literario. Se trata de un referente bien visible que podría contradecir el espíritu de este libro, pero estaremos de acuerdo en que el interés por el chorlito ceniciento no disminuye la importancia del elefante o el león; uno y otros forman parte de lo mismo, y por eso, en ocasiones, el león, el elefante o Cervantes ayudan a ilustrar muy bien la realidad de individuos mucho menos populares pero que se mueven en su mismo mundo. Además, Cervantes no era aún CERVANTES cuando escribía, sino un hombre manco y encerrado que después de contar la historia del hidalgo loco y su escudero obeso, que montaban un caballo y un asno llamados Rocinante y «el rucio», ofreció una novela narrada en primera ¿persona? por un perro: Berganza. Al parecer, el manco que escribía sobre locos y perros en primera ¿persona? era un incondicional del pensamiento alternativo y sintió la necesidad de llamar la atención sobre el descomunal maltrato que se infligía a los animales en su época. Basta leer a Berganza en *El coloquio de los perros*.

El Quijote tiene mucho de libro de viajes, y en eso conecta con otro «elefante» anterior, el *Poema de mío Cid*, de autor anónimo, cuyo protagonista desterrado habla con los pájaros mientras cabalga a la yegua Babieca. Siglos más tarde, el Juan Ramón Jiménez que se recuperaba de la ruina económica y la depresión (por la que llegó a ingresar en un sanatorio) inventó al burro Platero. Y a finales del mismo siglo XX, un deficiente mental imaginado por Miguel Delibes regalaba una especie concreta al acervo mítico español: la milana (citada en femenino).

Un manco confinado, un escritor invisible, un superviviente de la ruina y la depresión y un cazador que han pensado como un loco, un desterrado, un burro y un deficiente mental, han firmado algunos de los contactos con

animales más memorables de la literatura española. Da que pensar cómo había que estar para escribir literatura sobre animales cercanos hasta hace poco.

En el siglo de Cervantes, los naturalistas pioneros de la Escuela de Zúrich ya divulgaban informaciones sobre ciertos animales que contribuían a extender la idea de lo que algunos denominaron «una nueva humanidad». La ciencia mostraba inauditos detalles de organismos exóticos, se manejaban nombres insinuantes como megaterio, danta, capibara o yapok. Ese incipiente interés por los animales propició nuevos afectos antes de que, entre la clasificación con la que Carl von Linné bautizó a todas las especies conocidas y el brote del Romanticismo, se produjera una inflamación sentimental colectiva que ayudó a observar de otro modo a la fauna.

Inglaterra presentó la primera Sociedad Protectora de Animales en 1824, Francia impulsó la suya veintiún años después, y en 1872 España aportó una propia. Fue creada en Cádiz, donde residía una vanguardia intelectual que, a juicio de ingleses y franceses, ni mucho menos bastaría para cambiar la actitud de los españoles hacia el reino animal. De hecho, Inglaterra y Francia, los dos países precursores del animalismo en Europa, que asociaban el respeto por otras especies con los derechos de las mujeres o con unos horarios laborales sensatos, también hicieron un *ranking* de colectivos proclives al maltrato animal que ponía en la picota a las clases bajas —tanto a los trabajadores urbanos como a los campesinos en general— y «a los españoles y a otros pueblos».

Las corridas de toros favorecían que se señalara al país como un modelo pernicioso contra el que los vanguardistas de Cádiz poco podrían hacer. Además, las expediciones de biólogos, naturalistas y escritores ingleses a la península Ibérica solían corroborar la ignorancia que los españoles tenían de su propia fauna, y de su naturaleza en general. Viajando, los investigadores extranjeros conocían a auténticos expertos en aves, flores, mamíferos, pero casi siempre se trataba de gente aislada y autodidacta. No

existía un plan de Estado o social que apostara por educar en naturaleza.

Hay quien ha dicho que ingleses, franceses, suizos y compañía propulsaron un implacable rodillo proteccionista en los grandes espacios naturales de Europa, forzando a cambiar costumbres locales sin demasiados miramientos. Lo que yo sé al margen de adjetivos ajenos es que cuando busqué textos antiguos para ubicar especies en España, buena parte de las primeras referencias académicas y de los libros de naturaleza no estrictamente científicos, que mezclaban la vivencia personal con el juicio de valor y el detalle meticuloso, provenían de exploradores foráneos. De modo que salían a mi encuentro apellidos como Chapman, Buck, Mieg, Dufour, y entre ellos se colaban, eso sí, otros que en general no dejaron obras tan celebradas pero mantuvieron prendida la llama naturalista nativa, como Cabrera, Seoane o Graells. En uno de esos volúmenes, el suizo Juan Mieg comentaba su amistad con Graells y cómo recibían en Madrid las investigaciones de ambos: «Creo que somos más o menos los únicos en esta capital que se divierten en semejante cosa, y a causa de esto se nos llama, a veces, mariposeros».

El mérito de los Cabrera, Seoane o Graells es incomparable porque desplegaron su pasión pese a burlas y prejuicios. Hay un texto en el que Mieg agradece a Graells, «este joven sabio», lo mucho que lo ayudó a rectificar sus errores en la clasificación de coleópteros. Graells le corregía a simple vista, pero cuando leía los trabajos anatómicos del insigne Léon Dufour, se irritaba. «Le he visto en varias ocasiones —escribió el suizo— desesperarse y gritar preguntándose de qué clase de instrumentos y microscopios se valdrá el señor Dufour para semejantes disecciones.» Graells, como tantos de sus colegas, conoció la desventaja y luchó para sobreponerse a ella. No fue un toro, ni un Cervantes ni un Darwin, pero supo sobrevivir como el lince y la malvasía cabeciblanca, y hoy su historia nos aporta otra luz. Y ánimos. Y esperanza.

Con toros y sin microscopios dignos, la naturaleza local

continuó observándose a bulto, como algo distante, ajeno. Solo se han tomado medidas serias en tiempos muy recientes, cuando las epidemias, las estadísticas o alguna extinción concreta han puesto de relieve la ineluctable relevancia del colectivo animal, desde el corzo hasta la pulga. Luis Fernández opina que la reacción llega tarde para especies como el urogallo. Tarde. ¿Qué es «tarde»? ¿Cuál ha sido el recorrido?

Cuando Marcelino Sanz de Sautuola dio con la cueva de Altamira, su hallazgo fue ridiculizado y no se redimensionó hasta casi un siglo después, cuando cuatro adolescentes descubrieron la cueva francesa de Lascaux. Tras la Revolución industrial, los naturalistas florecieron al albur del viaje y las nuevas tecnologías, y Gerald Brenan afirmó que «la civilización española está edificada sobre el temor y la antipatía frente a la naturaleza». Veredicto compartido por un buen grupo de observadores autóctonos, de ahí que el emprendedor Joaquín Costa creara la Fiesta del Árbol aspirando a implantar una cierta conciencia natural en un país que se había entregado a talar los árboles, desahuciando de rebote a un sinfín de animales. Pío Baroja dejó dicho que en esa época, para encontrar seres reales donde se manifestara algo dinámico, tuvo que asomarse a los márgenes de la sociedad.

En el siglo XIX, el interés por la naturaleza en España se circunscribía al ámbito productivo, cinegético y científico, y si alguna vez un poeta se animaba a adoptar un nuevo punto de vista, no se demoraba demasiado, porque ni siquiera los líricos veían que hubiera un buen tema ahí. La supremacía de la lógica, que había borrado del horizonte las posibilidades de lo no humano, desató un compadreo intelectual indiferente a los otros seres. Y mientras las presuntas élites del pensamiento peroraban sobre cómo conducir el mundo, llegó el 98.

1898.

La pérdida de las colonias filipina y cubana apuntilló lo

que había sido un imperio a escala planetaria. La cura de humildad desasosegó al país. El toro se descubrió sin atributos. América se había escabullido del dominio ibérico con todos sus animales, y para reflotar los ánimos se atisbó en el apego al terruño, en la reconciliación con la flora y la fauna autóctonas, una vía de regeneración. La Institución Libre de Enseñanza organizó excursiones a campos, ríos, montañas, involucrando a niños y jóvenes con la intención de crear una cantera de individuos que apreciaran las formas de vida próximas, y ese movimiento revisionista brindó una generación de poetas que honraron el mar, el viento, las sardinas o a los pastores. Poetas capaces de escribir, por ejemplo, *Platero y yo*, o de hallar inspiración en caballos, palomas u hormigas para retratar Nueva York.

En los años veinte apareció en Europa un partido que legisló con más cuidado que ningún otro sobre los animales: el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Los nazis llegaron a enseñar cómo cocinar una langosta sin que el animal sufriera y a diseñar una pirámide de jerarquía animal en cuya cúspide se situaban cerdos, lobos, águilas y teutones, mientras que ratas y judíos ocupaban el nivel subterráneo.

En paralelo, las vanguardias artísticas seguían ignorando a las bestias. Seducidos por la tecnología y el maquinismo, los creadores en la cresta de la ola descartaban por sistema todo lo elemental, sinónimo de rancio y superado. Una consecuencia de esas dinámicas literalmente antinaturales fue la guerra.

En España, tras las matanzas humanas de la Guerra Civil, los animales se contemplaron sobre todo como fuente de alimento. La dictadura franquista devolvió al toro su trono, exprimiéndolo como símbolo de bravura racial, mientras se promulgaba una Ley de Alimañas que en realidad fue una licencia para matar a casi todo lo que se moviera en el campo al margen de los rebaños pastoreados. Lobos, osos, zorros, garduñas, además de jabalíes, ciervos, muflones, urogallos y compañía, comenzaron a ser derribados en masa por hambre, aunque en algunos casos

también por negocio o afición.

En medio de la carnicería emergió una figura única. Un naturalista reconvertido en presentador de radio y televisión que consiguió cambiar la percepción de millones de telespectadores hacia los animales. Félix Rodríguez de la Fuente advirtió sobre la necesidad de ver más allá del toro, y recurrió a la espectacularidad del lobo o del águila imperial como reclamo para introducir al universo del buitre, la urraca, las serpientes. Sé que en el recuerdo de sus cabras y visones en blanco y negro está el origen de mi interés por la abubilla o el sapo partero. Su influencia fue insólita. A saber cuántos naturalistas como Luis Fernández lo guardan en la memoria como un mentor esencial.

Félix, el Cervantes oral de la naturaleza española, murió filmando en Alaska. Su avioneta se estrelló. Es uno de los escasos muertos por causas, digamos, «naturales» que registra la historia de España, donde tampoco es que menudeen las historias de naturalistas heridos. Tiene que haberlas, y muchas, pero no han encontrado quien las narre. Esta precariedad casi merece un lamento. Más allá de desear la muerte de nadie, muchas de las historias más seductoras narradas en otras lenguas cuentan cómo alguien —humano— se obsesionó con montañas, océanos o animales y murió escalando, navegando, incluso nadando, viviendo lo que deseaba vivir. Suena perverso envidiar la obsesión ajena, pero yo la considero un signo extremo de amor. Esos mártires subliman, aunque sea de un modo perturbadoramente trágico, el espíritu de una cultura capaz de ofrecer personas entregadas a pasiones marginales. Son la punta del iceberg más inquietante del pensamiento natural.

Viendo a Luis inclinado sobre las huellas, me pregunté cómo actuarían los nuevos naturalistas y en qué animales podrían proyectarse. Félix halló espíritus singularmente afines en el lobo y el halcón, mientras que Luis, más moderno, lo había encontrado en un animal vulnerable. Luis forma parte de una España que intenta reaccionar a demasiadas décadas de olvido animal, sobre todo después

de haber inaugurado el milenio registrando la primera extinción de una especie.

El 6 de enero del 2000 se descubrió el cadáver del último bucardo del planeta, una hembra llamada Laña, en Ordesa. Por entonces, el lince ibérico también corría peligro de esfumarse de la Tierra, y eso implicaría perder al primer felino en siglos. Sumar la desaparición del lince a la del bucardo auguraba una publicidad mundial tan nefasta para España que algunas instituciones y políticos se apresuraron a intentar que el lince, el oso, el lobo o el urogallo no se inscribieran demasiado pronto en la lista del tiranosaurio y el mamut. El remedio fue inyectar dinero. Educar en valores naturales o en las posibilidades de la Gran Conversación se postergó.

Pero Luis había dicho «alguien». Y eso no tiene precio.

Para ser alguien, hay que reconocer a otros. También, o sobre todo, dentro de ti. Un poeta habló de heterónimos, y los esquimales distinguen tres partes en el ser humano: cuerpo, alma y nombre. El nombre nos identifica a nosotros y a lo que nos rodea. Los hay genéricos: murciélago, cigüeña, urogallo. Pero cuando deseamos acercarnos a los animales, los llamamos Platero, Bobi, Baloo, Chita, Rocinante, Tulugaq. Cuando cruzas ese umbral, puede ser el momento de preguntarte si los animales también nos nombrarán a nosotros, si no tendrán un modo de distinguir a la simpática anciana con gafas del serio joven rapado a través de un movimiento o sonido, de cualquier signo específico. Quizá posean un código para singularizar a unas personas y a otras. Observa a la cotorra del barrio. ¿Qué pensará de ti? Y tú, ¿cómo la ves?

Los ideales y los fantasmas de las sociedades siempre han tenido un animal en el que proyectarse. Un ser totémico que absorbe el espíritu colectivo, nacional. Aquí, ese animal es el toro. Muy bien. Ahora había llegado la hora de hablar de los demás. Sobre todo, de esos animales con un enorme ascendiente social pero que por algún

motivo, físico o ideológico, habían sido prácticamente anulados. ¿Quiénes eran? ¿Dónde estaban? Ubicarlos no resultaba fácil, y cuando empecé a definir las especies que iba a buscar, me dediqué a señalar sus localizaciones aproximadas en un mapa. Era un mapa geológico dominado por el verde de las llanuras, el marrón de los relieves, el azul del agua. Conforme puntuaba los espacios en los que se hallaban o habían hallado las aisladas poblaciones de animales cuyo rastro iba a seguir, pensé que aquellos puntos suponían un mapa del inconformismo y la resiliencia. Un planisferio que no existía pero podía crecer lo indecible, porque en la naturaleza siempre hay alguien... más.

Había ocurrido mil veces que, *persiguiendo* a un animal escaso, había aparecido otro aún más raro, incluso desconocido, así que la búsqueda por territorios poco hollados prometía encuentros insólitos, además de abrir sendas de incertidumbre en compañía de seres esquivos a los que, sin embargo, consideraba cercanos. Y pensé que, aun sin ningún tipo de certezas, ya estaba empezando a diseñar una especie de mapa tan incierto como los «álguienes» que lo inspiraban.

Luis seguía montaña arriba. Se detuvo en una ventana abierta entre dos árboles nevados para escrutar el valle con sus prismáticos. Luis Fernández. No hay muchos animales con apellido. Pensé en Moby Dick. La bautizó Herman Melville a partir de los relatos de los balleneros estadounidenses sobre el inmenso cachalote blanco que surcaba las aguas de la isla chilena de Mocha. Los isleños tan solo veían ballenas, pero los marineros del norte, abrumados por una palidez que les parecía sobrenatural, inventaron historias que Melville adaptó a su fantasía maquillando al cetáceo con un nombre inglés, y logrando un relato que trascendió en el mundo entero. Moby Dick como emblema de la *nature writing*. *Nature writing*. Marcas modernas que ayudan a construir relatos, a divulgar cultura, aunque no sea la original.

El biólogo Miguel Delibes de Castro ha dicho que los

divulgadores de la naturaleza deben esforzarse por «ayudar a enamorar». Se necesitan Melvilles que cuenten ballenas. Mata Haris y Donjuanes que nos susurren las historias más verdes, las ecomarcas más seductoras, el ensalmo o el truco que nos rindan a las virtudes del chorlitejo y el desmán. Lo que ocurre es que a menudo, como ocurre con el amor, la fórmula mágica se materializa sin querer cobrando la forma de un pronombre indefinido tipo «alguien».

Alguien.

La palabra más impensada es la llave de una idea.

Alguien.

Al pronunciarla, Luis Fernández me enamoró.

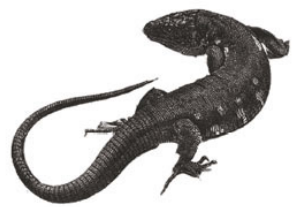
Luis conocía a muchos «álguienes», pero con el urogallo cultivaba una relación tan íntima que lo sentía de la familia, un miembro bien perfilado con el que compartía costumbres, un carácter, puede que hasta deseos. Quizá suene exagerado, pero al escucharlo podías creer que así era, y que en su núcleo de seres queridos se encontraba, como una especie de hermano, Urogallo Fernández.

Si para sentirlo más cerca hay que ponerle apellido, allá vamos, me incité.

Asociar un apellido asturiano —que en su origen significó «libre» y «valiente»— a un montaraz galliforme, aproximarlo a nuestra especie con un gesto tan impensado, fue un modo de corresponder al involuntario regalo que me había hecho aquel hombre de barba blanca con prismáticos: la posibilidad de trabajar en el mapa de alguien.

02

Lagarto gigante



La isla de El Hierro es la parte superior de un volcán oceánico de 160 millones de años de edad. En octubre del 2011, una erupción submarina sacudió el sur de la isla obligando a evacuar el pueblo de La Restinga, pero la cosa no fue a más, así que la isla, al margen de los cíclicos episodios de ventiscas violentísimas y del despeñamiento de algún turista, aún es un lugar tranquilo. Para algunos, demasiado.

Geológicamente se trata de una isla africana, pero la política la define española, y por eso despunta como un confín de Europa antes del océano abierto. Desde el continente, es la última de las islas Canarias, la que se encuentra a más tiempo de viaje que cualquier otra del archipiélago. Está marcada por el malpaís y por una geología abrupta cuyo máximo exponente es una serie de acantilados que abrazan el inmenso valle de El Golfo a modo de colosal anfiteatro. Es fácil entender por qué los aborígenes de la isla la llamaron Heró, «Muralla rocosa».

El Risco es uno de esos acantilados: una sucesión de paredes verticales culminadas por crestas dentadas donde, hasta principios del siglo XX, corretearon, decían, lagartos de un tamaño inusual. En 1974, el arquitecto y herpetólogo (muy) aficionado Werner Bings, sospechaba que el reptil seguía ahí, así que viajó a la isla con una caja de fósforos. En El Risco, preguntó dónde podía encontrar pastores. Cuando localizó a Juan Machín, Bings abrió la caja, pero en lugar de fósforos aparecieron medialunas de plastilina.

—¿Ha visto excrementos con esta forma? —preguntó el alemán.

Machín levantó el brazo y señaló a la pared vertical. Nadie ha aclarado por qué Bings encargó la búsqueda de los reptiles al pastor en lugar de acometerla él mismo, pero el caso es que Machín aceptó la misión y enseguida advirtió a su hijo Juan Pedro, al que llamaban Perico, que las

próximas jornadas saldría a buscar lagartos y que iba a necesitar su ayuda.

Días después, mientras Machín comía queso con gofio sentado en una piedra con El Golfo a sus pies, lanzó unos restos de comida al suelo, lejos pero no tanto como para no verlos. Y esperó.

El tiempo es otra cosa en El Risco.

Machín aguardó muy quieto. No porque acechara a un lagarto, sino porque la vida entre cabras era así. Durante segundos u horas no ocurre nada de lo que esperas. Y de repente empiezan a corretear los saurios. Entonces, Machín se movió lo bastante rápido para capturar dos. Como pudo, acomodó a uno en el zurrón; el otro quedó atrapado en su mano. Se encaró al filo de una roca y, atisbando el puntito que era su hijo Perico allá abajo, en el suelo, empezó a silbar. El silbo canario es un ancestral código de comunicación sofisticado como un telégrafo, y el de Machín contenía un mensaje que su esposa Juana María descifró así: «Ven por el pie de risco. Coge la ladera nuestra. Sigue la raya amarilla y sube. Tráeme un saco vacío». Perico, que tenía doce años, no tardó nada en subir.

Cuando Bings y su colega Böhme se disponían a abandonar El Hierro, los aduaneros les confiscaron los lagartos. No existían leyes explícitas que impidieran sacar animales del archipiélago, pero las autoridades detectaron que el asunto merecía una excepción, incluso una mentira. Se suponía que aquellos lagartos ya no existían, y no iban a permitir que unos extranjeros se los llevaran sin más, por mucho que fueran ellos quienes los habían localizado, así que inventaron una excusa que sonaba seria, aunque carecía de base legal, para mantener a los reptiles en la isla.

Fue como una resurrección. La agonizante dictadura aún asolaba a una España ansiosa por hallar alicientes, símbolos en los que creer, y, además, El Hierro padecía el estigma de la doble insularidad, siendo la isla más remota del país, la isla entre islas, histórico destino de desterrados,

que por no tener casi no tenía playas, puro volcán, olas y viento, un culo del mundo que atraía a los científicos como si fuera Papúa en vez de una provincia europea. Un lagarto no es que fuese el colmo de lo moderno, pero era propio, único, y su estatus «en peligro de extinción» invitaba a luchar por él. Más allá de la supervivencia, no hay tanto por lo que luchar en un lugar desolado. Y, de pronto, había aparecido un lagarto.

La memoria es tan frágil que, hasta la incursión de Bings, durante décadas había corrido el rumor de que el lagarto gigante de El Hierro era un mito. No hacía ni medio siglo que se habían visto ejemplares en El Risco, aún respiraban personas que podían acreditarlo, pero caló la opinión de que se trataba de una fantasía. Ni siquiera después de encontrarlos se disiparon las dudas; al fin y al cabo, el animal tampoco es tan grande —mide alrededor de setenta centímetros, mucho menos que el dragón de Komodo (que puede alcanzar casi tres metros) o que la iguana de Galápagos (un metro y veinte centímetros)—, así que no responde a la idea popular de «gigante», y los herreños optaron por enfriar las expectativas. Hasta que, un año más tarde, Bings y Böhme certificaron oficialmente que el lagarto gigante de El Hierro seguía vivo.

Al menos dos personas actuaron sin titubeos. El biólogo Carlos Silva lo hizo de forma consciente, quería documentar la existencia del reptil, mientras que a Perico lo movía más la intuición, él notaba una conexión literalmente salvaje que, por si fuera poco, podía aliviar la economía doméstica.

Silva exploró El Risco con la ayuda de Machín y su chaval. Determinó que el lagarto se alimentaba sobre todo de vegetales e identificó a varios de sus predadores, como el gato y la rata, que se cebaba en los huevos y en las crías. El aguililla (busardo ratonero), el cuervo y la gaviota destacaban entre sus otras amenazas. Los casi seguros estragos que causaban los pájaros estaban por confirmarse estadística en mano.

El biólogo aprendió a esperarlos. Tomó las primeras fotografías en 1975 y las utilizó para ilustrar su informe y para frustrar la construcción de una planta de machaqueo en la zona de derrubios de El Risco, argumentando que aquel reptil debía ser protegido. Tras dos décadas en las que había imperado una Ley de Alimañas que permitía disparar a casi todo lo que se moviera fuera de los rebaños, Silva aprovechó la nueva Ley de Caza de 1973 para concienciar a los herreños sobre la necesidad de proteger animales, especialmente a los que formaban parte de la identidad insular. Por eso propuso que se incluyera al lagarto gigante en el escudo de La Frontera, el municipio donde se localizaba la especie.

Mientras, Perico lo ayudaba en las incursiones. Quienes lo conocieron lo recuerdan trepando «desde crío», y entre animales. Perico, nieto de Perico y bisnieto de Perico, heredó con naturalidad la vida campera de su estirpe en un lugar donde el tiempo parecía no moverse: y los nombres intocables confirmaban la permanencia. Viéndolo escalar El Risco, era lógico pensar que Pericos y lagartos siempre habían estado ahí. Solo que el último Perico del siglo XX —porque a su hijo lo llamó Aarón— experimentó una espectacular trasformación física. Si los lagartos mudan, Perico también lo hizo.

Hay una foto de juventud en la que el hombre lagarto aparece bien erguido en un filo rocoso donde cuesta distinguir el firme que lo sostiene: parece levitar entre las rocas puntiagudas. Una estampa de elegancia élfica reforzada por su esbelta figura sujetando una pértiga. Sin embargo, cuando años después el biólogo Miguel Ángel Rodríguez llegó a El Hierro con el objetivo de rescatar al lagarto de la extinción, encontró a una mole de ciento cuarenta kilos y cuello de miura, con el peso distribuido de una forma tan equilibrada y tensa que le permitía seguir escalando riscos con la agilidad de un gamo. El elfo se había transformado en un lagarto agorilado, en una especie no descrita. Su forma de ascender era un espectáculo de potencia flexible que hacía pensar en seres más que

humanos. «No he conocido a nadie más fuerte.» «Era un portento.» «Tremendo.» Son formas de describirlo. «Tenía la mano derecha más poderosa que he visto nunca», afirmaría su entrenador de lucha canaria, porque en ese aumento de peso tuvo mucho que ver la práctica de este deporte autóctono.

La lucha canaria la inventaron los aborígenes del archipiélago, los guanches, para resolver conflictos sin herirse. Consiste en aprovechar la fuerza del contrario hasta desequilibrarlo y hacer que toque el suelo con cualquier parte del cuerpo que no sean las plantas de los pies. No hay más golpes que los de los cuerpos al caer; lo demás son agarres, empujones. Precisa de mucha fuerza y gran técnica. El bisabuelo de Perico había sido un luchador legendario. En el vestíbulo de la casa familiar, habitada hoy por su madre y su hermana, destaca enmarcado un recorte de periódico que informa sobre la jornada en la que Ramón Méndez tumbó a un equipo entero. Dicen que su récord fueron veinticuatro rivales en un día. El bisnieto de Méndez había heredado el gen de la lucha, aunque su musculatura también había sido esculpida por las escaladas al risco.

A Perico le gustaba la lucha, pero los animales le gustaban más. De todas formas, debía honrar al bisabuelo, así que durante años capitaneó el equipo del Club de Lucha Ramón Méndez. A menudo entrenaba después de pasar el día enriscado y, pese a lo que desde la perspectiva actual podría temerse, su esposa Nereida afirma que jamás se lesionó.

Miguel Ángel Rodríguez lo vio por primera vez una mañana de hacía veintiséis años. Perico había aparcado el camión en la plaza de la Candelaria. «Vi a un tío grande, corpulento, con ropa de trabajo. Era el que tenía que abrirme las puertas del lagartario.»

—¿Tiene permiso?

—No, pero soy el nuevo biólogo de...

—No va a poder ser. Si no me trae algo oficial, no puedo dejarle ir.

Esa mañana, Miguel no entró.

«Se le echa terriblemente de menos», me dijo Miguel la última tarde que pasamos juntos. Perico y Miguel trabajaron veintiséis años mano a mano, desde que el biólogo abandonó Tenerife. Hacía nueve meses que el herreño había muerto de cáncer. Miguel me había contado muchas cosas sobre el tándem que formaron. Recuperar la historia de Perico y el lagarto fue una forma de homenaje.

Hay personas que, de tanto relacionarse con un determinado animal, acaban calcando sus costumbres e incluso desarrollan actitudes similares. En el caso de Perico no fue así. El lagarto gigante solo se activa con el sol y logra el peso ideal para desplazarse cuando le queda un poco de pellejo colgando, el suficiente para pellizcarlo. Se alimenta frugalmente —su dieta se compone de plantas como el verode, la lavándula o, sobre todo, la proteínica tedera— y es de natural desconfiado. Perico concentraba una fuerza que se expresaba igual de noche que de día, comía como el gigante que era y tenía un carácter espontáneo que le hacía confiar en la gente. En cualquier caso, conocía como nadie a los lagartos. Y todo había empezado por Bings.

Cuando Werner Bings oficializó la vigencia de la especie, científicos y gobernantes isleños le pidieron a Juan Machín que velara por los reptiles. Y como él tenía que pastorear, cedió a su hijo Perico el cuidado de los animales. Le iban a remunerar el trabajo, pero debería pasar muchas horas, aún más que de costumbre, en la pared vertical.

Perico empezó a observar las grietas de El Risco con un detenimiento distinto. Sondeaba las ranuras entre rocas y los escondites factibles mientras también buscaba libros y relatos que le aportaran nuevas pistas sobre el reptil.

Dicen que la primera alusión al lagarto gigante la hizo el rey de Mauritania Juba II en el siglo I antes de Cristo, aunque quien fija su presencia en la isla de Kavrariam (Capraria) es Plinio el Viejo. Plinio llamó Kavrariam a Fuerteventura por la abundancia de cabras, pero el

historiador Viera y Clavijo sugiere que es un error de los copistas que transcribieron sus textos, porque el romano había escrito *Saurariam*, que significa «Lagartaria», si bien las florituras o borrones de la *S* inicial la transformaron en *K* a los ojos del copista, que convirtió a lagartos en cabras.

Estos datos se confunden con los que afirman que el único mamífero presente en la isla era el murciélago hasta que los conquistadores europeos introdujeron lagartos a partir de 1405. En el siglo XV menudearon las referencias a lagartos, los cronistas europeos ya estaban allí con sus tinteros y su afán de ordenación planetaria, aunque fue la Revolución industrial la que desencadenó la carrera coleccionista. La nueva facilidad para viajar aceleró la competición científica lanzando a miles de investigadores en busca de animales lejanos a los que nadie había clasificado aún. Encontrar equivalía a nombrar y, así, entrar en la Historia. El primer animal que habitó la Tierra, hace unos 560 millones de años, se llama Dickinsonia. Se trata de un enigmático organismo, entre el gusano, el coral y la medusa, descrito en 1946 por el geólogo Reg Sprigg, que decidió honrar a su jefe, Ben Dickinson, director de Minas de Australia del Sur, identificando al fósil con su apellido. Amistad, admiración, tacticismo, egolatría...: los motivos para vincular a un humano con una especie animal son de lo más variados pero, sea como sea, unos y otros se funden ante nosotros sugiriendo que alguna colaboración profunda es posible.

El nombre científico del lagarto gigante es *Gallotia simonyi*, en reconocimiento al astrónomo y naturalista Oskar Simony, que en 1889 describió la especie de este confín. Es la evidencia de que los jefes también celebran a sus discípulos, porque el nombre se lo puso Franz Steindachner, quien, además de conservador del Museo de Historia Natural de Viena, fue el maestro de Simony.

En realidad, hay lagartos gigantes en otras islas canarias (La Gomera y Tenerife), y las variaciones entre unos y otros son pequeñas, pero la ubicación extrema del herreño, su aura de superviviente en la isla límite, le

confiere un simbolismo imantador. Retiro, soledad, vejez, volcán, extinción. Son ideas que en El Hierro aún se alinean preservando cierta pureza. La civilización también se expande aquí, pero lo hace a otro ritmo y deja huecos para lo inusual, la periferia, lo extraño.

Descubrir la realidad de este lagarto del que aún se sabe tan poco fue revelando episodios de su relación con la gente. ¿Por ejemplo? En un lugar remoto, pobre y abrupto, no apto para el cultivo, era lógico pasar hambre, y si el clima castigaba como en 1785, cuando los herreños no pudieron contar ni con las hierbas silvestres que a menudo les servían de sustento, se buscaban alternativas. «Echaron mano de las (hierbas) que jamás hubieran oído pudieran servir de alimento al hombre, y muchas de ellas ni aun a los animales —escribió en su diario el viajero Juan Antonio Urtusáustegui—. […] de este modo caídos de ánimo y sin vigor alguno, inflado el cuerpo, y en particular el vientre, parecían más bien monstruos que esqueletos; ni vivos ni difuntos, porque el color verde que contrajeron con las extrañas viandas que comían los diferenciaba de unos y de otros.»

Los herreños empezaron a comer lagartos. Hay tubos volcánicos y fosas que fueron empleados como vertederos, refugios o trampas y que hoy conservan restos orgánicos y sedimentos de reptiles y cuervos, entre otros comestibles.

La resurrección del escamoso y su historia actuaron como un ejercicio de memoria colectiva que aupó al lagarto como una figura aún más entrañable, capaz de salvar vidas. Por encima de las nuevas leyes que mandaban protegerlo, herreños como Perico lo cuidaban sin más, como si se tratara de un ser querido, como un deber moral, y por eso aquel joven cancerbero de El Risco recibió con satisfacción a los investigadores que empezaron a desfilar por la isla compartiendo sus propósitos.

Entre marzo y agosto de 1984, el biólogo del ICONA (Instituto para la Conservación de la Naturaleza), Antonio Machado Carrillo esbozó un plan de recuperación del lagarto. En verano, pasó una semana acampado en una

concavidad del acantilado con el espacio justo para tender un saco de dormir. Atrapó a varios reptiles y los midió, contó sus escamas y estudió dientes y órganos sexuales. Cuando necesitaba algo, silbaba y lo pedía a gritos. En ocasiones, sus necesidades requerían más de un viaje, y Perico subía y bajaba a tal velocidad que con frecuencia arrancaba un «no puede ser que ya estés aquí».

La Fuga de Gorreta es un entramado de coladas basálticas y traquíticas con la cota baja a setenta metros y la alta a 1175. «Hay pendientes superiores al cien por cien», reza un informe geológico. Es un dominio de escaladores, aunque el conocimiento de la montaña no basta, porque su forma es cambiante. La erosión provoca continuos desprendimientos agravados por los riscos y socavones debidos, por ejemplo, a las lluvias, de manera que quien se aventura por estas paredes cuenta con pocas referencias fiables. Cada paso es nuevo y exigente. «No puede ser que ya estés aquí.»

En 1986 llegó a la isla el sueco Carlos Naeslund. Nereida dice que su marido aprendió mucho de él. Naeslund puso en marcha la cría en cautividad del lagarto gigante, pero en La Frontera se lo recuerda sobre todo como un «raro maniático que no se integró en el lugar» y que, al cabo de un año y medio, se esfumó por «cuestiones personales» dejando el proyecto en el aire. Y así siguió durante casi seis años.

Cuando Miguel Ángel Rodríguez subió en coche hasta los alrededores de la iglesia de la Candelaria y entró en la Casa del Hoyo, donde había vivido Naeslund y ahora iba a residir él, encontró polvorientos terrarios amontonados «como conejeras» y varios cuartos impracticables. Lo primero que dijo fue: «Zafarrancho de limpieza».

Veintisiete años después, Miguel Ángel me recogió en una ranchera con el logo de Medio Ambiente del municipio. Vestía vaqueros muy rotos en las rodillas —cuestión de diseño, no de desgaste— y una chaqueta del departamento

recién estrenada, combinando oficialidad y autonomía de un modo acorde con su carácter, funcionario *ma non troppo*. Se había cortado el pelo casi al ras por los lados, dejándolo más largo en la parte superior del cráneo, y despedía risueña juventud. Me contó con desparpajo casi dicharachero cómo en 1994 pasó de dar clases de matemáticas en Tenerife a practicar su profesión de biólogo coordinando el proyecto que vela por los lagartos gigantes e impulsa su cría en cautividad en El Hierro. Miguel es un herpetólogo vocacional (basta escucharlo hablar de serpientes, iguanas, lagartos), y eso selló su destino.

Al contratar a Miguel, los jefes del proyecto pretendían no solo reflotarlo sino asentarlo, y por eso impulsaron una especie de refugio de la memoria natural rehabilitando el poblado de Guinea, antiguo enclave bimbache de casas construidas con piedra volcánica. A la entrada de Guinea se había ubicado el lagartario, dividido en zona de visitas, oficinas y área dedicada a la reproducción en cautividad.

El primer año no fue muy bien. La Casa del Hoyo guardaba los terrarios para vigilar la evolución de las hembras preñadas. Siempre hay menos hembras que machos, y cuidarlas a ellas y a sus huevos era la prioridad, el motivo por el que Miguel se había mudado allí. Los huevos se incubaban bien. Cuando decidió bajarlos al lagartario para que las crías nacieran en el que iba a ser su primer hábitat, el camión comenzó a dar tumbos por la carretera todavía mal asfaltada, y buena parte de los huevos se rompió.

El segundo año aguardó al nacimiento de los lagartos para bajarlos.

Pese al esfuerzo que se estaba haciendo en El Hierro, Miguel advirtió que los reptiles interesaban muy poco en España..., pero cautivaban a los especialistas extranjeros. Se centró en absorber lo que estos le iban enseñando. Brigitte Bannert, que convivía con un lagarto discapacitado en su casa de Berlín, le aconsejó no mantener mucho tiempo juntos a un macho y a una hembra, porque perdían el apetito sexual. Bert Langerwerf, «un americano desgreñado,

que veías que era un *hippie* pero sabía más que nadie de lagartos», le mostró cómo reproducir a ocho especies distintas de manera simultánea.

Miguel vivía con lagartos en casa. En el despacho tenía desde una lisa de las islas Salomón hasta un lagarto de Omán, por eso al visitar el despacho del herpetólogo alemán Wolfgang Bischoffen Bonn no le había sorprendido localizar detrás de un cuadro a un perenquén encogido. De todas formas, cuando las leyes sanitarias españolas se endurecieron, Miguel tuvo que sacar los terrarios de casa «por riesgo de contraer enfermedades».

Perico llevaba veinte años manejando lagartos y nunca había tenido un problema de salud. Para Miguel, Perico se convirtió en la vara de medir más auténtica. El hombre que se ataba a un árbol para rescatar a una cabra enriscada y metía a novillos en camiones levantándolos a peso se convirtió en su profesor de realidad. La técnica de Bannert, Langerwerf o Bischoffera imprescindible para preservar a la especie, pero el herreño le hacía subir la montaña colocándolo en situaciones insólitas que lo obligaban a repensarse. Con Perico buscaba lagartos y, para acercarse a ellos del modo más limpio, debió entrar en la órbita de lo salvaje.

Además de coladas de basalto, en El Hierro hay plataformas graníticas que probablemente llegaron en icebergs. El firme es abrupto, está lleno de barrancos y filos, un todo muy estriado por tanta lava y convulsiones. Su geología es así, y hay lugares donde la edad se percibe aún más, como si el terreno deseara revelar constantemente el agitado millón de años —más o menos— que lleva encima. La superficie como espejo de esos rostros campesinos surcados por las profundas arrugas de la intemperie. Son espacios donde el tiempo se expresa a flor de roca y piel. Hay algo aristocrático en las arrugas y las grietas, como una distinción por haber sobrevivido o por estar aún ahí. Y el lagarto es un icono de esa élite millonaria. «Un maravilloso testimonio del fenómeno de la evolución», dijo Bischoff. Un miembro de la estirpe que conjuga envergadura y edad, a la

que también pertenecen la secuoya Hyperion, con sus 115,3 metros de altura (dicen que su especie puede vivir hasta 1800 años), o las arqueobacterias, durante tanto tiempo ignoradas pese a sustentar buena parte de la vida en la Tierra.

La presencia de gasterópodos y de numerosas especies endémicas confirma que los humanos aún no han deteriorado esta isla tanto como otros lugares, aunque a saber cuánto aguantará así, porque la colonización ya ha traído a depredadores foráneos como los gatos y a especies de plantas invasoras que arrasan la flora autóctona y son tan coherentes con su papel exterminador que se llaman «rabo de gato».

—En La Gomera no han podido controlarla. Aquí, dentro de diez años ya no podremos con ella —vaticina Miguel, que camina levantando piedras y escrutando el suelo en pos de rabos de gato, de lagarto, de lo que sea que se encuentre a sus pies.

El gato, el animal, es una de las grandes amenazas del lagarto gigante y la razón por la que Machado Carrillo eligió los Roques de Salmor para una de las sueltas más publicitadas de la historia natural en España. Los Roques de Salmor son dos, el Chico y el Grande. Promontorios que formaban parte de la isla hasta que hace diez mil años se escindieron de la plataforma triangular de El Hierro y quedaron aislados. Sus paredes se levantan como tubos emergidos del océano y solo se puede acceder a ellos escalando o por vía aérea. La dificultad es aún mayor en el Roque Chico, el más alejado y vertical. Ese fue el que Machado Carrillo eligió como nuevo dominio saurio.

El 19 de febrero de 1999, un helicóptero descolgó a dos hombres sobre la superficie más plana del Roque Chico. Una vez aterrizados, abrieron las talegas y dejaron en libertad a veintiún lagartos gigantes que se dispersaron por aquel espacio aparentemente desierto, sin casi nada que llevarse a las fauces. Pero Machado Carrillo había estudiado bien el terreno. Los lagartos encontraron suficientes brotes para alimentarse. La colonia de gaviotas patiamarillas no

emigró, de modo que las aves continuaron regurgitando y excretando semillas y restos orgánicos lo bastante nutritivos para sustentar a los recién llegados, que lograron reproducirse. El último censo registró 125 animales. Se publicó en el 2007.

—Ya hace mucho.

—No es un sitio sencillo. Y la cosa no está para según qué gastos.

Afirma Miguel que el abordaje del Roque Chico requiere un día de mar quieta, muy quieta, algo que sucede tres o cuatro veces al año. Frente a la pared, es necesario escalar a conciencia. De vuelta al barco, el descenso incluye un complicadísimo tramo final de cuatro metros que el biólogo recomienda superar tirándose al agua, al menos eso es lo que él ha hecho siempre. El problema es que las aguas están llenas de tiburones, y conviene que los tripulantes del barco estén dispuestos a izarte enseguida.

Otra opción es fletar un helicóptero un día de poco viento y ejecutar una maniobra difícil que alguna vez no ha terminado bien. En cualquier caso, las dificultades garantizan el aislamiento de los lagartos, que han hallado en los Roques una burbuja ecológica idónea para prosperar.

El Hierro dispone de siete puntos donde soltar lagartos, la mayoría de ellos acantilados al borde del mar tan hostiles para los mamíferos que ni siquiera los gatos se aventuran a explorarlos. De todas formas, el hambre agudiza la temeridad y algún felino ha realizado escabechinas de lagarto en Punta de Miguel o Punta de Arelmo, integradas en el cuerpo de isla. Pero el aislamiento, la verticalidad de las paredes y el agua que hay de por medio han aupado al Roque Chico y a Punta de Agache como auténticos paraísos fortificados del reptil.

Miguel hizo la suelta en Agache junto a un colega que trabajaba en la Cruz Roja y al piloto de la zódiac que los aproximó a las rocas. El primer día tuvieron que regresar a puerto por excesivo oleaje. Aguardaron a una mañana de «mar echado», tranquilo, para navegar. Se detuvieron a cincuenta metros del muro.

Miguel había repartido treinta y dos lagartos en diez pequeñas talegas con tres ejemplares (dos machos y una hembra) cada una y en una undécima saca que trasladaba a una pareja. Las talegas, junto a una cámara fotográfica añadida para inmortalizar la suelta, viajaban dentro de un gran contenedor plástico estanco de boca ancha. Cada talega especificaba el punto de la isla donde debía abrirse para liberar a los reptiles. Miguel y su compañero se enrollaron en la muñeca el extremo de sendas cuerdas atadas al contenedor, y ambos se lanzaron al agua y empezaron a nadar rumbo al acantilado.

El mar en El Hierro es cambiante como el clima, le cuesta poco embravecerse, así que había que actuar deprisa. Los hombres alcanzaron las rocas. Como la cámara se había mojado, la dejaron en el contenedor. Abrieron las talegas en los sitios indicados. Decenas de lagartos se escurrieron entre las grietas donde iban a vivir para siempre.

El compañero se tiró al agua y empezó a nadar de regreso a la zódiac. Miguel descendió hasta el faldón contra el que rompían olas cada vez más fuertes. Cuando iba a tomar impulso para saltar, notó que una pierna se le deslizaba entre dos rocas. Al intentar levantarla, no pudo. Una ola lo golpeó y lo tumbó un poco hacia atrás. No fue un impacto violento, se trataba de una masa de agua intermedia, pero al cabo de unos pocos segundos rompería una segunda ola que llegaba impetuosa. Y después vendrían otras.

Miguel había crecido mariscando en verano con su padre en Güimes, y en El Hierro acostumbraba a recoger lapas con Perico, quien, como no sabía nadar, se acercaba con recelo al agua antes de lanzarse a gatear por las rocas superficiales en busca de aquellos moluscos enormes que a menudo arrancaba de cuajo y se comía crudos allí mismo. Las lapas suelen hallarse en lugares intrincados, así que Miguel conocía los flujos del agua y la teoría sobre cómo actuar en caso de quedar atrapado. «Hay que dejar el cuerpo muerto, entregarlo a la inercia de las olas, y él mismo encontrará el modo de liberarse.» La teoría casi

siempre es sencilla. Pero ahora avanzaba en su dirección una ola de gran tamaño que podía aplastarlo contra el lecho de rocas puntiagudas. La adrenalina se le disparó. ¿Cuántos segundos tienes para decidir cómo actúas en una situación así?

Quizá su mente científica lo ayudó a mantener la sangre fría confiándose al manual («hay que dejar el cuerpo muerto»), el caso es que Miguel distendió la musculatura con tal de no ofrecer resistencia al golpeo de una ola capaz de partirle la pierna.

—Me dejé llevar —dice Miguel—. Vino una ola, luego otra, me las apañé para seguir respirando, dejé que el agua me arrastrara y, de algún modo, ocurrió lo que dicen que debe ocurrir en estos casos: el cuerpo se hizo agua, se movió con ella, se acomodó a la inercia y la pierna se liberó.

Desde entonces, no ha hecho más sueltas en Agache ni en acantilados marinos.

—Hasta ese día me gustaba salir con Perico a buscar lapas o estrellas de mar en el agua limpia. Pero le cogí miedo.

Trabajar con lagartos gigantes es una práctica de riesgo si se hace sobre el terreno. Censos, observaciones, sueltas, hallazgos exigen preparación física y un carácter muy concreto. El episodio de Agache es uno más de la peligrosa serie que Miguel nunca pudo imaginar que viviría cuando aceptó instalarse en la isla. Y eso pese a tener a Perico de guía. El hombre que lo ayudó a relativizar el miedo.

▲ ▼ ▲

Además de mariscar, nadar, bailar y tocar varios instrumentos, Miguel es cinturón marrón de kárate. No solo le gusta el deporte, sino que ha transmitido esa devoción a sus hijas. En casa tiene a una subcampeona de España de vela en modalidad Laser 4.7, a una campeona de Canarias de carrera de montaña y a una voleibolista y exluchadora que llegó a competir contra chicos. Su exmujer practica el

pentatlón. Ascender riscos, aunque fueran verticales, tras la pista de animales que adoraba resultó un estimulante desafío para el investigador recién llegado a la isla, donde todo lo relativo al lagarto estaba aún por hacer.

Cuando le presentaron a Perico, le impresionaron su exhaustivo conocimiento del entorno y la facilidad que tenía para desplazarse por las cornisas. El herreño se prestó a llevarlo a donde necesitara. Perico ya había conocido a otros científicos, que, por muy enclenques que parecieran, solían atreverse a trepar, a meterse en cuevas, a zamparse cualquier cosa. Además, le aportaban otra perspectiva del lagarto ampliando sus conocimientos sobre él. Miguel le parecía un tipo simpático con aspecto de empollón y muchas ganas de aprender, dotado para poner las cosas fáciles y que, sobre todo, no solo se fiaba de su experiencia, sino que apreciaba su trabajo más que nadie.

—El lagarto no tiene pelo, es frío, marrón, solitario, feo. En cambio, socialmente, se ve a los gatos preciosos, a todo el mundo le gusta hablar de ellos y cuidarlos. Si le dices a la gente que hay que luchar para salvaguardar al feo..., no es fácil. Parece una tontería, pero es así. Hay que aprender a vender al feo —dice el veterinario Albert Martínez, que fundó con Joaquín Soler el CRARC (Centro de Recuperación de Anfibios y Reptiles de Cataluña) en Masquefa y es, como él mismo dice, un «ultraespecialista» en estos animales. Uno de los mejores.

Martínez reconoce su inclinación por la patología (por «todo lo que no funciona») y por la paleontología, de ahí su devoción por lo salvaje y por los animales primitivos. Estudiar a un lagarto gigante del Pleistoceno responde milimétricamente a su idea de felicidad laboral, poco común incluso entre quienes habitan la isla de los reptiles. Hay pasiones que cuesta entender. Hubo herreños que, al ver los esfuerzos que se hacían por cuidar de ellos, se preguntaron: «¿Por qué invierten tanto en los putos lagartos?». Y cuando Albert aterrizó en la isla, añadieron: «¿Por qué tienen que traer a un veterinario de Barcelona?».

El salvador viene de cualquier parte, aparece donde

menos se le espera, esa es su gracia. José María Valverde se convirtió en un referente de la biología en España tras superar una grave tuberculosis. A los diecinueve años se vio postrado con el pronóstico médico de que su vida sería corta. «Antes de morir quiero hacer algo útil», dijo a sus amigos, y les pidió que le trajeran pájaros para dibujarlos e ilustrar una obra con ellos. Como le apenaba tirar animales a la basura después de haberlos dibujado, empezó a disecarlos, y su recuperación avanzó en paralelo al desarrollo de su talento como taxidermista y clasificador de especies. Cada vez más entero, empezó a salir al campo apoyado en un bastón, porque cojeaba ostensiblemente. Anotaba cada detalle, pero como le costaba mantenerse en pie, recurrió a muletas. Benigno Varillas ha explicado muy bien lo que ocurrió entonces: «La investigación taxonómica exigía hacer una ficha por especie avistada. Al moverse por el campo en muletas, le era complicado tomar notas manejando varios tarjetones a la vez. Así que, por abreviar, decidió utilizar una sola ficha por cada zona visitada. Al agrupar la fauna por territorios, y no por especies, se hizo pionero en el inédito campo de la ecología».

Nadie esperaba al moribundo que hoy forma parte de la historia de la ciencia española, y pocos esperarían gran cosa de la joven norteamericana de veintiséis años que se retiró a las montañas para recuperarse de una neumonía y pasaba las jornadas tan atenta a cómo un chinche gigante succionaba a una rana como a las evoluciones de esos seres rastreros que rara vez aparecen en los libros, y aún menos mencionados con aprecio o convertidos en materia artística. La joven se llamaba Annie Dillard, y aquella convalecencia de tres años le inspiró *Una temporada en Tinker Creek*, obra de arte incluida entre los mejores ensayos estadounidenses del siglo xx. Y es que en la vivificadora vibración de lo escondido laten maravillosas opciones de futuro. Lo que resiste al margen ofrece alternativas para vivir de otra forma. «La vida está siempre en los límites», ha escrito Richard Louv.

Perico Pérez Machín transitaba desde hacía años por

los límites de El Hierro, olvidado e incluso menospreciado por muchos, como si padeciera tuberculosis o neumonía, o viniera de Barcelona, así que encontrar a un cómplice como Miguel lo llenó de alegría. Miguel le aseguró que afrontaba un proyecto de larga duración, pero Perico sabía lo que duraba un forastero en la isla, por muy de Tenerife —o sea, vecino— que fuera. Bueno, tratarían de exprimir los días compartiendo horas con lagartos. Y el lugar ideal estaba allí arriba, en El Risco.

Perico le dijo a Miguel: «Sube tú siempre delante. Y tranquilo, que yo estoy debajo de ti. Si te caes, pongo el asta». La inseguridad de los riscos, sumada a la escasa experiencia del biólogo en superficies de ese tipo, incitaba a Perico a quedarse como cierre, empuñando la pértiga que servía de apoyo para subir y como barra deslizante en los descensos. En ocasiones, tendía la barra a Miguel para que la utilizara de sostén si debía cruzar algún paso «embraguetado» —más que peligroso—, aunque las cornisas rectilíneas debía superarlas solo, porque en esas alturas angostas no hay más espacio que para una persona de perfil.

El paso de El Pino y el de La Calcosa son dos bordes de montaña que caen en picado al vacío.

—No mires abajo —le dijo Perico a Miguel la primera vez que embocaron La Calcosa. Miguel miró abajo al instante. Un abismo de trescientos metros.

—Joder, Perico. Que si nos caemos aquí, adiós.

—Si paso yo, que mira lo que ocupo, cómo no vas a pasar tú. Va, hombre, va.

Miguel estaba aterrado. El propio Perico le había explicado la historia de un familiar suyo al que se le enganchó la talega a una roca, perdió el equilibrio y se despeñó. Pero el biólogo había subido hasta allí, y ¿acaso no era un buscador de lagartos? Se agachó pegando la espalda a la minihendidura de la cueva. Las plantas que habían brotado en la roca le rozaban el cuello, la cabeza.

Muy poco a poco, aunque sin despegar los ojos del suelo, que lo atraía vertiginosa, enfermizamente, alcanzó el otro lado.

—¿Ves? Ya está. Ahora solo nos queda volver.

«Cuando pensé que tenía que volver a pasar por ahí, el día se acabó. No pude concentrarme en nada más, ni en lagartos ni en nada. Estuve todo el tiempo pensando en que iba a volver a jugarme la vida dentro de un rato. Y Perico cruzaba el paso cada dos por tres como si nada», recuerda Miguel, que esa tarde llegó a casa agarrotado. Necesitó sentarse en la ducha bajo el chorro para que los nervios empezaran a destensarse.

Pensó que en La Calcosa se había multiplicado su angustia al perder el cordón de seguridad que suponía la presencia de Perico debajo. Pese a la precariedad de aquellas escarpaduras, donde un deslizamiento o un tropezón bastan para desencadenar la tragedia, estar con Perico calmaba a Miguel.

—Lo que pasa es que él también tenía miedo —me dijo Miguel una tarde.

—Normal.

—No, no. Él tenía miedo por mí. Temía que me cayera, y se obligaba a estar muy pendiente.

Durante aquellos años, Miguel perdió pie dos veces, y las dos se resolvieron igual: empezaba a despeñarse cuando encontró el asta, perfectamente horizontal, deteniendo su caída. Las dos veces, Perico sujetó el bastón tan firme que parecía una simple baranda. «La mano derecha más poderosa» que se había visto en Canarias, apuntalada por la también impresionante zurda de aquel luchador-escalador de 140 kilos, mantuvo recto el palo al que se agarraba Miguel, equilibrándolo en tierra firme.

—No tembló —recuerda Miguel.

Cómo podía deslizar aquel corpachón de esa forma es una incógnita que engrandece su leyenda. «Vivía al son de los lagartos», me dijo su madre Juana María una tarde, sentada entre la mesa del comedor y un enorme armario abarrotado de trofeos ganados, sobre todo, por su hijo

pequeño, el Pollito de La Frontera. En las fotografías y retratos distribuidos por la casa, la imagen del Pollito prevalecía ante las de sus padres, sus abuelos y sus dos hermanos.

El Pollito está mucho más presente que su hermano Perico en el imaginario herreño. Fue un campeón. Pero si conquistó los estadios fue porque lo apartaron de El Risco.

—Subía con mi padre y con mi hermano a cuidar las cabras, pero mi padre quiso quitarme el vicio. Yo tenía cinco años y casi les molestaba —Perico le llevaba trece años—. Un día mi padre me dijo que no subiera. Y luego otro, y otro. No subas no subas no subas. Hasta que se me quitaron las ganas de subir. Mi vida era ir del colegio a casa y cuidar de los animales. La lucha —canaria— me gustaba, pero sobre todo me servía para escaquearme del trabajo, y mi padre me dejaba. Cuando vieron que ganaba, empecé a entrenar más en serio. De subir a El Risco nunca me habló nadie.

El Pollito ganó todos los torneos durante quince años consecutivos. Tiene el trofeo Pancho Camurria en propiedad, aunque la Federación se lo pidió para guardarlo. La mañana que nos vimos en el gimnasio donde trabajaba, acababa de recoger ese trofeo para llevárselo a casa después de muchos años. Lo había enviado a restaurar al descubrir que acumulaba óxido y moho en un almacén federativo. Adecentarlo le había costado trescientos euros, pero ahora estaba limpio y en casa. El trofeo olvidado resume el declive del Pollito en la isla, y de la lucha canaria en general. Los hombretones que veinte años antes habían brillado hasta el punto de lograr que los horarios de los partidos de fútbol no coincidieran con los de las luchas, porque el público prefería la arena al césped, ahora ven cómo se oxidan sus trofeos. Ya no existe un club de lucha con solera en El Hierro. La isla no ha sabido amortizar el aura del Pollito, al que ni siquiera se le ha rendido un homenaje en condiciones. Hay motivos sentimentales que lo explican pero, sea como sea, cuando recalé en la isla, Perico ya había recibido una emotiva fiesta de despedida y sus

amigos le preparaban otra.

Es cierto que Perico ha muerto, y que los homenajes *in memoriam* a menudo son más sencillos porque la envidia y los celos se llevan de otra forma cuando el celebrado ya no está, pero quienes lo conocieron coinciden en que su historia se amplía e ilumina con el curso de los años. Un hombre lagarto no se encuentra con frecuencia. El reloj ha dictado que el lagarto se coma al pollito en la memoria insular.

Perico y Miguel se ocuparon de la cría en cautividad y atendieron a cerca de dieciséis mil personas en el Ecomuseo de Guinea, donde hoy continúa limpiando Nereida. La viuda de Perico me acompaña casa por casa del poblado, mostrando los catres, cocinas, hogares, literas que ocuparon docenas de herreños hasta los años sesenta. Se conservan con las camas hechas y las mesas puestas. Visitamos también la letrina y los establos, y mientras Nereida despliega un exuberante racimo de llaves que va insertando en candados, cuenta que Perico enseñó a silbar a una cacatúa ninfa blanca. Por eso, cada vez que Nereida oye los silbidos del ave, revive momentos compartidos con su esposo. Los lagartos le recuerdan su rostro, y los silbidos de ninfa, su voz. Así va reencontrando a su amor en los animales que lo marcaron.

Nereida repite que no logra superar la tristeza que le causó su pérdida. Cada día, la viuda mira su foto, enciende una vela y, por la tarde, visita su lápida en el cementerio que asoma al final de Las Lapas, la miniurbanización más allá de los riscos donde la altura, siendo mucha, aún es apta para un caminante en forma. Le recomiendan que pase página, pero de momento no hay manera. Perico murió hace menos de un año. Ella sigue arriba y abajo, del cementerio al lagartario, reproduciendo los vaivenes que durante siglos han distinguido a La Muda, cuando los habitantes de El Hierro peregrinaban de la montaña a la costa y al revés con sus burros, cabras, gallinas y enseres en

busca de temperaturas fértiles y templadas. Y es que, pese al suave clima canario, la elevada orografía de El Hierro, con su capital, Valverde, sempiternamente a ras de nube, el pico de Malpaso a 1501 metros y alturas como las de San Andrés, donde no solo el invierno enfría sino que la humedad empapa la ropa, hace que los herreños se muevan como lagartos, todos anhelando el calor.

Subir y bajar, en eterno vaivén de piernas, patas, rocas, olas. Las personas cambian, sus prioridades también. El Pollito es historia, los hombres fuertes ya no son lo que eran. Hay una fuerza más allá de los estadios abarrotados que siempre se acabará imponiendo. Para sentirme satisfecho no preciso de espectadores, sí de amigos. La soledad es hermosa, pero a pocos colma, si es que a alguien. Perico necesitaba cabras, hijos, ninfas, lagartos. Quiso estar donde estaba. Sin más.

En el otro extremo de El Golfo se tiende Arenas Blancas, el litoral de rocas volcánicas donde algunas ballenas deciden morir. Tras charlar con Nereida, crucé El Golfo para caminar por aquellas erizadas extensiones de magma. El nombre de Arenas Blancas responde a una mínima playa cuya arena es más clara que su basáltico entorno, marcado por los volcanes. El resto de ese espacio plantea un inmenso contrapunto mineral a los acantilados de El Risco. La violencia de las erupciones y la sinrazón geológica se hacen cautivadoramente visibles.

Por la tarde confluyen en la costa las explosiones de espuma y roca contra el sol, levantando vaporosas nubes que lo entelan todo. La existencia se diluye entre partículas de agua, roca y luz, y es curioso que, justo ahí, en el interior de la niebla, sea tan sencillo entender que somos la creación más blanda y sensible. Sin caparazón ni plumas ni escamas. Solo una vaga cubierta de piel que respira el aliento de la intemperie. Aquí resulta más sencillo que en otros lugares sentirse animal y partícula. Percibir cómo la sal y el sol se adhieren a los poros, que podrían convertirse

en escamas si superamos esta era. Después de estos últimos años de crisis encadenadas no tenemos el mejor ánimo, planea sobre nosotros cierta sensación de derrota. Nos sentimos tristes o lánguidos porque, como especie, no estamos acostumbrados a perder. Bueno. Ha llegado la hora de asumir que existe un final, y que el único matiz es el tiempo que discurrirá hasta entonces. La intuición de un tiempo infinito, también eso se experimenta aquí.

Hay una señal propicia para imaginar a la humanidad actuando de otra manera, y es que nos estamos sintiendo incómodos. Algo nos ha expulsado del archifamoso y relamido confort. Cuando notas que tu piel no es tuya es porque tu cabeza ha cambiado, y entonces se impone otra vida. En El Hierro lo saben, aquí practican periódicamente esa muda que los lagartos subliman cambiando de piel cada año.

Las patas, las pezuñas y los gemelos de El Hierro son más fuertes que en otros lugares porque los autóctonos saben vivir en las grietas, olvidados del resto del mundo. El Hierro significa «fuerte». No se sabe a ciencia cierta si el nombre condiciona el carácter o es resultado de este, pero Perico, Pollito y el lagarto gigante son ejemplos de hasta qué punto un nombre puede reflejar la verdad.

En el 2007, El Risco se movió. El rodadero es un circuito curvilíneo que desciende por donde la pared se convierte en loma, una especie de cauce que han diseñado los siglos para dirigir de forma ordenada las piedras que desprende el muro. Sin embargo, esa noche del 2007, una inusual cantidad de piedras comenzó a bajar el rodadero y, por algún designio gravitatorio, abandonó el cauce para transformarse en una lengua mineral lenta pero inexorablemente arrolladora que se dirigía al lagartario.

Aunque Miguel había vivido durante años en aquel minicomplejo para investigadores y reptiles, llevaba semanas durmiendo en la casa de la montaña donde pronto se iba a instalar, así que no fue hasta la mañana siguiente

cuando descubrió que la vivienda que ahora usaba como oficina y un par de construcciones más, donde se guardaban los terrarios con lagartos de cría en cautividad, habían sido destrozadas por una avalancha de rocas que debía de haber bajado muy despacio porque, si bien las piedras se apilaban a metro y medio de altura, algunas ventanas continuaban intactas. Casi doscientos lagartos murieron aplastados en sus terrarios.

—Fue un golpe durísimo —dice Miguel.

Muchos eran jóvenes reproductores. La catástrofe indujo a construir un nuevo lagartario fuera de la órbita de El Risco. Lo ubicaron en la cercana finca de Los Palmeros, adonde desplazaron a los animales destinados a vivir en libertad. En la actualidad hay tres lagartos gigantes de El Hierro en la isla de La Gomera, y tres de La Gomera —que, aunque se parezcan, son animales distintos— en El Hierro, en previsión de desastres que pudieran aniquilar a la especie en cualquiera de las dos islas.

En el lagartario de Guinea se mantuvieron unos cuantos ejemplares en cautividad, además de la zona de suites donde se incita a machos y hembras a procrear. La suite es un terrario en miniatura pensado para que el macho y la hembra no puedan distanciarse demasiado y copulen por pura cercanía. Miguel me enseñó las capsulitas alfombradas con papel de periódico donde progresaban las crías de distintos partos, y entramos en los terrarios, de treinta y cinco metros cuadrados y al aire libre, con techo de tela transparente para evitar las fugas. Cogió a un lagarto más largo que su antebrazo.

—Este es de los más antiguos. Tiene treinta y cinco años, y cataratas. Ha mordido a todo el equipo. Ha matado a alguna hembra. Lo llamamos Hijoputa. ¿Lo quieres tocar?

La mañana continuaba fría, el sol no había llegado aún al lagartario, y el animal, que Miguel sostenía por el vientre, parecía aletargado. Tenía la cabeza suelta pero casi no la movía. Mientras la temperatura no aumentara, los reptiles continuarían quietos, incapaces de activar sus músculos, tan dependientes del calor. En el caso de aquel

lagarto rudamente bautizado, la edad también contaba. Los lagartos gigantes pueden vivir hasta cuarenta años en cautividad, quince en estado salvaje. No son agresivos, se limitan a defenderse si perciben alguna amenaza, y aun así prefieren evitar la lucha —«son tontos», dicen algunos, lo mismo que dijeron de los dodos en la isla de Mauricio y del moa en Nueva Zelanda, dos especies exterminadas por los humanos—, por lo que, cuando están fríos, si se localiza su escondite, es muy fácil atraparlos.

Miguel me puso el lagarto en las manos. Lo sujeté con las dos. Las escamas eran más tersas que rugosas. Como había hecho el biólogo, rasqué algunos restos de la piel que estaba mudando. Pesaba menos de lo que había intuido. Lo noté tranquilo. Pero también pensé que ese lagarto sumaba toda una vida de experiencia entre humanos y sabía que sus mordiscos no tenían consecuencias. Nos mantuvimos serenos, observándonos mutuamente. Miguel respetó el momento. Pensé en el animal como tiempo, y que lo tenía en las manos.

Después, Miguel me enseñó la incubadora, el arsenal de frascos de compota con ternera que complementaba la alimentación de las crías, y los frigoríficos llenos de cadáveres de búhos, paíños, lagartos, de algún gato, todos congelados antes de ser enviados a laboratorios donde les escrutarían los órganos.

En el museo, los paneles explicaban la naturaleza del lagarto y su estado actual. En algunas fotografías aparecían Perico y Miguel. «Se le echa terriblemente de menos», dijo el biólogo. Desde que Perico murió, Miguel no había vuelto a El Risco. Le pregunté si se animaría a subir conmigo al día siguiente. Dijo que no.

A las nueve de la mañana, la sombra aún se cernía sobre las paredes de El Risco aliviando la dureza del ascenso. Superado el poblado de Guinea, entre los arbustos destrozados recogí una larga rama que iba a usar como pértiga, igual que había visto hacer a Perico en fotos y vídeos. Medía casi dos metros y era muy recta, delgada y flexible, aunque le faltaba solidez y temí que se rompiera.

Cuando empecé a hincarla, vi que se clavaba bien en la tierra y en los pedregales, y que resistía la presión contra las rocas ayudándome a tomar impulso. Le faltaba la punta metálica de las pértigas profesionales, pero aquella solución improvisada estaba funcionando permitiéndome comprobar la utilidad de un «instrumento», como lo llaman allí, que ya usaban los guanches y habían heredado los habitantes rurales de toda Canarias para desplazarse por las múltiples superficies abruptas, de barrancos a riscos y acantilados, y para saltar de terraza en terraza.

Perico era un maestro ejecutando el «salto del pastor». Clavaba la punta en el suelo, en dirección al lugar donde pretendía aterrizar, y, agarrado a la parte alta del asta, se lanzaba al vacío deslizándose con la madera y por ella en un vuelo breve. Él la llamaba *astia*, como mucha otra gente de El Hierro, aunque en el archipiélago, según dónde, hay quien la llama *asta*, *lanza*, *garrote*, *lata*. A veces saltaba descalzo.

Trepando El Risco, parece imposible que un humano de esta época, crecido en una isla apartada pero al fin y al cabo primermundista, pueda encaramarse descalzo por un terreno así. Los pies desnudos quizá se adhieran mejor en los tramos donde la tierra resbala y se desliza cuesta abajo, y quizá sean prácticos para brincar por el gargal —el lecho de grandes rocas pulidas que precede a la pared—, pero luego hay cien mil relieves distintos de piedra, muchos de ellos puntiagudos, además de las espinosas malezas soterradas, o no tanto, que en cualquier momento se pueden hundir en la carne. El caso es que Perico se descalzaba.

Unos metros por encima del gargal hay un promontorio con barrancos a ambos lados que se sitúa frente al muro como si fuera un mirador. Hacia la punta se estrecha igual que la proa de un barco y ahí, en ese filo, encontré una piedra no del todo incómoda donde apostarme con los pies apoyados contra una roca que me impediría resbalar pendiente abajo. Desenfundé los prismáticos. La línea de sol avanzaba por El Golfo, faltaba algo más de una hora para

que alumbrara «mi» pared. Estaba sudando aunque todavía refrescaba, pero como debía aguardar un buen rato ahí quieto, me dejé la chaqueta puesta y la braga al cuello.

¿Cuántas horas se apostó Perico entre rocas esperando a los lagartos? A su madre le había dicho en alguna ocasión que su trabajo era bueno y malo a la vez, porque le permitía vivir en la naturaleza pero lo obligaba a pasar demasiado tiempo solo y quieto en las alturas, vigilando. Porque otra misión de Perico era controlar a los furtivos.

Cuando subía con Miguel, a veces agarraba una piedra grande como una cabeza y la lanzaba por el rodadero. El ruido alertaba a la gente de Guinea y alrededores, y más de una vez Onelia, una vecina, dijo: «Ya está, ya se mató». Localicé una piedra del tamaño de un melón y la lancé rodadero abajo. Enseguida cobró velocidad, no hubo nada que la frenara. Ella sola se encauzó por la rambla detonando un estrépito que hacía pensar en una avalancha de piedras y no en una sola cayendo. Supuse que se debía a varios ecos superpuestos o a algún efecto del rebote del sonido.

El coliseo pétreo también amplificaba los ruidos de El Golfo, y los ladridos, cacareos, martillazos o las campanadas, que se oían como si estuvieran al lado. Intenté distinguir el rumor del océano, pero no pude o no supe hacerlo. El día era limpio, y si no vi La Palma en el horizonte fue por falta de ángulo.

Aún cuentan que desde La Palma se podía avistar San Borondón, la isla mítica que se ha asociado al lomo de una ballena gigante, a la ciudad perdida de la Atlántida y a un espejismo causado por la refracción de la luz en las nubes. Un perfil que algunos siguen buscando en el mar. Cuando el sol empezó a revelar la pared como una cálida paleta mineral llena de ocres, naranjas, marrones, me descubrí escrutando el muro en busca de mi propio San Borondón. Con la diferencia de que el lagarto existía. Era una leyenda viva.

Cuando terminó de moverse la luz, nada más lo hizo. Me quité la chaqueta y plegué la braga del cuello hasta

convertirla en gorro. El lagarto estaba ahí, en algún lugar, desentumeciendo sus cartílagos, dispuesto a abastecerse de calor emergiendo al exterior del muro. En el lagartario, un espacio de treinta y cinco metros cuadrados, ya me había costado localizar a un único reptil encaramado a las rocas. Estaba inmóvil, mimetizado con los colores de fondo, y necesité un buen rato para verlo. Ahora debía identificar ejemplares en una superficie mucho más vasta y alejada, aunque me ayudara con prismáticos. Quizá fuera mejor observar a simple vista: permite abarcar más espacio y detectar movimientos que, fuera del círculo graduado de las lentes, no podría percibir.

Esa mañana yo acababa de terminar la lectura de *El leopardo de las nieves*, de Sylvain Tesson. El francés había viajado al Tíbet acompañando al fotógrafo Vincent Munier, cuyo objetivo era captar imágenes del felino. «Mi sueño en la vida habría sido ser totalmente invisible», le había confesado Munier al escritor. Así que, al seguir al leopardo, también continuaba su aprendizaje sobre el arte de desaparecer. Munier abandonó los libros a los diecisiete años «para entrar en el bosque», quizá no sabiendo aún pero sí intuyendo que «la naturaleza ama esconderse». Eso lo dijo Heráclito.

De modo que el chico sin una educación reglada, el discípulo del bosque, optó muy pronto por dedicarse a buscar lo que nadie veía. Munier siempre ha afirmado que hizo una apuesta por la belleza, y lo cierto es que viendo sus fotografías de linces, lobos, osos, árboles, liebres nivales o yaks, hay que concluir que le ha ido muy bien. Es uno de los grandes fotógrafos de animales. Una de sus virtudes consiste en parar el tiempo. Tesson había intentado desvelar el secreto de Munier. Cómo piensa y actúa. Cómo llega a un lugar y, simplemente, se detiene. Cómo se convierte en espacio. «Estamos al acecho, el espacio ya no desfila», ha escrito Tesson.

Munier y Tesson habían acechado al leopardo a muchos grados bajo cero, mientras que Perico, ahora yo lo estaba asimilando, debió soportar elevadas temperaturas

que, entre el esfuerzo y sus kilos de peso, le hicieron sudar a chorros. Me quité la camisa con gestos delicados. Me quedé en camiseta, la mirada fija en la pared, ya sin prismáticos. Había acechado otras veces, pero nunca en un lugar tan expuesto. El sol caía a plomo y me esforzaba por no moverme para no alterar nada. Aparecieron moscas e insectos que oí pero no identifiqué porque no quería mover la cabeza. Avanzó la mañana. Llegó el mediodía. Notaba el cuerpo sobrecalentado, los brazos ardiendo.

Quizás ayudara el cese de los ladridos y que nadie martilleara tablones y que a los gallos los enmudeciera el sol, el caso es que oí el mar.

En el estado de acecho, la agudeza de los sentidos se amplía. Sientes vibrar ciertas tensiones de ahí fuera, de ahí delante, que en otro estado no habrías llegado a captar. La soledad lo afila todo, la temperatura también. El aire insinúa, el color del agua delata, las manos detectan, y así vas recuperando sensaciones que vienen de lejos y pensabas haber perdido. Rescatas pedazos de tu propia historia atisbando de qué estás hecho, de qué estás hecho en esencia, porque, a ciertas alturas, lo que sientes trae recuerdos que te cuentan historias que has vivido y preguntan hasta dónde quieres vivir, sentir más.

Alguna piedra pequeña caía de vez en cuando rodadero abajo, fruto de la dilatación provocada por el sol. El eco la multiplicaba levantando un fragor que pronto se extinguía. En la pared, nada. Ya no buscaba una forma silueteada en la roca, sino movimiento o un color distinto.

Décadas antes, el escritor Peter Matthiessen publicó un libro de título idéntico al de Tesson. Él también había viajado en busca del leopardo de las nieves acompañando a un amigo, en su caso el zoólogo George Schaller. A diferencia del francés, Matthiessen no vio al leopardo, pero escribió un hermoso libro en el que, además de sobre el budismo y la muerte de su mujer, reflexionaba sobre lo relativo que es ver. Según Matthiessen, hay varias formas de ver, y cuando le preguntaban si había visto al leopardo, respondía: «¡No! ¿No es maravilloso?». Tesson le contestaba

en su libro que, por muy lírica que fuera su postura, «no podía entender que alguien llegara a felicitarse por un desengaño». Tesson había ido al Tíbet para ver, y aunque es cierto que el solo hecho de experimentar la posibilidad de encontrar al felino, de vivir inmerso en la tensión de la esperanza, ya fue algo poderoso, cuando distinguió a la pantera con el catalejo de Munier, le sacudió un trallazo de inexplicable energía.

«Fue una aparición religiosa. Hoy el recuerdo de aquella visión reviste para mí un carácter sagrado.»

Ver un lagarto tampoco debía de ser tan difícil, a fin de cuentas el día anterior había tenido uno en las manos. No estaba en libertad, de acuerdo, y desde luego que experimentar lo salvaje reporta otra emoción, pero hace mucho que no ansío según qué concreciones. Respirar el aire que respira el animal, eso es lo que deseo. Desde luego que cuando aparece el protagonista salta una chispa distinta, se siente una caricia de felicidad, si bien la contemplación es sutil, en absoluto religiosa y sagrada, sino una alegre confirmación visual de que ese animal es posible porque hay todo un ecosistema, que sí he visto, conocido y tocado, que trabaja con y para él.

Visibilizar hoy a Perico puede beneficiar al lagarto mucho más que decir aquí que ese día lo vi en la pared. Por las rocas que había a mis pies y a lo largo del muro se deslizaron varios lagartos, conté cuatro, pero ninguno gigante. Los localicé a simple vista, aunque solo cuando se movieron. Y todo el tiempo estuve pensando en Perico.

Nereida dijo que su marido solía dar charlas a escolares que visitaban Guinea. Los niños volvían a casa diciendo que de mayores querían ser Perico y cuidar cabras y lagartos. No querían ser ingenieros, futbolistas o ganaderos. Querían ser Perico. Un hombre concreto que vivía de una manera determinada demostrando a diario cuánto valen las raíces.

Pasan los meses y muchos herreños contemplan cómo se revaloriza Perico, la magnitud de su legado, así que pronto recibirá otro homenaje. Reivindicar a la estrella naturalista local es un ejercicio que vale la pena practicar si

queremos mantener su legado. Si olvidamos a nuestros Pericos, perderemos la memoria esencial.

Si olvidamos al nativo que estableció un trato íntimo con la naturaleza, nos despedimos de nuestra intimidad con ella. La tierra, el mar, los riscos o el lagarto dejan de pertenecer a nuestra familia. Aunque los tengamos ahí, pasan a formar parte del «afuera». Se desplazan literalmente a otro mundo porque, al perder la conexión humana, hemos dejado de sentirlos. La naturaleza se convierte entonces en mera palabra, en algo que ocurre tan lejos como si estuviera detrás de una pantalla, y pasamos a relacionarnos con animales y espacios salvajes como si se tratara de una realidad ajena y extraña mientras repetimos, eso sí, que tenemos que cambiar algo. Cuando se olvida al nativo, prolifera el autóctono ignorante pero siempre esperanzado en cambiar algo que no sabe lo que es. Habría que atajar a esa tropa de esperanzados ignorantes, y un modo de hacerlo puede ser destapando historias que presenten a todos los Pericos del mundo, esas personas puente en las que proyectarse, esos modelos de acción real que ridiculizan a quienes, dándose aires, hablan de cambiar el mundo apelando a comodísimas abstracciones.

El nicho del hombre lagarto está en la parte trasera del cementerio de La Frontera, encarado a la montaña. Además de los jarrones de mármol con flores frescas que Nereida y sus hijos se encargan de renovar sin falta, y de la imagen de una virgen, la parte inferior de la lápida tiene una fotografía engastada. Es un contrapicado de Perico agarrado a la pértiga en pleno salto. Aunque en el resto del cementerio hay otras fotos, muy pocas reflejan alguna afición o pasión del finado, y ninguna recoge un instante de acción tan completa, en la que el protagonista emplee todo el cuerpo, en la que se exprese tan vivo.

03

Ballena vasca

Una mujer trajo de vuelta a la ballena vasca. Se llamaba Selma Huxley, y cuando empezó a revelar la historia del cetáceo que aparece en tantos escudos cantábricos, muchos vascos se preguntaron por qué habían olvidado a un animal decisivo para explicar desde el poder de los constructores navales de su país hasta el mito del matriarcado. Algunos sugirieron que la omisión podía deberse a los nuevos aires ecologistas, porque vincularse a la matanza de mamíferos formidables da mala publicidad, pero percibieron que el olvido era auténtico, así que venía de lejos.

Huxley había aportado fechas que databan la magnitud de la desmemoria. Gracias a sus investigaciones ahora sabemos, o hemos logrado recordar, que la ballena se esfumó de estas aguas a causa de los arpones, sí, pero también que la disolución de su relato incumbe a un secreto demasiado bien guardado.

La mayoría de historias están hechas de sonido, son pura comunicación, y si en Canarias se conversa silbando y dos piedras pueden hacer pensar en mil cuando caen por rodaderos, la historia de la ballena vasca viajó como un canto de cetáceo: alguien la contó en el País Vasco del siglo XVII proyectándola al océano Atlántico, y durante tres siglos surcó las aguas hasta llegar a la costa de Canadá, donde encontró una tierra y sobre todo una mujer en la que rebotar. La historia regresó entonces por la senda atlántica a la costa donde había sido articulada. Vascos como ballenas con sentido de ecolocalización, que envían una historia a la nada y al cabo del tiempo la ven retornar permitiéndoles intuir mejor quiénes son, dónde están.

En 1973, la historiadora Selma Huxley redescubrió que los vascos fueron los primeros en cazar ballenas a escala industrial. Lo hizo nueve años después de la muerte de su

marido, Brian Barkham, un arquitecto inglés que había estado en el País Vasco antes de conocerla e hizo su tesis de licenciatura sobre los caseríos. Por eso habían viajado juntos a España. Un amigo, el sacerdote Pío Montoya Arizmendi, les habló de la presencia vasca en Canadá y despertó la curiosidad de Selma. Su padre era primo del escritor Aldous Huxley, del biólogo evolutivo Julian Huxley y del fisiólogo y biofísico Andrew Huxley, premio Nobel de Medicina en 1963. Y el bisabuelo de Selma fue Thomas Henry Huxley, conocido como el «bulldog de Darwin» por su apasionada defensa de la teoría de la evolución. Así que había algo casi genético en su deseo de investigar hasta las últimas consecuencias, viajando a donde hiciera falta. Además, recibió una educación que ayudó a estimular ese gen, y es que, habiendo nacido en Londres, cursó estudios universitarios entre esa ciudad y París, y a los veintitrés años se trasladó a Canadá.

Cuando Brian murió, Selma tenía cuatro hijos. Empezó a trabajar para el Gobierno canadiense, cada vez más cautivada por las conexiones de las costas del país norteamericano con las vascas, y en 1969 se mudó a México con el objetivo de aprender español, consciente de que debería dominarlo si quería consultar según qué archivos.

—Estaba harta del frío de Canadá y tenía unos contactos en México, así que nos subimos todos al coche y allí fuimos —recuerda su hijo Michael Barkham, que por entonces contaba diez años.

Selma mantuvo a sus hijos con el dinero que ganaba impartiendo clases de inglés. Tres años más tarde, solicitó una beca para desarrollar sus investigaciones en el País Vasco y se embarcó con los chicos en un carguero que atracó en Bilbao.

—Cambiar la luz tropical de Veracruz por el gris de Santurce… —dice Michael—. Cuando llegamos, todos quisimos dar media vuelta. Menos Selma, claro. Nos instalamos en un hostal. A los pocos días le comunicaron que le habían denegado la beca, parecía que un cura canadiense ya había realizado la investigación que ella

proponía. Se quedó hecha polvo.

La publicación de *Los vascos en el estuario del San Lorenzo. 15351635*, del sacerdote René Bélanger, pareció finiquitar la aventura de Selma. Bélanger había subrayado la exhaustividad de su estudio, afirmando haber rastreado milimétricamente bibliotecas y todo tipo de archivos.

—Pero Selma —Michael siempre se refiere a su madre por el nombre— era testaruda y creyó que podía quedar algo por explicar. Hablaba inglés, francés, español, y había crecido en una casa siempre llena de gente, sobre todo escritores y exploradores. Quiero decir que no se rendía fácilmente, la curiosidad podía mucho, fue fiel a sus intuiciones..., y entonces ocurrió un *milagro*. ¡La palabra es de Selma! A través de su gran amigo Jack Richardson, exjefe suyo en Canadá, recibió mil dólares de un mecenas anónimo para que siguiera investigando. Así que nos quedamos.

No todos. Envió a los dos hijos mayores a estudiar a Inglaterra con sus abuelos. Ella se quedó con Michael, que ya contaba trece años, y con Serena, su hija pequeña, de diez. Selma había detectado que Bélanger no había rebañado los archivos, limitándose a las fuentes más visibles. De hecho, el supuesto trabajo referencial de Bélanger le pareció un refrito de publicaciones ya existentes, como el libro que Mariano Ciriquiain Gaiztarro había publicado diez años antes, *Los vascos en la pesca de la ballena.* Y sabía que para llegar al fondo de la historia no bastaban los testimonios de los diplomáticos y de la élite burocrática, sino que, para empezar, debía dar voz a marineros y pescadores, cuya visión esperaba descubrir en documentos aún no detectados.

Los encontró en el Archivo de la Diputación de Burgos, entre montañas de documentos desorganizados y muchas pólizas de seguro marítimo. Selma mantenía un constante intercambio epistolar con Jack, quien, al enterarse del hallazgo, le escribió:

«¡No sabes lo contento y satisfecho que estoy de saber que te ha tocado la lotería en los archivos de Burgos! Es lo

que pensabas y lo que tanto te ha costado conseguir […]. ¡Debes de sentirte como Howard Carter y Lord Carnarvon en la puerta de la tumba de Tutankamón!»

Después de Burgos, Selma investigó en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, la antigua corte de apelación del norte de España, donde encontró montones de pleitos sin catalogar. Se dedicó a bucear y emergió con papeles intocados desde hacía cuatrocientos años que demostraban la presencia de vascos en Terranova.

—Alguien le dijo que en Oñate guardaban los antiguos manuscritos notariales de la provincia —explica Michael—, y fuimos al pueblo en busca del cura que nos habían indicado. El hombre estaba en una romería con una bota de vino en una mano y un cohete en la otra. Selma le preguntó si conservaban documentos del siglo XVI. «Señora, tengo tres aulas llenas», le respondió.

Cuando en 1973 la historiadora entró en aquel edificio del mismo siglo XVI y desempolvó los antiquísimos legajos, empezaron a aparecer alquileres de barcos para Terranova, contratos de tripulantes, préstamos, testamentos y múltiples documentos que acreditaban el flete de los bacaladeros que habían fondeado en Canadá. Revelaban asimismo que, además de una pesquería de bacalao, los vascos del siglo XVI habían establecido la primera pesquería a escala industrial de la Tierra.

A través del párroco, Selma encontró un piso vacío en la plaza del pueblo.

—Conseguimos colchones, sillas y una mesa, pero la casa no tenía calefacción central —dice Michael—. Comíamos conservas de melocotón y piña en almíbar. Hígado, riñones, lo más barato. Siempre había una garrafa de vino para los invitados encajada en una cestilla de mimbre que se rellenaba con el tubo de un surtidor de gasolina. Pero, eso sí, bebíamos cada día leche fresca que bajaba en burro directa del caserío.

Selma necesitaba desplazarse a Canadá para corroborar lo que estaba leyendo. El verano de 1977, con una beca de la Real Sociedad Geográfica Canadiense, Selma alcanzó esa

remota costa liderando una minúscula expedición compuesta por sus dos hijos pequeños, su amigo arqueólogo Graham Rowley, la mujer de este y dos de sus hijas. Unos tomaron un pequeño avión en Ottawa y aterrizaron en una pista de tierra de la península de Labrador. Otros recorrieron más de dos mil quinientos kilómetros en coche.

—De ahí al Ártico no había nada —recuerda Michael.

Desplegaron las tiendas de campaña sacudiéndose como podían los enjambres de moscas negras y empezaron a trabajar. Días después, los arqueólogos Jim Tuck, Robert McGhee y un joven ayudante se unieron al grupo invitados por Selma.

Lo primero que encontraron fueron las tejas que empleaban los balleneros para cubrir los hornos durante el procesamiento de grasa. McGhee, que había trabajado con los inuit, identificó barbas de ballena. El hallazgo lo dejó pasmado, porque él y Tuck ya habían estado allí, en ese exacto lugar, pero no habían visto nada de lo que ahora estaba identificando sin esfuerzo. ¿Por qué? El propio McGhee se dio la respuesta: él era un arqueólogo prehistórico, así que al explorar aquel territorio siempre había atendido a estímulos muy determinados, obviando todo lo que su cabeza descartaba al considerarlo inútil para su específica investigación. De modo que ni siquiera había «visto» aquellas perlas históricas. De cuclillas ante las barbas de ballena, el arqueólogo quedó asombrado ante las afinidades electivas de su propio cerebro, certificando que a menudo «solo encontramos lo que estamos buscando».

Las familias de Selma y Graham permanecieron allí cuatro semanas. Michael se encargó de las fotos.

—Habíamos crecido con la palabra Terranova en casa, y viví la emoción sobre el terreno. Vi a mi madre fascinada. La mujer que durante años, como no nos podía dejar solos en casa, nos había llevado a los archivos, y nos había animado a copiar fichas con ella, estaba en el lugar que justificaba todo.

Selma informó a Parks Canada (la agencia pública que gestiona los parques naturales y las áreas de conservación

marina del país norteamericano) sobre la investigación que estaba llevando a cabo. Dijo que la nao *San Juan* tenía que estar hundida allí. Nadie le hizo caso, hasta que se presentó en las oficinas de la Real Sociedad Geográfica Canadiense mostrando pruebas y fotografías.

La Sociedad organizó una expedición comandada por Robert Grenier al sur de la península de Labrador. Al cabo de unos días, con Selma ya de vuelta, Grenier le envió un telegrama: ¡HEMOS ENCONTRADO EL BARCO! Siguiendo las indicaciones de la historiadora, localizaron otra nao ballenera en el deshabitado puerto de Chateau Bay.

«Hay un antes y un después de lo aportado por Selma Huxley», dicen armadores, historiadores, pescadores y un sinfín de vascos aturdidos ante la evidencia de que «tuvieran que venir de fuera a documentar que las ballenas son parte de nuestro pasado».

En concreto, la ballena franca glacial, que recibió el sobrenombre de *vasca* precisamente por el origen de sus cazadores. Las barbas, el alto contenido de grasa y la costumbre de nadar cerca de la costa son características singulares de esta especie que durante siglos pudo avistarse desde las atalayas que aún resisten a lo largo de la costa vascongada.

Mi amiga Gema Arrugaeta me había ayudado a encontrar lecturas que enfocaban al cetáceo, y aseguraba conocer a personas que podían aportar experiencia y leyendas sobre ballenas. Gema es fotógrafa de y por naturaleza. Nos conocimos trabajando con ovejas negras, y mientras charlábamos sobre razas merinas y lachas, me enseñó fotos de rebaños del norte que ilustraban cómo sentía ella el espacio y los animales. Fue fácil sintonizar. También había trabajado con agricultores y pescadores, siempre muy atenta a la labor de las mujeres. Cuando le propuse recorrer la costa desde Guéthary hasta Guetaria siguiendo la pista de las ballenas, ¿qué podía responder?

Hay personas capaces de fijar el tiempo, se llamen Cristo o Selma. Antes de Selma, en la heráldica vasca ya aparecía la ballena, pero, como aseguran los propios nativos, ni mucho menos existía tal cantidad de grafitis, sellos, marcas de chacolí o cerveza, además de nombres de asociaciones y clubes, que hoy estampan la silueta del animal en rincones insospechados. Después de Selma se desencadenó un interés que puso a la ballena en el centro de la memoria, y aunque aún había mucho por hacer, se percibía que la influencia cetácea había vuelto para quedarse.

El año 43 después de Selma (del descubrimiento de la nao *San Juan*, en 1978), dos agentes franceses detuvieron la furgoneta en la que viajábamos Gema y yo. Fue en el límite vascofrancés. La pandemia había endurecido los controles fronterizos, pero Gema tiene la doble nacionalidad (su padre nació en la parte francesa), y el permiso de mi editorial lo miraron por encima.

—*Bonjour. Allez, allez*.

La costa se asalvajó enseguida. En minutos pasamos de un litoral urbanizado con industrias y bloques de pisos a pocos metros del agua, a una larga cornisa rocosa desierta contra la que rompía el mar crespo. Intermitentes cortinas de espuma tamizaban la luz invernal, y podíamos estar seguros de que no emergería una ballena al fondo, porque hacía dos siglos que no frecuentaban la zona. Alguna podía extraviarse, pero era muy raro. Ahora preferían aguas más solitarias porque, ya en peligro de extinción, habían aprendido a eludir las concentraciones humanas.

▲▼▲

Siguiendo la carretera podríamos haber llegado a Bayona, donde se registró el primer documento de venta de carne de ballena en este litoral, pero habíamos trazado un plan que debía empezar un poco más al sur, en Guéthary, para evidenciar de forma gráfica la conexión con Guetaria, y fue sencillo respetarlo porque, cruzando el pueblo, asomaron el hotel Balea y un mural con el dibujo de un cetáceo que

ocupaba la pared de una casa. Era obligatorio parar. La ballena tenía el vientre abultado. Al reposar la mirada, vi perfilarse una cría. De habérselas encontrado en el mar, un viejo ballenero las habría identificado al instante poniendo proa hacia ellas. La cacería a menudo pasaba por capturar a la pequeña, y como la madre no quería abandonarla, acababa sucumbiendo a su lado.

Los franceses también las cazaban, aunque no se especializaron tanto como sus vecinos. Los primeros documentos de caza de ballenas son escandinavos. Los portugueses manejaron bien el arpón, pero los vascos se emplearon aún más a fondo, con capturas tan frecuentes y exitosas que sus colegas franceses los describían como brujos que hacían rodar la inmensa boina sobre un dedo mientras murmuraban hechizos que les facilitaran el botín.

Por lo menos desde el siglo IX, los vascos estuvieron siempre preparados para cazar. Salían en chalupa a pescar sardinas o boquerones con el arpón a bordo. Si de repente emergía una ballena, los pescadores se sentaban a los remos, uno empuñaba el arpón, y la embarcación se transformaba en ballenero.

La pesca era todavía de bajura, pero las ballenas francas tenían por costumbre desplazarse no muy lejos de la costa, y los pescadores no iban a despreciar una ganancia de carne, aceite y huesos que desfilaba a simple vista. Pescar sardinas con el arpón a mano fue una costumbre de siglos; por ejemplo, un atunero podía desenfundar el hierro para de pronto perseguir a una manada de delfines, a los que llamaban «torinos» por el tamaño de sus filetes.

La ballena, eso sí, exigía otra velocidad. Y una aproximación silenciosa. Por eso los navegantes empezaron a forrar la carena con piel de animal engrasada, que disminuía el ruido, y diseñaron remos de pala fina con tal de mitigar el chapoteo al bogar. Una gran innovación fue sujetar los remos con toletes para aumentar la potencia de palada y para no tener que agarrarlos todo el tiempo

A base de carenas forradas, palas finas y toletes, y volcados en explorar el universo de la flotación aerodinámica, los vascos diseñaron vanguardistas embarcaciones cada vez más veloces. En el siglo XVI ya habían fletado algunos de los mejores barcos del mundo para pescar bacalao y ballenas en los caladeros de Terranova.

Los pescadores establecieron poblados donde procesar las capturas que arrastraban por rampas como la que, en pequeño formato, Gema fotografió aquella mañana en la plaza Ximist (del Rayo) de Guéthary. El mar continuaba rompiendo espuma contra el puerto minúsculo. Una bandera vasca ondeaba sobre las exactamente cuatro barquitas varadas en la rampa donde siglos atrás troceaban animales gigantescos que alimentaban a multitudes. El biólogo belga Édouard Van Beneden aseguró que en ese litoral hubo tantas ballenas que los habitantes delimitaban los jardines con sus huesos.

De todas formas, la corrección política no entiende de historia, y la Cofradía de Fuenterrabía, temiendo la crítica animalista, había eliminado de sus productos el sello que mostraba la imagen de una ballena arponeada. Daba igual la influencia que la práctica hubiera tenido en el pasado: la nueva higiene ideológica incitaba a ocultar una verdad que a algunos podía parecerles tan incómoda como para no comprar anchoas, bonito o pacharán de los cofrades.

Fuenterrabía es una ciudad adinerada y coqueta, de balcones meticulosamente floreados y fachadas con pintura fresca. El pueblo se cuida al detalle, descollando por su gastronomía exquisita y por unas calles impecables que nadie quiere ensuciar con la sangre de antiguos descuartizamientos. Pero así había sido. Antes que el rodaballo con miel, fueron el cetáceo crudo y los restos de carne que se repartían los oriundos más o menos hambrientos que bajaban de las montañas.

Educar en historia permite entender una imagen, aunque su visión duela. El aprendizaje va de eso, de discernir también el dolor e intuir a qué se debe, de dónde

nace la sensación, asumiendo que lo que hoy duele en otro tiempo sirvió para enorgullecerse o subsistir. El higienismo hipócrita que se venda los ojos ante el pasado con tal de igualar la caza de ballenas del siglo IX con las monterías de jabalíes y ciervos del XXI rezuma ineptitud o falta de respeto por la historia, y cabe recordar que la crítica burda y manipuladora es otra forma de intolerancia, por muy oportuna que pueda parecer en un contexto determinado. De ahí el valor de las unidades didácticas que se han impulsado en las ikastolas orientadas a educar sobre la importancia de la ballena en la historia propia: hasta enseñan a remar.

Entre los dos mil vascos que durante el siglo XVI podían desembarcar cada temporada en Canadá para cazar y procesar ballenas, también hubo fuenterribenses herederos de una tradición que habían perfeccionado en sus propias costas. Campamentos tan grandes que semejaban pueblos pequeños disponían de áreas procesadoras donde colosales calderos reducían la grasa propiciando inmensas nubes de humo negro que se recortaban contra el azul del verano radiante extendiéndose por los altiplanos, en esa época templados.

Hasta cuarenta naves vascas podían amarrar allí durante la temporada de caza en busca de ballenas. El poblado se distinguía por zonas: los hornos, los cocederos, el taller de carpintería, el de tonelería, o los espacios para trocear grasa y refinar aceite. Las hachuelas talaban filetes que luego troceaban cuchillos de diferente tamaño mientras, con enormes poleas de mástiles, se iba dando la vuelta a la ballena inmersa en el agua como si se pelara una naranja. La grasa se echaba en calderos gigantescos para derretirla al fuego.

La necesidad de hierro y acero espoleó las fundiciones, que forjaban herramientas a destajo, desde yunques hasta arpones y sangraderas, además de todos los aparejos pensados para sacarle todo el partido a la bestia. De aquellos poblados saldrían más adelante paraguas y corsés hechos con barbas de ballena; huesos tallados que servían

de pasadores para tejer cuerdas, redes; saín extraído de la grasa para utilizarlo como combustible del alumbrado, impermeabilizar prendas y elaborar jabones; o el ámbar gris, Grial de los perfumeros.

El filón económico que supusieron las ballenas lo resume sublimado ese ámbar que se consigue con las heces. El ámbar recién excretado apesta, pero cuando se solidifica embriaga, por eso se utiliza en perfumería. Así que, como dijo Larrodé, «esta bilis segregada para facilitar el tránsito intestinal es la secreción más cara del mundo». Hoy se pagan hasta ochenta mil euros por kilo.

Cuesta entender cómo una cultura borra una realidad así.

Julio Caro Baroja escribió en *Los vascos y el mar* que la ballena es «un ser mítico y simbólico». «Lánzate a las profundidades y verás», había sentenciado Jacques Ellul, y los vascos se habían lanzado, si bien el vascofrancés Joanes Etcheberri, aun observando en la bestia una fuerza superior a cualquier otra de la naturaleza, aclaró que a quienes pretendían capturarla no los movía «la búsqueda gratuita de la aventura o el peligro»: su objetivo era lograr comida. O productos para el comercio. Etcheberri vinculó aquella industria puntera al pragmatismo laboral, situando el mito muy por detrás del hambre. Menos mitos y más filetes. Por eso se jugaban la vida los vascos, por el filete. Al menos así fue en el tiempo de las chalupas, porque cuando llegaron los balleneros de cincuenta tripulantes y tecnología cada vez más sofisticada, el riesgo cambió. Y el número de cetáceos, también.

Ante la falta de ballenas en Terranova, los vascos se reorientaron hacia caladeros de Brasil, Islandia y Noruega (incluyendo la isla de Spitsbergen). El volumen de negocio y las grandes naves que pugnaban por el dominio del mar habían espoleado sobre todo a los balleneros de Gran Bretaña y Holanda, que se añadieron a la «competencia» casi exclusiva que hasta entonces presentaban los

esquimales, y algunos países impidieron que los vascos faenaran en las aguas de las grandes manadas. La decadencia había empezado.

Hay quien asocia el declive marino vasco, tan ligado al español, con el derrumbe internacional del país. El auge del carlismo impondría pronto un pensamiento cerril que la dictadura franquista apuntaló aplastando el legado de vanguardia marinera que los vascos, en cualquier caso, tampoco habían reivindicado en los últimos tres siglos. Pero ¿por qué? Se supone que Euskadi es una tierra con memoria, que cuida y difunde sus tradiciones precisamente para subrayar una singularidad que empieza por hablar una lengua propia no proveniente del latín, un auténtico exotismo peninsular.

En 1961, Mariano Ciriquiain Gaiztarro publicó *Los vascos en la pesca de la ballena*, la primera obra que aportaba una visión general sobre el tema. Pero el cambio de percepción popular no comenzó hasta el arranque del nuevo milenio, cuando los astilleros de Albaola empezaron a esforzarse por destapar esta historia a base de construir barcos de época y organizar jornadas de navegación, visitas a su museo... La factoría se encontraba en Pasajes, nuestro siguiente destino.

Con diez metros de profundidad, Pasajes es el puerto natural más hondo de España después de Mahón. Dos formaciones montañosas encajonan un estrechísimo paso que conecta el puerto y el mar. Los grandes barcos que cruzan por semejante angostura parecen multiplicar su tamaño. Desde la orilla, obligan a mirar hacia arriba en un contrapicado imponente y tan cercano que da la sensación de que te pueden aplastar. Esos buques hacen pensar en enormes naves nodrizas aterrizando en un hangar desmedido.

En la orilla de San Juan se tiende la antigua rampa de despiece encarada a los astilleros de Albaola, en la costa de San Pedro. La *albaola* es una pieza de construcción naval

del siglo XVI que se había perdido en el limbo astillero hasta que un investigador (de nuevo) canadiense la mencionó en presencia de Xabier Agote. Se trata de una tabla lateral muy larga que recorre estructuralmente el barco, de proa a popa. Albaola: el nombre que eligió Agote para identificar un proyecto nacido de su devoción por la carpintería de ribera. De niño ya sentía una insólita atracción por los barcos de madera, y pronto empezó a preocuparle su rápida desaparición. Igual que Selma Huxley o el herreño Perico, Agote dio vuelo a su obsesión. Con dieciocho años quiso ser carpintero de ribera, pese a que en los alrededores ya nadie construía barcos con troncos. En 1985 leyó el número de *National Geographic* dedicado a la caza de ballenas en Terranova, que ilustró la portada con una imagen de la nao *San Juan*, el ballenero vasco encontrado siete años antes en las aguas de Red Bay gracias a las pesquisas de Selma Huxley. «Ahí empecé a soñar con barcos y ballenas.» Agote localizó en Maine (Estados Unidos) una escuela de especialistas en barcos históricos y, aunque la familia no lo apoyó demasiado, reunió el dinero para costear la matrícula.

Su proyecto estadounidense fue construir una trainera del siglo XIX. La trainera representa el *summum* de la velocidad. Cuando los antiguos pescadores salían de madrugada a faenar, sabían que el primer barco que regresara a puerto vendería las capturas al mejor precio. Todo contaba para lograrlo, desde la habilidad manejando redes hasta la velocidad de unas embarcaciones diseñadas para volar. «Lo comparo a la carrera espacial —había dicho Agote—. Estos astilleros eran la NASA. Y el puerto de Pasajes, Cabo Cañaveral.» En Albaola aseguraban que eran «los Ferrari del XVI».

La trainera de Maine contó con la financiación de la diáspora vasca, en gran parte compuesta por exiliados del franquismo que deseaban rescatar y difundir una práctica que, dicen, había llegado a determinar una lengua franca marinera, mezcla de euskera e islandés. «A los vascos se nos ha presentado como gente cerrada, cuando la realidad es

todo lo contrario», me diría días después Agote, que esa mañana no me pudo acompañar al tener que quedarse en casa guardando cuarentena a causa del coronavirus.

Agote compró su propia trainera, la envió al País Vasco y en 1998 celebró que el barco había «vuelto a casa» organizando un viaje de veintinueve escalas por la costa que Gema y yo estábamos escrutando. La trainera se detenía cada noche en un pueblo y por la mañana cambiaba de remeros. Él también remaba. «Quería explorar todos los ámbitos del mar», decía. Y si ya había remado de chaval, al volver de Maine empezó a competir.

—Al principio remábamos fatal —admitió Mikel Leoz, ex diseñador gráfico y fan de los barcos que, seducido por el plan de Agote, terminó convertido en técnico de patrimonio marítimo. Entre otras cosas, el fundador de Albaola le dijo a Leoz que tendría que remar mucho, en todos los sentidos—. Yo nunca había tocado un remo, y ahora es mi actividad física esencial.

Espigado, calvo y de barba cana, la piel atezadamente curtida subrayaba su esbeltez a los cincuenta y nueve años. Me estaba guiando por el museo habilitado entre los muros del antiguo astillero.

—Remar te vincula de otro modo al mar —añadió—. No hay mejor forma de sensibilizarse sobre el medio ambiente marino que navegar en una embarcación a remo.

En el 2000, Albaola acudió con esa trainera a las Fiestas Marítimas Internacionales de Brest. Los habituales franceses, bretones y holandeses se extrañaban de contar con estos nuevos invitados.

—Decían: «¿Pero los vascos no son los de las ovejas y el queso?». Y cuando apareció la trainera en el mar..., toda aquella gente empezó a aplaudir desde los muelles. Gente que sabía lo que es un barco. Pensamos: esto que hacemos es muy potente. En situaciones así es cuando te ves en proporción dentro de un todo. Aquí no sabremos criar ostras, pero hacemos unos barcos... Y entonces adquieres conciencia de tu propia personalidad.

Agote continuó la tarea de divulgar los hitos de la

navegación vasca. En el 2001 cruzó el Atlántico con un amigo en un prototipo ya existente, lento pero seguro: Tenerife-Barbados en setenta y tres días. En el 2003, la trainera navegó todos los ríos de la costa vasca. Y, para homenajear a los antiguos balleneros, Albaola presentó en el 2005 su chalupa del siglo XVI. Reproducir una nave de época requería buscar maderas lo bastante flexibles para dotarla de su forma específica.

—Al verla, el arqueólogo Robert Grenier —responsable de la arqueología subacuática en Red Bay— y sus colegas dijeron que era la mejor reconstrucción que habían visto de un barco de aquellos tiempos.

Los barcos balleneros compartían los principios de diseño de la chalupa recreada, así que los modernos armadores acababan de sentar las bases de lo que sería un hito aún más memorable. El año anterior, Parks Canada les había facilitado la información necesaria para construir una réplica de la nao *San Juan*, joya de la corona mundial, con la condición de ser absolutamente fieles al original, respetando lo que se denomina la «integridad conmemorativa».

La de la *San Juan* era «¡una historia mejor que la de *Moby Dick*!», reconocieron los editores de *National Geographic* casi dos siglos después de que el futuro presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson, ante el fenomenal despliegue ballenero de sus costas, declarara que «los vascos lo empezaron», en referencia a la caza del cetáceo a gran escala.

Jefferson fue sincero al atribuir a los vascos el mérito de aquella industria, pero su declaración no trascendió demasiado. ¿Quién vincula hoy el País Vasco con las ballenas? El imaginario colectivo actual asocia la actividad ballenera a las matanzas que continúan protagonizando los japoneses y, sobre todo, a la novela *Moby Dick*. Pese al amplio aparato documental que contiene el libro, Herman Melville no menciona a los vascos. Y eso que el ballenero que capitanea Ahab, el *Pequod*, es un barco factoría producto de la ingeniería cantábrica.

El barco factoría fue la solución de los vascos para contrarrestar la prohibición adoptada por algunos países de desembarcar en muchos de los puertos donde solían procesar a los mamíferos capturados. Si les impedían despiezarlos, macerarlos y convertirlos en productos comerciales, los animales se pudrirían antes de atracar en puertos accesibles. Por otra parte, tampoco podrían cargar con muchos ejemplares a lo largo de tantos kilómetros, así que el número de capturas se iba a ver muy reducido. La alternativa fue construir un horno de madera en medio del barco. Los holandeses dijeron que era una locura, que la embarcación ardería. Los ingleses se apresuraron a copiar el invento, que pronto llegó a Estados Unidos. El *Pequod* era uno de esos barcos factoría.

Moby Dick ejemplifica la facultad de algunos pueblos para proyectar mundialmente ideas o historias que sin ser originalmente propias acaban pareciéndolo. Moby Dick se gesta a partir de un cachalote albino que solía merodear por las inmediaciones de la isla chilena de Mocha. El viajero norteamericano Jeremiah N. Reynolds habló de ello en un artículo titulado «Mocha Dick o la ballena blanca del Pacífico». *Dick* significa «pene» o «macho» en inglés, de modo que ese «apellido» aludía al sexo de la ballena. Cuando Melville se inspiró en esa historia, adoptó el apellido y buscó un nombre que lo acercara más a su lengua: Moby.

Cabe imaginar que Moby Dick también podría haberse dado a conocer como, por ejemplo, Mocha Macho, pero faltó un escritor en español que percibiera en la ballena blanca la metáfora y la fuerza de un gran relato.

▲▼▲

En euskera, «ballena» se dice *balea*. Así la denominaba la comitiva de Albaola que en el 2006 se desplazó a Canadá con su chalupa del siglo XVI para surcar los aproximadamente dos mil kilómetros que separan Quebec de Red Bay, apuntalando la relación con los socios

norteamericanos.

En el 2009, la compañía cambió el pequeño taller vasco de sus inicios por los astilleros de Pasajes que yo estaba recorriendo junto a Leoz. Albaola reactivó unas instalaciones que llevaban veinte años cerradas para afrontar uno de los grandes desafíos de la ingeniería naval contemporánea. Cuando terminamos de visitar el museo, Leoz abrió la puerta que daba paso al enorme hangar, donde una docena de artesanos trabajaban en tres naves a la vez. La más grande era un barco corsario de quince metros calcado a los del siglo XVII. El hangar olía a madera y serrín, matizado por la chamusquina que escampaban las sierras de los especialistas, quienes también se ocupaban de amartillar, medir, cortar, pulir listones, esloras o mástiles. Varios de ellos se protegían con casco, guantes y gafas de soldador. Albaola contaba con seis carpinteros de ribera profesionales y dieciocho estudiantes de varios países. Agote había logrado crear el centro de referencia de cultura naval autóctona que empezó a imaginar en Maine. Y ahora estaba volcado en culminar su sueño.

Traspasamos la nave hasta alcanzar una segunda puerta. Esa mañana nadie trabajaba al otro lado, así que entramos en una cápsula de silencio que aumentó la solemnidad de la visión: a poco más de diez pasos se levantaba como una montaña la ya muy avanzada réplica de la nao *San Juan*. Miles de piezas se ensamblaban acordonadas por tres pisos de andamios, ofreciendo la imagen de un barco imponente y compacto construido con madera de roble, excepto la quilla, que era de haya. Agote había cifrado en unos trescientos cincuenta los árboles talados para la nao, si bien solo se aprovechaba la mitad de la madera, el resto servía como leña.

—Hace siglos que nadie ha construido un barco así —dijo Leoz.

Aunque el proyecto empezó en el 2014, llevaba retraso y la pandemia lo había ralentizado aún más. Leoz afirmó

que podría estar en orden de navegación en el 2022, pero muchos lo cuestionaban y criticaban la fortuna que estaba costando el proyecto.

—Queremos poner de relieve nuestro pasado, nuestra tecnología, nuestra historia épica —dijo Agote—. Contar cómo viajaban los pescadores. Cómo se hacían los barcos. Señalar dónde estaban los bosques, las ballenas, las serrerías.

—¿Por qué no se ha contado antes?

—La historia está muy ligada a las cuestiones identitarias, y las reivindicaciones históricas siempre se han visto como armas arrojadizas. Francia, Holanda, Inglaterra o Escandinavia dan a conocer estos temas con orgullo. Pero nuestra historia reciente conoció la dictadura y eso dejó secuelas culturales en toda España. Cuando se habla de los barcos que fueron a Terranova, se habla de los españoles. Pero ¿y los vascos? Con todo lo que hemos hecho, y no lo conocía nadie. ¿Por qué?

—Los vascos tampoco hablaban de ello.

—Eso es verdad.

—¿Por qué? «Por desgracia, el vasco no ha sentido la necesidad de contar en voz alta sus peleas por la vida, y menos de dejar constancia de ellas por escrito», había señalado José Antonio Azpiazu en su libro *Balleneros vascos en el Cantábrico*, donde añadía que «el secretismo ha sido una regla de autodefensa en el vasco». Y, de nuevo, cabía preguntarse por qué. La respuesta, como tantas veces, la iba a ofrecer el dinero.

▲ ▼ ▲

Desde antiguo se vinculó la ballena al mundo mágico. Tenía la aureola del mito por su majestuosidad y porque capturarla ponía la vida en peligro. Reunía ideas tan imponentes de grandeza y muerte, de potencia y fin, que obligaba al ser humano a repensar sus propios límites como criatura física y espiritual. El carácter más o menos ultraterrenal de la ballena y la demanda de protección

divina hicieron que la Iglesia gravara a los pescadores con un impuesto religioso, aunque «el verdadero titular de la ballena cazada era el rey, que pedía parte de los beneficios para luchar por la fe», señala Azpiazu. Un ejemplo: en la Guetaria de 1376, el monarca obtenía la mitad de cada ballena.

Las cofradías de pescadores nacieron para hacer frente a ciertos abusos, tanto de las autoridades locales como de las que gobernaban a distancia. Una forma de protegerse fue silenciar el número de capturas y los lugares clave.

—Si encontrabas un buen caladero, te quedabas calladito —dijo Leoz—. Y el silencio continúa.

—Los pescadores callan y mienten igual en el País Vasco o en Andalucía que en Polonia. Es así —había dicho Agote—. No revelan los caladeros, quieren ocultar sus fuentes de ingresos. Y los balleneros vascos no ganaban nada escribiendo sobre su oficio. Por eso casi no hay rastro de la historia de aquella industria del mar.

Una industria que llegó a ser tan insólitamente lucrativa que a menudo los pescadores vascos se enrolaban en los balleneros no por necesidad —la pesca de bajura solía cubrir la supervivencia—, sino porque partir rumbo a Terranova significaba «ganar dinero de verdad». La tecnología los había puesto por delante del resto de los pescadores, y gozaban de prestigio. Mientras que entre los balleneros franceses abundaban los pordioseros que trabajaban por sueldos miserables, sus homólogos vascos participaban de los beneficios de cada campaña. El código de silencio funcionaba, el dinero fluía, y los armadores que invertían en el negocio no tenían ningún interés en llamar la atención de posibles competidores. Los fenicios habían actuado igual: apenas escribían sobre sus viajes para mantener a salvo las rutas comerciales y el origen de sus riquezas. Y ya en el siglo XIX, nadie pudo sonsacar a los cazadores de focas estadounidenses dónde fondeaban para obtener su botín.

Pero, en el caso vasco, Azpiazu introduce un matiz de clase para explicar tal secretismo: «Los cronistas áulicos no

reflejan ni la caza de la ballena de los marinos cantábricos ni las hazañas de las pesquerías transatlánticas, estando más solícitos a ensalzar las conquistas y grandezas de los reyes que el protagonismo del pueblo».

—Es típico de la burguesía —dijo Leoz—. Hasta que llega un momento en que al burgués ya no le basta con ganar dinero y alabar al poderoso. Quiere algo más intelectual, y entonces se pone a buscar las raíces. Lo que ocurre es que en el siglo XIX, cuando en muchos países surgió esa demanda y hubo gente que empezó a escribir sobre el tema, aquí ya no quedaban ballenas que contar.

Salí de Albaola siguiendo el caminito costero que bordea la falda del monte Ulía hasta el pueblo. Los desprendimientos de rocas habían obligado a cerrar temporalmente el paso terrestre, de modo que los visitantes solo podían llegar al astillero en barca. Leoz disponía de las llaves del candado que abría la puerta del camino y me dejó hacer el trayecto a pie.

El caminito conduce a la orilla de San Pedro, donde amarra *La Motora*, que por ochenta céntimos cruza en dos minutos la bocana del puerto hasta la orilla de San Juan. *La Motora* es un botecito verde que funciona consecuentemente a motor. Puesto que uno de los cuatro boteros era buen amigo de Gema, pagamos los ochenta céntimos por persona para cruzar la bocana y comer con él en San Juan. Desenfundamos bocadillos, una botella de vino, y nos resguardamos del viento frío tras el muro de una casa al filo del agua.

Siguiendo la orilla rumbo al mar, en la cala de Alaborza, había una rampa para despiezar ballenas. Txarli, el botero, contó que fue ahí donde descuartizaron un cachalote presuntamente cazado por Franco después de dispararle ciento veinte balazos de carabina. Txarli mordió el bocata de lomo y empezó a menear su espeso bigote bajo la gorra de Servicios Marítimos. Se le veía bajo y aguerrido dentro del uniforme municipal fluorescente, idéntico al de

los otros tres boteros que se turnaban el pilotaje de las barquitas, porque en realidad *La Motora* eran dos. Txarli, que sumaba doce años al timón, leía mucho sobre cualquier tema y ataba cabos entre historias tan variopintas que resultaba un librepensador exuberante e irónico. Sabía, por ejemplo, que el corazón de las ballenas palpita a diez latidos por minuto, y que por eso son tan longevas. Y que al morir se mantienen a flote mucho tiempo sostenidas por su grasa.

Sobre el secretismo del pasado ballenero, Txarli dijo que, aparte de las cuestiones financieras, existía una histórica tendencia vasca al anonimato que tampoco favorecía la expansión de según qué relatos:

—Los vascos no tienen personalismos. Cuando alguien pregunta «¿quién llegó ahí?», muchas veces la respuesta es: «Los vascos». Sí, los vascos, vale. Pero ¿quién? «Los vascos.» Es una sociedad muy igualitaria y antijerárquica. Para tener un nombre aquí, tienes que ser el puto amo. Y, a menudo, ni siquiera así.

Hay miles de historias por contar y otras que no son como nos cuentan, vino a decir Txarli cabeceando hacia la estatua de la mujer que, encarada a la bocana, empuñaba un remo. El sol de tarde invernal untaba de brillos blandos la efigie de la batelera.

—Aquí, durante muchos años, mi profesión la hicieron mujeres. Ahora nos encargamos cuatro hombres.

En la época dorada de Terranova, los hombres desaparecían durante meses en busca de bacalao o ballenas, y las mujeres se responsabilizaban del pueblo. De los barcos, también. Cuando el rey Felipe IV se casó en la vecina San Juan de Luz y recaló en Pasajes, quedó impresionado por las imponentes bateleras de la bocana y las invitó a ir al Retiro para bogar en el lago del parque.

—Se negaron —dijo Txarli—. No quisieron ser exhibidas como animales de feria.

La leyenda del matriarcado vasco se forjó, según el botero, en estas costas, que a menudo se vaciaban de hombres, zarpados tras las ballenas.

—Pero eso del matriarcado es un mito—, coincidieron Txarli y Gema. El botero añadió:

—Para la foto y el discurso queda muy bien hablar de matriarcado, pero mira cuántas empresas hay en este puerto. ¿Quién las dirige? ¿Quién se lleva el dinero? Menos una, todas las dirigen hombres. ¿Dónde están las empresarias? Es verdad que el mayorazgo podía pasar igual al hijo que a la hija pero, aparte de eso, la mujer fue apisonada como en todas partes. Podían ser muy fuertes de puertas adentro, pero fuera... Y las de la costa aún lograron cierta autonomía debido a que los hombres marchaban temporadas largas, pero para las mujeres de tierra adentro el machismo era y es flagrante. Queda mucho por hacer.

Con las leyes internacionales que acotaban los caladeros, el derrumbe de las capturas y la industrialización, los hombres volvieron al pueblo. Se ocuparon de los oficios manuales y desplazaron a las mujeres a las tareas domésticas. De todas formas, la tradición del remo había arraigado entre ellas, y una evidencia reciente es que en el 2009 el País Vasco inauguró la Liga Femenina de Traineras. El equipo de Pasajes destacaba como el más laureado de la competición.

Esta Liga sublima la importancia que siempre tuvo remar deprisa, también cuando se trataba de ballenas, porque el primero que clavaba el arpón se ganaba el derecho a distribuir su carne, aceite, barbas... Hoy, remeros y remeras se convierten en los deportistas estrella del verano, cuando no hay fútbol y la afición se vuelca en las carreras.

San Sebastián celebra una de las jornadas más populares, porque la playa de La Concha tiene espacio para acoger a miles de personas, como un colosal anfiteatro con escenario acuático. En un extremo de la bahía se encuentra el Aquarium, a cuya entrada puede contemplarse, suspendido por unos hilos casi invisibles, el esqueleto de la penúltima ballena cazada con chalupas en el País Vasco. Un animal de trece metros, aún no adulto, porque entonces habría medido unos quince.

—La última en perecer con arpón y boyas de arrastre —afirmó Alejandro Larrodé, el historiador que me guio por el museo.

Era un espacio tenuemente iluminado. Los huesos del gigantesco animal forman parte de los recuerdos de miles de vascos que han visitado el Aquarium en la infancia. De niño, Alejandro contempló el esqueleto «con la boca abierta». A la misma edad, Txarli lo había observado con dudas:

—Yo no tengo el recuerdo de haber visto una ballena, sino el de preguntarme cómo podían tener algo tan grande en un espacio cerrado. El montón de huesos no me hizo sentir nada. Desde luego que no me hizo pensar en ballenas.

Larrodé contó que a esa ballena la había empezado a matar Roque Echave, «el último arponero ecológico». Así lo definió. Al avistar a la bestia, dos chalupas de Zarauz, tres de Guetaria y una de Orio empezaron a remar tras ella. Parece que el primer arpón lo clavó Echave, original de Zarauz, pero como los de Guetaria eran más, se llevaron al animal. Hubo un litigio que derivó en disturbios, y mientras los pescadores disputaban, la ballena se pudrió en el puerto.

Un doctor compró el animal descompuesto. Encargó que limpiaran los huesos en Zarauz y después los llevaran a San Sebastián. Tras exhibirla en el Instituto Koldo Mitxelena, llegó al Aquarium en 1933. Con los años, los huesos fueron oscureciéndose. Como el esqueleto hedía, lo trasladaron a un pueblo de la sevillana comarca del Aljarafe para que lo adecentara María Ángeles Prieto, la única restauradora de grandes animales que hay en España.

Los restos del animal llegaron en camión a la nave industrial de casi seiscientos metros cuadrados en la que trabaja María Ángeles, ubicada a suficiente distancia del centro del pueblo para que los olores emanados por los cadáveres no molesten a los vecinos. La ballena compartía nave con un rorcual común y varios mamíferos no tan grandes. Apestaba de lo lindo. Durante la inspección, María Ángeles detectó que quedaban restos de sesos en el cráneo. Aunque la masa se había endurecido, despedía un olor

inmundo, igual que los restos de grasa todavía adheridos a la osamenta.

La restauradora aplicó un compresor de aire sobre cada hueso para limpiar el polvo y la suciedad acumulados a lo largo de los años, y el interior de varios huesos y del cráneo expulsaron una lluvia de confeti hecho de viejas facturas, tiques de compra, informes de a saber qué. Luego introdujo los huesos en una piscina de agua mezclada con detergentes blandos biodegradables que fue desintegrando la grasa durante semanas, en un proceso lento pero infalible que también eliminó el olor sin alterar el ADN de la ballena.

Entonces hubo que reconstruirla. María Ángeles, que cuando conversó conmigo tenía cincuenta y seis años, asegura que cada esqueleto es un puzle en 3D, un desafío que le encanta porque siempre es distinto y obliga a soluciones nuevas. La sevillana no sabía a qué atribuir el origen de su fiebre taxidermista. «El hueso siempre ha sido mi pasión», dijo. Aunque estudió Administración de Empresas —«me obligaron»—, a los dieciocho años ya simultaneaba la carrera con la limpieza de esqueletos incluidos en colecciones científicas. Con la particularidad de que, si la mayoría de taxidermistas prestan singular atención a las pieles, María Ángeles apuntaba al hueso.

Su meticulosa relación con los huesos le permitió conocerlos tan bien que un día le encargaron reconstruir un animal entero. «No es nada monótono. Cada animal propone algo distinto». La ballena del Aquarium llegó con los huesos ennegrecidos, y era de las grandes. María Ángeles ha restaurado cráneos de seis metros, el esqueleto de un cetáceo de veinte metros que varó en Matalascañas y animales que apestaban nauseabundamente, en una labor que, después de pasar por la piscina desinfectante, requiere tratar cada hueso por dentro antes de proceder a su ensamblaje.

Así, después de soplar y bañar los huesos, la restauradora decidió cambiar el soporte del esqueleto. Hasta entonces, la ballena se había articulado alrededor de un tronco que actuaba como eje pero, al salir de la piscina

sevillana, cada hueso fue pulido para introducir en su interior varas de acero inoxidable que evitaran su descomposición. Ese rompecabezas terminado, sólido e inodoro, fue el que yo vi suspendido en el vestíbulo del Aquarium.

Larrodé había aprovechado el confinamiento para subirse al elevador unipersonal y limpiar los huesos con cepillo y aspirador. Solía hacerlo cada cinco años. De todos modos, para limpiar a fondo las ballenas recién muertas, el equipo del Aquarium seguía un método ancestral que empezó a aplicar con el rorcual aliblanco que se encontró flotando en Igueldo. Cuando decidieron incorporarlo a las salas del museo, el entonces presidente del Aquarium, Vicente Zaragüeta, cedió uno de sus terrenos para cavar un agujero donde enterrar a la ballena enana. Trece años después, Larrodé y varios compañeros del Aquarium acudieron a la propiedad de Zaragüeta con una pequeña excavadora. Había pasado tanto tiempo que tardaron un día en localizar el sitio exacto donde yacía el rorcual. La excavadora fue arañando poco a poco la tierra, procurando no dañar ningún hueso. Cuando sacaron los restos del animal, hedía poderosamente. Para amortiguar el olor, Larrodé y compañía se habían acoplado mascarillas con hojas de menta natural dentro, y hubo quien se untó el bigote con Vicks VapoRub. El esqueleto salió en buenas condiciones, aunque todavía quedaban capas de grasa solidificada, y hubo que reconstruir la cabeza. Dedujeron que el animal había muerto por el golpe de una hélice. Una muerte habitual entre las ballenas actuales son las colisiones con barcos. El esqueleto apareció de un marrón más intenso de lo esperado, a causa de la tierra que se le había colado por los poros, la cual había pigmentado anormalmente cada hueso.

De ahí que, cuando en el 2011 decidieron repetir la operación enterrando un cachalote en otra propiedad de Zaragüeta, prepararon antes un lecho de grava a tres metros de profundidad. Como esta vez se trataba de un animal de quince metros, lo transportaron en tráiler. Dos grúas lo

izaron y lo depositaron en la inmensa zanja que una excavadora acababa de abrir.

«Sé dónde está. Esta vez lo encontraremos rápido», dijo Larrodé cuando fueron a buscarlo años después. En la Operación Rorcual habían empleado cuatro días. El pronóstico para exhumar al cachalote rondaba las dos semanas.

—Las piezas son más grandes —me explicó—, habrá que sacarlas con cuidado y entre varios, identificando y etiquetando cada hueso para cuando haya que reconstruirlo. Como si fuera un yacimiento arqueológico. O un estudio forense.

El sello de la capital guipuzcoana es una nao ballenera. No ensalza al animal de manera tan explícita como la ballena con chalupa del escudo de Ondárroa o la instantánea de un arponeo que aparece en el de Motrico, pero constata el espíritu común de una costa marcada por el cetáceo. Las atalayas de los montes Ulía o Jaizquíbel subrayan ese pasado.

La Peña del Ballenero de Ulía estaba llena de placas conmemorativas, si bien la cubría una fronda que impedía otear el mar, y para verlo subí al Jaizquíbel. Allí, el cielo estaba despejado, y el horizonte, limpio, invitando a intuir figuras en el mar como hacían los antiguos oteadores. Como Selma Huxley oteó los horizontes de la historia, sin ver nada pero intuyendo lo escondido. Larrodé fue el primero que me habló con pasión de Selma, y entonces caí en la cuenta de que, por algún motivo, en Albaola nadie la había mencionado. En los astilleros, el nombre que sí se pronunció varias veces fue el de Robert Grenier.

Cuando localizaba una ballena, el vigía ondeaba trapos, gritaba o hacía un fuego. También había atalayas con campanas. Entonces, los pescadores corrían a sus chalupas, si es que no estaban navegando ya. Se trataba de llegar antes que el vecino. La competencia era dura; las desavenencias, «tribales», había dicho Agote. El episodio

más truculento ocurrió en la Islandia de 1615.

En aquel momento, los vascos, obligados por las nuevas leyes, buscaban caladeros lejos de Terranova, mientras que la sociedad islandesa vivía atrapada entre lo que el escritor finés Tapio Koivukari ha denominado «las tres *f*»: *famine*, *fear*, *frustration* (hambruna, miedo, frustración). Islandia vivía por entonces sometida a la corona danesa, cuyo rey había autorizado el uso de la violencia contra quienes amenazaran su monopolio mercantil.

En 1615, tres balleneros vascos naufragaron en el fiordo Reyhjaförder. Las tripulaciones se separaron en tres grupos. Para ganarse al monarca danés, el gobernador de turno en Islandia ordenó la eliminación de aquellos balleneros de la competencia. Localizaron uno de los grupos naufragados y ejecutaron a treinta y dos personas. Cuatro siglos después, Oláfur Jóhann Engilbertsson, oriundo del pueblo de AE Zey, donde ocurrió la matanza, fue uno de los organizadores de un congreso pensado para conciliar a vascos e islandeses, y él mismo figura como miembro fundador de la Sociedad Vasco-Islandesa. Varias sociedades conmemoran el pasado ballenero vasco desde distintas perspectivas, y una muy emblemática está en el municipio guipuzcoano de Orio.

▲▼▲

Llegamos al pueblo una tarde quizá tan gris como la que había recibido a la familia Huxley en los años setenta. Decenas de barcos pequeños estaban amarrados junto al murete de la ría como si fueran caballos del Far West, frente a escalerillas que subían a la acera. Orio es el lugar donde, el 14 de mayo de 1901, se cazó la última ballena en España desde una chalupa. La efeméride se celebra cada cinco años con una fiesta en la que participa todo el pueblo y se fleta una ballena de corcho para representar el momento... con matices, porque los últimos años el rito se ha centrado en mimar a la ballena artificial, en un intento

por reivindicar la valía del animal vivo y la necesidad de no repetir la tragedia.

En el pueblo menudean los grafitis que aluden a peces y ballenas, y todos conocen la letra de la canción que narra aquella última caza. Está basada en unos versos del sacerdote Orbegozo. Cuando el cantautor Benito Lertxundi la adaptó a ritmos más actuales, emergió como un himno de pescadores que no solo se cantaba en Orio. Su letra se encontraba enmarcada en restaurantes, instituciones e incluso plazas como la que está detrás del Centro de Cultura, donde una estrofa de la canción rubrica la inmensa cerámica mural que recrea el acontecimiento. Al lado, la Sociedad Gastronómica Balea engalana su puerta con el rostro esculpido de los cinco patrones que capitaneaban las históricas chalupas. Cuando visité Orio se cumplían ciento veinte años de «la última ballena». Ciento veinte. Como las balas que, dicen, disparó Franco para abatir a una con un cañón arponeador.

Las modernas tecnologías de la muerte también jugaron su papel en Orio. Los pescadores que avistaron aquel cetáceo herido y despistado no sabían cómo cazarlo, pero habían oído algún relato ancestral, que además asociaban al orgullo del pueblo y la profesión, así que creyeron que debían cumplir con la historia. La cuestión era cómo. La mataron con dinamita.

Por eso la canción de Orbegozo-Lertxundi prefiere la ironía a la solemnidad. La lucha del hombre con la ballena no es muy digna de una leyenda si intervienen explosivos.

—¿Que por qué la versioné? —me dijo Benito Lertxundi cuando nos encontramos en el pórtico de la iglesia, junto a una escultura de Jorge Oteiza, que también había nacido en el pueblo—. Durante mi infancia, siempre había oído hablar de las ballenas con orgullo, y cada 6 de diciembre, por San Nicolás, la gente de mar se reunía para cenar y cantar historias locales, entre ellas los versos de la ballena. La canción me gustaba melódicamente. Tenía el sabor del salitre. Escogí los versos que contaban lo que ocurrió, les puse música y metí la canción en el repertorio

de un disco que tuvo éxito. Con los años, esa canción se ha convertido en el himno de este pueblo.

El viejo Orio se levanta sobre una pronunciada pendiente que descendimos paseando, Lertxundi saludando a amigos cada dos por tres. Caminamos hacia la ría, donde los viejos balleneros debían esperar a que subiera la marea para arrastrar a los mamíferos hasta el puerto. Lertxundi llevaba una media melena recién cortada que le imprimía juventud. Contó que durante muchos años tomó café a diario con cuatro marineros jubilados que habían pescado en Terranova, pero algunos habían muerto y los cafés se habían terminado. Se detuvo frente al agua, de cara al monte que se eleva en la otra orilla.

—Tengo un idilio con esta ría. Le he hecho dos canciones. Mis canciones salen de aquí. Cuando compongo una nueva, me gusta cantarla mirando a ese monte —dijo cabeceando hacia los promontorios de enfrente—. Si veo que la canción vuela por las laderas, quiere decir que vale.

—¿Cantaste así *Balearen bertsoak*?

—Esa canción ya tenía aletas, hasta morro, cuando yo la canté. Probablemente sea el testimonio más potente de aquello. Pero es verdad que la ballena viaja a través de mí, de los versos que canto. Y cuando canto en Orio, la sensación es todavía más singular porque siempre acabo los conciertos con esa canción, y participa todo el pueblo.

De vuelta en las calles, un gran póster del equipo femenino de traineras de Orio ocupaba la cristalera de una oficina bancaria. Esas chicas habían ganado el último campeonato, lo que les había granjeado un protagonismo insólito. Lertxundi me puso en contacto con la patrona, Nadeth Agirre, que no solo había logrado formar aquel equipo, sino que se había ganado el respeto popular en un ecosistema donde el remo «era cosa de chicos, y nosotras no teníamos ni sitio ni nombre —confesó—. Ha sido muy duro. Cuando sacábamos la trainera nos soltaban unos comentarios...».

Aunque si Nadeth y sus compañeras aparecieron en las redes sociales de todo el mundo fue por otro motivo. Dos

años antes, el día en que su equipo competía por liderar la liga en aguas de Orio, con la presión añadida de remar en casa, a su compañera Sandra Piñeiro se le partió el remo al poco de empezar la regata. En mitad de la trainera siempre hay un remo de repuesto, Agirre pensó que Piñeiro lo cogería, pero no lo hizo.

Piñeiro quedó unos segundos desconcertada. Había remado desde niña en su Galicia natal y se había instalado en Orio porque quería ser profesional. Un deseo de lo más extravagante siendo mujer y gallega, pero Piñeiro no dudó: esa gente tenía un proyecto serio, y el País Vasco era la meca del remo de traineras, así que se mudó para demostrar que podía formar parte del equipo. Lo logró. Y ahora que estaba compitiendo por la liga en el pueblo donde llevaba tres años cumpliendo un sueño, en la carrera clave, quizá la más simbólica, va y se le parte el remo delante de todos. Las cámaras de televisión enfocaron sus manos vacías en primer plano.

—No cogí el remo de repuesto porque se había roto el estrobo, así que no hubiera servido de nada —dijo Piñeiro, a quien accedí a través de Agirre.

La carrera estaba en marcha. El remo y el estrobo, partidos. La gallega titubeó. Ocupaba el primer banco, justo enfrente de Agirre, erguida delante de ella. La timonel continuó gritando como se esperaba que hiciera.

—No quería despistar a las demás —recordó Agirre—. Mi misión es transmitir seguridad, ser el pilar del grupo. Nada de desmoralizar.

—Toda la gente rema detrás de mí, siguen mi ritmo, pensé —dijo Piñeiro—. No puedo quedarme quieta. Debo intentar jugar con la inercia.

La remera aguardó a que sus compañeras se inclinaran adelante para lanzar un nuevo golpe de remo, y cuando todas recularon, ella también lo hizo, acoplándose a la cadencia del equipo como si bogara con un remo invisible.

Una de las remeras del fondo de la trainera percibió que faltaba una pala en su línea. Luego explicaría que se pasó la carrera contando remos, la cuenta no le salía,

mientras Agirre gritaba aún más y Piñeiro sincronizaba su vaivén al vacío.

Orio ganó la carrera. Las chicas del equipo gritaron eufóricas, y Agirre y Piñeiro se abrazaron, la gallega llorando.

—Me culpabilicé un poco al final, no sé, por obligar a mis compañeras a aquel sobreesfuerzo. Aunque todas me felicitaron.

Ganaron con un remo que no estaba. «No hay que dudar de lo invisible», escribió Aldo Leopold, un ecólogo primordial.

Las chicas de Orio recibieron el trato mediático que se dispensa a los fenómenos, y cuando llegó la pandemia, muchas empresas pidieron a Piñeiro que ofreciera charlas sobre el trabajo en equipo. Las mujeres del pueblo se habían convertido en un referente, y esta vez de verdad.

—Aquí se habla mucho de matriarcado y poder femenino, pero no noto la diferencia entre el País Vasco y otros lugares —dijo Piñeiro—. No tengo un caserío, así que no puedo hablar sobre cómo se trata a la mujer tierra adentro, pero ya te digo que aquí, en la costa, de matriarcado nada.

—¿Y la ballena? —pregunté—. ¿Significa algo para ti? ¿La tienes en tu imaginario?

—No.

▲▼▲

Al final del crepúsculo, caminé hasta donde la ría se funde con el mar recordando que Valentina Yákovlevna Orlíkova, capitana del ballenero *Storm*, había sido portada de la revista mensual *Soviet Russia Today* en 1943. ¿Dónde estaban las capitanas de España? Recordé a María Ángeles Prieto mencionando cuánta gente se sorprendía al descubrir que una mujer restauraba ballenas, «porque cuando se habla de trabajar con animales grandes, todos buscan a un hombre». Aún más significativo era que nadie más se dedicaba a eso en España.

Arrastrado por una avalancha de asociaciones, acabé recordando la frase con la que la joven escritora inglesa Abi Andrews resumía la historia de la humanidad, que nos llegaba, decía, contada por varones: «El hombre dice: yo soy civilizado, y el resto es mujer». Si esto es así, pensé, la naturaleza es mujer.

Once motas negras surfeaban en la playa al otro lado del malecón. Gritos jóvenes celebraban las olas. Cuando la noche cerró, algunos nadadores salieron del agua, se desprendieron del traje de neopreno y se quedaron descalzos y en camiseta de manga corta pese al frío. ¿Cómo piensa un ser de agua? Aunque, bueno, todos procedemos del mar. Provenimos de una esponja. El filósofo Baptiste Morizot dice que a una garrapata solo hay que darle tiempo para que, algún día, sus descendientes defiendan la justicia con la pasión de Martin Luther King. Todos los líderes, las astronautas, los albañiles, las granjeras, los gigolós, las escritoras, los profesores, las economistas..., todas y todos los *sapiens* provenimos de bacterias, paramecios, protovegetales, medusas y esponjas. Nuestra singular inteligencia solo ha sido una cuestión de tiempo. Dale años a una gamba y verás.

Volví a pensar en Selma. En por qué nadie había pronunciado su nombre en el astillero. Suponiendo que, de todos modos, en Albaola guardarían algún contacto con la familia Huxley, les envié un correo preguntando si podían ayudarme a localizar a Michael, el hijo de la historiadora. Respondieron que no. Lo localicé a través de unas becas de investigación que promueve el pueblo de Oñate.

Michael continuaba en el País Vasco, pero ahora residía en Fuenterrabía, donde había tomado el relevo de su madre y ejercía de historiador tras doctorarse en la Universidad de Cambridge. Le gustó devanar la historia de Selma, mostrándose entre sorprendido y molesto por el modo en que algunos se habían aplicado a borrar su nombre como descubridora de la nao.

Michael me contó que la noticia del hallazgo corrió en su día por todo el mundo. Selma recibió premios y

reconocimientos en Canadá. Luego, mientras ella avanzaba con sus pesquisas en el País Vasco, el arqueólogo Grenier siguió haciendo inmersiones auspiciado por las instituciones canadienses. El investigador empezó a capitalizar la historia minimizando el papel desempeñado por Huxley.

—Escribía cosas en plan: «Selma Huxley nos dio un documento». Luego: «Fuimos a Labrador y encontramos el barco». Y acabó por no mencionarla al hablar sobre la nao. ¿Perdón? ¿Cómo que «nos dio un documento»? Esa señora descubrió la historia del naufragio de la nao *San Juan* y su ubicación exacta en América del Norte. ¿Y no la menciona?

Agote y Grenier congeniaron, y el de Albaola mantuvo el discurso del «descubridor» canadiense, al tiempo que este apoyaba los proyectos de la factoría en Pasajes. El resultado fue la eliminación del nombre de Selma de muchas de las exposiciones, los comunicados, los dosieres, etcétera, difundidos por los equipos de Agote.

—Llevo más de veinte años aquí —dijo Michael—. He visto nacer Albaola y he leído escritos suyos relacionados con el proyecto de la nao *San Juan* salpicados de errores históricos.

Michael cree que, de haber consultado al entorno de Selma, quizá podrían haberse ahorrado algún desliz. Cree que lo lógico sería tener alguna relación con ellos. Pero esa relación no existe.

▲ ▼ ▲

Cuando Michael y otros observadores del mundo cultural vasco detectaron el arrinconamiento que estaba sufriendo Selma, el historiador le comentó la situación al entonces director del Aquarium, Zaragüeta, el enterrador de ballenas.

—Vicente, no hay derecho a que hagan esto —le dijo Michael.

—No, no lo hay. Vamos a organizarle un homenaje a tu madre.

Michael recuerda que el día del homenaje «el auditorio

estaba lleno a rebosar». Se celebró el 24 de junio del 2013, dos días después de que la estación ballenera de Red Bay fuera declarada Patrimonio de la Humanidad. Selma Huxley recibió la Medalla de Oro de la Sociedad Oceanográfica de Guipúzcoa / Aquarium, y el acto ayudó a visibilizarla. Incluso alentó una entrada en la Wikipedia, porque hasta entonces, como su historia había ocurrido en la era preinternet, casi no había rastro de ella en las redes.

Los paralelismos de la historia de Selma con la del animal que de alguna forma había determinado su vida resultan apasionantes. Cómo la ballena y la mujer fueron en algún momento apartadas del relato oficial. Llamaba la atención que los mismos que reivindicaban visibilidad para su proyecto naviero apelando a la necesidad de hacer justicia histórica se hubieran encargado de sombrear el excepcional trabajo de una pionera con tal de acaparar el relato. De todos modos, esta actitud era congruente: si durante siglos se había ocultado a miles de ballenas y pescadores, cómo no se iba a ocultar a una mujer.

Si el día es ventoso, al avanzar por la carretera litoral rumbo a Guetaria parece que diluvie. Violentas ráfagas de agua marina se estrellaban contra el parabrisas de la furgoneta mientras Gema sonreía aferrada al volante diciendo que su costa era así, además de huérfana de ballenas.

Aunque en el siglo XX los grandes cetáceos habían abandonado esta ruta, de vez en cuando aún se avistaba algún ejemplar aislado. La inquietante caída del número de ballenas en el mundo hizo que en 1937 se limitaran las capturas, que en 1946 se creara una comisión ballenera internacional y que en 1986 —¡1986!— se promulgara una moratoria para prohibir su captura, exceptuando a las comunidades indígenas que cazaban por supervivencia.

En el 2017 se calculó que quedaban unos cuatrocientos cincuenta ejemplares vivos de ballena franca, solo cien hembras, la mayoría en el Atlántico noroeste. Las heces de

muchos individuos, analizadas por *Endangered Species Research*, mostraban altos niveles de estrés, en general por haberse «enredado en redes de pesca», algo que según algunos estudios le ha ocurrido al menos una vez a más del 85 por ciento de estos cetáceos. El estrés, la ingestión de basura flotante, el riesgo de colisionar con barcos y el cambio de la temperatura del agua las incitaban a emigrar y estaban provocando un mayor espaciamiento entre un parto y el siguiente, con la consecuente disminución del número de crías.

El agua del mar invadía la pista en oleadas, añadiendo dramatismo a los datos que repasábamos mientras conducíamos. El cachalote enterrado por el equipo del Aquarium tenía el estómago lleno de plásticos. «Veo a la ballena como al dodo —había dicho Txarli, aludiendo al símbolo de los animales extinguidos—. El ser humano me está doliendo demasiado.» El último avistamiento en España lo hicieron pescadores de Estaca de Bares el 5 de diciembre de 1993.

A Gema le gustó Guetaria, capital de la anchoa, el bonito y la sardina, con un marcado carácter rebelde y que tiene por escudo una ballena herida con un arpón. Conté trece barcos de gran calado en un puerto al amparo del monte y del promontorio que se ensamblan formando una silueta animal. Para unos, se trata de un roedor, de ahí que lo bautizaran El Ratón de Guetaria. A lo que Oteiza dijo: «Nadie se puede fiar de un pueblo que confunde una ballena con un ratón». Joroba de cetáceo o dorso de roedor, en su cresta se apostaban años ha los vigías. Los restos de la atalaya podían verse aún en el área donde se erguía el faro. Ahí se encontraba la ermita de San Antón, que da nombre al monte.

También aquí, la iglesia y el rey cobraban impuestos a los balleneros a cambio de protección divina y militar. Hasta que en 1474 los pescadores de Guetaria se negaron a pagar, y empezaron los pleitos. La resistencia al abuso había endurecido a los guetarienses, que ahí seguían, con una flota envidiable y una solvencia pesquera «a prueba de

relojes», como dijo Ruper, un pescador de aquel puerto. Los siglos no alteraban la relación entre Guetaria y el mar.

«Lánzate a las profundidades y verás», había dicho Jacques Ellul, y los pescadores se lanzaban a ellas a diario, de modo que «veían» como nadie, y no solo en el mar. Para navegar hay que mirar arriba, porque el sol y las estrellas cuentan. En palabras de Ruper, la costa vasca es uno de esos lugares donde las nubes se mueven tanto y tan dispersas que hay un cielo para cada pueblo. Que es un sitio donde los cielos son más. Y luego, sí, está el mar.

—Frente al océano, la tierra parece sólida. Pero no es cierto —dijo.

Quizá por eso «los pescadores mienten». Conocen muy bien la incertidumbre y los espacios fluctuantes. Saben de bancos de peces y arena que ya no están, de tormentas y de islas emergidas, saben que todo puede cambiar y que se han ganado el derecho a contar el agua a su modo. Han integrado los espejismos del entorno y los explican como si fueran de verdad. Cuando alguien habita intensa y cuidadosamente un espacio, se gana el derecho a narrarlo. A falsearlo, ficcionarlo, protegerlo como quiera. A fin de cuentas, la mayoría sabemos muy poco del agua y hay secretos que vale la pena guardar. Y si deseas cambiar el relato, ve y cuenta el tuyo. Aparta el velo. Por ejemplo, ahora ya podemos decir que Selma Huxley, Nadeth Agirre, Sandra Piñeiro, Valentina Orlíkova o Gema Arrugaeta son nombres contra el secreto.

En cuanto a la ocultación de caladeros..., quizá sea el momento de actuar como los viejos pescadores, porque, hoy más que nunca, a quién le importa dónde nadan las ballenas. Lo importante es saber que todavía respiran. Hay quien puede sentirlas aun sabiendo que no las verá, y, tal como están las cosas, eso debería bastar.

04

Urogallo

«Ya no quiero verlo, solo saber que está», dijo Luis mientras avanzaba hundiendo el bastón en la nieve.

Era de fresno tallado por él mismo, y minutos antes le había servido para medir sesenta y cinco centímetros de espesor blanco. Ascendíamos la montaña buscando cantaderos de urogallo después de una tempestad y varios días nevando. Seguramente no íbamos a ver al ave, pero la experiencia de buscarla en invierno nos conectaba de algún remoto modo con las dificultades que había afrontado a lo largo de milenios, porque después de que una glaciación lo alejara de los pinos y abetos del Pirineo, se las había ingeniado para sobrevivir en el ecosistema cantábrico, convirtiéndose en el único urogallo del mundo instalado entre hayas, robles y abedules.

Durante aquellos días, Luis me había ido señalando las laderas donde hubo o aún resistían cantaderos. No había olvidado ni uno, y es que, pese a llevar lustros consagrado a proteger al oso pardo, nunca había perdido de vista a su querido «gallo», para el que reservaba un pronóstico claro: desaparición.

—Por aquí ha pasado alguien —murmuró acuclillándose ante una pequeña mancha rosa y naranja que restallaba sobre el manto impoluto.

Mojó los dedos en los colores, se olió las yemas y resolvió que era excremento fresco de pájaro. De «alguien». Lo que más me sorprendió fue la naturalidad con la que pronunció la palabra, sin ninguna impostura ni asomo de ironía. Lo dijo como si aludiera a un vecino. Hasta entonces yo nunca había oído a nadie obviar de forma tan relajada la diferencia entre nuestra especie y las otras, aunque había leído sobre gente capaz de hacerlo. Recordé a Dersu Uzala. Cuesta explicar quién fue Dersu, aparte de un ser humano completo que apreció, guio y salvó varias veces la vida al escritor y explorador Vladímir Arséniev gracias a su insólita

comprensión de la naturaleza. En la Siberia de Dersu hacía aún más frío que en Asturias y León, pero el mongol aprendió a superarlo mientras conversaba, a veces literalmente, con lobos y osos, que él también consideraba que eran «alguien».

La imagen de Dersu que había proyectado el cine recordaba incluso físicamente a Luis. Ambos recios y de baja estatura, con la piel lisa a la vez que curtida por vientos y soles duros, y una barba semilarga que, eso sí, en el caso del leonés no era entrecana sino casi completamente blanca. Bueno, había otra diferencia: Luis no tenía a su Arséniev. No tenía quien narrara sus historias. Y, de acuerdo, tampoco se exponía a los elementos como Dersu, porque, por muy ermitaño que fuera, lo cierto es que Luis vivía en una casa de Villablino, no en medio del bosque, disponía de calefacción central y cobraba un sueldo por su trabajo.

Debía vigilar que nadie perturbara a los osos, y una parte de su oficio consistía en enfrentarse a otras personas.

—No caigo muy bien en el pueblo —había asegurado la víspera mientras charlaba con Pedro, un antiguo compañero de patrulla forestal.

—Pues sí, Luis —le respondió Pedro—. Tú aquí muy querido no eres.

Bien mirado, eso también lo vinculaba al mongol, que había sufrido el desprecio de alguna gente en su visita a la ciudad, donde además había sentido la angustia de verse encerrado entre aquellas calles, en medio de la polución urbana. La vida social en torno a un cogollo de casas tampoco era el fuerte de Luis, que había nacido hacía cincuenta y seis años en el pueblecito leonés de Matalavilla. De chaval hizo del campo su jardín y, a los catorce años, quedó fascinado con la ceja escarlata y la cola moteada de un ave a la que desde entonces ya siempre quiso buscar en el bosque.

Luis localizó su primer cantadero siguiendo indicaciones de cazadores furtivos. Lo encontró, el sitio tenía que ser ese, pero no oyó al ave. Volvió varias veces,

confirmando que se apostaba en el lugar correcto, porque veía los excrementos, las plumas en el suelo, aunque no al urogallo. «A veces tenía tantas ganas de encontrarlo que creía oírlo cantar o batir las alas». Luego, regresaba perplejo por seguir sin noticias del gallo. ¿En qué se equivocaba? Paciencia. Quería descubrirlo él solo. «Si algo tenía claro era que el urogallo necesita tiempo y que, desde luego, no iba a pedir ayuda a los que lo estaban matando.»

El acecho del urogallo requiere nocturnidad y un sigilo extremo. Hay que partir hacia el bosque de madrugada —algunos veteranos salen a las tres o a las cuatro de la mañana—, adentrarse montaña arriba y, a tientas, buscar un árbol o matorral denso para ocultarse lejos pero lo bastante cerca del lugar donde suele asomar el ave. Hay que permanecer muy quieto, porque si el animal percibe un mínimo ruido, no se manifiesta. El frío nocturno agarrota los huesos y los músculos, que a menudo hay que mantener paralizados durante horas, y entre las cinco y las seis de la madrugada, cuando en el bosque campea el silencio más hermético, el urogallo emerge, tantea las vibraciones del aire y, si se siente tranquilo, canta.

Pero el joven Luis no lo oía. Merodeaba durante horas a oscuras. Nada. En lugar de desistir, se obsesionó. Estudió cómo los machos se reparten los cantaderos manteniéndose a una distancia que les permita oírse unos a otros y competir con más ahínco tratando de atraer a las hembras valiéndose de la voz, perfeccionó su técnica de aproximación sigilosa al cantadero, escudriñó desde la dieta del urogallo hasta sus hábitos vespertinos e innovó en el acecho introduciendo el vivac como posibilidad:

—Cogía un saco, un bocadillo y dormía en las inmediaciones. A las cinco me levantaba fresco, me vestía, comía un plátano, un par de naranjas, galletas o nueces con avellanas, aunque a veces no podía comer porque estaba de los nervios pensando «a ver si va a empezar a cantar y me pilla distraído con las avellanas».

También aprendió lo que me estaba explicando aquella mañana tan blanca: que nos resultaría muy difícil ver un

urogallo en invierno porque el animal se concentra en ahorrar energía y no asoma ni vuela salvo por auténtica necesidad, lo que en épocas frías es sinónimo de «hambre».

De todos modos, pese al buen remanente calórico del urogallo, que le permitía resistir largas temporadas oculto, estábamos al final del invierno, la nieve había cubierto aquel mundo y los animales con las reservas bajo mínimos ya se apresuraban a localizar los escasísimos brotes de acebo que, gracias a la inclinación de ciertas ramas, aún eran comestibles, así que albergué la esperanza de atisbar algún espécimen famélico.

Casos más raros se habían dado, empezando por Mansín, el urogallo que un día apareció caminando en medio de Tarna, en Asturias, como si la gente no fuera un peligro. Mansín acertó: durante meses, nadie lo molestó. Cuando lo vieron en el pueblo, Mansín tenía tres años y estaba en celo, necesitado de compañía, así que los expertos tradujeron su actitud como «un trastorno de la conducta provocado por la ausencia de congéneres». Como nadie lo incordiaba, se convirtió en un vecino más. El caso del urogallo valiente se divulgó y cobró auténtica fama hasta que un perro del pueblo lo devoró.

Luis no entendía cómo, en un momento en el que los urogallos corrían peligro de extinguirse, nadie de La Administración se había hecho cargo del animal antes de que lo mataran. Que el verdugo fuera un perro respondía a la pura casualidad en una zona atestada de escopetas, hachas, navajas, donde el urogallo aún se consideraba un gran trofeo, por mucho que hubieran prohibido cazarlo.

«Cuando lo prohibieron, lo seguimos cazando», había dicho días antes un cazador que trabajó toda su vida en las minas. Villablino, como los demás pueblos de la comarca leonesa de Laciana, ha sido enclave minero. En un extremo del municipio aún se extiende una gran llanura que conserva pirámides de carbón dispersas, además de las vías donde se oxidan las vagonetas que durante décadas transportaron la roca negra. El principal entretenimiento de los mineros había sido la caza, y hasta hacía muy poco

numerosos locales del pueblo mostraban cabezas de animales en sus paredes. Todavía se exhiben algunas, aunque el reciente auge de los derechos de los animales y el medioambientalismo ha despejado bastantes muros de bestias decapitadas. El urogallo, eso sí, no se mostraba en público: quien lo hiciera cometería una ilegalidad flagrante, y no dejaba de ser un símbolo regional. Los símbolos no se matan…, a no ser que lo quieras regalar.

«Era el mejor regalo que podías hacer», había afirmado el cazador minero Laurentino Álvarez. Fui a verlo con Luis. Laurentino nos recibió de pie en el zaguán de su casa, a cubierto del aguanieve. Nosotros nos quedamos fuera, semitapados por el escueto alero del edificio. Constantemente debíamos dejar paso a un hombre que metía palanganas llenas de vísceras y embutidos en un almacén tenebroso del que emanaba una humedad de caverna. La llovizna abrillantaba las piedras de las calles de Palacios del Sil, pueblo de larga tradición cazadora.

Luis había vigilado de cerca a Laurentino y este se había sabido observado, pero ahora, con ochenta y siete años, aquejado de unos achaques que le impedían abordar la montaña en condiciones, y animado por el propio Luis, el viejo rememoraba su época de gatillo caliente. «Hay cosas que hay que contar, y lo de Laurentino ya es agua pasada», había dicho el Dersu de Villablino antes de ir en su busca.

Cuando Laurentino afirmó que había seguido cazando pese a la prohibición, «como todos», miré de reojo a Luis. No se inmutó. Costaba discernir si Laurentino se lo estaba restregando o se limitaba a exponer una realidad aceptada por ambos, pero desde luego que el viejo narraba sin disculpas ni gestos de contrición.

—Una vez matamos uno para cocinarlo, pero se comían muy poco. Todos iban de regalo —dijo apoyado en la muleta—. Y eso que por un mes en la mina ganabas ochocientas pesetas y por un urogallo te podían pagar mil.

—O sea que te comiste uno.

—Guisado. Estaba riquísimo. Pero sobre todo se lo llevabas mucho a los médicos que te iban a operar. Yo se lo

llevé al que me operó en Madrid. Disecado, claro, porque si no se te pudría por el camino. Le sacabas las tripas por el culo, porque son lo primero que se pudre, y ya está. Si le pegabas el tiro de cerca no servía para regalar. Ni si tenía las patas rotas. O sea que había que matarlo bien.

También rememoró el día en que mató «no uno sino dos, en Matalavilla». Era el pueblo donde nació Luis. Me pregunté si Laurentino conocía el dato.

—Uno fue para Paco el Guarda y otro para Gildo —detalló—. Yo no me quedé ninguno. Ya digo, eran para regalar.

Laurentino reconoció que en los años sesenta y setenta hubo «una auténtica escabechina de pájaros» en la que él y su padre participaron «porque se le coge afición».

—Y hacíamos ejercicio, subíamos en bicicleta. Luego, cuando pusieron las leyes, había que tener cuidado porque patrullaba la Guardia Civil. Cuando prohibieron cazarlo seguimos como antes, pero salíamos a las dos de la madrugada porque, a esa hora, ¿quién te iba a coger? La Guardia Civil iba a pie o en bicicleta y salían más tarde, claro.

Luis escuchaba mirando al suelo, a los zuecos de Laurentino, a los aperos colgados al fondo del almacén donde el hombre de las palanganas ordenaba chorizos. Laurentino dijo que los embutidos provenían de la reciente matanza de un cerdo. Se tocó el gorro, similar al que usan algunos raperos y los aristócratas en sus salidas al campo.

—Tino —dijo Luis—. Te voy a decir una cosa. Desde que empecé a trabajar en esto, en el 96, *tengo* ido a muchos cantaderos. Tú sabes que aquí se oye un tiro pegado en La Fochosa. Pues te digo que desde el 96 yo no he oído un tiro en cantaderos.

Tino arrastró la muleta unos centímetros, con la otra mano se apoyó en el quicio del portón. Dijo:

—Aquí aún puedes saber la hora que es según de dónde viene el tiro que oyes.

Cuando se tiraba al urogallo, el disparo proveniente de un cantadero advertía al resto de los cazadores que alguien

había madrugado más, y aunque estuvieran en plena ascensión, volvían sobre sus pasos asumiendo que «su» pájaro había sucumbido con cartuchos ajenos.

Hacía frío, la llovizna rozaba el punto de nieve. Tino y Luis llevaban las chaquetas desabrochadas.

—En cantadero no oirás un tiro —insistió Luis.

—Aquí se tira al faisán. He pasado un frío esperándolo... —Se trataba de un duelo. Tino no iba a aceptar tan fácilmente que Luis hubiera acabado por imponer su ley. Quizá sus hijos y amigos ya no pudieran cazar urogallos, pero iba a dejar bien claro que seguían disparando como él lo había hecho—. Y mira que lo esperaba en el chozo, pero cuando había niebla la nube se colaba por debajo y te calaba los huesos. Daba igual que el fuego estuviera en medio, se te metía por la espalda y te quedabas… helado.

—Yo subía a dormir al refugio. Para vigilar.

—¿Y ahora dónde queda faisán? —le preguntó el cazador al guarda.

—Queda alguno en … y en... En lo de... También hay alguno en... no sé... Cuando Luis acabó de enumerar los lugares, me pidió que no especificara los nombres al escribir sobre ellos. Prefería esconder las pistas a los extraños. Informar a Tino le daba igual, al fin y al cabo todos los montañeses saben más o menos dónde y cómo encontrar animales. Probablemente Tino ya sabía lo que Luis acababa de comentar.

—Le llevé un urogallo al médico que me operó la cadera y quedó encantado —dijo Tino antes de despedirse —. Cazarlo era un orgullo, igual que un oso. Anda que no he cazado yo con Manolón.

En el todoterreno, Luis me explicó que durante un operativo de vigilancia en el que él participaba, interceptaron a dos hijos de Tino. Habían ido con sus chavales a oír cantar al urogallo, una actividad que también estaba prohibida para aliviar al animal de una presión humana que podía tanto coartar su reproducción como incitarlo a abandonar la zona.

—Por suerte, los cogió el grupo en el que no iba yo, así me ahorré un disgusto con una gente a la que conocía y con la que tenía buena relación —recordó Luis—. Pero les dije a los del Seprona que publicitaran que los habíamos pillado para dejar claro que eso ya no se iba a tolerar.

Saliendo de Palacios del Sil, circulamos entre valles donde la niebla reposaba como en un cuenco. En las cotas más altas aparecieron avellanos, tejos, arces, fresnos, robles, acebos, sauces. Había exuberantes bosques mixtos. El de El Mosqueiro albergaba catorce especies de árboles dentro de un radio mínimo. Una pluma de cernícalo temblaba en el salpicadero del todoterreno, que esos días no podría avanzar montaña adentro. Luis conducía al ralentí, sobre todo en los descensos, porque el suelo estaba casi helado y los neumáticos se habían desdibujado y él desconfiaba del agarre.

—Manolón era el padre del agente forestal de la comarca —dijo Luis.

Es decir, que Tino salía a cazar con Manolón, cuyo hijo forestal nunca patrullaba por los lugares que frecuentaba la pareja porque, me dijeron varias personas del pueblo, no quería encontrar a su padre delinquiendo. Las cosas habían funcionado así durante años.

—El entorno era muy *heavy*. Esto era una zona ganadera que derivó hacia la extracción de carbón. La gente no quería la mina, pero el caso es que la mina se impuso, una mayoría se puso a trabajar en ella y muchos ocuparon el tiempo libre en la caza. Esto enseguida se convirtió en una zona minera donde podías comprar buenas armas. Y una de las piezas de caza más codiciadas era el urogallo.

—Empezaste a vigilar escopetas en el 96 —señalé.

—Sí… Nunca imaginé que acabaría ahí.

Como muchos vecinos, los padres de Luis vivieron del ganado toda su vida. Las minas siempre habían sido una opción, pero la silicosis y unas condiciones demasiado penosas disuadieron a bastantes familias de jugársela extrayendo rocas, hasta que en los años setenta y ochenta las condiciones mejoraron formidablemente, casi hasta

garantizar la seguridad de unos mineros que además pasaron a cobrar cantidades inalcanzables para la mayoría de los que se dedicaban al campo. Numerosos habitantes de los valles cambiaron las vacas o las tierras por la hulla, y el padre de Luis habría acabado en la mina de no ser porque reaccionó tarde. Cuando al fin entregó la solicitud para trabajar el carbón, ya era demasiado mayor y no hubo sitio para él.

Luis, todavía un chaval, observó lo bien que les iba a sus colegas y vecinos mineros, e hizo cuentas. Pensó que la mina era una opción de futuro y que él tendría más suerte que su padre, pero tampoco hubo forma. Se empleó en la construcción. Luego fue ayudante de un topógrafo centrado en el mapeo de túneles. En 1993, la Fundación Oso Pardo empezó a supervisar un coto de caza de doce mil hectáreas recién creado en El Pedroso. Tres años después, organizó un curso en Villablino sobre vigilancia en zonas oseras. Luis asistió y no tardó en recibir una oferta para suplir a un trabajador de vacaciones.

—Mi estado era de incredulidad. No podía creer que me pagaran por mi afición. Y sigo con esa sensación, aunque esto no sea un camino de rosas. Por ejemplo, a veces hay que denunciar a vecinos que también son amigos.

Hace veinticinco años, los osos pardos de la cordillera Cantábrica eran asediados por los furtivos, y la principal misión de Luis era proteger a un animal tan escaso que no solo no lo había visto nunca, sino que ni siquiera se había planteado la posibilidad de cruzarse con uno en el bosque. Hasta ese punto se había diluido la presencia del plantígrado en el imaginario popular. Empezó a acampar usando las fichas del censo para anotar detalles, impresiones. Mientras velaba por el oso, siguió ampliando su conocimiento del urogallo a la vez que distinguía los hábitos de la perdiz pardilla, el gato montés o la liebre del piornal, la única especie endémica de la cordillera Cantábrica.

—El primer año vi un oso. Uno.

El descontrol legal era excesivo. El monte estaba lleno

de lazos y trampas; encontraban osos y otros animales con amputaciones o muertos por hemorragias. Guillermo Palomero, el director de la Fundación Oso Pardo, organizó una brigada de acción inmediata formada por cuatro hombres que se ocupó de evitar e investigar las agresiones a todo tipo de animales, prestando singular atención al oso y al urogallo. «Fuimos a por todas.» «Si los de la Fundación no hubieran entrado cuando y como lo hicieron, no quedaría ni un oso», me había dicho una vecina del pueblo.

Los Cuatro de Villablino cambiaron las reglas. Antes de su llegada, los agentes forestales no salían al bosque hasta las nueve de la mañana. Cualquier candidato a furtivo podía ver el coche de la patrulla aparcado en el pueblo, tenerlos localizados. Los Cuatro flexibilizaron el horario y los recorridos, que ahora resultaban imprevisibles.

—Nos paseábamos por el pueblo los cuatro dentro del coche, para que nos vieran bien, y luego subíamos a la montaña. Al volver, en el coche solo bajábamos uno o dos. O eso parecía, porque los otros íbamos tumbados en la parte de atrás para que los furtivos no nos vieran y creyeran que habíamos dejado un retén en el monte. A veces nos quedábamos a dormir arriba, pero la montaña es muy grande y no podíamos cubrirla toda todo el tiempo, habría sido aún más agotador. El tema es que esos trucos funcionaron.

Los Cuatro empezaron a recibir amenazas. Pedro, uno del equipo, encontró una cabeza de urogallo tirada en el patio de su casa. A otro le rayaron el coche. En los bares les espetaban «qué estáis haciendo», varios vecinos dejaron de hablarles, o, al cruzarse con ellos, «les leías en los labios palabras… malsonantes». Más de un denunciado les advirtió que tenía un amigo comandante o juez o presentador de televisión que le iba a retirar las multas o las condenas, y que se acordarían de él. «Esto era el Oeste», resumió Pedro.

Pronto tramitaron más de cien denuncias por matar corzos, dieciocho por lazos ilegales. Un abogado que transportaba la cabeza de un rebeco en el maletero intentó

zafarse de la multa apelando al derecho civil. De todas formas, cuando los cazadores de la región empezaron a reprimirse, los forasteros siguieron a la suya. Según los forestales, la mayoría eran «jubilados con buenas pagas, abogados, médicos, dentistas y gente así, a la que no le importaba apoquinar. Claro que también hubo quien se fue de rositas porque tenía un buen contacto. Lo normal era dejar que su expediente prescribiera».

En cualquier caso, el número de osos aumentó… mientras el de urogallos continuaba cayendo sin que nadie supiera por qué. Es cierto que la caza los había diezmado durante demasiado tiempo, pero la minería también había perjudicado sus hábitats, la deforestación rampante los expulsaba de los antiguos cantaderos, y la notable pérdida de arandaneros —cuyo fruto es crucial en su dieta— contribuía a complicarles aún más las cosas. Otra damnificada del nuevo orden cantábrico era la perdiz pardilla, afectada también por el ascenso de unas temperaturas medias que, en los Pirineos, estaban desplazando a los urogallos a cotas más altas, aparte de provocar que el arándano ya no creciera en el período habitual del año.

El declive del arandanero se relaciona con la inveterada hostilidad hacia el árbol que se da en España, una cuestión filosóficamente enquistada que habían abordado numerosos autores, desde Juan Goytisolo en *España y los españoles* hasta Gerald Brenan, quien sintetizó el rechazo afirmando que «la civilización española está edificada sobre el temor y la antipatía frente a la naturaleza». El país compartía la filosofía socrática de que, como los árboles y el campo no enseñan ni aportan nada a los humanos, se podría prescindir de ellos.

Muchos países europeos se han subido al carro postsocrático de la secuencia tala-buldócer-herbicida que está arruinando millones de bosques en todo el mundo, si bien la mayoría son unos aprendices de la esquilma vegetal en comparación con la historia ibérica. Dicen que hubo un tiempo en el que España se habría podido cruzar de punta a

punta sin tocar el suelo, saltando de rama en rama. Hay quien objeta que no es más que una leyenda, pero el depauperado estado actual de las costas nacionales permite conceder bastante verosimilitud a la capacidad de nuestros ancestros para arrasar vegetación a mansalva, despuntando como precursores de una línea de acción modernamente sublimada por el buldócer, la sierra eléctrica, la taladora, la trituradora y otras máquinas de demolición vegetal que han adquirido gran importancia en nuestras vidas, aunque no seamos demasiado conscientes de ellas.

Semejante habilidad, sumada a un ecosistema sometido a mutaciones hiperveloces, ha hecho del tranquilo y exigente urogallo un damnificado ideal.

El urogallo cantábrico es un raro en su especie. En eso se parece un poco a Luis, solo que la singularidad del ave es de base biológica, porque todas las poblaciones europeas viven en regiones boreales con bosques de pinos y abetos, mientras que el urogallo cantábrico, desplazado por una glaciación, recaló en estas montañas y logró sobrevivir entre robledos y hayedos. A cambio, ha desarrollado una resistencia aún más extrema al frío produciendo un plumaje que le blinda las patas y los orificios nasales. Se trata, en fin, de un animal excepcional que ha atravesado siglos y geografías superando inimaginables adversidades. Por eso, cuando los Guardianes de las Especies detectaron que el urogallo cantábrico estaba abocado a la extinción, se impulsó un proyecto LIFE de rescate. Duró del 2010 al 2017 y recibió una inversión de siete millones de euros. La conclusión, más o menos, es que fue «un fracaso» —la expresión más común cuando se alude a aquel proyecto— porque se actuó demasiado tarde.

El 24 de septiembre del 2017, el urogallo entró en la UVI de la fauna salvaje. Su situación pasó a ser «crítica» tras haberse perdido más de la mitad de su hábitat en veinte años. Y ahí está hoy, compartiendo la lista de especies españolas moribundas junto al visón europeo, la

cerceta pardilla o el alcaudón chico.

El proyecto LIFE del urogallo recibió críticas feroces. Por ejemplo, se subrayó que pretendía recuperar la población sin saber cuántos individuos había, porque no existía un censo. Y después del LIFE continuaba sin existir, porque «la Unión Europea no financia inventarios de especies». Se señaló al director Luis Robles por no haber adaptado el exitoso modelo de recuperación del urogallo en Escocia, a lo que fue sencillo responder que los escoceses viven rodeados de pinos. Hubo quien atacó a bulto afirmando que se trataba de «un proyecto sin fundamento científico» y sentenciando que «de ese proyecto no salvaría nada». Cuando en el 2011 el Tribunal Supremo declaró ilegales tres parques eólicos autorizados en León por no haber contemplado su impacto sobre la población de urogallos, presuntos defensores del ave alegaron que «solo nos dicen lo que no hay que hacer; ¿cuáles son las iniciativas?».

Hubo algunas, claro. El programa LIFE construyó parapetos en torno a una central eléctrica cercana a los cantaderos, para protegerlos de un ruido que podía intimidar a las aves o incluso invitarlas a emigrar; se señalizaron vallados ganaderos para evitar colisiones con alambres o rejas casi indetectables; se aumentó el número de arandaneros. Entonces, los críticos dijeron que las afectaciones causadas por el ruido y por la escasez de arándanos no estaban científicamente probadas, así que con esas iniciativas se había perdido tiempo y dinero.

En parte era cierto, porque nadie sabe aún qué le pasa exactamente al urogallo.

—Pero es que los gestores no podemos permitirnos no hacer nada —aclaró Robles cuando hablé con él—. Lo que pasa es que este país continúa funcionando como un conjunto de reinos de taifas. Lo que le va bien a uno, al otro no le encaja, y al revés, aparte de los intereses que están por encima. Hay demasiada gente que prefiere quedar bien con alguien en vez de hacer lo que tiene que hacer.

Quizá Robles estuviera pensando en la sentencia del

Tribunal Superior de Justicia de Asturias que en el 2007 anuló un primer Plan para la Recuperación del Urogallo por alegaciones de la Asociación Profesional de Empresarios de Aprovechamiento Forestal, Aserraderos y Almacenistas de Madera de Asturias (Asmadera).

La intuición sugiere que al urogallo no lo está extinguiendo un factor concreto, sino que paga las consecuencias de varios desajustes y agresiones en cadena. En cuanto a las certidumbres, destaca una: el urogallo, la perdiz pardilla y el aguilucho pálido son las tres especies cantábricas que evolucionan peor. Muy mal. Parece que tiene algo que ver la presencia de humanos. Alguien ha dicho que somos una glaciación exprés. Esta modalidad tiene sin duda un plus de velocidad singularmente letal, porque el urogallo, que ha superado glaciaciones de estilo clásico, ahora está a punto de rendirse.

Un censo del 2005 cifró en alrededor de quinientos el número de urogallos, y ese mismo año se anunció que se abriría La Casa del Urogallo en Tarna, en una apresurada acción política que en el 2007 llevó a expropiar las antiguas escuelas de la localidad y a invertir 676 766 euros. Se quiso enviar un mensaje de protección medioambiental inaugurando en el 2010 una infraestructura que —esto se sabría más tarde— no disponía de equipamiento ni suministro eléctrico. Estuvo en desuso seis años, y la misma suerte corrió el Hospital de Animales de El Castrín, mientras la población de urogallos proseguía su caída. El censo del 2018 registró 292 animales en la cordillera, 233 (casi el 80 por ciento) en Castilla y León y 59 en el suroeste asturiano.

—Que me digan dónde están —refunfuñó Luis hundiendo su bastón en la nieve— porque yo no los veo.

El cielo era un todo pálido de nubes blancas compactadas en las que el sol se refractaba discreta pero imparablemente, iluminando las montañas con tibieza.

La última oportunidad para el urogallo había quedado en

manos del equipo de Dani Pinto, formado en parte por antiguos colegas de Luis. Pinto los había contratado para La Administración, ahora responsable exclusiva de un plan de rescate centrado en eliminar a un buen número de predadores —sobre todo rapaces, garduñas, zorros, jabalíes y martas—, reducir la mortalidad de urogallos por causas humanas, gestionar el hábitat (favoreciendo, por ejemplo, los arandaneros) y potenciar la cría en cautividad, porque de los últimos 203 huevos puestos habían nacido siete polluelos y ese porcentaje resultaba insostenible.

El Centro de Cría en Cautividad de Sobrescobio tampoco había dado los frutos esperados, pero esto ya no era de extrañar. La indignación de los excluidos del nuevo plan apuntaba al «cerrojazo» informativo que La Administración había tendido en torno al urogallo, negándose a facilitar datos a las organizaciones que los habían solicitado, SEO Birdlife entre ellas. Y esa impermeabilidad coincidió con un momento en que algunos se planteaban reivindicar la galliforme como símbolo, porque algo había que inventar en un Villablino desconcertado desde que en el 2019 los sindicatos pactaron con el Gobierno el cierre de las minas después de una agonía prolongada durante casi dos décadas.

La lluvia de euros que cayó con las jubilaciones anticipadas aburguesó al pueblo de golpe, que seguía aturdido preguntándose «y ahora qué.» Hasta entonces, la mina había supuesto un futuro. Difícil, esforzado, antipático para muchos, pero un futuro. Y un presente también. ¿Y ahora? Había que buscar alternativas, ejes que relanzaran a Villablino dotándolo de un nuevo espíritu. *Turismo* era la palabra de moda. Llegaba tardísimo, pero la moda es la moda, y por lo tanto se pronunciaba mucho, aunque todavía en voz baja, como una quimera o un animal exótico al que nadie sabía atrapar. Potenciar el simbolismo del urogallo flotaba como una opción para seducir a turistas. Aún nadie había articulado una idea seria que pivotara en torno al animal, pero, por ejemplo, Luis había tallado su primer urogallo de madera un año antes, a petición de un

cliente que buscaba un llavero con la figura del ave.

Me extrañó que no se le hubiera ocurrido tallarlo a él mucho antes, que no fuera uno de los primeros animales de su catálogo, con el cariño que le tenía.

—Justo por ese cariño —respondió—. No he querido traficar con su imagen. Es como si me avergonzara usarlo para ganar dinero. Es un animal salvaje, un compañero. No sé, no he querido especular con él.

Pensé en las plumas de los jefes indios, en las tallas de huesos de alces, de toros, de fémur de vaca en México, en el gorrión perfilado en hueso que despunta como la escultura más antigua de Asia, en los tatuajes con los que los maoríes aún homenajean a tantos animales de su imaginario, y no entendí la resistencia de Luis a moldear una naturaleza fresca que podía permitirle no solo reivindicar al ave que tanto amaba, sino también prolongar su vida al darle visibilidad, incluso convertirla en leyenda, arraigándola aún más en su cultura.

Es muy arriesgado juzgar la intimidad de otra persona, pero Luis dedicaba su vida a proteger animales salvajes, y aunque sobre el terreno se desgañitaba por hacerlo bien, había renunciado a la posibilidad de extender esa acción al arte, al menos en lo que concernía al urogallo. Alegar que no quería cobrar cuatro euros por una talla resultaba paradójico teniendo en cuenta que, como vigilante de las montañas, ingresaba un sueldo mensual. ¿Por qué no hacerlo gratis?

Su argumento me pareció débil, quizá porque yo trabajo en un plano menos físico, combinando la acción con la idea abstracta, y por eso encuentro que la comunicación y la belleza creada por humanos son eficaces formas de resistencia y, por lo tanto, de protección colectiva. El mundo también se defiende narrando, pintando, filmando, cantando, esculpiendo. Me pregunté si Dersu habría tallado un urogallo de haberlo amado de un modo singular, y supuse que sí.

Sin embargo, cuando una noche helada me senté junto a la enorme estufa de leña que hay a la entrada del casino

del pueblo, en compañía de Silvia Aller —la camarera de Babia que resultó ser poeta, dibujante y ayudante de su hermano en la barra de aquel céntrico lugar de encuentro —, descubrí que a ella le había pasado igual.

—Nunca he escrito sobre el urogallo, ni lo he dibujado.

A pesar de haber dedicado poemas a la salamandra o a la culebra y, sobre todo, de haber trabajado tres años como guía en el Centro del Urogallo de Villablino, no había creado nada inspirándose en el que consideraba su «animal totémico». ¿Por qué?

—Lo tengo como algo intocable, como en reserva. A nadie le diría dónde están los cantaderos. Pienso que le harán daño.

Al hablar del animal, ralentizó el ritmo de la charla. Sus frases eran más cortas. Dejaba espacio entre punto y punto.

—Es tan difícil hablar de él como verlo —dijo, reconociendo que no lo había visto nunca, lo que no le importaba en absoluto. Luego supe que muy poca gente del pueblo había visto a un urogallo vivo—. Por eso lo mantengo tan escondido. Es algo muy íntimo. Pero… —frunció los labios, apretó las manos sobre la falda—, pero estoy pensando en dibujar uno. Los urogallos que he visto representados son una horterada. Creo que merece otro trato y quiero que la gente lo valore. Que lo sientan como lo siento yo.

Nieta de mineros e hija de un industrial dependiente de la minería, Silvia había roto esquemas: mientras la mayoría de sus amigas se casaban con mineros y dejaban la escuela tras cursar el bachillerato, ella estudió Artes y Oficios en Madrid y desposó a un británico. Cuando su marido murió, Silvia le dedicó un poema de duelo protagonizado por un abedul, árbol caducifolio que es un pilar en la vida del urogallo. La poeta aludía así, de un modo indirecto, al animal, aunque hay que ser un iniciado en la realidad de los bosques para establecer esa conexión.

Al margen de la estatua del urogallo que daba la bienvenida al pueblo, costaba encontrar la imagen del ave

más allá de algún adhesivo o de carteles que anunciaban eventos. Al fondo de la guarnicionería El Guarni, en la zona de despacho, entre aerosoles, frascos, reglas, un candil, cencerros y cinturones, destacaba el discreto pero espléndido cuadro de un urogallo fechado en los años setenta. El librero Francisco Javier Fernández no recordaba ningún libro no científico autóctono donde se concediera un protagonismo relevante al animal, y envidiaba la labor de los parques naturales de Estados Unidos, «que empezaron a cuidar la flora y la fauna en el siglo XIX mientras aquí aún se paseaban osos y lobos por los pueblos para ganar dinero». En la copistería de Villablino acababan de poner a la venta, por diez euros, camisetas con un urogallo estampado junto a un corzo y un oso.

Silvia estaba radiante porque esa mañana había identificado una orquídea nueva en un margen de la carretera, además de una vegetación más exuberante que atribuía a la inactividad humana a causa de la pandemia. Un indicio de cómo podrían cambiar las cosas si por ejemplo los jóvenes apreciaban los beneficios de ampliar el verde alrededor y decidían revertir dinámicas contaminantes. De todos modos, ni su hija ni la de Luis habían establecido un vínculo con la naturaleza no ya tan vibrante como el que palpitaba en sus padres, sino ni siquiera lo bastante intenso para moverlas al bosque con relativa frecuencia. No, ese vínculo no existía. Vivir entre valles, en el umbral de bosques esplendorosos, no basta. Las chicas observaban la naturaleza de lejos y de momento no parecían propensas a promover cambios sustanciales en su relación con «el verde». Aun asumiendo que «los hijos deben ser libres para elegir su propio camino», Luis se preguntaba cómo se las habría ingeniado el escritor cazador Miguel Delibes para que la mayoría de sus hijos, y tuvo siete, heredaran la devoción por el campo del padre.

—Mi mujer me acompañó una vez a un cantadero —dijo Luis sobre la nieve—. Ella tampoco es mucho de ir al campo. Pero yo entiendo que no es un defecto suyo, sino un exceso mío. A mí esto me gusta… y cuesta seguirme el

ritmo, lo sé.

Luis aludía con frecuencia a sí mismo: «soy huraño», «no es por soberbia, pero…», «si no lo digo yo, quién lo va a decir». Su conciencia de llanero considerablemente solitario lo inducía a autoafirmarse con palabras, subrayando que lo que hacía valía la pena y que si los ganaderos locales habían cambiado los rebaños de vacas pardas alpinas por los de rubias asturianas porque daban más carne, pues muy bien, pero él veía el mundo de otra forma. Y confiaba en que incluso quienes de entrada le rechazaban, como había ocurrido con Pedro, cambiarían de opinión si se asomaban a su realidad aparcando los rumores, los prejuicios.

—Sí, Luis, tú tenías mala fama —dijo Pedro en el casino. Y luego se dirigió a mí—: Yo también pensaba *eso* de él antes de trabajar juntos.

Eso significa que Luis les parecía un traidor indeseable incrustado en el corazón del pueblo para joderles la sempiterna tradición cazadora, un «ecologista de mierda», que era como decir un amargado que encontraba el sentido de la vida amargando a los demás, porque lo de amar a la naturaleza era lo de menos, ¿o es que ellos no amaban a la naturaleza? ¿O es que ellos no vivían de y en la naturaleza? ¿O es que ellos no habían cuidado de los mismos valles desde tiempos inmemoriales, como había hecho la propia familia de Luis? Un «puto traidor», eso es lo que era. Para Pedro, más o menos, también. Porque, además de forestal, Pedro era cazador. Sobre todo, de corzo y jabalí.

—Luego me di cuenta de que estaba totalmente confundido —continuó Pedro—. Al conocerle comprendí el punto de vista contrario. Es que yo entré en esto gracias a los cazadores. Había una buena relación con Guillermo —director de la Fundación Oso Pardo—, y los de la Fundación pensaron que podían acercar posiciones incorporando al equipo a gente como yo.

—Yo no podría —dijo Luis—, estaría todo el día discutiendo.

Pedro cabeceó afirmativo.

En el casino sonaba música caribeña, quizá la misma

que al entrar. Los hombres recordaron el día en que, en el bosque, se les encaró un furtivo blandiendo un hacha a la voz de «no iréis a joderme»; hablaron de aquel que mató «a ocho o nueve urogallos con perros», y de otro que había finiquitado a cuatro en tres días; de la mañana en la que se juntaron veintidós personas en la sierra de Palacios para ver a un urogallo, saltándose todas las prohibiciones. Y Pedro declaró que una vez comió gallo —«es seco, duro, de carne negra»—. Corrían historias de familias pobres que en Nochebuena no tenían un plato especial que comer y habían salvado la fiesta capturando a un urogallo. No era habitual cocinarlo, pero en los tiempos de más hambre se preparaba al estilo de Vegamián. Vegamián fue un pueblo inundado por un embalse.

Los veteranos aseguran que, con paciencia y cautela, es relativamente fácil cazar al urogallo: suele perfilarse en lo alto de los árboles como una diana a contraluz. El disparo se dirige por instinto. No hay más sombra a la que tirar. El jabalí se caza con perros; el corzo, al rececho. Y en la cumbre de la dificultad despunta el lobo.

Esos días de invierno, Pedro ponía trampas para carnívoros, en especial zorros y gatos domésticos, cumpliendo con el objetivo de La Administración de mermar a los depredadores del gallo. Luis escuchaba la enumeración en silencio. Cuando vio que yo lo miraba, dijo:

—Yo no defiendo matar por matar, pero si dentro de veinte años tenemos mil osos por aquí y hay que matar cien, pues habrá que matarlos.

—Desde la ciudad te dicen que cómo te atreves a hacer eso, que no se puede matar así —intervino Pedro—. Pero ellos no viven aquí. Solo quieren que lo tengamos todo muy guapo y a su gusto para que cuando vengan esté estupendo y con los animales que quieren haciendo lo que se supone que deben hacer.

—Soy totalmente contrario al animalismo —dijo Luis —. Defienden demasiadas cosas sin lógica. Hay que tener criterio y coherencia. Y si en algún momento hay que matar

osos, se matarán.

Al día siguiente, ese mismo hombre detuvo el todoterreno en un arcén al ver a un zorzal tumbado en la nieve. Parecía muerto. Lo recogió y, al comprobar que respiraba, lo depositó en el salpicadero. A veces, en la carretera se hallan aves aturdidas por la onda expansiva que producen los vehículos en tránsito. Luis las recogía, las tendía en el asiento del copiloto o (si estaba ocupado, como ese día) en el salpicadero y, como hizo con el zorzal, cuando espabilaban las devolvía a la montaña.

Observando la gama de vuelos y el tamaño de las aves, Luis había afinado el oído hasta aprender que el sonido de las alas varía en función del aire y la humedad. Por eso, durante nuestro ascenso al cantadero, a menudo se quedaba quieto alzando un poco la barbilla o ladeando la cabeza para descifrar pistas sonoras. Algo se agitó en la fronda. Luis arqueó las espesas cejas como si ahí hubiera alguien realmente excepcional. ¿A esa hora? El cielo estaba encapotado, pero costaba creer que a media mañana un urogallo… Luis levantó el índice en posición vertical, se lo llevó a los labios y, sin pronunciar palabra, en su boca leí: «Escucha». Distinguí un alegre vibrato de trinos sincopados, una especie de eufórico monólogo.

—Un pito negro —dijo.

Los reiterados fracasos de sus inicios, cuando jamás lograba detectar al urogallo, lo habían impulsado a sofisticar el oído y la atención hasta convertirse en un magistral intérprete del aire, y es que, en la época en la que acumuló frustraciones, su fijación era oír al animal. Verlo le daba igual. Cultivó una relación de oído.

—Hay que aprender a ser uno más —dijo—. Si no, el urogallo sabe que no eres del bosque, te ve y no sale. Odio que me vea, porque es una intrusión en su mundo.

Yo era un intruso en el valle invernal perfectamente iluminado, así que mis posibilidades de verlo resultaban casi nulas. Las leyes del bosque y sus habitantes son estrictas, y aunque existan la fortuna y la excepción, los animales concentrados en sobrevivir no frivolizan ni

malgastan energía exhibiéndose ante extraños. Contactar con ellos depende del respeto que tengas por el medio, también si eres cazador. Un rato antes, Luis había chasqueado la lengua al adentrarnos en el manto de nieve virgen de La Umbría de Cerredo.

—Si no hay huellas, no me gusta abrirlas —dijo—. Hoy lo hacemos porque vienes tú.

Avanzábamos por el espacio intocado donde la nieve imponía su color. Rachas de aire aisladas o un ave de paso agitaban los árboles a intermitencias, y sus ramas desprendían terrones helados sobre nuestras cabezas.

—Como sople el viento, nos vamos a rebozar.

Durante el ascenso contó que la primera vez que había oído al urogallo «no llegué a verlo, pero no me importó; era una felicidad». Por entonces, Luis aún no había aprendido a moverse siguiendo las estrofas de los tacs. El canto del urogallo se divide en cuatro partes que proyecta al principio de manera espaciada, o no muy rápida, en la fase de calentamiento. Durante ese lapso, el pájaro tantea el entorno, prueba la voz a la vez que deja huequecitos entre parte y parte para detectar si algún sonido extraño se cuela en los intervalos. El biólogo Javier Castroviejo asignó nombres a cada parte del canto. Ateniéndonos a su estudio, hoy podemos explicar que el urogallo lanza una primera serie de tacs, a continuación ataca la seguidilla y el refilo, y cierra con el descorche, que efectivamente recuerda a un tapón liberado. Si no percibe nada inquietante, acelera las estrofas. Tacs, seguidilla, refilo, descorche. ¿Todo bien? Repite. ¿Bien? Repite. Repite. Entonces, acelera más. Y más. La secuencia se dispara a un ritmo trepidante que asombra, porque combinar sonidos tan distintos a semejante velocidad solo está al alcance de aparatos fónicos privilegiados. Su canto grave se apodera de la madrugada, por eso canta a esa hora, cuando el resto de las aves aún calla y su tono opaco y grave puede llegar nítidamente a quien debe: las hembras.

La posición de los cantaderos la determinan los machos. Cada uno ocupa el suyo y trata de imantar a las

hembras con su voz. Cuando aparece una, se entusiasma. Comienza a moverse cada vez más excitado, despliega las alas en abanico y canta, canta, canta apostado en alguna rama elevada sobre la que se acomodó la tarde anterior. Como su peso no le permite volar hacia arriba, escoge laderas bien inclinadas para lanzarse sobre las copas frondosas y, tras un planeo no muy largo, aterrizar en el árbol donde al cabo de unas horas ofrecerá su concierto de madrugada. Durante el vuelo, agita rápido y fuerte las alas, como la gallinácea que es, solo que con mayor potencia. Entre vuelos, cantos y desenfrenados aleteos de coqueta excitación, la época de apareamiento es un espectáculo en el que los animales cantan literalmente por la vida, la suya y la de la especie. Sus voces toman la madrugada, continúan adornando el alba y, si hay nubes o niebla densa, se extienden durante la mañana. La niebla es una aliada del gallo, porque al sentirse arropado, no expuesto, sigue cantando. Hay quien ha oído tacs rozando el mediodía. Lo normal es que cuando el petirrojo articula sus agudos, el urogallo se silencie. Enseguida emergerá el resto de las aves desplegando el coro, y algunos como el chochín y el cuco exhibirán su repertorio.

Como después de oír por fin al urogallo Luis deseó verlo, entrenó a fondo para ejecutar la aproximación definitiva. En el siglo XIX, el ornitólogo Alfred Newton divulgó que el urogallo se quedaba sordo al final de cada éxtasis cantor, lo que hoy llamamos «estrofas». Según Newton, la potencia era tal que su propio sonido le bloqueaba la audición, y ese era el momento idóneo para acercarse a él. Esta creencia se mantuvo hasta que científicos más modernos advirtieron que no se quedaba sordo sino que, como cualquiera que se ponga a gritar con fuerza, le costaba oír sonidos más allá de los que proyectaba él mismo. Lo que sí se confirmó es que para arrimarse al urogallo había que aprovechar sus estrofas. Es decir, cada vez que lanzaba una, había que caminar. Unos calculan que el intervalo de «sordera» puede durar cuatro segundos, y otros lo cifran en dos. Tras oír al urogallo, un

neófito como yo diría que está más cerca de dos, lo que viene a equivaler a un paso. Estrofa, paso. Estrofa, paso. El mínimo ruido lo callará, y ese día quizá ya no retome la serenata, de modo que será imposible dar con él. Es un juego muy lento, que exige cuidado y paciencia, y en el que hay que sopesar la orientación del animal, porque muchos se han pasado de largo pese a tenerlo a tres metros, debido a que la cabeza del urogallo apuntaba en sentido contrario al del avance del rastreador.

Emboscados habituales dicen que vivir el bosque de cerca procura humildad porque te recuerda lo frágil que eres, cuánto pueden cambiar las cosas por un matiz. El urogallo es un campeón en nimiedades del sonido, y el oído es el sentido primordial para quien desee acercarse a él. Mientras Luis daba sus explicaciones, pensé en los pájaros que se habían vuelto a oír en las ciudades «desiertas» durante la pandemia. Animales que parecían expulsados repoblaron las copas urbanas volviendo a comunicarse con antiguas frecuencias, aquellas que en los últimos años habían debido reajustar para imponerse al estrépito de los vehículos y, en general, de la ciudad. Aunque ahora pueda sonar extraño, gracias al canto de las aves los humanos descubrimos que los niños no nacen con el habla predeterminada sino que dependen del entorno, así que educación y naturaleza se influyen hasta ese punto tan íntimo, condicionando nuestra forma de pensar.

Con el bastón, Luis despejó un cogollo de matas de acebo alumbradas por un haz de sol.

—Si hago un claro en el bosque —afirmó—, pronto vendrá todo el mundo buscando temperatura y comida.

Necesité un momento para recordar que «todo el mundo» significaba un conjunto de «álguienes». Que Luis no se refería a humanos.

En el ensayo *En un metro de bosque*, David George Haskell señala que la renovación de un dosel depende de que este se rompa, permitiendo así que la luz llegue al suelo. El calor sobre la tierra dispara reacciones en cadena al fertilizar la superficie y el subsuelo, por eso una tormenta

o una nevada son episodios estupendos para que las ramas partidas y la ausencia de hojas creen fecundos claros en el bosque.

Luis Robles, que lideró el proyecto LIFE dedicado al urogallo cantábrico, había señalado que, al abrir una pista forestal, el urogallo aparecía enseguida para abastecerse de las frambuesas y los arándanos puestos al descubierto, «pero eso no quiere decir que abrir pistas o claros le vaya bien». Otra opinión tenía Daniel Pinto, el último responsable de intentar el rescate de la especie en Castilla y León. Pinto había optado por aclarar zonas que facilitaran el acceso del urogallo al alimento, y eso implicaba podar bosque.

Dersu Uzala dijo que un verdadero bosque existe cuando no puedes andar recto por él. En la misma línea, Luis Fernández afirmaba que los trabajos de poda en las inmediaciones de un cantadero habían hecho que los pájaros emigraran. Según Luis, antes de la intervención humana, la masa vegetal ya era lo bastante abierta como para que el sol calentara el sotobosque y vitaminara los arandaneros. Por otra parte, tampoco secundaba la plantación de pinos que estaba llevando a cabo el equipo de Pinto con la intención de atraer urogallos. No lo entendía: si ese urogallo se había adaptado a un nuevo hábitat de roble y abedul, ¿por qué querían devolverlo a su antigua naturaleza? Había algo antinatural en eso.

Pinto había estudiado que la haya perjudica al urogallo, mientras que el abedul lo ayuda, sí, pero como deseaba aumentar su confort, optó por introducir pino «para darle buenas zonas de invernada».

El caso es que el resto de medidas no había funcionado, la cría en cautividad tampoco. Hasta habían probado a desplazar ganado a las zonas de cantaderos, porque los rumiantes no solo limpian el suelo, sino que sus excrementos abonan los arandaneros y atraen a insectos ideales para alimentar a los polluelos de urogallo.

—Un buen excremento genera un vivero de bichos —dijo Pinto, que innovaba a la desesperada rogando que el

clima, las leyes y los depredadores fueran propicios en los dos años siguientes, permitiendo que los urogallos supervivientes se reprodujeran y el aumento de población fuera suficiente para lograr lo que todos deseaban: salvarlos —. Todo apunta a que tenemos opciones. Todavía no hay un alto nivel de endogamia.

De vuelta en el pueblo, recordé a Tino asegurando que «la gente ya no suele ir al urogallo porque es ilegal, sueles pasar frío y hay que madrugar». Por eso concluyó que si se extinguía se debería «a una peste o a temas de medio ambiente, pero por cazarlo no será».

—Si se extingue, ¿qué sensación tendrá usted? —pregunté.

—Pues otra ave que desaparece.

Luego pregunté lo mismo a Luis.

—Si falta el urogallo —respondió—, esto será como si se hubiera quedado vacío, sin alma. Y mira que hay lobos y osos, ¿eh?, pero no me entra en la cabeza que él no esté.

Le pregunté si se había planteado mudarse a otro lugar. Sacudió la cabeza de un modo indefinido:

—No sé de ninguno de mis ancestros que haya vivido en otro sitio.

En Villablino, el urogallo y los Fernández habían tenido siempre un lugar donde se sentían «alguien» juntos. «Es mejor conocer una montaña que escalar muchas», dijo Churchman. «Creamos lugares maravillosos al prestarles atención, no al descubrir lugares “inmaculados” que nos maravillen», ha escrito David George Haskell. Ser alguien en cualquier lugar es una fórmula de felicidad. Urogallo Fernández era aún alguien en los viejos valles mineros, y me dediqué a saborear la evidencia aguzando el oído, a ver si escuchaba un tac.

05

Bucardo

Si Heráclito dijo que nadie se baña dos veces en el mismo río, en 1996 un grupo de científicos desmintió al griego proclamando que había llegado el momento de revelar otra Humanidad, y presentaron a Dolly, la oveja que inauguró la era del clon. A partir de entonces, los laboratorios se entregaron a perfeccionar las técnicas de «doblaje» con el objetivo de aumentar la cabaña replicante, y no solo ovina. Durante los siguientes cuatro años, genetistas de todo el mundo experimentaron con especies animales que se podían encontrar en la Tierra. Hasta que el bucardo abrió una posibilidad inexplorada.

La noche del 5 al 6 de enero del 2000, la nieve partió un tronco de abeto que al desplomarse aplastó la cabeza de una bucarda anciana aquejada con varias patologías. Al ser la última de su especie, se convirtió en el primer animal extinguido en el siglo XXI. Unos la llamaban Laña y otros Celia. Ocurrió en el Parque Nacional de Ordesa (Huesca). La desaparición se divulgó en todo el planeta, porque era la primera del milenio y porque advertía sobre las muchas extinciones inminentes que iban a producirse si la relación entre los humanos, los animales y en general el medio ambiente no viraba de un modo drástico.

Previendo su extinción, un grupo de científicos españoles había recolectado y congelado células de la bucarda, sin imaginar que la fecha de su muerte iba a proporcionarles una cobertura mediática tan colosal. La oportunidad resultaba incomparable, y si era cierto que España iba a figurar para siempre como el país donde se había volatilizado el primer animal de todo un milenio, el país también podía situarse a la vanguardia científica demostrando que la Nueva Humanidad era capaz de dar la vuelta a la tragedia devolviendo la vida a una muerta. Convertir el fracaso natural en un triunfo de la ciencia es la última gran tentación humana, y ejecutar una resurrección

confirmaría el papel semidivino que desde hace más o menos un siglo y medio algunos humanos han empezado a asumir sin complejos.

Sobre esto no hay datos, porque se trata de un intangible, pero basta observar cómo reaccionaron los medios de comunicación y la ignorancia colectiva actual sobre aquel suceso histórico para deducir que la mayoría de españoles encajaron con indiferencia la derrota de ver cómo un animal propio se esfumaba para siempre. Algunos debieron de experimentar un sentimiento más cercano a la molestia humillante que al dolor y solo un puñado —diminuto— lo lamentó en serio. En cualquier caso, el triunfo que podía obtenerse a cambio de aquella extinción estaba aureolado de gloria, así que los políticos lo vieron claro e invirtieron para conseguir un clon.

La historia del bucardo proponía un viaje literal al fondo de la vida y la muerte, además de una invitación a reflexionar sobre el futuro, sobre todo de nuestra especie. Menudeaban las alusiones a la capacidad humana para exterminar al resto de animales ateniéndose a cálculos que revelaban, por ejemplo, que la tasa de extinción de especies había aumentado mil veces desde nuestra aparición en la Tierra. Y eso había generado un neovocabulario que incluía palabras como Eremoceno, que significa Era de la Soledad. Aunque suena bien como eslogan para alertar a la población sobre un escenario en el que el ser humano pueda quedarse solo en la Tierra tras haber exterminado al resto de seres vivos, también subraya la arrogancia de una especie que se cree capaz de liquidar la vida alrededor, como si, por ejemplo, las plantas no llevaran cuatro mil millones de años sobreviviendo a plagas, glaciaciones, terremotos y todas las catástrofes que podamos imaginar.

En el autocar rumbo a Huesca, leí varias palabras y frases en la misma línea soberbia pero bienintencionada, porque las lecturas que viajaban conmigo apostaban por un mundo menos tecnologizado y con más apego por lo elemental. Es lo que tienen las afinidades electivas... y la saturación de artificios y de realidades codificadas, que a

algunos nos anima a seguir buscando libros de papel y mundos sin tanto número ni tanta máquina. Sin tanto intermediario, también. Vale, mis inclinaciones y prejuicios me inducían a sondear una literatura reacia a los clones, pero creo que eso no me impedía detectar cuándo una opinión de mi cuerda se pasaba de demagógica, reactiva o utópica, ni tampoco reconocer una idea brillante entre los paladines de la tecnología.

La cuestión es que entre las teorías de estos últimos no hallaba demasiados argumentos sostenibles, todo sonaba a pasajero, a obsolescencia más o menos inminente. No soy un tecnófobo. Me beneficio de innumerables adelantos científicos como el que más, desde el automóvil a ciertos fármacos, pero hacía años que había empezado a trazar límites en la relación con algunas innovaciones que podían alterar mi moral de un modo inquietante o crearme adicciones que ni siquiera había visto venir.

La deshumanización que supone matar con drones me alejó de los juegos de guerra mucho más que cualquier película bélica que me hubiera trastornado en la infancia, porque al menos en las películas veía a la gente morir un poco más «cerca», intuyendo o absorbiendo algo de su sufrimiento y destrucción, mientras que los drones eliminaban cualquier empatía hacia manchas lejanas sin rostro que, de repente, se volatilizaban en silencio, entre llamas o nubes de polvo y humo. Algunas redes sociales me arrastraban a agujeros de tiempo incierto de los que salía aturdido y en tensión. Cuando decidí comprar productos que no estuvieran envueltos en plástico, me di cuenta de la enorme dificultad que supone ese acto que debiera ser sencillo.

Sí, ciertos paladines de la Ciencia y las empresas se empeñaban en crear un futuro a la medida de sus intereses, persuadiendo a millones de individuos para que cambiaran sus deseos históricamente naturales por necesidades y objetos sofisticados.

La emblemática historia del bucardo podía ayudar a exponer esa especie de batalla moderna entre los

tecnófobos y los que Paul Kingsnorth había definido como «tecnosoberbios». Pero para ese viaje iba a necesitar guías. Y el único que se ofreció fue Kees Woutersen, un holandés.

Kees se instaló en Huesca hace más de treinta años. Llegó en 1979 desde Alkmaar en Interrail para ver aves con amigos y, aunque le impresionó «mucho encontrar animales disecados en los bares, en los restaurantes, y no solo toros o ciervos, no, entonces también había grullas, ginetas, tejones…», la naturaleza española lo conquistó. Al año siguiente se subió a una furgoneta con ocho amigos y condujeron hasta Ordesa. Plantaron tiendas en la nieve, alguna vez durmieron dentro de edificios en obras a las puertas de algún bosque, y durante el tercer viaje se enamoró de Pilar, que hoy es su esposa. Tardó unos años en mudarse a España, pero cuando el 1 de enero de 1986 el país entró en la Comunidad Económica Europea, Kees ya estaba aquí para atestiguar cómo «de un día para otro, un montón de establecimientos empezaron a quitar cabezas disecadas de las paredes».

Cuando subí a su coche rumbo a Broto, yo guardaba en la mochila *El bucardo de los Pirineos*, uno de sus dos libros sobre la cabra extinta. En él, Kees había recogido la historia del animal, su evolución en las montañas pirenaicas, el encajonamiento en Ordesa, las diversas polémicas abiertas… El libro emana intención informativa y una gracia literaria que lo aleja del volumen de consulta. Se nota que Kees deseaba comunicar al margen de los patrones naturalistas y científicos habituales, recurriendo a las aportaciones de ambos pero permitiéndose las licencias del escritor silvestre.

«Me sorprendió que nadie hubiera escrito de ese modo sobre el bucardo —dijo conduciendo entre valles de imponentes bosques repoblados—. Para entender ese vacío, hay que conocer la historia de España —añadió, descorchando un tema que yo creía haber explorado pero él iba a sintetizar los próximos días de manera clarividente.»

Por entonces, yo había pensado y trabajado a fondo para divulgar la necesidad de escribir y propagar la literatura sobre naturaleza. Llamaba mucho la atención que la lengua española, con cuatrocientos millones de hablantes, acudiera sistemáticamente a la expresión *nature writing* cada vez que aludía al género de la literatura sobre naturaleza. Tener que recurrir a otra lengua para unir estos dos mundos sugería la descomunal distancia que se había abierto entre los hablantes de español y los espacios donde crecían infinidad de seres vivos al margen de nuestra especie. Por eso, junto a un grupo de personas que compartían mis intenciones e incredulidades, había empezado a propagar la palabra *liternatura*, y el rescate no solo de un vocabulario sino también de una forma de mirar al exterior que se detuviera en lo vivo más allá de lo humano.

Las palabras que usamos definen nuestro pensamiento y, por lo tanto, quiénes somos. Los jinetes de la estepa rusa disponen de un extenso abanico de colores que los ayuda a distinguir unos caballos de otros, y los esquimales llaman a la nieve con sesenta nombres distintos. La filosofía de un pueblo se construye a partir de lo que piensa, sea real o imaginado, y las ideas resultantes toman forma de palabras que se anclan en las personas definiendo a la comunidad. Si a partir de las palabras que utilizas puedes reconstruir tu historia y discernir un poco mejor quién eres, la España del 2021 era un país que se limitaba a balbucear los sustantivos más naturales y le faltaban términos para describir el interior de una marisma o un bosque. La pregunta era por qué los españoles se habían distanciado así de su paisaje, uno de los más diversos y, aún, salvajes de Europa. ¿Qué había ocurrido en el siglo xx para que la naturaleza se contara tan poco, tan mal?

Kees había entrevistado tanto a guardas forestales como a historiadores, cazadores o taxistas que aparcaban sus todoterrenos en la falda de las inmensas murallas verticales que albergaron a la gran cabra pirenaica, y, aunque solo pretendía presentar al bucardo en sociedad, la

reciente historia natural de España se desplegó ante él.

El relato lo inician los cazadores ingleses que describieron sus incursiones cinegéticas con ánimo naturalista, deslizando consejos prácticos para abordar montañas del tipo: «Agárrate bien a tu mulo y tu mulo se agarrará a la roca; más seguridad no puede haber». Victor Alexander Brooke, el que más cazó al bucardo, escribió su perfil literario en *Sportsman and Naturalist*, de 1894, después de haber organizado partidas en busca del animal con hasta trece porteadores, ojeadores de Torla y perros de caza de Broto. Tardó cuatro cacerías en derribar a uno, un bucardo viejo y cojo al que disparó en el pecho cuando el animal estaba encajonado en una repisa de un metro de ancho. El bucardo rodó por la ladera más de ciento cincuenta metros y los golpes contra las rocas le rompieron los cuernos, cuyos anillos revelaron que tenía once años de edad. Sus sesenta y cuatro kilos fueron en buena parte ingeridos durante la cena. «Su carne era la más seca y dura que he comido en mi vida —escribió Brooke—. Esa noche hubo mucho jolgorio en la cabaña, y el alcalde realizó sus bailes más imponentes.»

Edward North Buxton también se explayó sobre los ojeadores de Torla, y señaló que muchos de los perros de presa caían por los precipicios durante las adrenalínicas persecuciones que se producían en los filos de cortados rocosos, mientras que Thomas Littleton Powys, barón de Lilford, cazador pero también cetrero, ornitólogo y coleccionista de animales vivos, plasmó la violencia de las batidas de una manera distinta: «Aunque vimos varios bucardos, nadie disparó. Dormí en una cabaña de pastores, en una cama de paja, y descansé bien. Este amable pastor había perdido el día anterior a dos de sus hijos por un oso».

Relatos como los de Brooke, Buxton o lord Lilford adornaron el mito de la cabra invisible, aumentando el deseo de los tiradores. Cinco siglos antes, el *Libro de la caza* de Gaston Phoebus había incluido una ilustración llena de bucardos, por entonces un animal común, pero en 1880 los ejemplares ya escaseaban lo suficiente como para que los

ingleses lo auparan al podio de lo esquivo. Los cazadores arrinconaron cada vez más a la población hasta concentrarla en un único núcleo de Ordesa, y eso fue, según Kees, lo que lo condenó.

Incluso en aquella época, todavía muy insensible a las necesidades de las especies y en la que la caza era un hábito aceptado por todos, la simple matemática sugería que, de seguir abatiendo piezas, los bucardos iban a extinguirse pronto, y en 1913 se prohibió cazarlos. Además, a finales del siglo XIX Estados Unidos había declarado el primer parque natural de la historia, estrenando una moda proteccionista a la que España se sumó en 1918 con la inauguración del Parque Nacional de Ordesa, uno de cuyos cometidos principales era salvaguardar al bucardo, del que en Francia ya no quedaba rastro.

Las medidas no sirvieron de mucho, porque se siguieron matando animales a buen ritmo. Los bucardos intentaron zafarse ocupando las zonas de sombra, donde el frío, la humedad y la vegetación tupida complicaban el acceso a los humanos. Kees, que conocía las montañas de memoria, detuvo el coche frente a una de ellas, la Muralla de Duáscaro, que sirvió de refugio a los últimos bucardos. Para contemplarla mejor, subimos por el sendero que remonta la montaña frente a Duáscaro mientras Kees monologaba.

—He buscado información sobre el bucardo por todas partes, pero casi todo lo que he encontrado, aparte de algunas fichas de forestales y unas cuantas estadísticas, viene de periódicos y revistas extranjeras. La conclusión es que en los años veinte había un revuelto total. Se creía que prohibiendo la caza lograrían restablecer la población. Eso había funcionado con el íbice de los Alpes, y pensaron que aquí pasaría lo mismo. Tenían la idea de que proteger el paisaje y a los animales atraería al turismo. En realidad, era la misma idea que ahora. Pero por un lado estalló la Primera Guerra Mundial y dejaron de venir extranjeros, y por otro se siguieron cazando bucardos hasta la Guerra Civil. Después de la guerra, ya nadie pensaba en proteger

nada, solo en sobrevivir, así que si se pillaba a un bucardo, se lo comía igual que a una oveja.

La cuestión era saber qué pasó después de la guerra, cuando el animal se esfumó de los informes y relatos públicos durante cuarenta años.

—Cuarenta años de vacío —dijo Kees—. Cuarenta años. ¡En el siglo XX! ¿Sabes lo que representa eso en la historia de un país? Al bucardo lo han escondido.

—¿Por qué?

—Por política —respondió—. Encontré un documento del año 40 sobre el Parque Natural de Ordesa. Con el nuevo gobierno, el Parque Natural se convirtió en todo un tema. Hay unas actas sobre Ordesa donde se habla del bucardo y, a partir de entonces, silencio total. El bucardo era una de las piezas de caza más importantes del mundo. Era un trofeo exclusivo de España, y nadie quiere dejar escapar un producto exclusivo, así que la preocupación por protegerlo existía. Los guardas me contaron que patrullaban todo el tiempo para que no se les llevaran los cabritos.

—Tras el bucardo había una economía brutal —dijo días después un forestal—. Ibas a Rusia y te encontrabas ejemplares disecados.

—Pero nadie registraba nada de manera oficial —continuó Kees—. El conde de Urquijo, dueño del Balneario de Panticosa, intentó informarse sobre el bucardo y no consiguió que nadie le dijera nada. Si a alguien con tanto poder y prestigio en el mundo de la caza nadie le decía nada… era porque estaba prohibido hablar del bucardo.

Malas lenguas cuentan que estas exclusivísimas piezas se guardaban para una *jet*, y que por eso el príncipe Bernardo de Holanda impulsó el WWF (Fondo Mundial para la Naturaleza): su objetivo era amparar a los animales que con más frecuencia eran abatidos en el mundo, desde las grandes sabanas de África hasta los Pirineos. Una situación paradójica, teniendo en cuenta que Bernardo era cazador. Es decir, que el presunto proteccionista tendía a poner sus particulares intereses por delante, y muchos consideran que se prestó a figurar como primer presidente del WWF, entre

otras cosas, para fijar vedas que le permitieran controlar a los cazadores de la competencia y así reservarse el cada vez más insólito placer de continuar matando animales singulares de forma bastante exclusiva. De todas formas, siendo objetivos y con las leyes en la mano, es cierto que Bernardo de Holanda contribuyó a proteger indirectamente al bucardo. Y quienes lo conocieron y conocen su historia, Kees entre ellos, afirman que el deseo de preservar los espacios naturales fue real e iba mucho más allá de sus propios rifles.

En cualquier caso, el WWF no influyó demasiado en España. La dictadura actuaba como lo que era, informaba en consecuencia, y la realidad del bucardo continuó siendo un enigma hasta que en los años ochenta las directrices europeas cambiaron. Hasta entonces no hay ninguna mención oficial al animal, solo el testimonio de un viajero de Zaragoza que vio uno un día; el relato de un *boy scout*…, cosas así.

Kees subía el sendero con su mochilita colgada de un hombro, desgarbado y engañosamente lento porque su zancada era larga. En efecto, a finales de los años ochenta, el ICONA encargó un estudio dirigido a evaluar el estado de la especie. El estudio concluyó que quedaban entre seis y catorce animales. La alarma espoleó las batidas para reducir el número de sarrios —como en Ordesa se llama al rebeco — que frecuentaban los espacios del bucardo y se comían la hierba que debía alimentarlo. También se abrieron claros de bosque y se abonaron pastizales, además de emprender un proyecto de cría en cautividad. Hubo esfuerzo y tesón apasionado, pero cuando el biólogo Juan Seijas dedicó más de mil horas de observación para presentar un nuevo muestreo, aseguró que quedaban tres.

Tres.

Localizar e identificar animales en espacios vastos sin ayuda de radiotransmisores es un arte al alcance de muy pocos. ¿Cómo sabes que no hay un bucardo refugiado en algún lugar que no controlas? ¿No puede ser que cuando rastreas una ladera los animales estén brincando en otra, y

así sucesivamente? Aparte de la capacidad para distinguir a cada animal del resto..., aunque cuando quedan tres la dificultad no sea tanta.

Más de mil horas escrutando las frondas. ¿Qué carácter tiene alguien así? ¿Cuál es su forma de mirar?

Seijas dedicó más tiempo que nadie a aguardar a que el bucardo apareciera. Se apostaba inmóvil en la montaña durante horas. Quienes lo vieron lo han descrito como «una roca que esperaba». Los más líricos lo han declarado «prisionero del bucardo». Y él mismo reconoce que en Ordesa vivió «una experiencia distinta».

Seijas fue uno de los primeros científicos rastreadores de osos, a los que debió muestrear cuando resultaba casi imposible ver uno. Estaba acostumbrado a las esperas sin premio, a jornadas completas sin atisbar «nada». Pero cuando empezó a esperar al bucardo, comprendió que enfrentaba un desafío mayor. Con el paso de los días, asumió que nada de lo que había hecho hasta entonces, ningún método de muestreo convencional con horarios bastante fijados, iba a servir. Debía entregarse al animal de otra forma. Sin tiempo. Básicamente, no se trataba de contar los ejemplares que había, sino de certificar que el bucardo estaba. Y el invierno era crudo y el espacio inmenso, hermético, en muchos tramos no hollado. «Bestial», resumiría Seijas. Se trataba de ver a un fantasma, de modo que el tiempo cobró una dimensión nueva. En adelante, las guardias serían indefinidas. El bucardo lo llevó más lejos que cualquier otro animal.

Si, como escribió Sylvain Tesson mientras esperaba al leopardo de las nieves, «se conoce lo que se espera», Seijas conoció al bucardo como nadie. Acantonado en las rocas, caminando por los corredores angostos, refugiado en las cuevas y salientes que usaba el animal, rechazaba arrimarse a las hogueras que le ofrecían forestales y pastores al comprender que cuando se acercaba al calor el cuerpo quería más, y que para mantener la tensión vigilante debía aprender a soportar el frío.

Seijas cuadriculó las laderas diseñando mapas

reticulados que le permitieron semiordenar la inmensidad y registrar dónde se producían cambios y movimientos en frondas, salientes, acantilados... Trepó, escaló, se acantonó en pasos escarpados y minúsculos que nadie había pisado antes, o al menos continuaban anónimos.

En las montañas, todos los accidentes geográficos más o menos transitados poseen un nombre que sirve de referencia y revela que alguien ha estado ahí. Los peñones, los barrancos, las cascadas, los salientes que llaman proas, las cornisas, las fajas... Que un lugar no tenga nombre lo señala como virgen y peligroso. Quizá nadie haya registrado su existencia aún. El biólogo accedió a varios de ellos y los nombró, añadiendo a la toponimia, por ejemplo, el barranco de la Uve o el de Laña.

A menudo, no acababa de apreciar el riesgo de los espacios que exploraba, aunque se apostaba siempre a cubierto. Quieto. En silencio. Observando la ladera de enfrente con los prismáticos y la mira telescópica. A menudo llovían piedras desprendidas por animales o por la propia montaña. Días en los que pensaba haber encontrado un mirador seguro, clavaba un mojón de hierro y, cuando regresaba al día siguiente, la montaña había arrastrado la marca. Y pasaba el tiempo.

«Me conciencié de que debía dedicarme al bucardo sin límite, hasta que reventara.»

Estaba solo, sin familia ni amigos íntimos, dedicado a una misión. Por la noche salía a la terraza de la casa donde vivía en Torla e intentaba escuchar sonidos, indicios en la profundidad oscura. Pasaba el tiempo, tan fantasma como el bucardo. Un día que rastreaba con prismáticos, inmóvil como siempre, notó un golpe en la espalda que casi lo desequilibra. Un sarrio se había apoyado en él confundiéndolo con una piedra.

«Te vuelves loco. Te *emparanoias* pensando que está en un sitio, te mueves para buscarlo, y ahí no hay nada. Entonces piensas que quizá se ha ido a donde tú estabas y que no tenías que haberte movido... Pero sabes que solo cabe esperar. Los que trabajamos con carnívoros estamos

acostumbrados a no ver. No como los de los pájaros, que tienen una satisfacción inmediata. Lo nuestro es otra cosa. No lo vemos pero sentimos que está ahí. Además, estábamos acostumbrados a trabajar sin cobrar, y de pronto me habían hecho un encargo para trabajar en lo que más me gustaba. Y, encima, pagado. Claro que iba a esperar. Lo que hiciera falta.»

Tres meses después de empezar la búsqueda, el 3 de junio de 1994, Seijas barrió la Faja de Pelay con la mira telescópica y detectó movimiento cerca del afloramiento rocoso de Mallata de Abé. Fijó la lente en unos pinos. Allí estaba. Una hembra. Enseguida acudieron otras dos. Las siguió durante cinco horas anotándolo todo. Nunca más observaría a las tres juntas, pero ya sabía dónde estaban.

«La clave es saber dónde comen y duermen.»

Ahí despegó un seguimiento que iba a desmentir y revelar muchas informaciones sobre un animal enormemente desconocido, al que ni siquiera Félix Rodríguez de la Fuente logró ver pese a buscarlo con una brigada de soldados. Seijas descubrió que, contra lo que se creía, bucardos y sarrios no competían entre ellos, sino que incluso colaboraban, llegando a avisarse con silbidos de la presencia de humanos. Cuando localizaba a una bucarda, intentaba no perderla de vista hasta que defecaba. Entonces, memorizaba el lugar, cruzaba la ladera y, amortizando su atlético cuerpo y el conocimiento ya exhaustivo del terreno, se orientaba con precisión entre abismos, barrancos y bosques densos por donde se habían despeñado cientos de personas, hasta emerger en el lugar de la deyección, recoger el excremento y llevarlo a analizar.

Durante un año, Seijas fue bucardo. Consiguió entrar en la dimensión física del animal, intuir sus percepciones, quizás en algún momento llegara a rozar sensaciones de la cabra, anticipaba sus movimientos. Seijas experimentó eso que el barón estonio Jakob Uexküll, uno de los padres de la etología (también llamada «ecología del comportamiento»), denominó *Umwelt*, «medio ambiente». La etología estudia el comportamiento y la organización social a través de una

lente biológica. «Para ello —escribió Uexküll—, primero debemos hacer, imaginariamente, una pompa de jabón alrededor de cada criatura que represente su propio mundo, lleno de percepciones que solo ella conoce. Cuando nosotros mismos entramos luego en una de estas pompas, lo conocido... se transforma.» Seijas entró en la pompa del bucardo.

El fotógrafo naturalista Bernard Clos no llegó a conocer la pompa, pero dedicó largas esperas que le reportaron algún instante inolvidable. El más impactante le ocurrió mientras esperaba apostado con la cámara en el estrechísimo paso de una pared que caía rasa hacia el abismo. El filo se extendía a lo largo del muro como una cenefa formando el insignificante camino por donde Clos había tenido que avanzar de lado hasta elegir su lugar de acecho, a pocos metros de donde la montaña se esquinaba. De repente, un bucardo apareció en la curva. No había espacio para los dos, ni siquiera para que el bucardo pudiera girarse sin riesgo de caer al vacío. Los separaban tres metros. Se miraron unos segundos. Clos disparó la cámara. El animal emprendió una carrera corta, saltó por encima de él y corrió al filo del abismo hasta perderse de vista en segundos.

Aquí reverbera el libro que escribió Sylvain Tesson tras buscar al leopardo de las nieves en el Tíbet. Las páginas en las que no se reprime de «matar al padre» Peter Matthiessen, impugnando el conformismo del estadounidense ante la imposibilidad de ver al leopardo. Tesson subraya que él prefería ver al animal a no hacerlo. Que si había atravesado medio mundo hasta aquellas montañas heladas era por el deseo de ver, y no iba a camuflar sus verdaderas intenciones con melancólicas excusas. Tesson quería ver. Y, por su forma de expresarse, sugería que los demás compartíamos ese anhelo con su misma intensidad.

Para muchos occidentales del siglo XXI, no ver un objeto de deseo supone un fracaso. Esa decepción resume muy bien la burbuja ultramaterialista en la que nos hemos

zambullido las últimas décadas, una de cuyas consecuencias es el desplazamiento de las religiones y del mundo espiritual que existe en torno a los secretos y los misterios de la naturaleza. El libro de Matthiessen se construye desde las creencias budistas del autor y transcurre en las montañas del Tíbet, cuna de esa religión ajena a las presiones, anhelos y exigencias occidentales, de modo que cabría sospechar que su forma de aceptar la invisibilidad del leopardo fue genuina.

La indiferencia es una posibilidad liberadora no siempre vinculada al desprecio o a la resignación. Es un modo de celebrar nuestra insignificancia. Si no veo eso, me fijaré en aquello. Hay cosas que se te escapan, ¿y por eso pierdes valor? Tu grandeza ya se manifestará en otra ocasión, porque no podemos sentirnos siempre grandes, resultaría tan asfixiante como vivir perpetuamente bajo un sol sin nubes o sometidos a lluvias o a nieves perennes. La espera vacía nos llena de significados. No ver nunca nada plantearía otra cuestión, pero desear mucho y variado sabiendo que no todo se obtendrá te prepara para ser feliz. Y si de pronto aparece un bucardo en la cornisa y te salta por encima, puede que experimentes un éxtasis.

El primer éxtasis con bucardo de Clos ocurrió en 1978. Luego se siguió enriscando por abismos de aspecto impracticable, convirtiéndose en un prisionero más del vértigo. Hay personas que adoran las alturas, sentir que la muerte está literalmente al lado. Es su forma de pasar la jornada, aceptando el fin como una posibilidad normal. Nada que ver con la reacción provocada por el informe donde Seijas constataba que quedaban tres bucardas. Ningún macho.

«Tú no has mirado bien», le dijeron los responsables de Ordesa.

Las comprobaciones dieron la razón al biólogo. La última cría había nacido en 1987. El último macho había muerto en 1993. Quedaban tres. Así que, si bien nadie lo quiso articular de este modo, había empezado la cuenta atrás. Al advertir que el bucardo rozaba el fin de sus días,

se activó un plan para intentar la cría en cautividad.

Por algún motivo que ningún vecino sabe precisar muy bien, la brigada forestal de Fanlo recibió el encargo de colocar cuatro trampas en distintos enclaves de Ordesa. Fanlo era uno de los pueblos que habían recibido más dinero de subsidios per cápita de España, su alcalde tenía fama de conseguidor, y aunque la lógica dictaba que el trampeo debía corresponder a las brigadas de Torla o Broto, el encargo lo recibió Fanlo.

Cada trampa pesaba 750 kilos. Dos de ellas las colocaron helicópteros aprovechando la falta de viento y la pericia del piloto para evitar que las eslingas bascularan, lo que habría destrozado los árboles próximos y desequilibrado peligrosamente el aparato. Las otras dos trampas fueron trasladadas a hombros, pieza a pieza. El capataz de la brigada, Amador Coscolla, nieto de trampero y guía de montaña con décadas de experiencia, recuerda el peso de las trampas, el sudor, la ilusión y los riesgos que corrieron los porteadores. Y lo poco que afectó a prácticamente todo el mundo la extinción del animal. «Se recibió sin frío ni calor», dijo Coscolla una soleada mañana a la entrada de El Último Bucardo, el albergue que ahora regentaba. «Aquí los animales han sido siempre un recurso, como las patatas», dijo. Y a los depredadores se los mataba. El último oso de Ordesa pereció después de despeñar a un pastor. Los vecinos contrataron a un francotirador. Cuando el profesional cumplió su misión, en Torla se hizo una fiesta que duró siete días, dijo Coscolla.

Kees desenfundó el trípode y ajustó la mira telescópica enfocando a la vieja trampa cazabucardas perfilada en una colina de la ladera que se levantaba enfrente, muy lejos. La trampa consistía en una especie de gran celda rectangular con barrotes y un portón de los que se cierran desde arriba, como las empalizadas. Cuando algún animal entrara a comerse las piedras de sal o los bloques de alfalfa que servían de cebo, los tirones activarían el mecanismo, que haría caer la puerta de golpe.

Al idear el operativo de las trampas, la dirección del

parque solo quería colocarlas recurriendo a helicópteros, pero la tozudez de Seijas, su convicción de que había que situarlas en lugares estratégicos a los que los pilotos no podían acceder, hizo que dos de ellas las acabaran subiendo los hombres del equipo a peso. Una no llegó a montarse. La que se colocó en la laña de Cierracielos atrapó a una bucarda.

El bucardo fue un animal de cuernos compactos y anchos, y de portentosa musculatura esculpida tras milenios de escalar riscos angostos donde, a finales del siglo XX, también se acantonaba para evitar sobre todo a los humanos, su hostigador estrella. Su agilidad y destreza para ocultarse, digna de las especies más desconfiadas, lo hacían muy difícil de capturar. En las trampas caían sobre todo sarrios. Cuando tras una nevada fenomenal los forestales recibieron el aviso de que una de las trampas se había cerrado, a los vigilantes les dio pereza tener que subir hasta allí. Era de noche, hacía aún más frío del acostumbrado y a fin de cuentas iban a encontrar lo de siempre, otro sarrio. Pero como nunca se sabe, Seijas y Ricardo Quirós, responsable de las operaciones en aquel momento, empuñaron las linternas y emprendieron la ascensión.

Descubrir a la bucarda —comprobaron que, en efecto, era hembra— fue «una felicidad tremenda». Los hombres se abrazaron, nadie recuerda el frío. Sedaron al animal, Seijas se lo ató a la espalda y acometieron el descenso despacio, atendiendo a la senda que marcaban las linternas, fijando cada pisada en la nieve y procurando no arrimarse demasiado a los bordes del sendero, que se abocaba al abismo. Había que bajar con cuidado, pero todo lo aprisa posible por si la bucarda despertaba de la anestesia y empezaba a sacudir sus cuarenta y cinco kilos salvajes.

«Hay que tener mucho valor y mucha fuerza para hacer lo que hacían esos hombres —señalaron distintas personas durante mis días de Ordesa—. Subían trampas y bajaban animales a cuestas, de noche y rodeados de precipicios.»

En cautividad, las cosas no fueron bien. «La cabra montés está muy mal dotada para el encierro. El estrés le produce acidosis muscular y puede llevarla fácilmente a la muerte. Cuidarla es casi una actividad artesanal.» El animal murió en octubre, a los diez meses de haberla capturado. Quedaban dos.

Los científicos sabían que un collar radiotransmisor facilitaría seguir a las bucardas. El problema era que esas radios no funcionaban en Ordesa porque la señal rebotaba en los valles y, pese a que habían colgado collares en algunos animales, su fiabilidad era mínima. Seijas aprovechó su constante movilidad para, situando radios en lugares distintos o en rebecos, estudiar cómo rebotaban las ondas hasta desentrañar su naturaleza. La entendió. Desde Seijas, es posible localizar a cualquier animal que lleve un collar radiotransmisor en Ordesa.

Por eso se pudo practicar la técnica de Judas o «del delator»: soltaron a un macho de cabra montés para que buscara a las bucardas y delatara su posición. Laña fue capturada dos veces. La primera, logró escapar al sacarla de la jaula. La segunda, en 1999, sirvió para que los científicos le aplicaran un collar radiotransmisor y le extrajeran células y tejidos que guardaron en nitrógeno líquido, a temperatura de 196 grados bajo cero.

Entre los tipos de espera, suelo distinguir tres clases. La paciente, que sería la representada por Seijas, capaz de invertir más de mil horas antes de ver a su objeto de deseo o alcanzar cualquier conclusión. La segunda espera es la ansiosa, tan pendiente del hallazgo inmediato que se entrega a la inquietud y el desasosiego. Esta espera podría asociarse por ejemplo a la juventud, de no ser porque hoy es también la espera más común entre millones de adultos. Y la tercera espera es la de los que no esperan, o quizá no sepan que lo hacen.

De los tres tipos, la sensación más extraña debe de ser

la del que espera sin saber que lo hace y, de pronto, se encuentra ahí delante con la materialización de un deseo al que jamás había dado forma ni había pensado de manera consciente. Debe de ser parecido a algún tipo de amor a primera vista, a un flechazo recibido en un lugar donde no existían las armas. Los individuos que han experimentado algo así hablan de sensaciones que oscilan entre la ebriedad y el confort extremo, y de una alegría que colma el mundo de manera inenarrable. Toparse con un leopardo de las nieves, un glotón, un celacanto, un ornitorrinco o, en su día, con un bucardo podría proporcionar una experiencia así.

Si la sociedad española pudiera hablar con la voz de un individuo aislado, podría decirnos que en los años setenta vivió un instante de ese estilo: encontró algo, a alguien, que no sabía que esperaba. Era humano. Escribía enciclopedias, dirigía y protagonizaba documentales, y se llamaba Félix.

Félix Rodríguez de la Fuente.

Gracias al creador de *El hombre y la Tierra*, la sociedad española empezó a pensar en la naturaleza como un todo autónomo capaz de una inteligencia propia. «Todos los de mi generación que nos dedicamos a esto somos hijos de Félix», sentenció Seijas. La irrupción de Félix en los años sesenta, y su eclosión en los setenta, sentó las bases para que el asombro por lo salvaje pasara a formar parte del imaginario nacional, aunque las instituciones y un buen número de intelectuales no se dieran por enterados, prolongando su desconexión de la idea de «naturaleza».

Entre las excepciones, la ley por la que cada provincia de España debía poseer su propio museo de zoología con fines educativos. Se promulgó en 1975, el mismo año en que el escritor Miguel Delibes dio su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua reivindicando el Crecimiento Cero, de acuerdo con la alerta mundial difundida por el Club de Roma a raíz del Informe Meadows que advertía sobre un inminente colapso ecosistémico del planeta.

Rastrear la pista del bucardo sumergió a Kees en la

historia de Félix, de Delibes y, en general, de un país cuyos habitantes habían obviado sus espacios naturales durante cuarenta años. Esto le indujo a una revisión que le llevó al siglo XIX, «cuando era casi imposible viajar por España por caro, peligroso y difícil. No había carreteras, abundaban los ladrones y los hostales eran malos. Para llegar de Madrid a Ordesa tardabas dos semanas, mientras que la construcción del ferrocarril de los Pirineos permitió viajar desde las montañas hasta París en veinticuatro horas.

»Encontré muchos datos en libros y en el archivo provincial, donde conservaban un fajo enorme de las fichas en las que los guardas que iban a diario de Torla a Ordesa anotaban las incidencias. Igual había más de nueve mil días consignados, y los guardas nunca vieron más de uno o dos bucardos, así que es muy posible que en el XIX ya no hubiera más de diez en la zona. En los años setenta, el ICONA propuso cruzar a los bucardos que quedaban con cabras pirenaicas, pero no se hizo.

«Empecé a entender todo mucho mejor cuando viajé al Museo de Historia Natural de Madrid. Me dijeron que el museo había estado cuarenta años sin conservador porque, en el año cuarenta, el nuevo gobierno no quiso saber nada de los temas relacionados con la naturaleza. Me dijeron que como la República había incorporado la naturaleza en la educación, los franquistas la eliminaron de los planes de estudio.

»Si dejas un museo o lo que sea sin conservador, los objetos se deterioran, y eso fue lo que pasó no solo en Madrid sino también en sitios como el Instituto Ramón y Cajal de Huesca, donde tenían una colección que cuesta una fortuna, con aves del paraíso, equidnas, manatíes, cocodrilos… Hace unos años se hizo inventario y registraron alrededor de tres mil piezas. Ahora no quedan ni trescientas, y las que aguantan tienen un aspecto horrible. No les hacen ni caso.

»Algo que he percibido en la relación de los políticos con la naturaleza es que solo actúan cuando se les fuerza, por obligación o por las subvenciones. La responsabilidad

no se suele contemplar.

»Sin embargo, es verdad que aquí hay iniciativas como *Quercus*, un tipo de revista científica popular sobre naturaleza que no existe en otros países. Pero todo funciona a base de iniciativas personales que salen de individuos aislados. España es así, un país de pensadores radicales. Eso sí, los que salen son potentes de verdad.

»Aquí ha habido tantos incumplimientos que Europa se ha puesto dura. La última ley de protección del lobo es un ejemplo. España la ha tenido que aprobar, incluso Aragón votó a favor. ¡Anda ya! ¿Aragón? ¿Cómo es posible, si aquí todo el mundo está en contra del lobo, si no hay ni una asociación en defensa del oso? Lo que pasa es que hay una gran presión de Europa para que España se ponga al día, y ahora no admiten excusas, van fuertes. A quien no cumpla los acuerdos lo van a multar con grandes cantidades. Pero también te digo que lo que te estoy contando no te lo va a contar nadie más».

Kees exprimía la ventaja de estar jubilado cobrando una parte de la pensión española y la otra holandesa gracias a la época en la que trabajó como economista en su país natal. Tener las espaldas financieras cubiertas al margen de dependencias locales le permitía un arrojo inusitado que no era exactamente valentía, pero, en cualquier caso, lo espoleaba a describir una realidad que lastraba filosófica y ecológicamente al país, y que muy pocos reflejaban de manera articulada y por escrito. Apuntar a esos problemas era empantanarse en asuntos que podían tener graves consecuencias, pero al fin y al cabo él era un extranjero jubilado que mantenía fresca la beligerancia ecologista y se sentía con la libertad suficiente para no aceptar ciertas presiones. Y, bueno, allí estaba conmigo ese hombre, acompañándome en el rastreo de un fantasma, dispuesto a dar aún más vuelo a una historia que le pasmaba que aún fuera tan poco conocida.

Cuando le pregunté cómo un economista se había implicado en el territorio hasta escribir no solo un libro sobre el bucardo, sino un *Atlas de las aves* de Ordesa (junto

con su amigo Manolo Grasa), Kees respondió: «Economía no es dinero».

De hecho, Henry David Thoreau había titulado «Economía» el primer capítulo de *Walden*, que además es el más largo de esa biblia del medioambientalismo literario moderno.

La economía es una parte sustancial de nuestras vidas, como discernió desde bien temprano el chaval de Alkmaar que llegó a España en Interrail. Tras casarse y establecerse en Aragón, Kees fue escudriñando el carácter del país y, después de publicar el atlas, estupefacto ante la falta de narraciones locales que presentaran a un animal tan emblemático como el bucardo, que había hecho historia a escala mundial, un día se levantó de la siesta —una costumbre que había asimilado con placer— y se puso a escribir.

El tema que Kees casi obviaba en sus libros era el de la clonación. Le molestaba tanto que incluso evitó aludir a él al diseñar el museo dedicado a la cabra en Torla. Si Silvia y Luis se resistían a representar artísticamente al urogallo para no corromper su memoria, Kees sentía el experimento clonador como la corrupción intolerable del espíritu de un animal que apreciaba. «La clonación forma parte de la historia del bucardo —indicó José Folch, que había liderado el proyecto—. Debería tener un lugar en el museo.»

«Ese museo lo hice yo —dijo Kees. Guardó un largo silencio antes de añadir—: Y yo no doy importancia a la clonación. Porque técnicamente no tiene importancia. Ese proyecto fracasó en el mismo momento en que nació. Y los que lo promovieron lo sabían.»

En 1996, el año en que la primera bucarda cayó en la trampa, se divulgó la primera clonación de la historia, protagonizada por la oveja Dolly. Siguiendo aquel patrón clonador, los científicos españoles rebañaron células y tejido genético de un animal que empezó a acumular ácido láctico en la sangre a consecuencia del estrés provocado por el cautiverio. Se la intentó cruzar con dos machos de cabra

montesa. La bucarda quedó preñada, pero el embarazo no prosperó. En el intervalo, el equipo perdió la pista de la penúltima bucarda, a la que se dio por muerta. Quedaba una. Las técnicas de electroeyaculación y congelación de semen aún no estaban lo bastante avanzadas como para practicar inseminaciones, de modo que si aquellas hembras tenían alguna opción de perpetuar su genética sobre la Tierra sería siguiendo los pasos de Dolly.

La mañana del 6 de enero del año 2000, Juan Seijas detectó que el radiotransmisor de Laña no se movía.

«Oí la señal de la mortalidad», diría Seijas.

Un grupo de forestales se dirigió al lugar donde la bucarda permanecía inmóvil. Conforme se aproximaban, los árboles tumbados y la acumulación de nieve sugerían que se había producido una avalancha en la Faja de Pelay. Encontraron a la bucarda muerta bajo un tronco de abeto, con un cuerno partido. Tenía trece años, pesaba cincuenta y tres kilos. Los hombres se conmovieron. Aquella era una muerte distinta. Los invadió la extraña certidumbre de asistir a un final absoluto, aún más que cualquiera que hubieran experimentado. Era el fin de un animal pero también de los que habían existido durante miles o millones de años antes. Y se trataba de la primera extinción ocurrida en el tercer milenio.

«Fracasamos —me diría Seijas veintiún años después—. La subespecie desapareció. Pero fue un esfuerzo épico, el mejor proyecto de todos en los que he estado, y he estado en muchos. Logramos que el bucardo pasara de ser un fantasma a tenerlo en la mano. El problema es que cuando llegamos ya no se podía hacer nada, y lo que se mira son los resultados. Así que fracasamos.»

La noticia recorrió el planeta, procurando una publicidad fúnebre para Ordesa y España. Sin embargo, algunos científicos vieron la oportunidad, redimensionada por la simbólica fecha de la muerte, de descongelar las células de la bucarda para acometer con garantías lo que

nadie había logrado en la historia de la humanidad: una desextinción.

Cuando Trinidad León-Quinto y Bernat Soria propusieron clonar a Laña, el experto del CSIC Ricardo García, especializado en ecología de ungulados de alta montaña, y el comité científico consultado desaconsejaron la clonación porque se trataba de una bucarda vieja con varias patologías y problemas de infertilidad; además, el material genético disponible pertenecía a un solo animal y, sin variabilidad genética, las posibilidades de que una hipotética población fundadora prosperara eran nulas. El experimento «solo» serviría para demostrar que se podía resucitar a un muerto, sin más futuro que la vanagloria de los ejecutores y lo que durara el resucitado. «La clonación tiene otro efecto pernicioso —dijo Ricardo García—, y es el de fomentar la ilusión de que mediante la técnica podemos enmendar lo que hemos destruido en la naturaleza. Creo que los esfuerzos deben dirigirse prioritariamente a no destruir.»

Pero «algún laboratorio de investigación vinculado a La Administración autonómica insistió» en clonar a la bucarda, continuó explicando García, y el gobierno aragonés acabó invirtiendo «sumas considerables en un proyecto infructuoso y sin sentido […], un verdadero despropósito desde el punto de vista biológico, desoyendo a expertos y técnicos».

No todos los expertos opinaban igual. «Es un error profetizar el resultado sin haberlo investigado», respondió José Folch por escrito, tras pedir que le enviara mis preguntas al correo electrónico. Folch había liderado la clonación del bucardo. Según este doctor en Veterinaria con larga experiencia en inseminación artificial ovina y transferencia de embriones, con la cabra hispánica se habían desarrollado técnicas de control reproductivo tan fiables como para garantizar que en el CITA (Centro de Investigación y Tecnología Agroalimentaria) de Aragón estaban preparados para afrontar la clonación. «Era nuestro deber intentarlo. Quién hubiera creído hace veinticinco

años que se podía conseguir una oveja a partir de una sola célula. Y, sin embargo, hay clonadas muchas especies domésticas y algunas salvajes.»

Folch comenzó a diseñar el protocolo de clonación junto a Alberto Fernández-Arias, un brillante veterinario que se había incorporado al equipo de Folch en Zaragoza tras terminar el servicio militar. Fernández-Arias compartía con Folch que no podían dejar de intentarlo, tan solo «se trataba de una técnica más; dediqué mi vida a ese proyecto porque pensé que valía la pena».

Después de tres años y medio de negociaciones y preparativos, una tórrida mañana de verano que recalentaba la sala de operaciones, ya sofocante por los nervios y la expectación, Folch y su equipo procedieron a practicar la cesárea programada a la cabra embarazada con el material genético de Laña, a la que los científicos llamaban Celia. Alberto había determinado su cambio de nombre cuando años antes, tras capturar a la bucarda, un periodista del *Heraldo de Aragón* le preguntó qué nombre habían puesto al animal. Lo normal era identificar a las capturas con números, pero Alberto respondió, «medio en broma, que se llamaba Celia, que es el nombre de mi mujer. Al día siguiente, el titular decía: OPERACIÓN CELIA. Y así se quedó».

Los contrarios a la clonación añadieron el caprichoso cambio de nombre a la lista de agravios que los científicos coleccionaban contra el espíritu de Laña. Los habitantes de Ordesa la habían nombrado así en homenaje a los prados de bosque subalpino de la región, pero «esa gente no respeta nada, ni siquiera un parto natural», dijeron algunos al saber que los científicos habían forzado el alumbramiento de la bucarda temiendo que si nacía a media noche pillara al equipo desperdigado. Los clonadores no querían dejar nada al azar. El mundo observaba.

«Debería llamarse Laña Celia», dijo Folch. Pero como la literatura pide precisión y en el origen fue Laña y los científicos tienden al empleo de números, concluiremos salomónicamente que el material genético de Laña revivió

en forma de Laña 2 a las diez de la mañana del 3 de julio del 2003. Cuando apareció el clon de 2,6 kilos y se comprobó que respiraba, los presentes se emocionaron de modos que jamás olvidarían. Laña 2 tenía las pezuñas blandas, algo común entre las crías prematuras. A los dos minutos detectaron que su respiración se entrecortaba. Actuaron ciñéndose al protocolo de reanimación que ya había funcionado en el caso de una cabra montés gestada por una cabra doméstica, pero conscientes de que la misma alteración del lóbulo pulmonar mal irrigado se había detectado en otras clonaciones fallidas. Ocho minutos después del nacimiento, Laña 2 murió.

«Filmamos a la bucarda clonada, la pesamos, la medimos.» Hubo algunas lágrimas y la simultánea sensación de triunfo y derrota. «Revivir por primera vez a un animal de una especie extinta fue un éxito profesional», manifestó Folch, quien, cuando me escribió, seguía confiando en las diez muestras a 196 grados bajo cero que aguardaban una nueva oportunidad.

«El ser humano tiene ya en sus manos el poder de la resurrección», sentenció un periódico, resumiendo una idea compartida que fue popularizada con una palabra sin duda más exacta: *desextinción*. Ese mismo año se implantaron trescientos cincuenta embriones a sesenta cabras con la idea de crear una cabaña replicante autóctona. El equipo de Folch apareció en publicaciones de todo el mundo. Los entrevistaban desde China, Australia, Sudáfrica. En el 2012, Alberto fue invitado por *National Geographic* a dar una charla sobre desextinción a puerta cerrada en Washington. «Hablé el primero.» Era la referencia.

«En el mundo angloparlante, el bucardo es el emblema de la desextinción», dijo Adam Searle, el joven geógrafo británico dedicado a la extinción de especies que en el 2017 se instaló en Torla y grabó quince horas de conversaciones con Kees para dar forma a cuatro capítulos de la tesis que defendería tres años después en Cambridge.

Adam afirmaba que el bucardo le interesaba mucho más que el mamut porque era un emblemático endemismo

que la población había adoptado hasta hacerlo «suyo». El chico que durante la adolescencia había releído casi cada semana *Kes*, ese clásico de la literatura británica, concedía una capital importancia a la relación entre las personas y los animales, y al observar que, en general, la figura del bucardo no trascendía mucho más allá de los límites de Torla, paseó su *piercing* nasal y sus pendientes de aro por el pueblo hasta organizar charlas sobre la cabra que apuntalaron públicamente su influencia en el imaginario actual, a la vez que captaban el interés de personas lejanas.

Tras el nacimiento y muerte de Laña 2, la fiebre de la desextinción se propagó entre un puñado de científicos. En el 2010, España intentó clonar a un toro de lidia. En el 2014, Folch volvió a intentarlo con el bucardo, pero «las instituciones no pudieron asumir el nuevo proyecto por motivos económicos». Solo recibió el apoyo de la Federación Aragonesa de Caza. «Demostraron ser los únicos interesados en el mantenimiento de la fauna salvaje», afirmó Folch. «Los cazadores lo apoyaron porque alguien del equipo conocía a varios de ellos y..., bueno, así van las cosas», puntualizó Alberto.

«Actualmente hay técnicas de clonación mucho más eficientes y baratas —señaló Folch—. Para la ausencia de machos es posible que se pueda encontrar una alternativa en la nueva tecnología que se está poniendo a punto. Por ejemplo, la reprogramación de células para transformarlas en espermatozoides o el uso de machos de museos.»

«Desde luego que se van a conseguir cosas que ahora parecen imposibles», constató Alberto, aludiendo a los avances registrados en Estados Unidos con el hurón de patas negras al que llamaron Elizabeth Ann, un clon del hurón salvaje Willa, cuyas células se habían mantenido en el Zoológico Congelado del San Diego Zoo Global desde 1988. Se trataba de una especie nativa al límite de la extinción, aún no desaparecida, y su particularidad radicaba en que el clon poseía una variedad genómica tres veces superior a la de los hurones vivos, de manera que garantizaba una supervivencia mayor que la de sus

progenitores y, por lo tanto, la repoblación de zonas de, por ejemplo, Wyoming, donde se había extinguido.

Pese a las expectativas, Alberto se había apeado de la carrera clonadora: «Quedan suficientes embriones para replicar, pero ahora mismo creo que el nicho del bucardo ya lo están ocupando otros. En Francia, Jean-Paul Crampe soltó cabras de Gredos que se están adaptando maravillosamente bien a los antiguos espacios del bucardo, así que…».

El bucardo desapareció y su lugar ya lo ocupaban cabras nuevas, igual que iba a ocurrir con muchos otros animales de todo el mundo que pronto se extinguirían cediendo su espacio a los resistentes. España había presenciado extinciones globales como la del bucardo, la foca monje o el lince boreal, al que se consideraba extinto en libertad, aunque quedaran ejemplares cautivos en los Pirineos o en Galicia. Sí, claro que se podía seguir clonando bucardos, focas, linces, y no costaba imaginar un futuro próximo donde se engendraran replicantes de manera casi industrial, o que pronto se inaugurara un Parque Resurrección. Pero cabía preguntarse para qué. «Fue una pantalla para sacar dinero.» «De lo que no cabe duda es de que el bucardo murió con una buena guarnición de billetes.» Muchos señalaban alicientes económicos. Es una posibilidad, aunque basta hablar con Folch o con Alberto para percibir una ilusión auténtica por afrontar aquel reto profesional.

Cuando algo vivo se esfuma es porque su biología ya no soporta un espacio. En este caso, la Tierra. Lo natural sería despedirse de esa vida dignamente, comprendiendo, como dice Richard Pogue Harrison, que «ser humano significa por encima de todo enterrar». Cumplir con nuestras naturalezas y dejar ir al que muere. Al menos dejarlo ir, ya que algo, alguien, no pudo o no quiso mantenerlo con vida. Tratar de revertir esa inercia nos sitúa en un lugar peligroso, al creernos por encima de los flujos del espacio y del tiempo. «No tendremos futuro si seguimos jugando a dioses», diagnosticó Edward O. Wilson. De los

dioses se ha dicho que jugaban con la vida humana, y en ese lugar está nuestra especie, jugando a las resurrecciones. Jugar con la muerte supone un coqueteo arriesgado que siempre tiene consecuencias. Pensar que se puede controlar la vida implica menospreciar a la muerte y, como todo el mundo sabe, los menosprecios se pagan.

Un ejemplo: al separar el mundo físico del virtual, los humanos modernos están perdiendo facultades para sobrevivir al aire libre. Centrados en los sentidos de la vista (a corta distancia) y el oído, el resto de los sentidos se encogen a marchas forzadas. La capacidad de orientación disminuye, y al perder agudeza sensorial nuestra intuición se resiente. Si intuimos menos, detectaremos menos y conseguiremos menos, así que sobreviviremos menos, como mínimo en el sentido más completo del término.

Supervivencia. Resurrección. Dicen que la extinción ha dejado de ser un hecho definitivo. «Hay ideas tan absurdas que solo un intelectual podría creer en ellas», escribió Orwell. «Vivimos en sueños prefabricados», ha apostillado Paul Kingsnorth, quien con ironía señaló que el llamado Technium (el «ecosistema» de todos los inventos tecnológicos) es ese limbo humano en manos de máquinas que actuará como un Dios y «un día nos liberará del universo» prometiendo «el paraíso en la Tierra», en esta «época en la que confundimos aquello que deseamos con aquello a lo que tenemos derecho».

Asumir la muerte quizá sea la mejor forma de estar vivo. No hay duda de que todo lo creado perece, al menos el 98 por ciento de los organismos que una vez existieron en la Tierra ya no palpitan aquí, de modo que vale la pena aceptar que un día morirás. Incluso clonándote. Tú no volverás a ser tú. Jamás. Laña ya no está. El hurón Willa tampoco, aunque ahora digan que se llama Elizabeth Ann. Aunque la cantante Barbra Streisand pagara cien mil dólares por clonar a su perra Samantha dos veces para imaginar que seguía con ella. No, Barbra, no: ni Scarlett ni Violet serán nunca Samantha. Samantha y Laña están muertas.

Ahora que tantos pervierten palabras como *libertad*, *masculino* o *cariño*, se impone hablar claro y llamar al menos a ciertas cosas primordiales por su nombre. A la muerte, muerte. Hay palabras que son salvajes de tan puras y habrá que luchar para que nadie las domestique, por mantenerlas en el lugar de donde emergieron. Domesticar altera el genoma, la fisiología, la anatomía, la conducta, así que el domesticado deja de ser lo que era, se extingue como lo que fue. Hay quien lo llamará *adaptación*, pero quién quiere vivir en un mundo esclavo. Algunas naturalezas no admiten collar. Esa es su grandeza y quizá su condena. Muy bien. Reaprendamos a vivir con salvajes.

06

Lince

El símbolo estrella de las especies en peligro de extinción españolas es el lince ibérico, un animal popular, aunque la fama le llegó hace poco. A finales del siglo pasado, cuando el lince estaba a unas cuarenta hembras de desaparecer, hubo una reacción insólita orientada a salvar a la especie. Y se salvó.

Políticos, ecologistas, cazadores, ganaderos, vecinos y otros colectivos que habitan los territorios donde ronda el felino llegaron a acuerdos inéditos en muchas otras regiones. La pregunta es por qué se consiguieron, si hasta treinta años antes lo habían estado matando a tiros y a palos al amparo de la Ley de Alimañas.

Al rastrear su historia, descubrí que en la península había existido otro lince, el boreal. Su «apellido» lo asocia a tierras más nórdicas, pero lo cierto es que durante siglos habitó la península, donde era el lince de referencia, porque por cada ejemplar ibérico había nueve borealeS.

Los biólogos Miguel Delibes de Castro y F. H. Van den Brink habían identificado estas dos especies de lince en Europa. Como el ibérico es más pequeño, hubo quien dijo que derivaba del boreal, si bien, a finales de los sesenta, varios zoólogos coincidieron en demostrar que de eso nada. Se trataba de especies distintas que seguían, eso sí, el patrón marcado por la regla de Bergmann, según la cual las formas enanas de una especie tienden a vivir en el sur, mientras que las grandes se sitúan al norte.

El calor quizás había influido en el desplazamiento de los boreales al norte, pero la caza influyó más, y sin duda fue la clave de su extinción... en libertad. La UICN (Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza) distingue dos tipos de extinciones: la de la faz de la Tierra y la de la especie en libertad. El boreal de la península Ibérica pertenecía al segundo grupo, porque aún quedaban reductos de esos linces en cautividad. Había ejemplares en

Galicia, Huesca y Esterri de Aneu. Casualmente, mientras me informaba sobre el animal, los noticiarios informaron de que en el centro MónNatura Pirineus, en Lérida, había nacido el primer lince boreal pirenaico en cien años. Buf. Cien años.

Nació el 28 de mayo del 2019, pero los responsables de MónNatura habían tardado tres meses en comunicarlo, querían asegurarse de que iba a sobrevivir. Lo hizo. Y, ahora sí, ahí estaba el precioso cachorro presentándose al mundo.

En agosto, el pequeño boreal se hizo supervisible, había imágenes suyas por todas partes. El salto sideral de la no existencia a la celebridad demostraba su perfecto encaje como emblema de una estirpe volatilizada de aquel espacio que fue «suyo». Por eso ponían tantos focos sobre el cachorro: porque era uno. Solo uno.

Viajé al Pirineo en noviembre. Desde Barcelona, el autocar tardó cinco horas. En las estribaciones pirenaicas, una manada de doscientas yeguas obligó a hacer un largo alto hasta que cruzaron la carretera. El comercio de yeguas, mulas, ovejas y cabras había prosperado durante siglos en las montañas. Continuamos cuesta arriba. Menudeaban las casas de piedra, cada vez más aisladas. La radio anunció herbicidas. Dos campesinos que habían subido al vehículo en Gerri de la Sal comentaron que había muerto El Palanca, un famoso contrabandista local. El Noguera Pallaresa bajaba levemente espumoso entre las paredes de un desfiladero. En la carretera se sucedieron las curvas a partir de Sort. El bosque se fue cerrando. Cada vez había más tractores, vacas y chimeneas con humo.

El autocar me dejó en el pueblo de Esterri, semidesierto en otoño. Un chico que reparaba esquíes cobró un buen pellizco por subirme en coche a las Planes de Son, varios kilómetros montaña arriba.

«¿Que si dejaría suelto al lince? —me respondió zigzagueando junto a barrancos—. Ni hablar. Suficiente

tenemos con los osos. Han matado hasta caballos. No, no.»

Desde hacía años, en los valles se polemizaba sobre si las autoridades debían seguir con el programa de reintroducción del oso pardo, aún más desde que Goiat, al que trajeron de Eslovenia, había devorado a unos cuantos animales de rebaño. Goiat se había convertido en el enemigo número uno de los habitantes de los valles y, por si fuera poco, ese verano le había salido un joven imitador, Cachou, que en quince días se había zampado a un potro y cuatro yeguas.

Un lince boreal no necesita piezas tan grandes para alimentarse, ni es tan aventurero, pero lo último que querían los vecinos era a otro depredador en el bosque.

«Ni hablar», repitió el taxista.

El complejo MónNatura Pirineus consiste en una elegante estructura de piedra y hormigón integrada en una montaña de granito. Es un edificio bioclimático pensado para dar ejemplo sobre cómo se puede vivir aprovechando las energías del medio, así que se nutre con placas solares fotovoltaicas, posee caldera de biomasa, cierre temporizado de grifos o calefacción por suelo radiante. Como es uno de esos sitios donde se cuida el detalle, también tiene varios prismáticos junto a las enormes cristaleras abiertas a las Planes —los Llanos—. Está ideado como centro de reintroducción de fauna con varios espacios educativos, desde aulas donde impartir talleres hasta una biblioteca o un planetario con telescopio, y dispone de 94 camas.

Cuando llegué, veinte trabajadores mantenían el edificio en marcha a la espera del parón invernal. Los únicos visitantes éramos los tres operarios con la misión de levantar el vallado donde destinarían al cachorro en cuanto creciera un poco y yo.

Los animales habitaban amplios vallados tendidos en la boscosa ladera que se empinaba tras el edificio. Anhelaba ver al pequeño, así que en cuanto descargué la mochila y saludé a mis anfitriones, remonté aprisa la pendiente en

busca de aquella preciosidad, porque si los felinos en general gastan una hermosa esbeltez, el lince la sublima a base de bigotes pulidos, la simétrica caída de su barbita mosquetera y esas orejas puntiagudas rematadas con pinceles que aportan una gracilidad imprevista a su robusto pero flexible cuerpo. Sea lo que sea el estilo, el lince lo tiene. Es un animal distinguido. Al que durante siglos se señaló como feroz y sanguinario. Su tamaño le permite cazar cabras, corzos, vacas; por eso, cuando pastores y ganaderos de la zona hallaban alguno de sus animales muertos, se apresuraban a demonizar al felino para salir a cazarlo.

Cuando años ha el lince era considerado poco menos que un demonio, en Sort había un mercado de pieles abastecido por los furtivos. Allí se podían encontrar desde brochas de afeitar fabricadas con pelo de tejón hasta bufandas o sombreros hechos de piel de marta o gineta. Por el lince se pagaba aún más, y había quien se lo comía.

«Los campesinos afirman que no hay carne mejor que la del lince —escribieron Chapman y Buck en *La España inexplorada*—, aunque también es verdad que aseguran que la de nutria es muy saludable, que el avetoro es carne muy fina y que los búhos y halcones de cualquier clase poseen propiedades medicinales. [...]

»Hemos probado el lince acercándonos al plato con buena voluntad y, efectivamente, sabe bastante bien. La carne carecía de nervios, era blanca y no tenía gusto alguno desagradable. Sin prejuicio de ninguna clase, un guiso de lince es tan bueno como uno de perdiz o de ternera.»

El exterminio de linces en Cataluña se ejecutó con impecable eficacia. Su desaparición está mal estudiada. La prensa de 1923 registra la muerte de un lince boreal en Salt. Constan observaciones de presuntos linces que a veces son gatos monteses o ginetas. Es cierto que hasta finales de los ochenta se declaran avistamientos esporádicos, pero nunca están contrastados, siempre faltan pruebas, y a día de hoy resulta muy verosímil la especulación del investigador de lobos y linces Javier Pérez de Albéniz: «La extinción del

lince en Cataluña parece un hecho».

Los padres del cachorro pirenaico provenían de Galicia. En MónNatura, el pequeño compartía espacio con su madre, porque la competencia entre machos había instado a enviar al padre a un vallado vecino. Contemplé a madre y cría a través de una alta vidriera, a la que acudieron al verme. Se colocaron a no más de dos metros, cada uno sobre una roca. El pequeño vino rápido. La madre, muy tranquila, paso a paso. La edad y la salud la habían disminuido, pero no tanto como la mayoría pensaba.

«El nacimiento nos pilló por sorpresa —contó más tarde Pepe Guillén—. Se suponía que la pareja era estéril.»

Pepe es leyenda. La auténtica llave humana del lugar, aunque cuando nos conocimos se había jubilado y hablaba en retrospectiva. Seguía echando una mano al proyecto MónNatura, pero ya no decidía. Lo explicó una tarde de sol tibio, sentado en una mesa del bar vacío. «Las primeras lágrimas que me recuerdo fueron a los seis años, al conseguir cambiar un búho por tres tebeos. Desde entonces no he parado de descubrir cosas. Mi casa era un arca de Noé de desgraciados y huérfanos.»

A los diecinueve años, Pepe trabajaba como carnicero mientras recogía todo tipo de animales heridos o abandonados para cuidarlos en casa. Cuando le propusieron colaborar con el Centro de Recuperación de Fauna Salvaje de Lérida, en Vallcalent, empezó a llevar a algunos a esas instalaciones. Al cabo de poco le propusieron cuidar urogallos en Esterri. Toda una responsabilidad, porque aquellos animales «eran una reliquia del Pirineo, una especie salvaje». Aceptó, y empezó a llevarse a casa a los más pequeños para amamantarlos cada tres horas y darles el calor preciso, igual que a los corzos o a los zorros, a los que abrigaba con mantas térmicas. «En primavera, mi casa era un orfanato animal —dijo Pepe, que dividía la casa por secciones de fauna—. En un cuarto tenía un gamo, en la cocina un tejón..., y les daba el biberón. Se lo sigo dando.»

—¿Vives con alguien?

—Estoy casado, con dos hijos. Mi pareja me conoció

así: en mi casa de soltero rodeado de animales. Si me ofrecen la posibilidad de salvar a un animal, acepto.

La implicación de Pepe con Les Planes y sus conocimientos del medio lo convirtieron en el hombre clave para el proyecto MónNatura.

—Un día vino el alcalde de València d'Àneu diciendo que iba a reunirse con unos señores de Caixa de Catalunya que querían construir un centro de no sé qué. El alcalde tenía miedo de que le enredaran y me propuso acompañarlo.

Se reunieron con el por entonces director de la Fundació Catalunya-La Pedrera, y Pepe se encargó de responder a buena parte de sus preguntas. «Querían comprar una casa del pueblo pero, bueno, era complicado, y les dije que para lo que querían hacer tenían que venir a ver esto. Así que me los traje aquí —dijo señalando a los llanos del exterior, rodeados por un circo de montañas nevadas—. Por entonces, esto era un prado con vacas. El sitio donde yo venía a liberar a los urogallos, el mejor cantadero de Cataluña.»

Les gustó. Decidieron levantar ahí el edificio. Y a los pocos días lo llamaron: «Pepe, creemos que debes formar parte del proyecto. Hemos pensado que podrías vivir en la instalación».

—Este sitio era mi sueño —dijo Pepe—. Si yo hubiera elegido un lugar donde vivir, habría sido este.

«No te preocupes —añadieron—, haremos una casa para ti.»

El centro comenzó a funcionar en el 2002, y desde el principio incluyó un centro de fauna donde podían visitarse animales.

—En la península no había instalaciones preparadas para que la gente pudiera verlos de una forma tan cercana.

Los vallados distribuidos por la ladera permitían observar desde distintos ángulos a los animales en amplios espacios propios. Había zorros, martas, garduñas..., y, como se trataba de representar a la fauna autóctona, quisieron incorporar linces boreales. Pero ocurría que ya no

quedaban en las montañas. Deberían traerlos de otro lugar. Pepe exprimió su agenda de colegas naturalistas hasta que, en un centro de recuperación de Lugo, localizó a una pareja que había sido criada con biberón.

«Los *improntaron* muy bien —dijo Pepe—. Incluso dejaban que los niños de campamento les dieran el biberón, como si fueran gatos caseros tamaño lince. Eso es muy importante para establecer un vínculo. Cuando das biberón a un animal, pasas a formar parte de su familia y puedes educarlo. Nosotros llegamos en el momento perfecto. De pequeños, son como un pegote de plastilina al que puedes modelar.»

Pepe los llamó Ui y Lu. Eran los únicos animales por los que el centro había pagado: 1500 euros por cada uno. La relación de Pepe con la pareja dinamitó algunos lugares comunes sobre la relación entre felinos y humanos. Pepe siempre había trabajado con la intención de criar, cuidar y recuperar animales para devolverlos a la vida en libertad, siendo consciente de que de vez en cuando encontraría individuos con lesiones o discapacidades que les impedirían sobrevivir en el medio salvaje y deberían quedarse en el vallado para siempre.

Ui y Lu pasaron a formar parte del grupo destinado a la cautividad perpetua, pese a que habían llegado con salud. En su caso, el «impedimento» para ser devueltos al monte eran los humanos: los matarían enseguida. Por eso, Pepe confió en el lazo que había establecido con ellos: subió a la pareja en la parte trasera de su todoterreno, condujo hacia el bosque profundo y, en un lugar solitario, abrió las puertas del Defender. Los linces saltaron a la fronda. Pepe había paseado con zorros en libertad, sobre los cánidos tenía datos de comportamiento fiables, sabía que los zorros merodeaban por la zona y volvían sin problemas junto a él. Pero un felino es otra historia.

Los linces se dedicaron a reconocer el bosque nunca muy lejos de Pepe, que los acompañaba en la expedición. Se pusieron a jugar. Treparon a árboles, Pepe también. Pasearon los tres. Luego, volvieron todos al vehículo. A

partir de entonces, el cuidador y los linces comenzaron a visitar el bosque de vez en cuando. Al poco tiempo, los linces empezaron a desaparecer durante las salidas y, aunque Pepe los llamara, no regresaban hasta pasado un buen rato. Un día, cuando la luz declinaba y los animales aún no habían vuelto, Pepe subió al vehículo dejando las puertas de atrás abiertas. Arrancó el motor y comenzó a rodar a mínima velocidad. En segundos, Ui y Lu aparecieron cruzando el bosque a la carrera, siguieron al todoterreno y, de un salto, subieron a él.

«Nos la estamos jugando», le dijo un día el director del centro a Pepe. Advertido sobre los paseos del trío, el director señaló que los linces ya habían crecido y suponían un riesgo para cualquiera que caminara por la montaña. No podían andar sueltos. Si ocurría algo grave, MónNatura cargaría con la responsabilidad. Pepe dejó de pasear con los linces, aunque mantuvieron la relación igual de estrecha.

—Hasta hace dos años —dijo—. Desde que no trabajo aquí prefiero no ir a verlos, porque cuando me marcho se ponen a llorar. La última vez que los vi fue porque el macho se había subido a un árbol y no quería bajar. Me llamaron para que lo convenciera. Entre nosotros todo sigue igual. Si hoy meto la cabeza en el vallado, vendrá la hembra y me lamerá. Pero no quiero pasar por eso. El problema ahora es qué se va a hacer con el pequeño, porque a él no le han dado biberón. Lo han criado en cautividad, es mucho más salvaje. Cuando alcance la pubertad, cambiará el carácter y será incompatible con su madre y con la gente, pero no lo podrán soltar, por muchos motivos. Porque los vecinos no lo quieren suelto y porque habrá crecido sin escuchar sonidos externos y sin recibir nada que contamine su biología, así que todo lo que ocurra fuera será demasiado desconcertante para él.

—¿Entonces?

—Este animal merecía una impronta. Sufrirá las consecuencias de no haber sido *improntado*. Si *improntas* al animal, lo preparas para vivir en cautividad, en compañía de gente. Si no..., este vivirá una cautividad diferente,

porque además estará solo.

—Los expertos dijeron que la mejor impronta la recibiría de su madre —respondería horas más tarde Hèctor Galera en la biblioteca del centro.

Hèctor era el sucesor de Pepe cuidando de la fauna. También trabajaba como educador ambiental. Era un joven musculoso con coleta *kumbayana* y rasgos curtidos por la intemperie. Llegó a la biblioteca de noche, tras supervisar el estado de los animales.

—Lo que está claro es que su destino es la cautividad —dijo—. La duda era si cederlo a otro centro o quedárnoslo.

El objetivo de cederlo sería que el lince congeniara con otros compañeros de especie y disfrutara de cierta compañía. Pero llegaban tarde a la cesión, porque un lince de su edad difícilmente sería aceptado por otros. Sin explicitarlo, Hèctor vino a reconocer que el animal estaba condenado a vivir en soledad el resto de sus días.

—La única alegría —dijo— es que este cachorro de lince pueda hacer de embajador de una nueva hornada.

¿De qué hornada?, me pregunté. Si los linces no eran bienvenidos en el territorio, ¿qué sentido tendría trasladar a nuevos ejemplares allí? Es cierto que aquel pequeño salvaje estaba ayudando a llamar la atención de personas hasta entonces indiferentes a muchas acciones medioambientales del centro. Desde su llegada se había disparado el número de visitas que querían ver al «primer boreal en cien años»; se habían agotado los peluches y la mercadotecnia lincera de la tienda; y el centro aprovechaba el *boom* para enseñar muchos otros proyectos en marcha. Esa mañana, yo mismo me crucé con un grupo de estudiantes visitando los vallados. Los chicos participaban en un concurso con otras escuelas de la región para buscarle un nombre a la cría. Meses después supe que los niños le habían llamado Minairó. Los *minairons* son una especie de gnomos del Pallars, criaturas fantásticas pequeñas y trabajadoras, aunque con una costumbre letal. Dicen que, cuando te los encuentras, preguntan: «*Què farem? Què direm?* (¿Qué

haremos? ¿Qué diremos?)».

Si les encargas una tarea, la cumplen rápido y felices, pero si los dejas sin una ocupación, te matan. Vaya. Cuando Minairó preguntara «*què farem?, què direm?*», ¿qué le iban a decir? Pepe anticipó la respuesta: «Nada. No podrá hacer nada. Este lince pronto tendrá brotes que lo llevarán a buscar una hembra pero, al no encontrarla, se estresará. El estrés le hará caer en la estereotipia, la enfermedad de la jaula, que hace que los animales vayan todo el tiempo de un lado a otro calcando siempre el mismo recorrido. Tendrá problemas de vértebras, se le irá la cabeza y acabará loco. Eso es lo que va a pasar».

Què farem? Què direm? Volvernos locos, Minairó.

En 1962, André-Georges Haudricourt publicó un artículo afirmando que las relaciones originales que una sociedad mantiene con los animales suelen constituir un modelo de las relaciones que los seres humanos de esa misma sociedad mantienen entre sí. Sugiere, en fin, que si cohabitamos respetuosamente con un perro, una trucha o un jilguero, será más fácil que respetemos las demandas de nuestros vecinos, entendiendo por vecina la humanidad. Esto solo será posible en humanos concienciados de que el perro, la trucha, el jilguero y el vecino también forman parte de nuestra familia. Familiares lejanos quizá, pero al fin y al cabo familia con la que compartimos este hogar llamado Tierra.

El destino de Minairó es aproximar a la sociedad la maravilla de su existencia... a cambio de sacrificar esa misma existencia. Obviamente, urge ajustar algo. Es preciso pensar qué pasaría si Minairó fuera tu amigo, tu prima, tú. «La humanidad no es más que una animalidad determinada», ha escrito Baptiste Morizot. Aceptar la evidencia de que somos animales cuesta más de lo que parece en esta civilización occidental tan concentrada en separar al humano del resto de seres vivos que es incapaz de amarse y sentirse como si fuera uno de ellos. Como uno

más. En su convicción de ser superior, el humano está perdiendo la noción de los otros, así que avanza orgullosamente desorientado.

En su espectacular *Maneras de estar vivo*, Morizot señala que esa es una clave psicosocial de esta época, definitiva para entender la «crisis de sensibilidad» que padece nuestra especie, sobre todo la educada en los códigos de pensamiento occidental. Un ejemplo de la creciente insensibilidad es haber convertido a los animales en personajes para niños, relegándolos al espacio de los que consideramos no formados, poco hechos, inferiores.

Un menosprecio lógico teniendo en cuenta que, desde Platón, nuestra moral ha descrito el deseo y las pasiones más salvajes como un signo de las bestias, del animal, mientras que compensar esos impulsos desorbitados a fuerza de razón y equilibrio incumbía, claro, al lado humano. Esta división es de una injusticia flagrante. Cualquiera que estudie el comportamiento de un animal, por muy feroz que este sea, podrá comprobar que sus acciones rara vez son gratuitas, las más violentas tampoco: todo lo orienta a sobrevivir, evita el derroche, economiza. La desmesura no es en absoluto la norma. Pero así ha descrito Occidente al animal durante siglos, tomando el platónico modelo del auriga que representa el yo como un humano llevando las riendas de los caballos que tiran del carro de la vida. Un hombre que domestica y conduce, que forcejea para dominar a esas bestias inclinadas a desbocarse y arrastrarlo a pozos de vicio, brutalismo, perdición.

Esta historia es bien distinta a la que cuentan, por ejemplo, los cheroquis. Dicen que en todo ser humano hay dos lobos. Uno blanco, noble y alegre, y otro negro, arrogante, egoísta, colérico. Tu yo dependerá de a cuál de ellos alimentes mejor. Mientras Platón sitúa al hombre en un estrato superior al animal, los cheroquis señalan que nuestro interior es animal, de hecho estamos habitados por varios, y son y serán salvajes. Y no se trata de dominarlos, de domesticarlos, sino de repartir afectos.

La apreciación del animal mismo, de la idea de animal,

varía sobremanera de una cultura a otra. Mientras en el pensador occidental prevalece la ambición de elevarse lo más posible por encima de la bestia que habita en su interior, el budista aspira a ascender hacia la sabiduría animal, y el Tao plantea una ascensión sin Ideal constituido, como un camino de perfeccionamiento sin modelo.

En Occidente habrá que trabajar duro para actualizar un imaginario colectivo que hoy básicamente aborda el mundo animal como un tema para niños, como una belleza abstracta o como objeto de compasión. Minairó sintetiza esas tres miradas posibles: el peluche del lince se vende de perlas en la tienda de MónNatura, siendo el gran atractivo de un turismo familiar; rebosa hermosura felina, y dentro de poco vivirá tristemente solo.

El reto es hacer de la animalidad un tema adulto. Tratar al lince como a un miembro de la comunidad, entendiendo que él también necesita un espacio y condiciones suficientes para una vida digna.

El lince boreal se cita por primera vez en España a raíz de un hallazgo paleontológico en la cueva cántabra de El Rescaño. Después se halló otro ejemplar en la no muy lejana cueva de El Castillo, en Puente Viesgo, y restos en el poblado indoeuropeo y celtíbero de La Hoya, en Álava. Verlo vivo es otra historia. Se trata de un animal muy discreto, en general miedoso, con un tamaño y unas singularidades tan ambiguas que muchos investigadores no han determinado aún si se trata de un tigre pequeño o de un gato grande. En realidad, no existe acuerdo científico sobre el número de especies felinas que hay en el mundo. La cifra oscila entre 38 y 36, divididas en dos grupos: grandes felinos y gatos. Y luego hay un tercero, que es el que forman los linces.

Además de los tres boreales, en el centro pirenaico MónNatura vivía un viejo lince canadiense. Le costaba caminar y había depositado una pirámide de excrementos

en la piedra situada enfrente de la puerta de su jaula, hecha de alambre y con techo. Unos metros más abajo, Ui daba vueltas en su propia jaula echando continuos vistazos al canadiense, marcándole el territorio, como si no supiera que ni uno ni otro iban a superar jamás la mínima distancia que separaba ambas prisiones. Cuánta agilidad reprimida.

Dicen que un soberano musulmán adiestró a un lince para que cazara como un halcón: le cubría la cabeza, lo situaba cerca de la presa y, al descubrírsela, el gato se abalanzaba fulgurante sobre ella. Puede ser. Los linces tienen una resistencia cardíaca limitada, así que eluden los largos esprints, prefiriendo cazar a rececho. Es decir, aguardan el tiempo que haga falta a que aparezca la presa en cuestión y entonces, con un impulso eléctrico, saltan alargando las zarpas y fin. Son rayos.

Velocidad, sangre y silencio definen a todos los felinos del mundo, esos animales que fueron pintados en milenarias paredes de Francia y adorados como dioses en Egipto, donde se momificaba a gatos muertos para enterrarlos junto a humanos. Durante la Edad Media se les asoció a la brujería y la magia negra, ofreciéndolos en sacrificio, mientras que hay lugares de Asia, como la India, donde el tigre simboliza el poder de los reyes.

De todas formas, las representaciones concretas de lince no abundan. La prehistoria lo había más bien obviado, el medievo lo olvidó, y, aunque estudiosos como Phoebus, Linneo y Buffon lo recuperaron, las historias sobre el animal han dibujado más a un mito que a un ser de carne y hueso.

Tanta historia y leyenda invitaban a lamentar aún más que Minairó estuviera destinado a ser un embajador perturbado y solitario por falta de previsión. Fue lo que pensé toda la noche, mientras nevaba por primera vez aquel año.

Fue una nevada espectacularmente imprevista. El montón de nieve encima de las cajas nido era tan grande como las

propias cajas, o más, e igual de rectangular, como un calco invertido en blanco inmaculado. Abetos y pinos negros crujían con el peso de la nieve, que ocultaba los cerezos de la senda que baja hasta el pueblo de Son, a un kilómetro y medio. Los cencerros de las vacas brunas resonaban aún más en las enharinadas montañas.

Después del desayuno, Txell, una de las dos becarias residentes en MónNatura, me propuso acompañarla a dar de comer a los animales. Ella salió con raquetas, pero la ascensión era tan pronunciada que se le atascaban, y se desprendió de ellas. Avanzamos hundiendo las piernas hasta media tibia. Continuaba nevando.

En la cabaña de los víveres, Txell seleccionó las raciones para cada huésped. Me sorprendió la glotonería del tejón.

«Se infla a comer porque semihiberna y necesita estar preparado», dijo Txell.

Entramos en el vallado del zorro, al que lanzamos perdices. Brincó sobre la nieve, en la que se hundía casi al completo, escarbó donde la comida había aterrizado y emergió con los pájaros entre los dientes. Para los linces había conejo, su plato de cabecera. Sobre todo para el lince ibérico, porque el boreal también se alimenta de íbices, muflones, topillos, ratones de campo... Los conejos estaban congelados, y para dárselos a Liu y Minairó había que franquear una primera puerta, abrir una minitrampilla tras la cual asomaba el hocico del lince, encajar ahí la pieza y empujar fuerte para introducirla por la estrecha rendija, con cuidado de no recibir un mordisco o un zarpazo. Cuando las fauces de Minairó atraparon al conejo, comenzó a estirar hasta que el lagomorfo se escurrió trampilla adentro. Minairó debía ser servido primero porque no tenía contemplaciones, si podía robaba la comida a su madre, y ella se dejaba robar. Por eso, a menudo les daban de comer codornices, para que Liu engullera rápido los bocados de pequeño tamaño y su cría no alcanzara a quitárselas.

Pero esa mañana había conejo, así que Txell midió bien los tiempos de entrega de cada ración. Calculó cuánto

tardaría en despachar Minairó su pieza, más grande que la de la madre, y luego se apresuró a darle a Liu la suya. Los dos linces se agazaparon tras sendas rocas cubiertas de nieve con sus respectivos menús. Después de vencer a mordiscos la rigidez de la carne congelada, sus bigotes se pintaron de rojo. Hincaron a fondo los colmillos dotados de grietas, diseñados para que las víctimas sangren más, auténticas cuchillas retráctiles que despedazaron a los conejos en porciones adecuadas para deglutirlas sin triturar. El rumor de la nieve se mezclaba con los chasquidos de la carne desgajada, y, aunque estuvieran en el interior de un vallado, los felinos y sus ruidos desprendían un brillo salvaje.

Cuando Minairó concluyó su banquete, irguió el cuello. El rostro manchado de sangre tenía una expresión intrigada. Olisqueó el aire. Echó un vistazo a la madre, que había terminado de comer, y su máscara facial recobró la serenidad. Me miró. Los profundos valles de arrugas se aplanaron, tensándole una piel que ahora denotaba su expectación ante el extraño que yo era. Sondeamos los surcos y movimientos de nuestros rostros, aspirando a saber más del otro.

El lince y el lobo poseen una gama de expresiones faciales que ayuda a percibir su rico mundo interior. Son animales cuyos rostros se sitúan mucho más allá del concepto de hocico —y seguimos con Morizot—, el cual reduce a subrostro el aspecto facial de muchos animales, limitándolos a un estadio bestial. El caso de los linces es distinto. Tienen un sobrerrostro repleto de emociones y mensajes. Un despliegue de significados y, también, de belleza que nos hace repensar el sentido de las cejas o las pestañas en nuestra propia cara e invita a recordar que los humanos se han inspirado en animales para expresarse más a fondo.

«Del antiguo Egipto —escribe Morizot— es de donde proviene una parte de nuestra tradición del maquillaje de los ojos: dibujar el contorno, como se ve en los frescos, y es muy posible que también oscurecer las pestañas. No es

osado aventurar que el trazo de khol egipcio, el *eyeliner*, pues, es una técnica bioinspirada que confiere voluntariamente al ojo humano la intensidad de la mirada de la pantera. […] En una cultura en la que tu diosa tiene cabeza de leona, en la que los animales no son bichos, sino divinidades, tomar su sobrerrostro como modelo en el aprendizaje de una expresividad intensificada tiene todo el sentido del mundo.»

Eyeliner para ser panteras. Rímel que alarga pestañas para emular a las de la gacela de la reina de Saba. Repasé aquella lección de maquillaje mientras Minairó digería el conejo.

Cuando regresé al edificio, el equipo de MónNatura me estaba esperando para emprender el descenso a Esterri. La nevada había bloqueado la carretera y las previsiones vaticinaban unos cuantos días tan blancos como aquel, así que el director había decidido inaugurar la temporada de invierno clausurando el centro hasta que llegara el buen tiempo. En Les Planes quedaría un retén de supervisores del edificio y los encargados de alimentar a los animales. Como el ayuntamiento no limpiaba el kilómetro y medio que conectaba Son con MónNatura, el director había adaptado una pala quitanieves al guardabarros delantero de su todoterreno, que arrancó al frente de un convoy de siete coches con todos los trabajadores del centro.

Emprendimos el lentísimo descenso a través de un pasillo monocolor que tenía algo de onírico. De sueño. En el que ya no cabían los linces. Los integrantes de aquella caravana queríamos lo mejor para el animal, estábamos ahí en gran parte por él, gracias a él, luchando por él, y sin embargo se habían dado pasos erróneos que lo habían condenado. ¿Por qué? ¿Qué había fallado en esa cadena de voluntariosa sofisticación para abandonar a Minairó a su suerte, como un Copito de Nieve moderno?

MónNatura es un proyecto de referencia que pretende acercar la naturaleza al público de una forma genuina. Sus

animales viven con un confort mucho mayor al que ofrecen, por ejemplo, docenas de zoológicos. Además de los linces, en el centro pirenaico cuidaban de una gineta manca, de corzos, un zorro, un gato montés, un tejón, una garduña, un quebrantahuesos... Y sus responsables dialogaban y negociaban a diario para conseguir que los habitantes de la región se implicaran en el cuidado y la aceptación de todos esos animales que habitan o podrían habitar las montañas. No solo deseaban recuperar especies sino también reintroducirlas, y en algún momento quisieron creer que incorporar a un animal tan simbólico como el lince podría sensibilizar a los nativos de otro modo.

No faltaban los escollos, y por mucha leyenda que acompañara al animal, los contrarios a su presencia se preguntaban por qué debían reintroducir al lince en sus bosques.

—Porque él ya estaba aquí —era una respuesta que les daba Mònica Castells, la recepcionista de MónNatura.

—¿Y ayuda al ecosistema reintroducir linces? —podían replicarle. A lo que Castells contestaba:

—¿Te haces la misma pregunta cuando reintroducen corzos?

Gamos, ciervos, corzos son liberados periódicamente en las montañas catalanas para recreo de cazadores, cuya visita es una considerable fuente de ingresos.

Al principio del descenso nos cruzamos con Pepe, que apartaba nieve de la carretera a paladas. Lo hacía por costumbre, por solidaridad, porque sí. El día antes, Pepe había dicho que los cazadores no eran el principal problema del lince. Recordó que tres años antes se había impulsado una prueba piloto soltando a tres osos macho radiomarcados y castrados. La prueba se realizó pese al rechazo frontal de los alcaldes, presionados por ganaderos y pastores.

—Hasta que no se acepte al oso... Los ganaderos piensan que la montaña es suya —dijo Pepe—. Son una minoría, pero es como si tuvieran todos los derechos de la montaña.

Lo ilustró apelando a la experiencia de su hijo, que había cuantificado los daños que causaban los osos del Pallars en el ganado. El hijo, de treinta y cuatro años, se encargaba de redactar los informes de las denuncias por ataques de oso, y a menudo se encontraba con ganaderos que acusaban a los osos de destrozos y muertes que evidentemente no habían cometido. Pepe describió un diálogo tipo:

«—Que sí que ha sido un oso.

»—No ha sido un oso. El informe lo hago yo.

»—Pero a ti qué más te da —lo incitaba el ganadero, interesado en cobrar la indemnización correspondiente.

»—¿Por qué debe pagar el oso por lo que no ha hecho?»

Lo que ocurría, lo que ocurre, según Pepe, es que, por un lado, estas montañas padecen sobrecarga ganadera y, por otro, pastores y ganaderos prefieren dejar los rebaños a su aire durante el tiempo que haga falta, ahorrándose vigilarlos.

—Antes —añadió Pepe— había accidentes de animales que se despeñaban por barrancos. Es curioso que desde que soltaron a los osos ya no se despeña ninguno. Ahora, todo se achaca al oso. Así, cuando se te muere un animal, sea por lo que sea, también por tu propia irresponsabilidad, puedes cobrar un dinero culpando al oso.

—Sí, sí —dijo Mar Hurtado, educadora ambiental que llegó de Barcelona hace un año—. Pero también es verdad que del Pirineo para abajo todos los animales parecen maravillosos. Luego hay que ponerse en la piel de quienes están aquí, porque ¿qué pasa si me encuentro con un oso en el bosque?

De todas formas, Mar asumía que oso y lince tenían un lugar en el Pirineo y confiaba en que la próxima generación, «que en general piensa distinto», lograra hacerles un hueco en las montañas, si bien ella misma contuvo el optimismo al enumerar historias de niños de pueblos vecinos que deseaban salir a matar corzos y coleccionaban cuernos en casa.

Pepe saludó a la caravana desde el margen de la carretera. Enseguida lo vi empequeñecerse por el retrovisor, única figura entre el blanco. Hoy en día no abundan los purasangres de las montañas. Personas que hablan de otra manera a la acostumbrada, que cuentan historias distintas a la mayoría. Quizá fue por eso, o por la sugestión de aquel espacio tan virgen, por lo que la certidumbre de haber tratado con una de esas personas me dejó una sensación de limpieza y verdad.

Pepe era un naturalista autodidacta curtido durante la época de la Junta de Extinción de Alimañas, cuando los cazadores tenían el beneplácito gubernamental para derribar a todo animal susceptible de encajar en la definición de *alimaña*, casi tan elástica como el tirador quisiera. El lince se ajustaba sin duda a la etiqueta, es un depredador, así que lo acribillaron alegremente hasta que el 14 de julio de 1966 se prohibió cazarlo. Como asegurarían Kees en Ordesa o Luis en Villablino, y como confirman numerosos forestales e historiadores, la prohibición no evitó que la mayoría de cazadores continuara apretando el gatillo, a sabiendas de que en España ni por asomo se trataba a los ilegales como en algunos pueblos primitivos, en los que se suele castigar al furtivo dejándolo abandonado a su suerte en la selva, sin armas ni comida, causándole así, virtualmente, la muerte.

Entre la tolerancia de unos y la clandestina habilidad de otros, la población de linces continuó su derrumbe. En 1914, Ángel Cabrera, considerado el más brillante mastozoólogo de la época en habla hispana, ya había dado más o menos por finiquitada la variedad septentrional —los antepasados de Minairó—, así que puede garantizarse que, a finales del siglo XX, todas las cartucheras interesadas en felinos de gran tamaño se descargaban en exclusiva contra ejemplares de lince ibérico. Esa «alimaña».

Ahí es donde entran en escena José María Valverde y Miguel Delibes de Castro, dos estrellas del naturalismo

peninsular. En el episodio del lagarto gigante se ha comentado que Valverde había enfermado de tuberculosis en la juventud y que cuando le pronosticaron que no llegaría a la treintena se propuso «hacer algo útil» antes de morir. Por eso pidió a sus amigos que le trajeran pájaros para dibujarlos. Y, dado que después de dibujar las aves le daba pena tirarlas, empezó a disecarlas. Esa tarea lo iluminó.

Su formación recuerda un poco a la que hizo de Bruce Chatwin un escritor de viajes de vanguardia: durante la temporada que Chatwin trabajó como tasador de piezas artísticas para subastar, detectó que los escultores, pintores, orfebres, etcétera, corrían riesgos creativos mucho mayores que los literatos, y su primer libro fue una obra abstracta sobre la Patagonia que rompió los moldes narrativos de la no ficción situándolo como referente mundial de la literatura de viajes.

El meticuloso estudio que Valverde dedicaba a cada animal, escrutado a base de dibujo y taxidermia, le permitió profundizar en su conocimiento y deducir conexiones entre unos y otros que espolearon su curiosidad más allá de los pájaros. A partir de los estómagos y los buches, comprendió la importancia de estudiar a los animales por lo que comen y se zambulló en el análisis de las cadenas tróficas, que lo llevó a ahondar en las estructuras de las comunidades de vertebrados y en la ecología terrestre.

El apego por aquella naturaleza lo impulsó a luchar contra el Ministerio de Agricultura, que pretendía desecar buena parte de las marismas del Guadalquivir, y a partir de entonces despuntó como referente de los valores medioambientales. Cuando en 1969 se creó el Parque Nacional de Doñana, fue nombrado director. Doñana se iba a convertir en el principal refugio del lince ibérico, por el que Valverde sentía debilidad. De ahí que el biólogo realizara un preciso mapa sobre la densidad lincera de España que aún hoy nadie entiende muy bien cómo logró, teniendo en cuenta que carecía de la tecnología actual, esa que muchos consideran imprescindible para realizar

cálculos fiables. La pericia de Valverde hace pensar en los pandit de la India, que, entrenados por cartógrafos ingleses que no se querían jugar la vida explorando zonas demasiado peligrosas, aprendieron a calcular distancias deslizando una cuenta del *yapa mala* (una especie de rosario utilizado por los hindúes para recitar mantras) por cada cien pasos que daban; veinte cuentas equivalían a una milla. La altura la discernían según el punto de ebullición de su otra herramienta indispensable, el termómetro. Valverde poseía la habilidad cartográfica pandit y, como estudioso de las dietas y los estómagos, sabía que, para su supervivencia, el lince necesitaba cientos, miles de conejos.

El lince ibérico tiene una dieta superespecializada: solo come conejo. La estrechísima relación entre ambos animales los ha hecho coevolucionar e influirse físicamente el uno en el otro. La envergadura y la actitud cazadora del felino son resultado expreso de su dieta. Semejante dependencia también ayuda a explicar el espectacular declive de este lince en España, víctima no tan colateral como se puede pensar de las epidemias que en la segunda mitad del siglo XX diezmaron la población de conejos. Primero, la mixomatosis aniquiló un 80 por ciento de conejos peninsulares. Una cifra de escalofrío. Y cuando los roedores comenzaban a recuperarse, sufrieron el azote de una enfermedad hemorrágico-vírica que borró varias decenas de miles. De modo que al lince le costaba enormemente encontrar comida.

Al parecer, uno de estos episodios lo provocó un farmacéutico que, pretendiendo acabar con la plaga de conejos que esquilmaba su huerto, introdujo cierto veneno en las hortalizas preferidas por los lagomorfos. Una mutación imprevista desencadenó contagios masivos, además de la muerte de muchas otras especies que se alimentaban de conejos, desde el buitre negro hasta el águila perdicera o el lince.

Entre cazadores, venenos y enfermedades, la mortalidad de los linces peninsulares se disparó. «De los años cincuenta a los ochenta, el número de linces bajó de

cinco mil a solo mil, según nuestro censo —me explicó Miguel Delibes de Castro, responsable del censo junto con Alejandro Rodríguez—. Si, por ejemplo, mataban a uno en Salamanca, conveníamos en que allí había otros linces y establecíamos una media..., pero también es verdad que quizás aquel había sido el último lince en la zona.»

El censo se basaba en encuestas postales. Científicamente, sus resultados eran poco fiables: los investigadores se toparon con guardias civiles que aseguraban haber visto un lince cuando (después se supo) en realidad se trataba de un gato, y ni siquiera montés.

Lo indiscutible era que los linces sucumbían en cadena, y la única opción contemplada para al menos salvar a la especie pasaba por la cautividad, siendo Doñana el casi exclusivo espacio donde un puñado de estos felinos aún podía sobrevivir en campo abierto.

Miguel Ángel Simón lo vio de otra manera: creía que la cautividad actuaba como una solución paliativa que relegaría a la especie a la condición de reliquia, impidiendo su recuperación. Lo dijo durante una comida en Sevilla, donde nos citamos antes de mi incursión en Doñana. Simón había invertido dos décadas de su vida en rescatar a la agonizante población de quebrantahuesos, y el éxito de aquella «misión» hizo que algunos pensaran en él como posible recuperador del lince. Pasar de un pájaro a un mamífero puede parecer extraño, pero finalmente se trata de gestionar el futuro de un animal, así que aceptó. En el 2000, Simón elaboró su propio censo, que constató 94 ejemplares. En marzo del 2003, cuando ya contaba con mejores medios para censar, Delibes de Castro cifró en una treintena el número de hembras reproductoras. Es decir, la especie estaba al borde de la extinción.

«Hubo gente que dio al lince por muerto», recordó Simón tocándose el frondoso mostacho, más de morsa que de lince. Hablaba con calma, recién regresado de unas vacaciones viendo pumas en las chilenas Torres del Paine, inmerso en su adictivo nuevo mundo de zarpazos y colmillos. Al contrario que en los Pirineos, en Andalucía el

lince representaba una historia de éxito. La de un renacido. Porque eso es el lince ibérico. Un ser rescatado en el último estertor. La cuestión era desentrañar por qué un animal despreciado, al que quince años antes aún envenenaban y mataban a palos, no solo había elevado el número de individuos a cotas de una casi segura salvación sino que, y esto era lo más asombroso, se había convertido en símbolo. Una posibilidad era el nacionalismo. A fin de cuentas, se apellidaba *ibérico*, y ya sabemos cómo actúa la gente cuando le tocan la bandera. Pero ibérico lo fue siempre, y lo habían matado igual. Así que había algo más.

En 1992, la Comisión Europea presentó el programa LIFE para impulsar proyectos de conservación medioambiental. Las alertas ecologistas no solo habían despertado conciencias y realidades, sino que algunas instituciones consideraron necesario invertir millones para proteger ecosistemas con algo más que palabras. El aliciente del dinero hizo que se observara de otro modo el entorno, que se buscaran cebos y argumentos para que los fondos te los dieran a ti.

Simón había empezado a sopesar fórmulas que permitieran devolver linces al campo y seguirlos una vez sueltos. Para ello se necesitaban radiotransmisores, personas que controlaran sus desplazamientos, oficinas de coordinación..., se necesitaba un dinero que nadie estaba dispuesto a ofrecer. Concluyó que para financiar el rescate debía acudir a Europa. Pero ¿cómo iba a convencer a las instituciones comunitarias para que invirtieran en el proyecto? El argumento del lince ibérico se reveló insuperable: si desaparecía, se convertiría en el primer felino del planeta extinguido en la historia moderna de la humanidad. No un reptil, un bovino o un molusco. No. Un felino. Un representante de la belleza y lo majestuoso, de la rapidez y lo elástico. Una estética maravilla natural. Y habría desaparecido en Europa. En España.

«Las cosas funcionan así —dijo Simón—. Si encuentras

un buen hilo, el resto viene solo.»

Cuando Simón presentó al proyecto LIFE el plan para salvar al lince, Bruselas aportó nueve millones de euros.

«Nunca habían dado tanto dinero para un proyecto de este tipo», dijo el biólogo.

La Junta de Andalucía también se volcó. La comunidad no quería quedar estigmatizada como el lugar de una extinción tan simbólica.

Llegué a Doñana una tarde lluviosa. Leonardo Fernández Pena me esperaba junto al acebuche de seiscientos años crecido frente al hotel Toruño. Intercambiamos formalidades hasta mi hostal y nos citamos para la mañana siguiente.

El día amaneció gris, lleno de nubes cargadas y bajas que ensombrecían aquel coto Patrimonio de la Humanidad y tan importante en el imaginario del país, sobre todo por acoger la romería de la Virgen del Rocío y por ser un territorio que durante siglos manejaron duques y marqueses, propietarios de fincas que todavía, de vez en cuando, acogían a presidentes del gobierno en vacaciones. Un glamur gestado en torno a algo quizá no tan popular pero mucho más decisivo: su enorme valor estratégico como lugar de descanso para miles de aves que vuelan entre el Atlántico y el Mediterráneo. Aquella mañana, la proximidad del estrecho de Gibraltar y el influjo de la marisma impregnaban el aire de una humedad exótica, intercontinental y punzantemente fría.

Fernández Pena conducía la *pick-up* salpicando el agua de los charcos que se sucedían sobre el caminito de tierra, con las llanuras del coto desplegándose a ambos lados. Los linces se mueven más que nada de noche y son escurridizos, así que no esperábamos ver ninguno.

—Hasta a nosotros nos cuesta verlos. Llevo diecinueve años trabajando aquí y aún no lo conozco —dijo. Al adentrarnos en un bosque de pinos, añadió—: No hay muchas historias sobre ellos.

La última frase había quedado tan desconectada de la anterior que no entendí a qué venía.

—¿Cómo?

—Que no llevan mucha literatura encima.

—Pero se están recuperando, ¿no?

—Sí. Pero esto del conservacionismo es reciente. Se ha escrito poco sobre linces. Y quizá Doñana no sea el mejor lugar para hacerlo.

Era una afirmación extraña. Durante décadas, Doñana se había distinguido por ser el último refugio del lince gracias a su condición de superlatifundio donde se perseguía el furtivismo por orden de la nobleza y la Casa Real. Mientras el animal se extinguía en todas partes, en el coto pervivía un buen número de individuos, aunque muchos lo hicieran en cautividad.

—El lince no se cuenta, se utiliza. Hay una asociación muy política entre el lince y Doñana. Lo han usado gestores, políticos, ecologistas... Quieren hacer del lince el símbolo de Doñana. Pero Doñana no necesita símbolos. Y el lince es mucho más que Doñana.

Las sentencias de Fernández Pena estaban a la altura del paisaje, tan austero como impresionante. Se detuvo en un pinar poco denso, idéntico a muchos por los que yo había corrido en la infancia. Me resultaba familiar, una pura marca mediterránea que sin embargo disgustaba al biólogo:

«Pino de sustitución. Doñana es hiperartificial. Hay pino y matorral de sustitución donde antes había alcornoques».

Explicó cómo el duque de Medina Sidonia había deforestado buena parte del coto y de las dunas limítrofes para suministrar leña y madera a los que trabajaban en la almadraba. Sabinas, enebros y el corcho de los alcornoques sirvieron para cocinar, construir casas, barcas o barriles donde guardar el pescado salado. Según Fernández Pena, aquellas capturas de atún repercutían hoy, y de manera directa, en el lince. Yo aún no veía la relación. El naturalista caminó por el bosque palmeando troncos de

pino mientras añadía que en el siglo XVI miles de cabezas de ganado porcino habían hozado tan intensivamente aquellas tierras que debilitaron la superficie, lo que causó un segundo avance de las arenas de la playa hacia el interior y empobreció aún más el suelo.

Mucho del matorral a la vista también era de sustitución. Solo resistían antiguos arbustos recios como la aulaga o el brezo. El tipo de especies que brotan después del fuego.

«Fíjate en que todos los árboles tienen la misma edad. Esto implica falta de matorral y, por lo tanto, ausencia de refugio para muchos animales. El resultado es un ecosistema horrible.»

En segundos, Fernández Pena desmoronó mi idea de Doñana a la vez que identificaba el motivo por el que el lince ya no disfrutaba allí: la falta de lentisco. Ese arbusto, escondite primordial del conejo, se contaba entre los principales damnificados por los pinares de sustitución. El espectacular descenso del lentisco dejó sin protección a muchos conejos frente a sus depredadores, de modo que un buen número de ellos comenzó a abandonar el parque en busca de frondas donde cavar madrigueras solventes. Y la huida masiva de conejos afectó de lleno al lince. Acostumbrado a cazar en territorios de entre 30 000 y 80 000 hectáreas, la dificultad para encontrar presas cercanas lo obligaba a ampliar su perímetro de acción, y algunos empezaron a salir del coto, lo que no habría estado mal de haber sido por razones menos desesperadas.

De todas formas, para muchos animales el parque continuaba ofreciendo una calma y una seguridad imantadoras. La concentración de fauna atraía a numerosos investigadores, cuyas mayores preocupaciones eran que el especialista en tortugas viera su territorio invadido por el experto en milanos, a quien a su vez le molestaba que el responsable de los censos de linces pululara todo el tiempo por ahí.

«Aquí cada uno tiene su enamoramiento particular con un animal —dijo Fernández Pena—. Muchos problemas

vienen por las afinidades personales. Cada uno quiere lo mejor para su amor sin tener en cuenta a los demás. Si La Administración quisiera recuperar el parque de verdad, lo que tendría que hacer es despedirnos a todos y redistribuir el espacio con gente que no estuviera implicada emocionalmente.»

Así era Fernández Pena. Así su objetividad.

«Pero eso no ocurrirá —añadió— porque La Administración no sabe qué quiere hacer con sus montes. Piensan en votos, no en el interés común.»

Luego volvió a los linces. Después de todo, Doñana mantenía a unos cuantos ibéricos fiel a la leyenda de que era su hogar. Y naturalistas como Fernández Pena trabajaban denodadamente por preservarlos. Hasta no hacía tanto, el coto había sido un espacio del que casi no salían linces porque los pocos que lo intentaban sucumbían, por disparo o atropello. Pero ahora los felinos comenzaban a atisbar un futuro más allá de aquel «escaparate», y no iban a renunciar a él.

Fernández Pena, Simón y sus equipos habían hecho posible el éxodo. Europa dijo sí en el 2002 al proyecto Iberlince, centrado en preservar al animal en Andalucía. Aunque estos proyectos solían limitarse a dos socios, Iberlince despegó con cuatro, y una dotación de nueve millones de euros.

LIFE, que promovía la liberación de los linces adultos, se topó con la estación biológica de Doñana dirigida por Miguel Delibes de Castro, defensor de la tradicional cría en cautividad. Delibes me había dicho, días antes de mi viaje a Doñana, que él fue «de los primeros en pedir ayuda a la Unión Europea, pero como en ese proyecto no se admitía la investigación, no podíamos intervenir de forma activa». Las diferencias sobre los modos de actuar dieron lugar a encarnizadas polémicas. «El programa siguió estancado mientras el Ministerio y la Junta estuvieron gobernados por partidos de distinto signo —añadió Fernández Pena—. Cuando gobernaron los mismos en Andalucía y en Madrid, el programa se desbloqueó.»

Cuando en el 2003 Delibes presentó la alarmante cifra de hembras reproductoras vivas, ya estaban en marcha los seguimientos LIFE, simultaneados con la cría en cautividad y las acciones para llegar a acuerdos con todas las partes implicadas en el regreso del lince al monte. Como en los Pirineos, se convocó a cazadores, ecologistas, vecinos, ganaderos y políticos para debatir sobre la conveniencia de tener a estos depredadores rondando sus montes y rebaños.

Simón acudió a algunas reuniones, en las que los asistentes no le permitieron hablar, incluso hubo quien lo increpó, pero en general fue bien recibido. Iberlince se fue extendiendo, y en el tercer proyecto, impulsado en el 2011, participaron diecinueve socios, desde propietarios de fincas hasta asociaciones de cazadores y grupos ecologistas como el WWF.

Para entender aquel consenso, contacté con algunos de los implicados. El asesor del WWF para el lince, Ramón Pérez de Ayala, resaltó la sintonía con unos cazadores igualmente empeñados en velar por esta «especie bandera y paraguas, porque lo que afecta al lince afecta a muchas otras especies».

«Es que el lince es un aliado», declaró José Antonio López desde la también asociada Federación Andaluza de Caza, que reunía a cien mil de los cuatrocientos mil cazadores regionales. «El cazador debe ser además un naturalista, y el lince nos interesa porque regula el entorno.» La Federación organizaba actos divulgativos con la intención de convencer a sus afiliados sobre la conveniencia de cuidar a la fiera. Pero, entre todos los casos que sondeé, el más sintomático fue el de Andújar, una clásica población de monterías cuyo alcalde ahora reivindicaba la distinción de capital mundial del lince.

En esa misma sierra, más de diez años antes, el incombustible medioambientalista Fernando Andrada había puesto a disposición del proyecto su finca particular. Andrada defendía que los programas LIFE y los propietarios se necesitaban mutuamente para «conservar la naturaleza, o, lo que es lo mismo, para conservar unas condiciones

favorables a la existencia humana». Así, presidía una fundación que protegía al águila imperial y al lince, así como espacios naturales privados que comprendían alrededor de 650000 hectáreas, al tiempo que abogaba por una «colectivización del esfuerzo», lo que había permitido, por ejemplo, que el águila imperial pasara de agonizar con sesenta nidos a poseer quinientos.

Andrada había auspiciado algunas de las sueltas que LIFE organizaba para acercar el lince a la ciudadanía. En las sueltas, los vecinos de las localidades implicadas se atildaban —«la ocasión lo merece»— para asistir a la liberación de un animal que solía rondar el año de vida, la edad a la que se recomienda soltarlo. Yo había presenciado una suelta de oso, y, por lo que he comentado con gente que ha asistido a actos semejantes, el sentimiento debía de ser parecido.

«Cómo explicarlo...», «es una fiesta», «precioso de verdad, un momento de belleza», «como fuegos artificiales», «te da un subidón...», «de las pocas veces que podrás ver a un lince libre en tu vida», «una especie de trallazo, de relámpago, porque mira que el bicho sale rápido, y se esfuma en un pispás»: son comentarios de gente que ha estado en sueltas, en las que también son frecuentes los aplausos, los vítores y alguna lágrima.

Sobre las consecuencias de las sueltas, el periodista Javier Pérez de Albéniz ha escrito páginas que ayudan a discernir cómo van las cosas cuando se intentan hacer bien y qué pasa cuando priman el oportunismo y la fachada. Por un lado, describe las sueltas de linces que se hicieron en los cantones suizos de Obwalden y Neuchâtel. Cuando se comunicó que varios felinos iban a quedar en libertad, hubo manifestaciones y denuncias, y por eso, para costear los posibles desperfectos que causaran los «salvajes», una aseguradora cubrió a los animales. No tuvo que pagar ni un céntimo.

Otra suelta con moraleja fue la de dos de estos felinos organizada por la Marina Real británica mediante dos de sus helicópteros del Escuadrón Lince, donde sirvió el

príncipe Andrés en las Malvinas. Los felinos viajaban en sendos cajones con sus respectivos nombres, Eddy y Diana. Fueron depositados en tierra, pero cuando les abrieron la jaula, Eddy, quizá traumatizado por el vuelo o amedrentado ante aquel montón de gente bien vestida y uniformada que esperaba al aire libre, o a saber en realidad qué temía, no quiso salir. La coronel responsable de relaciones exteriores de la Marina pasó un rato intentando convencer a Eddy hasta que, después de patear y chillar lo suyo, el lince abandonó la jaula corriendo. Diana fue herida de muerte por un perro asilvestrado y solo duró un invierno con vida. Eddy confirmó su querencia por la especie humana siguiendo a una pareja de paseantes, y las autoridades, para evitar futuros sustos y quizá tragedias, optaron por encerrarlo en un zoo.

En España, la mayoría de las sueltas de lince se hacen entre mayo y julio, época abundante en conejos. También se organizan sueltas privadas. Uno de mis confidentes rememoró una escena que explica buena parte del secreto de este éxito. Ocurrió en una finca en la que se habían reunido varias personas acomodadas e influyentes para ver la suelta de un lince. La propietaria estaba muy animada, realmente feliz por el acontecimiento que iba a regalar a sus invitados. Cuando la jaula se abrió y el animal salió a la carrera, la anfitriona señaló: «Un brillante de Tiffany's ya lo puede tener cualquiera. Un lince en su finca, solo yo».

Más allá de la ética, la instantánea sintetiza cuánto ha influido el talonario en esta resurrección. Bruselas concedió 26 millones de euros para el segundo proyecto LIFE, y 34 millones para el tercero, que finalizó en el 2017. El recuento del 2013 registró 332 animales, y el número creciente indujo a ampliar su hábitat. La primavera del 2021 se anunció una población de 1111 ejemplares vivos.

La transición del lince de bestia proscrita a emblemático animal rescatado sedujo a marcas como Coca-Cola o British Petroleum, que se sumaron a la Operación Renacido (el nombre me lo acabo de inventar) financiando acciones protagonizadas por estos felinos. Basta citar a ese

par de empresas para comprender que, si se trataba de dinero, todo iba a salir bien.

«Para la conservación se necesita mucho dinero», había dicho Simón.

En el 2004, los linces comenzaron a ser nombrados con iniciales que seguían el orden del abecedario. Es como una matrícula, cada letra remite a un año. Los nombres de los nacidos en el 2004 empezaban todos por la A.

El año siguiente, la revista *Trofeo* publicó la noticia de que en el coto de Doñana habían nacido los primeros tres linces en cautividad: Brecina, Brisa y Brezo. Hubo quien saludó el acontecimiento como «un hito mundial», otra demostración de lo que éramos capaces de lograr los humanos. Simón no era partidario de enjaularlos pero, vista la situación del lince, la crianza cautiva durante unos meses podía ayudar a recuperar la especie más rápido, y la incorporó al proyecto.

Los linces no tardaron en desbordar Doñana. El coto está lleno de pasos subterráneos y elevados que les permiten desplazarse con discreción, sin valorar, claro, que más allá del vallado se despliegan enormes carreteras y aguardan cazadores ávidos. La nueva protección del lince, con multas superlativas y penas de cárcel, persuadió a bastantes furtivos, si bien comenzaron a producirse accidentes.

Mientras charlaba con Simón, recibió una llamada. Su gesto y su voz denotaban malas noticias.

—Un atropello. Un macho —dijo al colgar—. En las cunetas hay muchas madrigueras de conejos.

Había ocurrido entre Montoro y Cardeña.

—Manolo estará como si le hubieran atropellado a un hijo —afirmó el biólogo aludiendo al responsable del proyecto en el área del accidente—. Esa carretera es un paso muy complicado. Lo que más daño hace es la procedencia del animal, porque queremos conectar dos territorios, o sea, que los linces de Guadalmellato se establezcan en Cardeña. Y cada vez que uno está a punto de conseguirlo, lo matan en la carretera. Te están matando al

pionero, al explorador, pero tienes las manos atadas porque, como es una autovía, no puedes limitar la velocidad ni hay presupuesto para crear pasos alternativos. ¿Y cómo vas a presionar para que dediquen presupuesto a eso si tenemos un país lleno de viviendas de protección oficial con ascensores estropeados sin dinero para repararlos?

El lince se llamaba Karan.

El viejo mapa de Valverde había servido para registrar la densidad poblacional del lince de la época en Aragón, Levante, Valencia, Galicia o Cantabria, si bien la moderna repoblación propiciada por LIFE se extendía de sur a norte, incluyendo sobre todo Doñana, Guadalmellato, Guarrízar, Extremadura, Castilla y Portugal. Los linces se multiplicaban, y, durante las semanas que permanecí en Andalucía, fueron atropellados tres más. Una cifra tan elevada que, paradójicamente, invitaba al optimismo. «La población se ha expandido tanto que no preveíamos algo así —advirtió Pérez de Ayala desde el WWF—. Quiere decir que las cosas se han hecho bien.»

Quedaban núcleos reacios al proyecto, como el de Sierra Norte, donde la Asociación Agraria de Jóvenes Agricultores lideraba la oposición. Los lugareños temían que el lince devorara borregos, gallinas, ocas..., o al menos eso argumentaba Emilio Vieira, su portavoz, hasta que le indiqué que la dieta del lince ibérico solo incluye conejo. Vieira titubeó, murmuró algo y terminó asumiendo «un malestar general hacia La Administración», que recientemente había negado a los serranos una partida económica para retirar toneladas de madera tras una nevada que destrozó un número «descomunal» de árboles. Por otro lado, la Sierra Norte estaba mucho más poblada que los territorios linceros del sur. La tierra se dividía en más parcelas, y eso multiplicaba los intereses divergentes, las discrepancias.

Las versiones sobre cómo se habían hecho las cosas

basculaban en función del interlocutor. Cada cual construía su relato, su épica de la caída o la salvación, y quien mejor supiera comunicarlo quizá lograra que su versión prevaleciese durante décadas o siglos. Las leyendas ya estaban en marcha, y al pensar en ellas, a saber por qué, imaginé a un lince en la carretera con los ojos muy abiertos, deslumbrado por el camión de la historia. Entonces pensé en la famosa vista de lince e, infantilmente, me pregunté por qué lo atropellaban tanto si tenía una vista tan buena.

«Es cierto que tiene un sensibilidad lumínica seis veces superior a la humana, pero su verdadera potencia es el oído —explicó Fernández Pena—. Fíjate en cómo caza. Necesita estar cerca.»

Es verdad. Muchos ataques los hace a menos de veinte metros, y su especialidad es el rececho: aguarda bien quieto a tiro de madriguera hasta que el conejo asoma un instante para entonces, chas, lanzarse sobre él. Lo hace todo de oído. Por eso le favorece la noche, aunque caza sobre todo al crepúsculo.

Una leyenda apunta a Linceo, el piloto de los argonautas, como el origen del mito de la buena vista. Linceo oteaba en lontananza lo que otros no veían. Por algún motivo, alguien creyó percibir la misma cualidad en el felino del lentisco y llamó al animal como al hombre. Suena tan gratuito como señalar que la orina de lince cura el mal de garganta.

Pese al encanto de mitos y fábulas, el equipo de Fernández Pena y Simón ha logrado aportar pruebas que sugieren, casi demuestran, que el fuerte de este animal es el oído. Una de sus cámaras de fototrampeo captó a dos linces. Uno de ellos tenía un ojo destrozado y el otro tan malherido que resultaba imposible que le sirviera de gran cosa. Los linces siguieron merodeando ante la cámara durante días, semanas, y como el medio ciego se mantuvo todo aquel tiempo rollizo y saludable, los investigadores concluyeron que no había necesitado los ojos para sobrevivir y, por lo tanto, cazaba de oído.

La misma sensibilidad hace pensar que el lince también huye de oído. A saber hasta qué punto le ayudó eso a escapar durante siglos de las rehalas de entre quince y veinte perros con las que los cazadores organizaban batidas a lo largo de hasta trescientas hectáreas, ganándose la fama de escurridizo. Sea como sea, el lince ibérico se ha vuelto a escabullir de la muerte, de una que se habría escrito en mayúsculas.

Ni el lince posee una gran vista ni la solidaridad popular lo ha salvado. Los lugares comunes y las apariencias sirven para crear mitos o para disimular realidades no tan idílicas. Cuestionar el tópico puede contribuir a entender mejor el entorno y a comportarnos en consecuencia.

Ahora sabemos que entre la extinción del lince boreal y el renacimiento del ibérico hubo una denominación de origen y muchos millones de euros. Y que una coincidencia hizo que el cuidado de ambas especies fuera encomendado a hijos de cazadores: Pepe, Miguel y Simón. Y que, si bien los destinos de ambos linces peninsulares se habían bifurcado de un modo que no podía compararse, un lince era un lince. El boreal aún respiraba. Emitía los últimos estertores, pero aún estaba. Y el ibérico se expandía. Por eso, al sentarme a escribir quise sobre todo celebrar que, a principios del 2021, pese a todas las dificultades, errores, tópicos e intereses, ciertos grupos de personas habían logrado que todavía se pudiera hablar del lince como un ser vivo y libre en España.

07

Desmán

¿Cómo demuestras que algo ya no existe? Sobre todo si se trata de un ser pequeño y esquivo al que en realidad casi nadie ha visto, como, por ejemplo, el desmán. ¿Que no lo veas significa que no está?

«Cuesta constatar una desaparición —dijo Marisol Redondo sentada en su despacho, junto al antiguo aserradero de Valsaín—. A no ser que se trate de un animal como el bucardo, al que ya estaban siguiendo desde hacía mucho y tenía todos los focos en él. Los animales raros lo tienen peor para darse por extinguidos.»

El desmán es uno de esos «raros»: un micromamífero —de unos doce centímetros, ochenta gramos— tan exigente que solo habita junto a ríos de aguas impolutas y, como evita la luz, circunscribe su actividad a la noche, prefiriendo desplazarse entre guijarros o bajo tierra. Además, desde la estética humana, la mayoría lo tildaría de feo y, como coinciden en señalar tantos naturalistas, no es lo mismo concienciar sobre la importancia de una ballena, una jirafa o un lince que sobre un escarabajo o sobre este topillo con tamaño de rata y cuerpo peludo envuelto en una especie de humedad permanente, del que sobresalen una trompa casi viscosa matizada por pelillos ralos y una cola desproporcionadamente larga y gruesa.

El desmán sería un icono del antiglamur, una de esas especies entre impopulares y desagradables, raras en cualquier caso, que entronizó Annie Dillard cuando, tras instalarse en las montañas para intentar recuperarse de una neumonía, escribió *Una temporada en Tinker Creek*, memorable canto a las especies marginadas que arranca con una chinche acuática gigante succionando a una rana y continúa desplegando el perturbador atractivo de los animales más incógnitos y rechazados. De manera que, a través del gusano crin de caballo, la termita o el percebe, Dillard brindó una joya sobre la belleza alternativa donde

sentenciaba que «lo establecido es lo que nos horroriza», llamando a la necesidad de atender a las charcas, los barrancos, los márgenes de valles, montañas, setos, ríos para descubrir la grandeza de las vidas recónditas.

Los animales raros a menudo atraen a personas del mismo corte, así que resulta lógico que Marisol Redondo, la bióloga que me iba a ayudar a buscar desmanes, fuera una excelente recuperadora de anfibios, salamandras o murciélagos que desde su llegada a Valsaín se había granjeado la fama de «rara».

Aquella mañana de marzo, Marisol había abierto las puertas y ventanas de su oficina del Centro Montes y Aserradero de Valsaín para ventilar. Vestía la reglamentaria chaqueta caqui con la bandera española cosida en una manga, y el atuendo oficial contrastaba con su discurso alternativo. Lamenté mi prejuicio, similar al que tenía ella años antes.

«Nunca pensé que acabaría aquí —dijo—. Eso sí, siempre fui muy de animales. Quería ser veterinaria.»

Estudió biología marina, hizo su tesis doctoral sobre los poliquetos antárticos, y empezó a trabajar con una empresa privada en humedales. También había investigado al conejo y al lince en las islas Chafarinas, hasta que se hizo autónoma. Llegó la crisis, convocaron unas oposiciones que se ajustaban a su perfil, estudió «nueve meses a muerte» y las ganó.

—Si llego a saber que un funcionario tenía tantas oportunidades, me presento antes.

Pidió ser destinada a Valsaín. Y aquí estaba. Uno de los primeros días, un vecino que la vio empuñando el cazamariposas le dijo con sorna:

—Eso lo hacía yo de pequeño.

—Pues no te imaginas lo que he tenido que estudiar yo para poder hacerlo de grande.

La rara empezó así. Descubriendo que su nueva profesión le daba libertad para abordar los espacios y animales que quisiera y como quisiera.

—Me siento una emprendedora total dentro de La

Administración. Miro lo que hay. ¿Con qué me pongo a trabajar? Y voy. Igual a los corzos que a las mariposas de montaña.

Mariposas como la apolo *(Parnassius apollo)*, de la que quedaban tres núcleos reproductores en la zona. Después de dieciocho años, Marisol vivía en mitad de un prado con su familia, gallinas, perros, gatos, tres caballos y una burra («que no montamos»), en una casa alimentada con energía solar y eólica, produciendo una parte de su propia comida, identificando mariposas a varios metros.

—Pero a ti te gustaba el mar, ¿no?

—Lo que más, los invertebrados marinos.

Y le seguían gustando. Detrás de su escritorio colgaba un póster con varios tipos de peces, y continuaba bien conectada a los habitantes del agua, aunque no exactamente marinos, tras haber creado diversos refugios para anfibios en campo abierto. Antes de visitar los refugios, bajamos a la planta donde criaba anfibios con la intención de liberarlos. Marisol destapó unas celdas que contenían desde ranas amontonadas para darse calor mutuo hasta pirámides negroamarillas de salamandras y pilas de tritones que despedían colores entre esponjosos y eléctricos. En un cuarto sobrecalentado, Marisol mostró las celdas donde se reproducían cientos de grillos y moscas de la fruta que servirían de alimento a sus vecinos. Las moscas se agolpaban zumbando sobre un rancho de puré de patata, levadura de cerveza y vinagre. Impresionaba su audible frenesí glotón. Marisol dijo que la ganadería convencional estaba llegando al límite y debíamos prepararnos para incluir insectos en nuestra dieta.

—Ya hay gente comiendo gusanos de la harina en el norte de Europa —informó saliendo a la calle—. Todo es una cuestión cultural. Por ejemplo, aquí hay quien mata salamandras diciendo que son un peligro mientras que en el sureste asiático significan suerte.

»¡Vamos, Darta!

El perro la siguió hasta el todoterreno. Marisol lo había recogido de la calle en pésimas condiciones y ahora ahí

estaba, moviendo el rabo, respondiendo al nombre de un famoso personaje híbrido de dibujos animados, D'Artacán, el «mosqueperro» inspirado en el D'Artagnan de Alejandro Dumas. Darta tendría pronto un compañero, porque Marisol quería trabajar con un perro rastreador al que llevaban dos meses entrenando en un centro especializado. Odín. Un working cocker, la raza más usual de rastreo junto a la del springer spaniel. Marisol recibiría a Odín en semanas, cuando el perro tuviera tres meses y medio, con el objetivo principal de detectar refugios de murciélagos situados por encima de los diez metros, aunque también podría ayudarla a localizar anfibios y otras especies crípticas o difíciles.

La nariz de la bióloga distinguía excrementos de visón —«aunque huelen muy parecido a los de la nutria y a veces... no sé»— y localizaba a simple vista pieles y huevos entre el musgo, pero sus destrezas no podían compararse a las de un perro. Si un humano posee seis millones de receptores olfativos, los perros disponen de doscientos millones, y razas como el beagle pueden alcanzar los trescientos. Un estudio de Annegret Grimm-Seyfarth, Wiebke Harms y Anne Berger realizado en Alemania determinó que un perro entrenado detecta cuatro veces más excrementos que una persona especializada, además de localizar entre 3,7 y 4,7 veces más osos negros, martas y gatos monteses que las cámaras de fototrampeo.

Esto continúa siendo así. Y es que la teledetección con imágenes aéreas y satelitales funciona en paisajes abiertos y cuando se trata de animales o rastros grandes, pero lo raro, lo pequeño, lo discreto exige una sensibilidad y un cuidado por el detalle aún inasequibles para las máquinas.

Al volante, Marisol explicó cómo había impulsado los refugios para anfibios teniendo en cuenta que son los vertebrados más amenazados del planeta debido a la destrucción y fragmentación de sus hábitats, a la contaminación y a las enfermedades emergentes, como la propagada por ese hongo asiático que estaba esquilmando las poblaciones anfibias de Bélgica y Holanda.

«Ante la situación, me pregunté cómo podíamos ayudar

a esa gente.»

A continuación describió su forma de ayudar, pero yo, claro, me había quedado enganchado al término *gente*, que en la cabeza de Marisol también significaba ranas, tritones, salamandras, y tendía un hilo directo con los álguienes de Luis, el Dersu de Villablino.

Aparcamos en la falda de una ladera, Darta saltó a la hierba. En cuanto comenzamos a ascender, aparecieron varias charcas con sus respectivos cercos de madera. Se distribuían por tramos despejados de árboles, casi siempre robles. La hierba crecía frondosa y húmeda alrededor. Habían prosperado el sapillo pintojo, el sapo corredor y el de espuelas. Marisol anunció que el marmoratus acababa de llegar.

«Cuando dejas su espacio a la naturaleza...»

Lo único que había hecho era levantar una valla para que el ganado no abrevara allí. Y empezaron a asomar especies. A menudo no hace falta mucho para cambiar todo, basta un movimiento pequeño, convertirse en partícula al fondo de la hondonada y aguardar. Pruébalo. Haz un gesto y desaparece. Si esperas un poco, el mundo desfilará. «Lánzate a las profundidades y verás.» Ranas con las mandíbulas llenas de libélulas. Sacas de huevos de mantis religiosas. Un mosquito picando a un águila. Delfines rosas. La resurrección del celacanto. Paciencia, conocimiento y cuidado es la receta para quien desee poner un sapo de espuelas ante sus ojos.

Montaña arriba, en un prado lejos de cualquier bosque, visitamos una charca más grande cercada por enormes tocones que se integraban de forma aún más natural en el paisaje. Dos docenas de caballos pastaban a pocos metros. Marisol se mostró orgullosa de haber coordinado una red de cuarenta charcas en las que la vida se multiplicaba, y advirtió que por eso también la llamaban «la de las ranas». Lo corroboró un forestal que patrullaba la montaña.

—Los bosques de ribera son otros desde que llegaste —corroboró el agente, que se había detenido a saludarla. La frase sonó como una exótica declaración de amor.

Cuando nos quedamos a solas, Marisol confesó que en los últimos tiempos su pasión era el murciélago. Por él iba a venir Odín.

—Me preguntan cómo me puede gustar ese animal asqueroso. Lo de los gustos es muy personal. Los estándares de belleza son así. Yo prefiero trabajar con ellos antes que con las grandes estrellas. No me van los animales en los que se invierten fortunas. Cuando hay dinero empiezan las peleas y se pierde la fuerza del trabajo real.

—¿Y el desmán? —pregunté. A fin de cuentas, yo estaba allí por el topo.

—Tranquilo, lo sé.

«Número impreciso.» «No hay datos concluyentes.» «Las muestras son relativas.» Los informes y declaraciones, los comentarios colgados en internet declaraban al desmán «presuntamente extinguido» en la meseta norte, aunque registraban algún avistamiento en la zona segoviana que Marisol y yo rondábamos. En cualquier caso, su indudable escasez guardaba relación directa con la pujante contaminación de los ríos y arroyos, empezando por el cauce del Eresma, el río de referencia cuyo nombre significa, según algunos, «Valle Sano».

El desmán es un marcador de la pureza de los ecosistemas. La filosofía china dice que el bazo se limpia bebiendo agua, pero se nota que la sentencia fue escrita hace tiempo. Ahora, para tener garantías de que un bazo se renueva, hay que elegir bien el agua, y sin duda una muy adecuada es aquella donde se baña el desmán.

Marisol me llevó a un remanso del arroyo de La Acebeda, «un paisaje tipo desmán» que ahora servía como vado de troncos talados. Valsaín era un referente del aprovechamiento forestal, y a aquel punto de tala acudían los camiones a cargar maderos.

Luego, Marisol condujo hasta un margen de la carretera y aparcó junto al inicio de un bosque enmarañado. Darta saltó del todoterreno siguiendo a la

mujer, que se internó entre los matorrales y arbustos, algunos de ellos con espinas de seis centímetros. Avanzaba sin miramientos, apartando ramas punzantes a golpes. La perra zigzagueaba veloz husmeando dos metros por detrás mientras yo intentaba no perder de vista la chaqueta caqui de la bióloga, algún destello de sus sofisticadas gafas de sol. Emergimos en un pequeño claro junto a una cacera por donde corría el agua limpia. Marisol titubeó, echó varios vistazos a los arbustos, caminó unos pasos adelante. Donde el canal emprendía una pequeña curva, dijo: «Aquí fue. Aquí se vio por última vez a un desmán en Valsaín».

El 18 de junio del 2012, el biólogo Santiago Merino y otros tres investigadores del CSIC habían ido a revisar las cajas nido de aves insectívoras instaladas en la zona cuando, a última hora de la tarde, uno de sus colegas dijo: «¿Qué es eso? ¿Un desmán?». Sus compañeros dudaron, quizá se confundía con un musgaño de Cabrera. Habría sido una confusión normal, porque el musgaño y el desmán no solo se parecen físicamente, sino que comparten muchos hábitos, hasta el punto de competir entre ellos como compiten con la anguila y el mirlo acuático. El animal se movía en el tranquilo curso de agua de la cacera husmeando con el hocico entre la leve capa de hojas y restos vegetales que se acumulaban en el lecho.

«Que sí, que es un desmán.»

Los hombres se aproximaron a la cacera con una expectativa que podría antojarse extraña teniendo en cuenta que tiempo atrás la zona había acogido desmanes a gogó. No hablamos de hace seis mil años, cuando el desmán abundaba en todos los ríos de la mitad norte peninsular, sino de los albores de los años ochenta, justo antes de que Valsaín se llenara de segundas residencias, los pueblos aumentaran sus censados, aparecieran los turistas y, para abastecer a todos ellos, se construyeran presas y minicentrales eléctricas río arriba. Antes de que las riadas provocadas por las descargas hidráulicas arrasaran los fondos del río más bajo y expulsaran a los topillos, porque a estos mamíferos les perturba la potencia excesiva del agua.

Antes de que algunos cursos de ríos se desviaran, y varios tramos quedaran secos. Se dragaran fondos. Se contaminaran cauces a base de productos fitosanitarios y aguas fecales, y se degradara, en fin, la cubierta vegetal de tal modo que los desmanes empezaron a esfumarse.

Todo esto lo sabían los hombres alrededor de la cacera, y que el topillo necesitaba un impoluto flujo de agua continuo y vigoroso para satisfacer a la hipersensibilidad de su trompa, superdotada para detectar impurezas. De modo que parecía muy improbable que hubiera elegido un cauce estrecho y artificial como aquel para instalarse. Pero cuando los naturalistas se acercaron, ahí estaba. Un desmán ibérico. En Segovia. Los pasmó tanto, y el desmán avanzaba tan rápido, que cuando desapareció de su vista nadie lo había fotografiado.

Se trataba de un animal de costumbres fijas que los había sorprendido en un lugar inesperado. Quizá, simplemente, es que se sabía demasiado poco sobre él. De hecho, su propio nombre inicial provenía de un error, porque cuando en 1811 Geoffroy Saint-Hilaire localizó un ejemplar en la localidad pirenaica de Tarbes y lo apellidó en consecuencia *(Galemys pyrenaicus)*, el nombre de «desmán pirenaico» se aceptó sin más. Hasta que en 1838 se descubrieron ejemplares en el sistema Central. Y veintiún años después aparecieron otros en Asturias. Entonces, algunos decidieron cambiar su nombre por el de «desmán ibérico». Ahora se sabe que el ochenta por ciento de desmanes mundiales se distribuyen por varios puntos de esta península, de modo que el cambio de nomenclatura se presume ajustado y pertinente.

Entorno a Valsaín hay cimas que se llaman Montón de Trigo, La Mujer Muerta, Matabueyes. Los nombres definen el carácter, los deseos, miedos, ocupaciones de quienes habitan estos valles y montañas. Los nombres importan para saber qué se quiere recordar. Pero hay dos que forman parte de esta tierra de manera involuntaria: DDT y Lindano. Ambos repercutieron en el Eresma.

Hubo un tiempo en el que el río y sus contornos

pertenecieron a la corona, de modo que nadie más que el rey y su séquito pescaba o cazaba allí. El agua del río bajaba inmaculada. Cuando la industria maderera empezó a talar en serio, el río lo padeció pero pudo asimilarlo —los bosques eran aún inmensos— sin que afectara decisivamente a nada. El primer gran azote llegó con la urbanización descontrolada y, aunque por entonces se consideraba apropiado, con las fumigaciones a base de DDT. Por ejemplo, en los jardines de La Granja de San Ildefonso. Igual que en muchos otros lugares, la dictadura franquista recurrió al ladrillo y al DDT como signos de modernidad.

Al final de la dictadura, ya no se usaba DDT en la zona. Cuando murió Franco, la presión internacional contra el DDT resultaba inexorable gracias sobre todo a la publicación en 1962 de *Primavera silenciosa*, donde Rachel L. Carson destapó los destrozos medioambientales causados por el empleo de nuevas sustancias químicas que se habían presentado como soluciones estupendas para el campo y los humanos, cuando en realidad resultaban letales para la biodiversidad planetaria.

En cuanto al Lindano, en 1997 aparecieron algunos animales muertos contaminados por la sustancia en la zona de Valsaín, si bien lo que más preocupó fue que expiraran «dos o tres» vacas. Se dijo que unos forestales habían rociado varias áreas con Lindano, un insecticida que pronto se descubrió tóxico y bioacumulante, y, al filtrarse en el río, había envenenado a algunos animales.

No se obtuvieron pruebas concluyentes, pero los grupos ecologistas reaccionaron, las posiciones de los defensores de los químicos se enconaron, y ahí han seguido todos durante décadas. La Historia dice que durante más del noventa por ciento de nuestra existencia como especie fuimos cooperativos. Incluso hubo un tiempo en el que la especie humana cazó con lobos, apoyándose en su táctica y astucia. La pregunta es qué ha pasado en los últimos milenios para abrir una brecha tan grande en nuestra capacidad de entendimiento no solo con otras especies, sino entre

nosotros mismos. Y aún hay otro interrogante: ¿por qué nos cuesta tanto cuidar?

Cuidar implica riesgos, renuncias y, a menudo, batallas. Garras, colmillos y picos están más afilados en las madres, que suelen encargarse de la protección de los pequeños. De todos modos, hay muchas formas de cuidar. Entre los humanos, divulgar la existencia de un ser implica exponer su realidad, que otra gente la escuche, empatice y así, quizá, velar todos juntos por su vida. Es cierto que algunos animales no caen simpáticos e incluso gastan mala fama, pero ¿por ese motivo vamos a silenciarlos?

Aparte de no ser muy agraciado, el desmán ruso está marcado por unas connotaciones negativas inherentes a su nombre, *vykhukhol*. «Si alguien te escucha decir eso, te recrimina por grosero. Es incomprensible que el desmán tenga una reputación tan negativa», dijo Nelly Zaríipova al impulsar la campaña «Salva al desmán ruso», tras concluir que la posible pervivencia del topillo pasaba en buena parte por cambiar la imagen que sus paisanos tenían de él.

Aunque la cadena trófica sitúe a ciertos animales en la cúspide, eliminar a cualquier animal de los eslabones inferiores repercutirá en todos los demás, especialmente en los que están en lo alto, que son los más vulnerables porque suelen ser los más grandes, los más pesados y los que más necesitan al resto para continuar respirando. En Rusia deberían sopesar hasta qué punto la falta de desmanes podría significar el fin del tigre o el carcayú.

Stefano Mancuso ha explicado muy bien que, si las plantas son las formas de vida más antiguas sobre la Tierra, se debe a que han aprendido a asociarse compartiendo nutrientes y rescatándose unas a otras en caso de necesidad, estableciendo relaciones horizontales que les permiten una agilidad imposible cuando el trato es vertical.

Todo influye en todo y, quizá por eso, me atrae el mundo de quienes contemplan el excremento y la larva, así que enseguida sintonicé con Marisol y me embosqué tras ella y Darta para seguir la pista del desmán entre las jaras, los endrinos, las zarzamoras y los majuelos de

Navalparaíso.

«Ahí fue donde lo vieron.»

El agua corría por la cacera rodeada de arbustos espinosos donde los biólogos habían dudado como dudó la propia Marisol cuando vio a una cigüeña negra por primera vez en un punto de las 10 600 hectáreas que vigila. De hecho, no reconoció a la cigüeña. La tenía delante, «pero mi cerebro no la identificaba. Era como si no pudiera estar ahí». Pasó un rato hasta que asoció dos palabras al animal que se erguía delante: *cigüeña negra*.

Años antes le había ocurrido lo mismo mientras navegaba en el mar: permaneció un buen rato contemplando el perfil de una isla, hasta que la isla se movió revelándose un cachalote. Ligar una información con su imagen también es una cuestión de costumbre. Cuando algo aparece fuera del contexto habitual puede confundirse o no verse. Y al revés: cuando se afirma que algo nunca visto existe, de pronto aparece. Ocurrió con los linces. En cuanto se informó públicamente sobre lo bien que se recuperaba la especie y se divulgó el número de linces que ya había en libertad, se produjo un alud de avistamientos. La frontera entre lo invisible y lo demás es tenue. Lo que se ve, está. Pero lo que no se ve... ¿dónde está? Negar su existencia no basta. Al contrario que con tantas otras cosas, en los dominios de lo invisible cuesta más trabajo negar que afirmar.

Por eso, es normal encontrarse a naturalistas como Marisol escrutando lugares presuntamente vacíos con el objetivo de confirmar que en efecto no hay nada.

«Y no es que me cueste ver lo que sea, que flipo con cualquier cosa, desde el escorpión acuático a esta mariposa —pasaba una por delante—. La veo y ya quiero saber quién es. Lo que más me motiva es ver.»

Cuando en la Reserva Natural de Moremi, en Botsuana, Marisol vio por primera vez a un impala, «decidí ser madre; quise que mis hijos pudieran ver algo así».

Si lo que ves es lo que recibes, hay un tiempo en el que lo recibes todo: la infancia. Un niño siempre ve más, porque su ojo es más joven y su interés también. Hay historias preciosas sobre niños que se educaron dirigiendo la mirada adonde el instinto les pedía y, al crecer, se hicieron especialistas en polillas, buscaron caracoles por el mundo o, como el periodista Jacinto Antón, dieron «paseos de salamandras». Jacinto ha escrito sobre su atracción hacia este anfibio de piel gomosa que hoy continúa cogiendo con la mano desnuda pese a que la piel del animal exuda alcaloides capaces de atacar el sistema nervioso y a la leyenda que asegura que es inmune al fuego. Jacinto pertenece a la liga de los que, atentos a la cúspide de la cadena trófica, también orientan sus sentidos hacia abajo, a lo rastrero y serpenteante, y por eso interiorizan como pocos eso que Edward O. Wilson denominó *biofilia*.

Durante uno de sus «paseos de salamandras», Jacinto encontró una hembra recién muerta y, al percibir que estaba embarazada, le practicó una cesárea de urgencia con una navaja suiza para salvar a las larvas. Tiempo después, un día que estaba leyendo a Wilson, una pregunta del biófilo le hizo recordar la cesárea: «¿Qué es lo que nos vincula tanto a los seres vivos?». Quizás una respuesta válida sea la infancia. Ese común período de despertar salvaje en el que somos aún muy maleables y reconocemos nuestro lugar en el mundo sin más lecciones que las que el propio mundo nos da, empezando por la primera: todos somos familia. Es el período en el que el halcón y el desmán nos fascinan por igual; igual el cielo y la cueva; el león y la abeja; y queremos saber más sobre cada uno de ellos. Rastrear, averiguar, investigar la naturaleza es lo que hace el niño al que, cuando crece manteniendo ese interés, llaman *naturalista*.

«El naturalista es un cazador civilizado —ha escrito Wilson—. Va solo por el campo, por un prado o por un bosque, y cierra la mente a todo salvo a ese momento concreto y ese lugar preciso, con el fin de que la vida alrededor impregne sus sentidos y los pequeños detalles

adquieran un significado mayor. […] Sabe que no sabe lo que va a suceder.»

Se entrega al destino incontrolable. A la llamada de la aventura perpetua. A que aparezca una cigüeña negra, un cachalote o un desmán donde no los esperaba. O un visón americano. Porque en Segovia se habían expandido, como en muchos otros puntos de España, confirmando el augurio que había hecho Wilson sobre cómo las especies invasoras estaban aumentando «de modo exponencial», colonizando espacios que quedaban inquietantemente desajustados.

En Italia, las especies invasoras habían aumentado un 96 por ciento en treinta años. El cangrejo americano estaba aniquilando a miles de ranas raras —y por eso aún más vulnerables— a las que también dañaba el *boom* del camalote, una invasora del reino vegetal, mientras en el delta del Ebro el mejillón cebra se extendía a la vez que el cangrejo azul se enseñoreaba del río y los canales apropiándose del lugar preeminente que durante siglos había ocupado la anguila.

Cada plaga tenía su historia. Desde las ratas que invadieron islas del Pacífico viajando en los barcos que venían de Europa a los visones americanos que lograron escapar de las granjas peleteras de, por ejemplo, Segovia, reproduciéndose en masa. La costa gallega ya era un feudo de este visón que colonizaba implacable la península, exterminando a su homónimo europeo, al que mataba o expulsaba de sus hábitats. Según los últimos datos, quedan unos quinientos visones europeos en la península. «La mayoría de la gente nunca ha visto un visón europeo», resumió un experto. «Es como un tesoro», metaforizó un vecino de Valsaín. «Lo propio de la vida es invadir», dijo, con equidistante realismo, Robert Barbault en su libro *El elefante en la cacharrería*, donde también indicaba que todos los animales terrestres que habitan las islas mediterráneas fueron introducidos en el Holoceno desde el continente. Se calcula que esas islas, las islas de mi cultura, no conservan hoy ninguna fauna anterior a ocho mil años.

El visón americano se había erigido como el carnívoro

invasor con más impacto en la fauna europea, afectando —o sea, matando, mermando— a más de cuarenta y siete especies. Entre ellas, varias ranas y el desmán. Cuentan que la dispersión de americanos en España tiene su origen en El Espinar, donde en 1958 abrió la primera granja nacional de visón americano. Cuentan que en algún momento hubo una fuga, que las autoridades se plantearon exterminar a los visones huidos, pero los ecologistas se opusieron y al cabo de pocos meses la plaga era incontrolable.

Existe un cierto ecologismo insano practicado por personas que conocen poco o a medias el campo y no parece que posean demasiada información sobre cómo actúan sus colegas en países como Australia, donde las plagas de todo tipo de animales estimularon la figura del ecologista exterminador: personas de convicciones ecologistas que entendieron que, en ocasiones, para equilibrar ecosistemas, debían liquidar invasores.

«Pero hay que matar a tiempo —indicó Marisol—. Y a todos. Tienes que arrasar con ellos porque si no, no sirve de nada.»

Es verdad. También lo es que varios ecologistas cuentan otra versión sobre cómo se extendió el visón americano. Según dicen, la apertura de la granja de El Espinar señaló una nueva vía de negocio que motivó la activación de otras explotaciones peleteras, algunas sin licencia y carentes de medidas de seguridad. Los visones se fugaban con frecuencia de esas granjas, de modo que, cuando ocurrió el accidente de El Espinar, ya hacía meses, quizás años, que se desplegaba en España.

En cualquier caso, Marisol continuaba teniendo razón:

—Hay que matar a tiempo. Y a todos. Tienes que arrasar con ellos porque si no, no sirve de nada.

Marisol lo dijo a las afueras de La Granja de San Ildefonso, en un área de barracas y huertos donde su amiga —y mi cicerone— Teresa Antolín hincaba la azada en la tierra antes de cultivar fresas. Teresa había invitado a unos amigos igual de naturalistas que ella a una barbacoa. La carne se asaba en una parrilla al aire libre a pocos metros

del huerto donde la anfitriona también preveía trasplantar matas de frambuesa.

La duda sobre hasta qué punto intervenir surgía cuando los invasores llevaban tanto tiempo instalados en un territorio que ellos mismos formaban parte de un nuevo equilibrio. En Valsaín, por ejemplo, se estaba comprobando que el visón invasor controlaba al cangrejo invasor, devorándolo. Emergía literalmente un nuevo mundo de colonos y resultaba casi onírico bordear el viejo río Eresma siguiendo los esbeltos pinos, a los pies de pequeñas lomas cubiertas de hayas y robledales, sabiendo que, entre tanta hermosura, nada era antiguo. El ganado había roto aquellos bosques y, cuando se quiso recuperar la vegetación de ribera, la opción fue replantar miles de árboles en el área por la que yo estaba caminando. No sumaban más de un siglo.

La trompa del desmán se acomodó a los bosques nuevos y aún limpios, pero cuando con el vertido de desparasitadores empezaron a faltar lombrices y todos esos insectos que le servían de alimento, el topillo prefirió, o se vio obligado, a esfumarse.

Un amigo de Teresa que trabajaba en asuntos medioambientales aseguró que, a principios del siglo XX, los desmanes se sacaban del río por docenas empleando mangas de extracción de plancton. Ahora ya no estaban. El sistema Central era un yermo de desmanes. En Guadarrama no se daba por extinguido, pero lo cierto es que tampoco se veían ejemplares. Entre las provincias más o menos cercanas, aún resistían poblaciones en Ávila y La Rioja.

Después de comer, Marisol se fue con Darta y yo me cité con Teresa para salir a caminar al día siguiente. Ella era mi cicerone en Valsaín. El día que llegué a Segovia, Teresa me recogió en la estación. Mi tren se había averiado, así que llegué con retraso y en autobús, pero si ella se mostró agitada fue porque acababa de atropellar a un perro. El animal saltó a la carretera en plena noche. Era de un vecino del pueblo. El perro apareció de repente, no le dio tiempo a frenar. El dueño también lo entendió así, pero

el hombre lloraba cuando se despidieron porque el perro había muerto. Teresa meneó la cabeza frunciendo los labios, dijo que el accidente llegaba en un momento duro. Su pareja, «el amor de mi vida», había fallecido meses antes, y desde entonces se notaba más vulnerable, asustadiza.

Conduciendo de noche se calmó. Hacía un frío seco de meseta, varios grados bajo cero. Teresa había estudiado Bellas Artes, aunque su inclinación naturalista la había llevado pronto a trabajar en el CENEAM (Centro Nacional de Educación Ambiental), cuya sede está en Valsaín, y ahí seguía desde hacía treinta años. Además, era secretaria de Ecologistas en Acción, pero no solía decirlo «porque los ecologistas tienen muy mala fama».

Gracias a ella, dispuse de una cabaña de madera crujiente con calefacción durante esos días. Cuando por la mañana busqué un sitio donde desayunar, a las nueve solo había abierto un restaurante al pie de la carretera que atravesaba el pueblo. Las paredes del interior estaban llenas de cuadros de toros y toreros, había un capote colgando, una reproducción de la Virgen de los Enamorados. Tres hombres, cada uno en una mesa, bebían *whisky* y coñac charlando sobre la postura que adoptan las gallinas al empollar sus huevos. La mascarilla anticovid de la veterana camarera lucía estampada la bandera de España.

Estábamos en pandemia, yo era el único forastero allí, en la calle no había rastro de gente, pero mi presencia no alteró lo más mínimo a los paisanos. Si, aparte de la camarera, alguien me miró, no me di cuenta. Supongo que los pueblos de cazadores y madereros vibran de una forma distinta, con leyes que difícilmente descifrará un extraño. Leyes que, en cualquier caso, disuadían a Teresa de divulgar su ecologismo. Aunque pudiera alegar que era de las que comían carne.

Por la tarde, ascendimos a las trincheras encima del pueblo. Montaña arriba, coronamos la cima donde se mantenía la fortificación que durante la Guerra Civil había defendido el ejército franquista. La altura dominaba varios

valles, y la cima de Peñalara nevada ponía la guinda a los compactos bosques de alrededor. El topillo nival aún habitaba allí.

A Teresa le gustaba recrear historias que le habían contado, mantener vivo el recuerdo de la gente que había luchado en los montes, por uno u otro motivo. Imaginar las sensaciones de dominar una plaza aislada en medio de la naturaleza virgen, cuando todavía lo era, escudriñando los bosques donde había seres que pretendían escapar o podían venir a por ti. Las metáforas de la guerra eran poderosamente animales. Y, entre ellas, se coló la vigente historia de Tomás, un vecino de Valsaín que sublimaba una rareza y un exotismo que le habían supuesto muchos años de pleitos con vecinos, alcaldes, policías.

«No tiene buena fama, pero nos llevamos bien —dijo Teresa—. Quizá sea el que mejor conoce todo esto. Se pasa el tiempo en el campo, sabe pescar con hilo. Es como un hombre salvaje. Deberías hablar con él.»

—He visto visones por Palacio, dos en arroyos y alguno muerto. Es que me muevo por casi todo el monte y, bueno, a veces veo cosas. Tejones, zorros, nutrias..., pero desmanes no.

Tomás tenía sesenta y un años, cincuenta y ocho de ellos vividos en Valsaín, donde de joven trabajó cortando pinos y vendiendo leña. Luego pasó cuatro años empleado en el aserradero, donde encastilló madera de siete y media de la mañana a tres de la tarde cobrando 74 000 pesetas. Un día hubo un incendio, la empresa se automatizó y poco después cerró.

Entonces, trabajó como soldador, albañil, jardinero, como transportista y, durante otros cuatro años, fue el empleado comodín de un aristócrata productor televisivo: igual hacía de chófer de actores que transportaba equipos para filmar o llevaba trajes al sastre. Durante ese tiempo, Tomás vivió en la casa del productor, que también era el apoderado de un torero.

Al final de esa época, tenía el poco dinero de siempre y optó a una vivienda oficial. La casa que le asignaron iba a determinar su destino.

—Hubo gente con dinero que no solo optó a vivienda oficial, sino que le dieron unas mansiones... —dijo—. Yo pasé de vivir en la casa sin vecinos de un señorito de Segovia a otra con un vecino a un lado, otro al otro, la carretera delante y una carpintería detrás. Ahí no se podía estar, así que decidí que iría a casa poco más que a dormir.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunté.

—Treinta y dos años.

Desde entonces salía todas las mañanas temprano con los perros y recogía todo lo comestible, desde berros a dientes de león, recolectaba setas, hierbas silvestres, «cosas para la ensalada». Tras décadas cuidando caballos se había quedado con alguno. Luego añadió unos cuantos más. Y ahora se encargaba de cuatro manadas que tenía dispersas por cuatro montes, en libertad. Esto le daba problemas legales.

—No entiendo por qué se ponen —los funcionarios de La Administración— de esa forma por tener unos cuantos caballos sueltos, si siempre hemos funcionado así. Los caballos saben dónde están, dónde no pueden entrar. Nunca cruzan la carretera. En invierno bajan y voy a verlos. Les llevo comida, saben que soy su dueño. Les doy voces y vienen. ¡Estrella!

Y Estrella, «la madre de todos», convocada con voz honda y fuerte, venía. Aunque Tomás abogaba por que los caballos pudieran moverse como siempre, los ganaderos a menudo denunciaban su presencia alegando que molestaban a los rebaños.

Por otra parte, Tomás denunciaba que ahora debía pagar cuarenta euros para que los caballos pastaran donde antes lo hacían sin cuotas. Y que las únicas subvenciones se destinaban al vacuno y a los grandes rebaños de ovino —«¿por qué no subvencionan a los caballos?»—. Por si fuera poco, a la hora de repartir los pastos, los subvencionados tenían prioridad. Es decir, que no recibir

ayudas estaba penalizado. A la protesta de Tomás se podían oponer muchos matices, pero se correspondía perfectamente con las muchas quejas que yo llevaba años recopilando y que describían un mapa de la agricultura y la ganadería españolas marcado por malsanas dependencias económicas que permitían que un mínimo número de empresarios, en connivencia con periodistas y altos cargos de La Administración, sometieran a miles o millones de trabajadores a condiciones demasiado injustas que perpetuaban relaciones de aire feudal. Y si alguien pretendía sacudirse el control, lo más normal era que lo pagara caro. Desde la loma de las trincheras, Tomás señaló con el dedo los montes donde campaban sus caballos. Vestía un pantalón gris que podía ser un chándal o un pijama salpicado con manchas de tierra y, según cómo se doblara la tela, le marcaba los genitales. Su rostro despedía la enérgica luz sonrosada de los que viven a la intemperie y, como era barbilampiño y fuerte, aparentaba una juventud que desmentían sus dedos, enormes y ennegrecidos por la leña, el fuego y las resinas.

Tomás entendía los intereses de los demás, pero le costaba digerirlos. De niño había ido a buscar zorzales, piquituertos, mirlos y herrerillos con reclamos y ballestas, y por eso sabía que en primavera muchos pájaros cambian el canto. También conocía de primera mano cómo actuaba La Administración en ciertos casos, porque su padre trabajó como guarda forestal y acompañaba a ministros de Franco para engancharles la lombriz en el anzuelo después de guiarlos hasta arroyos saturados de truchas. De modo que tampoco le pareció tan extraño que un día aparecieran dos *quads*, capturaran a dieciocho de sus cincuenta caballos, se los llevaran al encerradero de La Panera y, al cabo de unos días en los que «dejaron morir a tres o cuatro», pusieran el resto a subasta para que los comprara un empresario gallego que había venido expresamente a por ellos. El comprador pagó 35 euros por cabeza. Todo constó como legal.

Tomás contó otras historias así mirando a los montes

de enfrente en un tono monocorde que a veces truncaba sonriendo con ironía desganada. El aire olía a pino y roca húmeda, el suelo rezumaba la escarcha de la noche derretida por el sol. Sonó su teléfono móvil. Mantuvo una conversación breve.

—El abogado —dijo al colgar—. Me quieren sancionar porque hay un caballo mío sin chip. Voy a tener que irme.

—No pareces nervioso.

—Tengo muchas sanciones ya. Forma parte del día a día.

—¿Y no te enfadas?

Se encogió de hombros.

—Estar fuera del sistema trae problemas por todos lados. Si entiendes eso, ya está. No te lo van a poner fácil. Solo hay que saber que en el sitio donde estás pasan cosas así.

Descendimos la ladera sorteando charcos, a veces sin suerte. Tras indicarme la ruta para llegar a La Granja de San Ildefonso siguiendo el río, se fue.

Más tarde me llegaron más historias y rumores sobre él. Segundo de once hermanos, su madre se había suicidado en el Quitapesares, el psiquiátrico local. Uno de sus perros había matado al de un vecino, aumentando la inquina de varios residentes. Se murmuraba que, en los peores tiempos, Tomás había pasado droga, además de juntarse con individuos extraños, y que tras hospedar a un musulmán implicado en asuntos turbios, alguien dio su nombre a la policía, que una noche lo detuvo como cómplice de yihadistas. Fue a la cárcel. Nadie aportó pruebas. Su exmujer, con la que no se llevaba especialmente bien, se personó ante los agentes para preguntar si estaban locos, afirmando que su ex podía ser muchas cosas pero terrorista no, y lo devolvieron al monte.

A Marisol le molestaba que Tomás tuviera suelto a un semental sin chip. Teresa afirmaba que las leyes son necesarias, pero que los márgenes existen por algo, que las excepciones son capaces de ampliar nuestro punto de vista, la tolerancia hacia lo irregular, y que, si hubiera más gente

como Tomás, la montaña estaría más sana y las cosas funcionarían mejor.

Sin embargo, Tomás era uno. Uno. Ese tipo de personas en extinción de las que apenas se habla o que cuando se mientan es para denostarlas. Su caso recordaba bastante al del desmán, uno de los mamíferos más amenazados y al que se han dedicado menos artículos científicos... y de cualquier tipo, en realidad. En el *ranking* de artículos sobre animales, estaba por delante del murciélago ratonero, empataba con el nóctulo común y quedaba detrás del murciélago ratonero grande. Por debajo de ellos solo figuraban el murciélago orejudo canario y la musaraña del mismo archipiélago. Pese a ser un endemismo y un fósil viviente que, como el lince, el lobo o el águila, ostentaba el apellido «ibérico», la mayoría de españoles, andorranos y portugueses ignoraba la existencia del desmán, en una clara demostración de que si la imagen no lo es todo, es mucho, y la de un topillo trompudo y rabilargo no seduce ni al más patriota.

Y está bien.

Porque los feos y los apartados tienen más posibilidades de ser salvajes. Lo rastrero y lo aéreo, también. Eludir la simple vista es el grial del superviviente. En estado salvaje, la invisibilidad supone vivir más. «La invisibilidad siempre ha sido la mejor forma de ponerse a cubierto. […] A veces es mejor quedarse impasible y pasar desapercibido que ir por ahí blandiendo tu espíritu», escribió Annie Dillard, incansablemente atenta tanto a las posibilidades de lo invisible como a las del no ver: le interesaba muchísimo el arte producido por ciegos. Cuando accedes al reino de quien percibe distinto, se desactivan las frases hechas y, por ejemplo en este caso, el punto de vista deja de tener sentido. La pintura de un ciego obliga a repensar lugares comunes como el del *punto de vista* e incita a llevar la frase a un sustrato más auténtico, convirtiéndola, por ejemplo, en el *punto de intuición*.

La propia vista tiene sus tics, sus apegos. Yo, hace tiempo, cuando paseaba al aire libre, normalmente veía águilas, buitres, urracas, la vista se me iba arriba. Pero con

el tiempo fui cambiando de intereses y percibí que con un simple giro de cuello podía acceder a escorpiones y culebras. Cambia el ángulo, mira al suelo. También te puedes arrodillar, y entonces entrarás en el reino de otros sentidos, porque fíjate en que en general conocemos la naturaleza de vista, sin profundizar mucho más. Somos millones los que deberíamos reeducar los sentidos para experimentar la vida en muchas más dimensiones. Apreciar la naturaleza abre a lo plural, empezando por la de uno mismo. Aguzando el olfato, el tacto, el oído, incluso el gusto, la vista también mejora, así que se puede descubrir que los tentáculos del caracol son su única parte sin baba, y que por ellos huele; o que en la sierra de Guadarrama, además de vacas avileñas-negras, charolesas y limusinas pastando, y de ardillas que se calientan con las descargas del tendido eléctrico, todavía hay desmanes que adoran las cascadas y las pequeñas charcas donde anidan los insectos, porque como el topillo tiene una vista precaria y no es muy hábil cazando, necesita sitios donde se concentren las larvas y las presas que le resulte sencillo comer. Luego, intentará no ser zampado por nutrias, lucios, cigüeñas o garzas reales, además de esquivar a oportunistas itinerantes como el cárabo o la lechuza.

Paseando junto al Eresma, encontré cascadas perfectas para el desmán. El agua fluía con ímpetu, aparentemente limpia y sin interrupciones, flanqueada por una emergente vegetación ribereña que incluía un bosquete de ocho pinos altos como alminares cuyas copas acolchaban los rayos de un radiante sol de invierno. El desmán teme a la luz, aparte de a sus depredadores. ¿Cómo serán sus pesadillas? ¿Estarán saturadas de una luminosidad deslumbrante? ¿Las tendrá? Dicen que para evitar pesadillas hay que comer zanahorias silvestres o los estambres negros de las peonías macho. Suponiendo que esta solución funcione para los humanos, ¿lo hace para un topillo? ¿Para un zorro? ¿Y para una abeja? ¿Las abejas sueñan?

Una pesadilla compartida por muchos de los que aquí estamos son las tormentas. El miedo ancestral a algo que

nos supera sin remedio impele a buscar refugio y, si puede ser, compañía. Por eso es importante saber que, aunque no lo veas, siempre hay alguien cerca. Desde hace años, cuando aprieta la tormenta, arañas, garduñas, urogallos, desmanes, Marisol, Tomás o yo esperamos en familia a que amainen lluvia, viento, granizo, nieve. Sin vernos, sabemos que los demás están. Sabemos que no vernos es natural, porque «la naturaleza tiene la costumbre de esconderse». Lo dijo, de nuevo, Heráclito. Un antiguo que aún fulgura muy ajeno al *brillibrilli*. Resplandece con la infalible luz de los siglos.

De modo que, si te comportas con naturalidad, es posible que nadie te vea. Como en los lugares más limpios todos suelen comportarse «normal», hay quien dice que están llenos de misterio. Los arroyos, los estanques, las cascadas del desmán son lugares tan misteriosos que es donde la mitología pirenaica ubica a las *goges*, preciosas mujeres de agua que habitan en palacios sumergidos. A estas hadas acuáticas, conocidas como *ninfas* en la tradición grecorromana, en Asturias las llaman *xanes*.

A muchas personas que se comportan «normal» las llaman *naturalistas*, *medioambientalistas*, *ecologistas*, cosas así aunque, como resume Marisol, ser ecologista no significa nada más que hacer las cosas bien. Y lamenta que estos cada vez sean menos.

«Me da rabia defender a todas las especies menos a la mía —dijo la profesional—. Pero es que los humanos hacemos cada cosa...»

Da igual, Marisol, siempre hay alguien que merece tu defensa, y al defender a uno defiendes a los demás. Procuremos transmitir las potencias de los que saben que hay otra emoción a la vuelta del crepúsculo, y que sea sin hacer ruido, pero con constancia.

Comportándote de manera natural, un día alguien dirá que no estás, y sabrás que no es cierto. Y te sentirás bien por vivir indetectable poniendo en jaque a quien te busca, por haber aprendido a ser desmán.

Dale la vuelta a la historia. Siempre nos han dicho que la clave no está en la pregunta sino en la respuesta que tú des. Pudiendo estar de acuerdo, atravesamos un momento en el que habría que poner toda la imaginación en el asador para cambiar cuantas más inercias mejor, así que por qué no apostar por preguntas distintas y plantearnos, por ejemplo, ¿quién no está ahí?

08

Murciélago

Asco, veneno, feo, terror, sangre, virus. Son palabras que salen cuando hablan de mí. Últimamente la preferida es *virus*. Muchos dicen que el último caos fue cosa nuestra, pero Eldesiempre que se arrastra delante del Flaco está murmurando que nosotros tenemos poco que ver. Los dos jadean con la boca a centímetros de las piedras. Vuelvo volando con los míos, seguro que ese par nos busca.

Se nota que el Flaco no está acostumbrado a escurrirse entre rocas, su casco no deja de sonar. Clonc. Clonc. Eldesiempre casi nunca se choca. Aquí se escucha todo. Los que se meten en las cuevas suelen hablar bien de nosotros. No querrán enfadarnos, por si acaso. Los hombres se ponen de pie al llegar a la galería. Eldesiempre habla de la cantidad de dinero que ahorramos a los agricultores de la chufa y el arroz. Dice que estamos de moda, para lo bueno y para lo malo. Desde luego. Solo hay que ver la cantidad de cajas nido que nos han puesto en la Albufera.

—He oído algo —dice Eldesiempre. Levanta la cabeza con el ojo de luz y siento el calor de su foco. Dos compañeros salen volando, varios de los de alrededor se agitan, aunque mantenemos el bloque. Somos un racimo colgando sobre sus cabezas.

—¿Duermen? —pregunta el Flaco.

—Hibernan. Pero saben que estamos aquí.

También sabemos que ahora nos mirarán en silencio un rato. Quizás el Flaco murmure lo extraordinario o emocionante que es estar tantos metros bajo tierra, lo apiñados que se nos ve. No tardarán en marcharse, porque nunca tardan.

—Es impresionante —dice el Flaco.

—Serán unos cien —dice Eldesiempre—. Ya pensaba que no los íbamos a encontrar. A estas alturas del año a veces no queda ninguno. Hemos bajado mucho. Hemos tenido suerte.

Tras arrastrarnos por cuatro galerías subterráneas, la linterna frontal de Vicent alumbró a un centenar de murciélagos apiñados en lo alto de la cueva. Colgaban boca abajo sostenidos en finísimos salientes por la punta de las garras. Permanecieron quietos. Alguna cabecita se movía de vez en cuando, los cuerpos basculaban suaves. Uno echó a volar cortando el haz de luz. La temperatura de la cueva resultaba ideal para despedir el invierno. En pocas semanas, Vicent y sus colegas se apostarían con cámaras y detectores de ultrasonidos en la grieta que daba entrada a la cueva y contarían el número de mamíferos que salían volando hacia la primavera. El último año habían contado dos mil desfilando en perfecto orden, cada uno con los de su especie, respetando secretas jerarquías.

Vicent no quería perturbar a las madres, así que enseguida volvimos a pegar estómago y nariz al guano para retroceder por el laberinto de rocas. Las deyecciones húmedas tapizaban las galerías cargando el aire de un olor ácido. Salimos con las manos pringosas, pero en la superficie se secaron enseguida. La sierra Calderona continuaba envuelta en la niebla cerrada que nos había acompañado desde las afueras de Valencia.

Había viajado a la ciudad que presentaba al murciélago como su símbolo capital, incluyéndolo hasta en el escudo del municipio, y por eso también en el escudo del club de fútbol local o en las tapas del alcantarillado. No es que fuera invisible, todo lo contrario, pero alguien había explicado que su presencia se constreñía a la imagen, porque, cuando preguntabas por el animal, casi nadie sabía nada sobre él. El murciélago era un lugar común valenciano equivalente al tigre blanco en Corea: un emblema resultón rodeado de vacío que servía para estampar gorras, camisetas o bufandas por la relativa espectacularidad que desprendía, sin más.

De todas formas, su icónica omnipresencia había calado en la gente, y ahora que la figura del murciélago se había convertido en un sinónimo de amenaza mucho mayor que la del arquetípico vampiro, los valencianos

atemperaban los ánimos asegurando que tampoco había que demonizar a un mamífero en el que, de algún incierto modo, se proyectaban.

En el 2020, un coronavirus aparecido en la ciudad china de Wuhan pasó de un animal a un ser humano, iniciando una serie de contagios que derivó en pandemia. Al menos, esa es la versión más extendida. Como el virus resultaba letal para un elevado porcentaje de personas, desestabilizó perturbadoramente a un mundo tan científico y confiado en sus sofisticadas estructuras que carecía de protocolos para reaccionar.

Los seres humanos no estaban dispuestos a asumir demasiada responsabilidad sobre lo ocurrido, así que, en la búsqueda de culpables, encontraron al murciélago. También se habló del pangolín, pero la estética del murciélago y su historial como transmisor de virus resultaban más propicios para la propaganda. Era un bicho fácil de culpar y temer, de modo que numerosos especialistas y medios de comunicación sentenciaron que nos había inoculado el virus. Ya teníamos al culpable.

No se puede ser tan feo. Tener esa cara de malvado. Bram Stoker y Bela Lugosi anclaron a Drácula como insignia maligno-sensual y lo perfilaron como un ser fascinante, invistiendo de un hipnótico erotismo sus mordiscos hacia la eternidad. El momento detestable llegaba cuando el conde se transformaba en murciélago. Ahí, la mayoría de lectores o espectadores, perdían la empatía conseguida hasta entonces y, al reconocer que al fin y al cabo el elegante aristócrata no era más que un espantoso animal, se apoderaba de ellos el miedo atávico a los seres de la noche y rogaban por que apareciera de inmediato una ristra de ajos, una estaca en condiciones o el sol del alba.

Fabuladores, novelistas, cuentacuentos construyen mitos estupendos que, en situaciones críticas, vale la pena atemperar con ciertas dosis de realidad científica: solo tres especies de murciélagos beben sangre, y se encuentran en la América tropical. Es cierto que hay casos de caballos

mexicanos atormentados por sus colmillos, que existen lugares donde se debe vacunar al ganado y otros donde untan un palo con el veneno llamado *vampirol* y lo restriegan por la espalda de un murciélago para que sus compañeros lo laman y mueran. Pero son episodios bastante excepcionales, porque lo habitual es que los quirópteros convivan en paz con sus vecinos. De hecho, se les describe como muy sociables.

El mayor peligro de su mordedura es que transmita la rabia, y por eso los veterinarios, biólogos o zoólogos que trabajan a menudo con ellos se vacunan contra la enfermedad. Pero el riesgo es bajo. Carles Flaquer, al que muchos colegas reconocen como el mayor experto en murciélagos de España, asegura que nunca ha enfermado a causa de un murciélago, y que de hecho no muerden, no más que cualquier otro animal al que empezaras a sobar y, para marcar el terreno, te soltara una dentellada de intimidación.

En los últimos años, el murciélago real se estaba desembarazando de su imagen asociada a Drácula y a la rabia, y empezaba a ser visto cada vez con mayor simpatía gracias al esfuerzo de personas que trabajaban por aproximar su figura a la sociedad. En Austin, por ejemplo, se concentraban dos millones de murciélagos al año y, con la llegada del buen tiempo, miles de personas se reunían frente a sus cuevas al crepúsculo para presenciar el impresionante fenómeno de verlos salir a cenar. Lo mismo ocurría en la cavidad de Bracken Cave, en San Antonio (también en Texas), donde quince millones de hembras, la concentración de mamíferos más grande del planeta, se congregaban para criar.

El turismo de murciélagos había comenzado a dejar grandes sumas de dinero hasta que el coronavirus truncó la tendencia devolviendo al murciélago al rincón del estigma. Incluso se habló de exterminarlos al estilo maoísta. En 1958, Mao decidió erradicar algunas de las enfermedades que diezmaban a China desde hacía siglos. Sus expertos identificaron no solo las enfermedades sino los vectores de

transmisión de plagas, que eran, según ellos, los mosquitos (responsables de la malaria), los ratones (peste), las moscas (de todo un poco) y los gorriones que, al comerse la fruta y el arroz, dejaban a millones de chinos famélicos. En el 2020, el murciélago habría entrado en la lista negra maoísta.

La coincidencia en todos los casos de plagas y pandemias era la tendencia general a obviar o minimizar el factor humano. Cuando la COVID se desencadenó, muy pocos atendieron a que los murciélagos que habían vivido a lo largo de milenios bosque adentro y montaña arriba hubieran padecido sucesivas deforestaciones que los habían obligado a aproximar los límites de sus guaridas a las comunidades humanas. Ni a que el consumo ritual de carne de murciélago en algunas zonas de Asia se había desbocado debido a la superpoblación. La gastronomía quiróptera señalaba a las alas como la parte más suculenta, y en la isla de Célebes gustaban tanto que, según decían, ya no quedaban animales al sur de esa región. De todas formas, el exterminio los había persuadido de que la ausencia del animal no salía rentable, y lo mismo empezaban a concluir en muchas otras regiones donde estos animales estaban de capa caída. ¿La razón?

Solo en Tailandia, el control de mosquitos y plagas que ejercían los murciélagos garantizaba comida para 26 000 personas, mientras que en Estados Unidos calculaban que su acción reguladora ahorraba 23 000 millones de dólares anuales al país. Para salvar el agave, y por lo tanto el tequila, México había puesto cajas-nido en los cultivos, y multitud de bodegas recurrían a ellas para proteger las cepas de la polilla de la vid. En España, los arroceros del delta del Ebro y la Albufera habían hallado en el mamífero a un colaborador formidable, los cultivadores de chufa también, y eran los propios agricultores quienes pedían cajas-nido en sus parcelas. En el delta, las 70 cajas distribuidas en el 2000 habían aumentado a 3500 en el 2006. Se calcula que con cuarenta murciélagos por hectárea se podría prescindir por completo de pesticidas en la lucha

contra el barrenador del arroz.

«Es socio del hombre», solía decir Flaquer, que promovía *les nits dels ratpenats* (las noches de los murciélagos), dispuesto a divulgar lo que para él resultaba una cristalina evidencia.

«De todas formas —apuntaba—, costará que la gente lo acepte como a una mariposa..., aunque la mariposa sea la que les destroza el arrozal.»

Algunas ciudades estaban incorporando puntos *bat friendly* (amigos de los murciélagos) en la señalética urbana, y cuando llegué a Valencia, Vicent Sancho me facilitó un mapa con los emplazamientos donde podía encontrar murciélagos en la capital che. Lo estrené caminando hasta un parque en las postrimerías urbanas donde coincidían una fuente, mesas de *ping-pong*, niños jugando, abuelos sentados en bancos. Menudeaban los árboles, y en uno de ellos, que sombreaba una tienda de golosinas, aparecieron al caer el día varios ejemplares de pipistrella, el murciélago común. Respondiendo a su denominación, el 95 por ciento de los murciélagos valencianos pertenecían a esa especie.

Varios de ellos revoloteaban en torno a los árboles, uno se coló por el agujero de una pared ruinosa. Los pipistrellas eran cada vez más urbanos y, en las zonas verdes y las construcciones agrietadas o con fisuras cercanas a ríos, encontraban dormideros idóneos.

«Valencia es un dormitorio potencial porque está llena de arquitectura histórica», había dicho Flaquer.

Hay tres tipos de murciélagos: fisurícolas, cavernícolas y forestales. Como sugieren los nombres, ninguno hace nido, se adaptan a lo que hay. Los de ciudad pertenecen al primer grupo. Su envergadura de no más de cinco centímetros los ayuda a acoplarse dentro de casi cualquier rendija. En el parque, media docena me sobrevolaba con vertiginosos zigzagueos, agitando rapidísimo las alas que, extendidas, podían alcanzar los veinticinco centímetros. Nadie parecía reparar en ellos ni en sus gérmenes.

«Es cierto que tienen muchos virus, su sistema inmune los hace convivir con ellos, pero por eso se han

autorregulado y han conseguido evolucionar tan bien.»

Desde hacía setenta millones de años, alrededor de 1400 especies de murciélagos facilitaban la circulación de unos tres mil coronavirus por el planeta Tierra. El SARS-CoV-2 había sido transmitido a los humanos a través de un animal impreciso, aunque se deducía que fue un murciélago de herradura el que lo contagió a una civeta que, al ser ingerida por una persona, introdujo el mal en nuestra especie. El virus evolucionaba más rápido que la mayoría de los transmitidos a personas, demostrando sus cualidades modernas, adaptado a la extravelocidad de los tiempos. Durante la fiebre del murciélago en el 2020, virólogos de todo el mundo buscaron analizar aún más a fondo a estos mamíferos y algunos especialistas visitaron las colonias que estudiaba Flaquer.

«Los virólogos ven virus por todas partes y luego te vienen con unas paranoias... Cuando entran en las cuevas se visten como si fueran a una guerra bacteriológica... y yo igual estoy a su lado con chancletas.»

Como la hipérbole en la que vivimos descontextualiza y acelera todo, incitando a precipitar soluciones, hubo quien pidió exterminar a los murciélagos. Hacía tiempo que en Brasil lo estaban intentando: «Se aniquilan sistemáticamente con explosivos las colonias de murciélagos vampiro —ha escrito Andreas Malm en su estupendo *El murciélago y el capital*—. Sin embargo, todos los casos de exterminio investigados han tenido un resultado opuesto al que se pretendía: esa multitud de patógenos se ha diseminado aún más. Acabar con los murciélagos solo sería otra forma de perder biodiversidad, habida cuenta de que realizan una función esencial a la hora de polinizar plantas, diseminar sus semillas y tener las plagas de insectos a raya. Hasta ahora, sin embargo, el deseo de vengar la pandemia es una amenaza insignificante. Lo que tenemos que hacer es analizar la deforestación».

Los problemas ecosistémicos de hoy tienen orígenes que se deben identificar con equilibrio y justicia si deseamos arreglar algo. Sin memoria no hay lección

sostenible que valga, así que, miremos atrás. En el 2011, la OMS calculaba que el calentamiento global mataba a 150 000 personas al año, mientras no dejaba de extraerse gas, petróleo, minerales, y se continuaban talando árboles, esparciendo pesticidas, insecticidas..., veneno, en fin. En el 2019, veintidós millones de personas se vieron desplazadas de sus hogares por fenómenos meteorológicos. Y, en conjunto, el planeta siguió perdiendo biodiversidad a marchas forzadas, ajeno a la básica ecuación que dice: a mayor diversidad, menor riesgo de transmisión zoonótica. O, dicho de otra manera, la convivencia con un mayor número de seres vivos permite enfermar, y por lo tanto morir, menos.

Dicen: el murciélago original vino de Wuhan. Bueno. Una cuarta parte de los murciélagos del mundo habitan el sureste asiático —Wuhan se sitúa un poco más al norte, pero comparte el frenesí quiróptero y de construcción inmobiliaria meridional—, donde motosierras y buldóceres han acabado con innumerables selvas. Esto ha obligado a los murciélagos a volar por las llanuras que separan unos bosques cada vez más aislados, generándoles estrés, debilitando sus resistencias y empujándoles a lugares que nunca habían frecuentado, como los enclaves humanos. ¿Conclusión? Un coronavirus global. Resultado de olvidar que cada animal necesita su espacio.

Rachel Carson y Robert Barbault han subrayado cómo el DDT eliminó la esperanza de acabar con el paludismo produciendo insectos cada vez más resistentes, porque basta que el 0,1 por ciento sobreviva —que siempre lo hace— a las fumigaciones para que la nueva oleada esté formada por animales inmunes a los viejos venenos y antibióticos. El único modo de combatir a los virus y las plagas de manera perdurable es favorecer a los animales o plantas que sometan a los agresores de manera natural. Y colaborar con ellos.

«Las abejas siempre te van a llevar a algún sitio», me había dicho Samuel Ramal, un apicultor cuya profesión fue carpintero hasta que sufrió un accidente de tráfico que le

dejó maltrecha una pierna. El dolor y la cojera lo abocaron a la depresión. Pensó varias veces en el suicidio, estuvo a punto de separarse de su mujer. Un día alguien le habló de las propiedades de las abejas. A base de propóleo, miel y punciones de veneno de abeja, Samuel empezó a recuperarse a una velocidad inusitada. Mejoró. Se puso bien. Fabricó dos casitas cuyas fachadas remedaban la entrada de un panal, se hizo con una pequeña parcela donde colocó ochenta colmenas y empezó a producir su propia miel y propóleo, a practicar punciones curativas y a ofrecer inhalaciones de aire de colmena —con una máscara conectada por un tubo al interior de un panal lleno de miel —, además de sesiones en la sauna de abejas. Esta terapia consiste en tumbarte en silencio sobre un panal lleno de insectos del que te separa un fino tablón. Durante un buen rato, las notas vibrar a centímetros emitiendo sus sustancias al aire. Samuel también inoculaba veneno de abeja para curar trastornos reumáticos, musculares, inflamaciones… Los efectos los pudo comprobar mi hermana, a la que las punciones diluyeron un eterno dolor lumbar. Un centro de alto rendimiento deportivo estudió la evolución de un grupo de atletas que siguieron los consumos de propóleo señalados por el apicultor, y observaron mejoras sustanciales en todos.

«Después de los resultados pregunté si iban a mantener el estudio o si lo iban a hacer público —me dijo Samuel un día que me apliqué la máscara para respirar aire de sus colmenas—. Respondieron que no. La investigación se había hecho con mi dinero y yo no podía continuar financiándola, así que... Entonces, un día se me planta aquí una gente de La Administración, con algún alto cargo. Probaron el aire de colmena, la sauna… Me dijeron que lo que hacía estaba muy bien, pero que si quería mantener el negocio abierto lo presentara como un centro de relax, que no mencionara la palabra *salud* porque entonces iba a tener problemas. Así que yo no tengo pacientes, tengo usuarios.»

El *boom* de las terapias alternativas es una consecuencia lógica de quienes buscan ranuras saludables

más allá del conglomerado farmacéutico. Alternativo puede serlo cualquiera, de modo que esa etiqueta la frecuenta mucho insensato locuaz, pero también y sobre todo abundan las personas que conocen las propiedades del tomillo, la ortiga o la árnica y comparten su saber con quienes desean sondear soluciones que no sean de bata blanca e institución. No es sencillo. Robert Barbault indicó que, frente a las cinco mil plantas contempladas por la farmacopea tradicional china, la industria farmacéutica ha aceptado mil, si bien solo ha aprobado ochenta y dos.

Apoyarse en la abeja y el murciélago, como los antiguos humanos lo habían hecho en el lobo, forma parte de lo que Barbault ha denominado *el altruismo recíproco entre especies*, también representado por el picabueyes, que espulga a toros, vacas o caballos; los *Labroides dimidiatus*, esos estilizados pececillos que los tiburones dejan entrar en sus bocas para que las limpien de parásitos; o las hormigas pastoras, que crían rebaños de pulgones a cambio de secreciones azucaradas.

Para descubrir y apreciar el valor de estas alianzas y así impulsar lo que los pensadores actuales plantean como el gran reto del siglo XXI —la ecología de la reconciliación —, habría que saber más sobre los salvajes que nos rodean. Conocer sus orígenes, y los de las historias que nos vinculan.

La de Valencia y el murciélago tiene que ver con la guerra. Una noche en la que las tropas de Jaime I de Aragón habían acampado en el barrio de Ruzafa, mientras los soldados dormían, un murciélago cayó del cielo sobre la tienda del rey y provocó un estrépito de armas y armaduras. Jaime I se despertó a tiempo de percatarse de que los musulmanes estaban a punto de atacar su posición. Espabiló a su ejército y se libró de la derrota. Cuenta la leyenda que el rey incluyó al murciélago en el escudo para agradecerle el aviso decisivo.

También hay quien señala a Pedro IV de Aragón como instigador del escudo. Parece que el animal elegido fue el dragón, pero los dibujantes y escultores lo representaron

tan incierto que, entre el paso del tiempo y la influencia de la leyenda de Jaime I, derivó en murciélago. Sea como sea, cuando preguntas a un valenciano por el origen de su escudo, suele preferir la leyenda del murciélago que se estrelló en la tienda.

Cuando acudí al lugar donde dicen que ocurrió la historia, muy cerca del Ayuntamiento, encontré la sede de un Banco de Santander, la coctelería Dodo y un restaurante indio. Lo del Dodo parecía un guiño a los recuerdos esfumados. Cuando me personé en las oficinas del Valencia Club de Fútbol para preguntar por la significación del mamífero en la entidad, me dijeron que responderían por *email* a cualquier consulta y, una vez les hube escrito, me dieron largas durante meses, sin responder jamás.

Para los mayas, el Camazotz es el dios murciélago que bajó del cielo para asesinar a los primeros hombres hechos de madera. Y en Chiapas y en el valle de Toluca hay sendos pueblos donde aún rinden culto a ese ser con cuerpo de hombre y cabeza de murciélago, una especie de Batman descarriado del año 100 antes de Cristo. En otros países veneran al animal porque, dicen, tiene una visión tan excelente que puede ver el futuro.

Las facetas de asesino y adivino estaban arraigadas en aquellos imaginarios, pero el papel de guardián del rey en Valencia sonaba demasiado frágil y, como a pie de calle lo único que encontré fue a un tatuador que básicamente asociaba el murciélago a los aficionados ches que se lo grababan por amor al club y a los extranjeros, «sobre todo italianos», que deseaban llevarse un recuerdo de la ciudad, intenté contactar con la asociación Lo Rat Penat (El Murciélago) yendo a su sede física —cerrada— y llamando entre veinte y treinta veces por teléfono. Siempre saltaba el contestador con la melodía de *Forever young*, el temazo interpretado por Alphaville del que cuesta aburrirse, como si la canción se hubiera apropiado del sentido de su letra y pudiera eternizarse. *Forever young*. Como Drácula y los vampiros. Siempre joven.

Quienes sí habían empezado a pensar a fondo en ellos

eran los arquitectos y diseñadores urbanos, que construían módulos de hormigón para refugio de murciélagos y vencejos, al igual que desde hacía unos años adaptaban tejas a la medida del cernícalo primilla. Acciones que mostraban cómo se iba tomando conciencia de la necesidad de facilitar la vida a los animales en la ciudad después de que, por ejemplo, hubieran encontrado una colonia de murciélago rabudo en un macetero metálico de donde no podían salir.

Los veterinarios trataban a algunos animales de fracturas y desgarrones al quedar atrapados en rendijas, grietas, o de hallarlos encajados en extractores de aire, tubos, cañerías..., aunque eso no ocurría con frecuencia, eran peajes más bien nimios teniendo en cuenta que las farolas, los semáforos y los neones convocaban cada noche a millones de insectos alrededor, así que cuando los murciélagos buscaban la cena, encontraban la mesa puesta.

—Los de ciudad suelen comer en la ciudad —resumió Vicent—, pero algunos más grandes se van a las huertas.

En los crespúsculos de primavera, bandadas de murciélagos cruzaban el cielo recortándose en las tinieblas con una hermosura exótica que algunos empezaban a descubrir.

—No me gustaban los murciélagos —dijo el biólogo Paco Cervera liando picadura de tabaco en el Centro de Recuperación de Fauna La Granja de El Saler, en la Albufera—, y creo que tiene que ver con que cada vez he ido conectando más con los insectos. Fue un poco de repente, pensando en la pérdida de biodiversidad, en la disminución de especies. Me dio por bajar la cabeza y empecé a ver animales fundamentales de los que nadie hablaba. Y, por ejemplo, me di cuenta de que, entre las veinte mil especies de abejas que hay en el mundo, cuando pensaba en abejas solo imaginaba a la melífera. Así que yo estoy muy del lado de los insectos, y el murciélago no es precisamente su amigo. Pero un día que estábamos anillando murciélagos forestales, un orejudo dorado echó a volar. No sé cómo lo vi, aprecié el color de otra manera, y

la forma, no sé. El caso es que me pareció precioso, volando con las orejas tiesas, las alas bien extendidas, despacio. Me maravilló. El murciélago dorado es bastante más grande que otras especies y muy esquivo, deben juntarse muchas cosas para verlo volar..., y ese día se juntaron.

Hay instantes que cambian percepciones. Mientras reptábamos bajo tierra, Vicent habló de uno que lo marcó a él. Yo le acababa de preguntar si no tenía miedo cuando entraba en las cuevas.

—Nunca voy solo —respondió—. Pero, bueno, tuve una mala experiencia en una cueva de Menorca. Fue en invierno. Bajamos por una galería tres metros en vertical hasta otra transversal que estaba entre dos estalactitas. Había que arrastrarse y pasar por el medio. Tumbados y de lado. Encima teníamos una especie de plancha de roca tan estrecha que para pasar debías inspirar, empujarte fuerte y soltar el aire. Pero al ir a salir me quedé enganchado en el laminador. No había forma de pasar. Estuve intentándolo mucho tiempo, no recuerdo cuánto porque empecé a ponerme nervioso, a creer que no podría salir. Al final, me desatasqué. Cuando hubo que regresar deshaciendo el camino, decidí colocarme al revés, o sea que avancé con las piernas por delante, y pasé. Pero cuando tuve que volver otro día..., lo que es la cabeza humana…, cuando me encontré de nuevo delante del laminador donde me había atascado, me dio un ataque de ansiedad. Me quité el casco y me quedé allí tumbado con el corazón a tope. No podía moverme. Pensé: me dará algo si no hago lo que sea. Lo que sea. Encogí el estómago y me acoplé al laminador. Pasé al otro lado. Nunca antes ni después he tenido un ataque de pánico. Pero ese día...

Vicent creció en un mercado, ayudando a sus padres en la charcutería. Un trabajador del mercado tenía un terrario en casa y de vez en cuando invitaba al chico a visitarlo. Al percibir la pasión del chaval, el hombre se lo empezó a llevar a cazar lagartijas. ¿Consecuencias? Cuando acabó la carrera universitaria, Vicent montó un grupo naturalista. Al principio le atraía ver animalitos, y sobre todo coincidía

con ornitólogos, pero conforme aumentaba el número de personas en el grupo, más se enrarecía el ambiente. Percibió que los interesados en aves carroñeras actuaban como una mafia, que menudeaban los cetreros ladrones de huesos y, si bien muchos colegas lo sabían, nunca nadie denunció nada. Como no le gustó la deriva, se orientó hacia los reptiles, y disfrutó de coincidir con gente de disciplinas diversas.

Igual que Marisol, Luis Fernández o Miguel Ángel Rodríguez, Vicent prefirió distanciarse de los animales más mediáticos al ver la ética de algunos de los que trabajaban con ellos. En general, se ganaba menos dinero y costaba más impulsar proyectos, pero podías enfocar a fondo y sin presión a «tu» animal y, como me habían dicho varios profesionales, «¿tú sabes lo que vale eso?».

Si Jaime I y los suyos atribuyeron la salvadora caída del murciélago a un designio más bien divino, o a algún tipo de voluntad protectora por parte del propio mamífero, es porque vivían en el siglo XIII. En el XXI, varios millones de personas habrían responsabilizado a las radiofrecuencias de microondas provocadas, entre otras cosas, por la expansión del 5G.

La actual ansia de los seres humanos por mantenerse conectados todo el tiempo, de la manera más rápida y con la mejor definición posible, ha disparado las ondas electromagnéticas en el planeta. Considerando que los murciélagos son animales prácticamente ciegos que se orientan por ecolocalización —es decir, enviando ondas de sonido que al rebotar les indican dónde están y qué elementos sólidos susceptibles de comer o esquivar se mueven alrededor—, es fácil concluir que estas ondas electromagnéticas han llenado de ruido y confusión el aire creando una contaminación nueva, el *electrosmog*, en auge desde hace más o menos veinte años, sobre todo desde el *boom* de la telefonía sin cable. El biólogo Alfonso Balmori ha estudiado cómo afecta esta nueva electroniebla al

sistema de navegación de millones de animales, y sabe que los pájaros y los insectos son extremadamente sensibles a los campos electromagnéticos. Sabe que los insectos pueden usarse como bioindicadores para revelar los efectos de los aparatos sin cables y que los pájaros migratorios son incapaces de usar su brújula interior en presencia de *ruido* electromagnético urbano.

En España y Bélgica se realizaron pruebas con gorriones y ambos países llegaron a idéntica conclusión: en las zonas donde los campos eléctricos eran más fuertes, casi no había rastro de estas aves. Por eso los expertos deducen que la fulgurante pérdida de gorriones constatada durante los últimos quince años en grandes ciudades como Londres guarda estrecha relación con el despliegue de la telefonía sin cables.

Balmori y otros muchos científicos también han evidenciado que los petirrojos no pueden usar sus brújulas en entornos de *electrosmog* agudo; que, en circunstancias similares, los abejorros ven trastocadas sus conexiones con el campo magnético de las flores; que las radiaciones de microondas provocan anormalidades en los espermatozoides y alteraciones en el desarrollo de los ovarios en mamíferos; que la telefonía móvil tiene un severo impacto en las células nerviosas de las hormigas y en sus antenas, perturbando su memoria visual y olfativa, de modo que se desorientan con frecuencia y no son capaces de seguir las rutas que enlazan el alimento y su nido; que el electromagnetismo podría ser un motivo del repentino descenso de la mariposa monarca en el mundo; y que «la actividad del murciélago ha disminuido significativamente en hábitats expuestos a radiación electromagnética».

Pero también hay científicos que cuestionan todo esto afirmando que faltan datos concluyentes, y es verdad. Entonces, cuando los investigadores centrados en el tema piden financiación para llevar los estudios más lejos, igual que hizo Samuel con las abejas, no hay apoyo suficiente. Ni siquiera cuando argumentan que no se trata solo de suscribir que las faunas urbana y suburbana se pueden ver

orgánicamente amenazadas por este tsunami de ondas, sino también de alertar de que incluso la exposición a radiación de baja intensidad puede tener profundos efectos en procesos biológicos, en los de los humanos también. Y ante la pasividad de quienes deberían estimular investigaciones vitales para la salud pública, se desatan los porqués. ¿Por qué no se desea discernir los efectos del *electrosmog* en la salud de los seres vivos? ¿Por qué nadie informa en serio y de manera sostenida sobre las repercusiones físicas del desbocado electromagnetismo al que se ven sometidos desde hace dos décadas los animales y las personas? ¿Por qué no se pone esa reciente invasión «invisible» en el centro del debate social?

De vuelta a nuestro valenciano «invisible», todavía nadie ha realizado un estudio exhaustivo de los efectos del electromagnetismo en murciélagos. ¿Cómo hacerlo con ellos si aún se desconoce su impacto en humanos?

En el 2021, algunos investigadores estaban asociando cada vez más enfermedades emergentes, muchas de ellas neurológicas, a un estrés que oxidaba las células a causa de factores ambientales ligados al vertido de productos químicos y a las ondas electromagnéticas. Adrián Almazán y Jorge Riechmann han publicado *Contra la doctrina del shock digital*, un libro que alerta sobre los peligros físicos y morales del nuevo mundo electromagnético y señala que la pandemia ha sido aprovechada por ciertas élites para imponer definitivamente la dependencia de la informática y los dispositivos inalámbricos. La voluntad de conectarlo todo equivale a conectar, sobre todo y más que nada, máquinas, dice Riechmann, y leyéndolo cabe pensar que hemos inaugurado una nueva era que podría llamarse Conectoceno de no ser porque, cuantas más máquinas se conectan, mayor parece ser la desconexión humana del mundo tangible, físico.

Esta nueva avalancha de conexiones y dependencias está gestionada en gran parte por plataformas comerciales al servicio de minúsculos grupos de personas que orientan las simpatías y los rechazos —los sentimientos, en fin— de

millones de individuos e influyen en empresas, gobiernos o jueces para que impulsen y aprueben leyes y tecnologías que contribuyen al recorte de libertades y a un supercontrol de la población. «Los dispositivos liberticidas que se introducen en tiempos de crisis casi nunca desaparecen», advierte Riechmann, subrayando que si la pandemia es consecuencia del capitalismo, «la digitalización acelera el capitalismo, y con ello contribuye a hacer cada vez más probable el colapso ecosocial».

Aún más indudable es el colapso quiróptero, con murciélagos estampándose más que nunca por ahí, extraviándose de sus rutas alimenticias o siendo abatidos por molinos eólicos cuyas aspas giran a velocidad improcesable para un mamífero que viene de tiempos remotos, sí, que ha sobrevivido a lo impensable, de acuerdo, pero que aún no ha tenido tiempo de asimilar la repentina afloración de engendros que rotan tan rápido.

Riechmann alerta sobre la falta de estudios globales relativos a la electrohipersensibilidad, pese a que se estima que una de cada mil personas la padece. Los casos de individuos aquejados de esta dolencia apenas tienen recorrido en los grandes medios de comunicación, que llegan a tildar de conspiranoicos, agoreros o alarmistas a quienes denuncian este problema.

En cualquier caso, se ha demostrado que la electricidad que pulula en cielos, mares y océanos cortocircuita las ondas que lanzan ballenas (infrasónicas) y murciélagos (ultrasónicas) para ubicarse, despistándolos de manera dramática. Las ballenas varadas en playas alejadas de sus rutas habituales empiezan a ser una constante, igual que la fuga de cada vez más murciélagos de las zonas con elevado electromagnetismo. Aun así, miles de murciélagos siguen en las ciudades, rodeados de tendidos eléctricos, antenas satelitales, teléfonos móviles, drones, los primeros coches autónomos y todo un universo inalámbrico que convierte el aire en un jeroglífico invisible para nosotros y que ellos a duras penas logran descifrar.

Al principio de la pandemia, un vecino me habló

extensamente sobre murciélagos. Nos encontramos en la azotea, adonde salíamos a respirar sin mascarilla. Hasta entonces, nuestra relación había sido furtiva, de hola y adiós, pero coincidir en aquel espacio y circunstancia, empuñando él unos prismáticos, nos llevó a conversar sobre el flechazo que sintió a los ocho años al contemplar a un carpintero cabeza verde posado en la rama de un árbol a un metro de él, y sobre cómo amplió la obsesión inicial por los pájaros carpinteros al resto de cosas que vuelan, sobre todo las de colores vistosos, que son la debilidad de los «ornitolocos» como él. El biólogo del entresuelo, que por lo visto también sube a la azotea en las épocas sin pandemia para escrutar lo celeste, se llama Sergi Torné, y Cupido le acertó por segunda vez siendo ya adulto, cuando vio a un murciélago colgando en el techo de una cueva. Fue una fascinación más allá de los colores, muy centrada en el carácter y en el misterio de vivir en blanco y negro.

«Son muy vocales —dijo—. Tienen tradición oral, como los humanos. Hay especies tropicales con códigos de lenguaje específicos para crías.»

Hablar. Comunicarse. Orientarse. Qué aventura. Menudo interrogante abrieron estos mamíferos cuando Lazzaro Spallanzani le extrajo los globos oculares a un murciélago con unas tijeras y lo dejó volar para comprobar lo que llevaba tiempo intuyendo. «Al lanzarlo al aire —escribió—, el animal salió volando rápidamente, siguiendo los diferentes caminos subterráneos de un extremo a otro con la velocidad y la seguridad de un murciélago ileso […]. El asombro que sentí ante este murciélago que no podía ver de ninguna manera, privado de sus ojos, es indescriptible.»

Spallanzani especuló sobre un sexto sentido exclusivo de este animal y buscó ayuda en la comunidad científica para averiguar cómo podían ver en la oscuridad los murciélagos cegados. El cirujano y especialista en historia natural suizo Charles Jurine quiso responder probando algo nuevo: además de extraer los ojos a varios murciélagos, taponó sus oídos con cera y los lanzó al aire. «Iban dando tumbos en vano y tropezaban con todos los obstáculos»,

informó. Lo que ocurrió después lo ha explicado Tim Birkhead en *Los sentidos de las aves*: «Spallanzani supo de los asombrosos resultados de Jurine justo al día siguiente e inmediatamente comenzó unos nuevos experimentos propios, ensordeciendo murciélagos y confirmando que dependen de la reflexión acústica, pero sin tener ni idea de la procedencia de tales sonidos. Desconcertado, dijo: "Pero, por amor de Dios, ¿cómo vamos a explicar o siquiera considerar esta hipótesis del oído a la hora de esquivar obstáculos?".

»Los experimentos daban los mismos resultados una y otra vez; el problema era que, ante la incapacidad de imaginar que algunos sonidos podían encontrarse fuera de los límites del oído humano, sencillamente no había ninguna lógica».

Y así de insensato siguió siendo todo hasta que, tras el hundimiento del *Titanic* en abril de 1912, el ingeniero e inventor Hiram Maxim, impresionado por la capacidad de los murciélagos cegados para evitar colisiones, «se preguntó si los barcos no podrían protegerse de igual manera de colisionar con icebergs u otros barcos cuando hubiese niebla mediante un aparato que detectara el eco de potentes sonidos de baja frecuencia».

Maxim fue el primero en tocar la tecla de la frecuencia, insinuando que existía un mundo sensorial más allá del detectado por los humanos. Una auténtica revolución, en la que profundizó el fisiólogo y especialista en sonido Hamilton Hartridge al sugerir que quizá los murciélagos esquivaran obstáculos mediante la reflexión de lo que él sospechaba que eran sus llamadas de tonos altos.

A principios de los años treinta, el estudiante de Harvard Don Griffin, decidido a demostrar la teoría de Hartridge, pidió al físico George Pierce que le prestara su equipo electrónico para detectar y analizar sonidos de alta frecuencia. El resultado confirmó que «los murciélagos emiten sonidos que superan los límites del oído humano normal. La mayoría de las personas pueden oír sonidos con frecuencias de tan solo 20 o 30 hercios y de hasta 20

kilohercios, pero los murciélagos que estudió Griffin emitían chillidos de hasta 120 kilohercios».

Con toda esta información bien asimilada, mi vecino Sergi estudiaba quirohábitats en las cuevas de Moià y organizaba noches de murciélagos en aquel espacio natural a casi una hora de Barcelona, que era donde charlábamos. De todos modos, el murciélago urbano tenía sus particularidades. Vivía en grietas de edificios, en parques y jardines, y a veces en nidos abandonados. Cuando llegué a Valencia, supe que muchos de ellos buscaban su alimento en la misma ciudad, pero había otros que surcaban el cielo de la polis al crepúsculo para cenar mosquitos en los arrozales o humedales de la periferia.

De modo que, una mañana de niebla espesa que agrisaba espectralmente la urbe confundiendo los cúmulos de humedad con los humos exhalados por todo tipo de tubos, extractores, chimeneas y orificios, enfilé la recta de nueve kilómetros que conecta Valencia con Masanasa, un pueblo de las afueras donde, más allá de la saturada carretera, se extienden grandes arrozales. Los vehículos roncaban en ambas direcciones todo el tiempo proyectando sus dióxidos contra vulgares edificios de pisos demacrados por la polución. De vez en cuando aparecían una casa o una parcela con rejas tras las que perros mustios de cabeza pegada al suelo me veían pasar moviendo los ojos, indiferentes a cualquiera. En algunos edificios viejos, en ruinas o muy mal cuidados, se discernían agujeros por donde asomaban cabezas de pájaros.

Superé el río de cauce inmenso, aunque pobre de agua, cruzando un puente con vistas a las carreteras de circulación rápida, a los edificios colmena y a los cableados de todo tipo que se extendían junto a una masa de agua prácticamente estancada que resultaba deprimente, como una síntesis de lo que no debe ser un lugar. Marrones, grises, niebla y humo por un camino donde escaseaban las personas, aunque al otro lado del puente, en un talud artificial, alguien había escrito un enorme y esperanzador grafiti: ALVARO Y PAULA. POR TI LO DOI TODO. TE AMO.

Como si la lectura hubiera detonado algo, la mañana comenzó a despejar. Si bien el tráfico continuó igual, en las inmediaciones de Masanasa las casas ya no eran tan altas, desprendían un cierto aire doméstico. La marcha se convirtió en paseo.

En el pueblo, me desvié a la izquierda hasta una zona de almacenes y naves industriales, crucé un angosto puente tétrico para emerger en la vasta llanura de arrozales. Lejos, se recortaban casas, barracas aisladas. Solo algún trino cortaba el silencio. Era otro mundo, bien distinto al que discurría más allá del puente tétrico. El sol campeaba con mediterránea agresividad, como si el invierno hubiera acabado. Los gorriones trazaban figuras veloces jugando entre ellos, aguardando la hora en la que competirían con el murciélago por devorar el mayor número de insectos. Así que era aquí adonde venían a cenar.

Vicent Moncholi presidía un *tancat* de 330 hectáreas destinado al arroz, y había sido el primero de la zona en instalar cajas nido para murciélagos.

«Antes había miles y miles de murciélagos en la huerta. Ahora no. Pero ellos nos ayudan mucho con los mosquitos, por eso me animé a poner las cajas nido. Me gusta ir a verlos.»

El «antes» de Moncholi aludía a los años sesenta, cuando la contaminación y las pulverizaciones presuntamente fitosanitarias expulsaron a miles de murciélagos y mataron a otros tantos gorriones. «Los recogía del suelo a puñados. Y golondrinas», dijo Moncholi, que conoció «una Albufera limpia, cuando iba a El Palmar con carro».

Una *pick-up* con un perro en la plataforma pasó levantando polvo. El hombre saludó con la mano, el perro torció el cuello para verme manotear contra una nube de hormigas voladoras. Una molestia mínima teniendo en cuenta que los ya abundantes mosquitos se multiplicarían en breve. Caminé hasta la única granja a la vista. Un rótulo la

presentaba como sede universitaria. En la puerta, el propietario despedía a un hombre. Se presentó como Fernando, le hablé de murciélagos y me ofreció visitar la granja. Vi conejos, gallinas, caballos...

—¿Y las aulas? —pregunté.

—El letrero de la entrada es porque los de la universidad me propusieron colgarlo, pero los estudiantes vienen solo un rato a hacer prácticas. Se acaban de marchar.

En la pared del granero, señaló unos huecos mínimos en cuyo interior se veían varios murciélagos empotrados.

—Hay diez o doce —dijo Fernando—. Muchos más tendría que haber. Antes te los encontrabas nada más salir al campo, pero desde que se fueron poblando las alquerías...

Olía a macarrones con tomate. Arnida, la mujer de Fernando, estaba cocinando. Al verme aplastar un mosquito, el hombre dijo:

—En verano, a partir de las nueve y media no se puede ni pasear. En El Palmar no puedes beber cerveza, hay que tapar el vaso después de dar un trago porque si no se te llena de mosquitos. Cómo no voy a querer murciélagos. Me encantan. ¿Que es feo? Yo no lo veo feo. Hace mucho bien. Y no me creo a los que lo culpan de la pandemia. Viven al lado de nuestros animales y nunca han mordido a ninguno.

La ropa tendida chasqueaba agitada por el viento fuerte. Cuando Fernando se fue a ordenar alpacas, Arnida me enseñó la flor en la maceta delante de la cocina, cuyo olor se mezclaba con el de los macarrones.

—Citronella. Para espantar un poco a los mosquitos, pero vaya...

Tenía la flor en medio de la corriente confiando en que el olor llegara lejos. Las ventanas se blindaban con mosquiteras y había un amplio abanico de mallas, alambres y cortinas para defenderse de los insectos.

—Es que no puedes hacer nada sin pensar en ellos —dijo Arnida caminando hacia los establos de vacas.

—Tenemos charolesas y Fleckvieh. Y las ovejas —señaló con un dedo al rebaño— son manchegas.

Al levantar la mirada, Arnida vio un pájaro que nos observaba desde una rama.

—Antes casi no había urracas —dijo—. Llegaron hace cuatro o cinco años. Todo está cambiando.

La urraca voló.

«Hay cambios que son para bien», afirmó Quico Espinosa en su alquería de Carpesa, otro pueblo a las afueras de Valencia, aunque este se emplazaba al norte.

Como tantas localidades del extrarradio y la Albufera, Carpesa había sido un viejo foco de paludismo sistemáticamente pulverizado con sustancias químicas por orden del ayuntamiento. Las sustancias se filtraban en las acequias e impregnaban los cultivos de chufa de un olor entre rancio y artificial. Las rociadas pretendían combatir las plagas de bactra, esa mariposa nocturna parecida al *cucat* (barrenador) que se instala en el cañón de la chufa y la parasita secándola. Se trataba de una plaga antigua que actuaba sobre todo en verano, poco después de la siembra. En la época del apogeo químico, los campos podían rociarse hasta cinco o seis veces al día con sustancias descontroladamente letales.

«Una vez vino un científico y dijo que lo que veíamos volar no era bactra, así que cambió el tratamiento, tanto la sustancia como el número de veces que debíamos rociar, y nos limitamos a echarla dos veces al día.»

Los destrozos fueron enseñando a moderar el uso de unos químicos que pasaron de ser la panacea a productos cada vez más inquietantes, mientras las nuevas técnicas moleculares permitían identificar especies a base de «cacas», como había explicado Vicent. «Las metes en una maquinita que te dice qué insecto es... y las especies que se ha comido. Hasta hace nada, los excrementos se analizaban con lupa. Como mucho, llegabas a saber la familia de la especie que era.»

Cada vez mejor orientados para transitar la senda de lo ecológico, los agricultores introdujeron las trampas por

feromonas que atraen al *cucat* y lo mata. Era una solución económica, aunque el cóctel ideal para salvaguardar la chufa resultaba del tridente compuesto por avispas parasitoides, trampas de feromonas y, por encima de todo, los murciélagos, invariablemente eficaces cuando se desea barrer de *cucat* los cultivos de arroz. Engullendo una media de dos mil mosquitos por noche, en Estados Unidos tenían clarísimo que el murciélago es la vía más económica para huir de los pesticidas, y por eso se estaban colocando miles de cajas nido en bodegas contra la polilla de la vid.

Siguiendo esa línea, los Espinosa apostaron por el *murisec*, también llamado *mosseguello* o *ratolí sec*, el murciélago, en fin, distribuyendo cajas nido para que los mamíferos patrullaran cada noche sus veinte *fanecades* (hectárea y media, más o menos) de chufa. A José Manuel, el padre, le pareció estupendo porque, años antes, una pareja se había acomodado en el travesaño alto de la puerta de su casa y la convivencia había ido muy bien.

—En Valencia siempre estamos a favor del murciélago. Ojalá hubiera más —dijo el hombre, para el que *siempre* significaba «setenta y cuatro años» («cuarenta y dos» para Quico, su *chaval*).

—Pero por ahora no se ve movimiento —dijo Quico—. Las cajas tienen dos años y no vive ningún murciélago.

Nadie sabía por qué no ocupaban las cajas. «Estamos en la fase de ver si puede ayudar a la chufa», había dicho Vicent. José Manuel sugirió que igual habría que «volver a hacer todo un poco más como antes»; por ejemplo, seleccionar la semilla de la chufa a mano para evitar el efecto de la *taca negra* (la mancha negra) en la horchata. La selección manual permite separar las semillas oscuras de las claras para que la horchata, después de triturarla y macerarla, no se tiña de marrón o negro, una coloración que afecta la psique de algunos consumidores, decididos a creer que la horchata oscurecida tiene un sabor distinto... peor.

El murciélago es feo.

La horchata negra sabe peor.

La oveja negra trae mala suerte.

O eso dicen.

Regresé a Valencia elucubrando sobre la influencia de la estética en nuestra vida. Era un ámbito tan impreciso y volátil que saqué el móvil para llamar de nuevo a la Asociación Lo Rat Penat, quizá pudieran aclararme algo. Por supuesto, saltó el contestador proyectando la música de *Forever young*, que de algún modo hablaba de lo mismo, de una forma de pureza. Sobre el asfalto, rodeado de semáforos, cables, humo, ruido, conecté el manos libres para al menos caminar con más soltura, subí el volumen del audio y aquella música me emocionó.

09

Cigüeña negra

Hubo una época de mi vida en la que, harto de oscuridad, encontré refugio en el negro. Le había pasado a otros, alguien famoso fue Goya, pero no dejó de sorprenderme cuánto iluminaba el color donde se suponía la nada.

Todo empezó en las dehesas del noreste de Badajoz donde pastaba un rebaño de mil quinientas ovejas que despedían otra luz por estar criadas en ecológico; por ser merinas; y, sobre todo, por su color negro. Las encontré sin querer. Había ido a trabajar con pastores y, después de unos días rodeado de ovejas blancas manchegas, castellanas, charoleras, limusinas e Île-de-France, además de las merinas autóctonas, me crucé con Miguel Cabello y su ganadería oscura. Fue una tarde de invierno, con el sol cayendo lánguido pero tan de frente que debí hacer visera con la mano para distinguir a los animales detenidos ante mí. Cuando los brillos se matizaron hasta perfilar bien al rebaño, su negro me deslumbró.

Impresiona lo que detonó aquella chispeante oscuridad. La luz se volvió obsesión. El campo se llenó de negros, y esto no es una metáfora, porque en la comarca de La Siberia —imagina su vacío— no solo abundan cuervos, mirlos o insectos de refulgente quitina, sino también vacas, buitres y cigüeñas bañados en un mismo color.

Conectar con la frecuencia negra destapó la naturaleza siberiana desde un ángulo tan distinto que, contra pronóstico, me llevó a seguir el rastro de los animales oscuros hasta rendirme al influjo de una cigüeña insospechada.

Mientras escribo estas líneas, culminando la estantería a mi espalda se yergue una escultura realizada con lana de oveja merina negra que representa a una cigüeña de ese mismo color.

Platón y Aristóteles convinieron en señalar que el objeto del arte es imitar a la naturaleza, y Empédocles

subrayó el valor del agua, de modo que esta escultura hecha con fibra y forma animal, y con la ambición de transmitir la elegancia de un ave afín a marjales, pantanos, ríos, atiende un poco a los tres antiguos filósofos.

Dudé a la hora de incluir a la cigüeña negra entre los invisibles porque en realidad no lo es tanto. Aparte de las colonias de Polonia, Bielorrusia o Letonia —la fuente de población desde donde estos pájaros se expandieron hacia el oeste—, en España es posible localizarlas si se buscan con un mínimo empeño. Es verdad que no abundan, se calculan unas cuatrocientas parejas en todo el país, pero con paciencia y sigilo, aparecen. De todas formas, su carácter reservado, su expreso deseo de alejarse de las cigüeñas blancas y el número cada vez más reducido de ejemplares la perfilan no solo como bastante indetectable sino también como virtuosa buscadora del silencio y la discreción. Esa voluntad, junto a su exótica belleza, suponían una combinación tan fascinante como adecuada para seguir explorando los matices de lo esquivo.

La atracción por el margen no significa renunciar a la hermosura, más bien al contrario. A menudo, ambas querencias van de la mano, pero no tantos animales sintetizan de una forma tan explícita la alianza de lo alternativo y lo bello.

Quienes han visto y estudiado a cigüeñas negras recomiendan buscarla en remansos de ríos, en cauces emboscados en dehesas o, en pantanos, navegar junto a cortados rocosos en lugares solo accesibles con barca. Cristina Parkes se refirió a ella como la «princesa del Estrecho». César Sansegundo había preferido «la bicha». Y yo adopté el nombre que empleaba Chema Traverso, «gitana», por ese plumaje antagónicamente bicolor, blanco en el vientre en contraste con el predominante negro, que la cubre como una gran mantilla, por donde asoman sus intrigantes ojos rojos y ese soberbio pico escarlata que hace pensar en labios pintados, combinando la prudencia del

azabache con la esbeltez y el deseo de proclamar «aquí estoy yo».

Solitaria, recelosa y devota de ríos y embalses, la cigüeña negra no tiene nada que ver con la sociabilidad de sus colegas blancas, tan urbanas y humanizadas que son capaces de anidar sobre palos telefónicos. La negra es pájaro de riscos y bosques, muy fan de la umbría del encinar que refresca a los pollos y camufla las plumas, siempre en busca de una discreción tan incongruente con su pico escarlata que cabe preguntarse por sus verdaderas intenciones. ¿Se quiere ocultar o no? ¿Las leyes de la evolución incluyen la coquetería incluso cuando te juegas la vida?

«Lo bello es siempre extravagante —escribió Charles Baudelaire—. No quiero decir que sea voluntaria, fríamente extravagante, porque en tal caso sería un monstruo que desborda los raíles de la vida. Digo que tiene siempre un punto de sorpresa que lo convierte en algo especial.»

La gitana era una sorpresa desde su propia descripción, borrada de los cuentos para niños en los que las cigüeñas (siempre blancas) venían de París. Desde luego, la gitana no soportaría París. Mira a la civilización tan de lejos que ni siquiera anida en campanarios. Necesita paisajes lo menos humanizados posible y por eso padece la deforestación mucho más que su pariente pálida. Es capaz de ir de los países bálticos a Ghana o Malí, pero siempre recala en nidos de confianza. Monógama, fiel a su cónyuge y al sitio de cría, es uno de esos animales con filopatría: el apego a quedarse o volver al lugar de nacimiento.

La gitana no quiere ruido ni más desconocidos que los peces que ensarta o atenaza con el estuche-espada que tiene por pico. Lo mismo hace con cangrejos, reptiles, ranas, salamandras y todo tipo de anfibios. «Ver una cigüeña negra me sienta a cuerno quemado, porque ataca a los míos —había dicho Marisol, la protectora de anfibios en Valsaín —. Y los ataca mucho. Pero hay que aceptarla. Ella también ocupa un espacio.» Marisol nunca las ha espantado, aunque sabría cómo hacerlo, y de forma irreversible: si la gitana

detecta que han profanado su nido, es posible que no vuelva jamás. Mantiene las distancias con todos, y esa suma de casi enfermiza cautela, extravagancia y vulnerabilidad la ha acabado aproximando a mi universo afectivo hasta convertirla en un tótem.

A lo largo de la vida he amado a los animales por ellos mismos, no porque fueran de una especie u otra, y por la relación que establecían conmigo. Ha habido perros amigos, otros con los que nunca empaticé, y a uno lo llegué a odiar (mató porque sí a los dos primeros pollos que yo cuidaba, y ni siquiera se los comió). De todas formas, el tiempo me ha ido descubriendo mayores afinidades con determinadas familias animales al sentir que conectaba esencialmente con su forma de estar en el mundo. Parece que se trata de una inclinación natural, y si Robert Macfarlane tiene a la liebre nival como tótem y Marta Tafalla al lobo, Elisabeth Tova se inclinó ante el caracol, Helen Macdonald adora al halcón y Antonio Sandoval es fan del págalo rabero. A mí, entre los animales del aire, la cigüeña negra me despierta un cariño distinto, quizá porque en sus miedos y deseos observo bastantes de los míos.

Aunque amortiza las corrientes térmicas para planear, no se fía de su capacidad de vuelo y busca siempre pasos cortos o con suelo firme bajo las alas, de modo que cuando pone rumbo a África —y al revés— cambia de continente por el estrecho de Gibraltar o por el Bósforo, evitando el mar abierto. Sin renunciar al gran viaje, procura mantener la tierra cerca, y esa precaución resulta entrañable porque revela lo bien que conoce sus límites, y cómo se ajusta a ellos. Sin alardes ni derroches que podría pagar caros. La naturaleza es una calculadora perfecta, y el precavido vuelo de la gitana lo ilustra de manera tan delicada que funciona como símbolo para quien desee economizar energía.

La cigüeña ha sido muy importante en el imaginario español. Sus nidos en los campanarios de los pueblos, el crotoreo que acompaña las tardes de sol implacable, las

leyendas de París, su planeo constante y la sombra que proyecta sobre la tierra seca... Además, los científicos la eligieron para practicar el primer anillamiento nacional en 1953 (precisamente de 53 ejemplares blancos). Fue cincuenta y cuatro años después de que H. C. Mortensen anillara, por primera vez con finalidades científicas, a un grupo de estorninos en Dinamarca. Hoy se anillan unas trescientas mil aves al año en España. Es decir, que la cigüeña es el animal con el que el país empezó a mirar al cielo de otro modo. El propósito era diseñar mapas, elaborar estadísticas, definir hábitos de la especie.

El nuevo conocimiento no estimuló una literatura ibérica que convirtiera a las aves en seres más cercanos, más allá de tanto número y exactitud, pero la ciencia abrió la puerta para que al menos nos asomáramos a la naturaleza con cierto detalle después de siglos en los que la filosofía la había menospreciado.

En el siglo XVII, Baruch Spinoza presentó una *Ética* que conecta de lleno con el relato de los lobos cheroquis, porque propone un mapa de la vida interior humana en el que las pasiones no son bestias irracionales sino animales salvajes —lobos, caballos, cigüeñas— sobre los que se puede influir para potenciar las fuerzas que alegran y emancipan frente a las que desmoronan y encadenan. De haber atendido a Spinoza, la brecha entre animales y humanos podía haberse relativizado, lo que a su vez habría alimentado nuestro pensamiento sobre la naturaleza. Sin embargo, como muy bien ha resumido Marta Tafalla en su libro *Ecoanimal*, somos herederos de una cultura filosófica que prefirió hundir sus raíces en Hegel.

«Cuando la Ilustración dio paso al Romanticismo —escribe Tafalla—, la reflexión sobre la naturaleza inundó las artes y la literatura, al mismo tiempo que las ciencias naturales aceleraban su desarrollo; y, sin embargo, en ese contexto que se presentaba tan favorable para la estética de la naturaleza, la filosofía decidió prescindir de ella. A principios del siglo XIX, Hegel se alzó como el gran teórico de la estética y sus ideas se expandieron con fuerza. A

Hegel le debemos la primera gran filosofía del arte, de la que todavía beben teorías actuales; el problema radica en que, para apuntalarla, Hegel tomó una decisión tan innecesaria como errónea: defendió que la estética debía abandonar la reflexión sobre la naturaleza y concentrarse exclusivamente en la creación artística. Para Hegel, la belleza natural no merecía el análisis filosófico; dedicarle tiempo era un desperdicio de energía intelectual, que debía consagrarse al estudio de las creaciones humanas. […]

»A partir de Hegel, la estética filosófica se concentró en el arte y otras creaciones humanas. Entre las escasas excepciones destacan Schopenhauer y Nietzsche, pero estos autores desarrollaron la mayor parte de su trabajo fuera de la universidad y no comenzaron a ser ampliamente reconocidos hasta el final de sus vidas; es decir, aunque son figuras fundamentales de la estética, fueron pensadores marginales en el sentido de que no representaban las tendencias centrales de la comunidad académica. Así, la mayor parte de la estética avanzó sin titubear en la dirección que Hegel había señalado. Todavía en la actualidad, en la mayoría de universidades puede estudiarse el grado de Filosofía sin tropezarse nunca con la estética de la naturaleza.»

Considerando a Schopenhauer y Nietzsche cigüeñas negras de nuestra especie, resulta aún más sencillo atisbar el valor de lo alternativo.

El Romanticismo estimula la utopía y hace creer en la posibilidad de ser gitanas y en nuevas formas de vivir en el campo, pero La Academia y La Administración poseen la fuerza y los medios para crear grandes olas que arrastran la opinión de millones a favor de la vida junto a perros con collar y coches eléctricos. Por eso, en su libro *¿Para qué sirven las aves*?, el ornitólogo Antonio Sandoval indica cómo, durante décadas, el arte acabó por ignorar su entorno natural obviando tanto a las construcciones de los castores como a las conchas, guijarros o piedras que el tricóptero teje con seda, por no hablar de los rascacielos de seis metros concebidos por las termitas o las arquitecturas

más o menos palaciegas que son colmenas y avisperos. Entre otras virguerías. Y es que ese abandono es una cuestión filosófica.

De los primeros en advertirlo fue el filósofo alemán Theodor Adorno, quien, a mediados del siglo XX, señaló la poca atención que sus colegas habían prestado a la naturaleza en los últimos tiempos y alertó de que no se protege lo que no se aprecia, y semejante ninguneo nos estaba abocando a un desprecio del entorno cuyas consecuencias ya empezábamos a sufrir. Los humanos habíamos encajado a los animales en casillas míticas o de utilidad, y el hecho de que fueran seres vivos resultaba secundario o ni siquiera se contemplaba. Por eso Adorno recomendó aproximarnos a la naturaleza, sí, pero impidiendo que la imaginación y la fantasía impusieran su mirada sobre ella, porque eso distorsionaba al ser real convirtiéndolo en otra cosa..., en algo.

Algo.

Algo alejado de la experiencia humana, de nuestra relación con lo vivo. Para conseguir que los animales fueran lo que son, había que hacer un esfuerzo de objetividad, y ahí era donde intervenía la ciencia. Al prestar otra atención a sus carnes, pieles, pezuñas, garras, membranas, y a sus coqueteos, miedos, diseños, permitimos que los animales se fueran acercando a nuestra «realidad» y advertimos que compartíamos mucho más de lo pensado. Incluso teníamos rasgos y genes comunes. Entonces empezamos a mirarlos distinto. Un poco.

Los científicos autóctonos también han ayudado a perfilar al animal a base de datos y números. Las primeras menciones a la cigüeña negra se registraron en el Alentejo portugués a finales del siglo XIX, y las primeras tentativas de cuantificarlas las impulsaron Jesús Garzón y el profesor Francisco Bernis a principios de los años setenta, aunque el primer censo oficial lo firmaría en 1980 el ICONA, que calculó unas 130 parejas, la mayoría en Extremadura, donde se encontraban los primeros ornitólogos que se interesaron por la gitana en España, empezando por el

doctor Pérez Chiscano.

Sin embargo, pocos científicos se han animado a narrar sus experiencias con un tono más o menos popular. Los escritores en general tampoco han abordado muy a fondo las naturalezas silvestres, así que casi no existen relatos que hayan permitido no solo estudiar animales sino también quererlos.

Una de las últimas excepciones, y bien llamativa, es Wenceslao Fernández Flórez, quien tras cobrar fama con sus crónicas parlamentarias y sus novelas de humor, cuando se quiso poner profundo y poético y decir cosas más entrañables que nunca, escribió *El bosque animado*. Se trata de una serie de relatos conectados entre sí que sitúan la naturaleza en el centro, concediendo buena parte del protagonismo a luciérnagas, zorros, gatos, truchas, moscas...

Todos los capítulos son simbólicamente poderosos. Ahí está el protagonizado por las moscas, con los insectos felicitándose porque, pese a su falta de inteligencia, encuentran comida en cualquier parte y eso las convierte, creen ellas, en una especie más capaz que muchas otras. El del topo que busca a su desaparecida esposa preguntando a sus vecinos animales. O el encuentro navideño entre conejos, corzos, un oso y un lobo, todos temerosos del hombre.

Historias como estas, en las que los animales y los árboles piensan y actúan, le valieron al escritor gallego el desprecio de bastantes críticos, que tildaron la obra de «literatura juvenil», aunque algunos —pocos— la consideraran «una excelente muestra de sensibilidad y lirismo». Hoy, aquella apuesta fulgura como la mejor vanguardia y su vigencia es absoluta, pese a que los altavoces casi no hablen de ella. *El bosque animado* se publicó en 1943 y se acerca a las 120 ediciones.

El caso de Wenceslao ejemplifica cómo las historias contemporáneas sobre fauna nacional han tendido a relegarse al espacio infantil-juvenil, y cuando se ha concedido protagonismo más o menos trascendente a algún

animal ha sido desde la poesía bucólica, como al burro Platero. En la literatura española, pocas veces aparece un animal completo y salvaje que resulte memorable. Piénsalo. Aquí, ¿dónde está Moby Dick? ¿Y los perros de Jack London o los lobos de Lü Jiamin? ¿Dónde el leopardo de las nieves? A los domésticos no les va mucho mejor. ¿Alguien recuerda a un Dumbo, a un Hachiko o a un loro de Flaubert español? ¿Por dónde camina cualquier kafkiana cucaracha? ¿Por dónde algún conocido insecto local? Cuando piensas en animales que aparezcan bien perfilados en la literatura española moderna, ¿en cuáles piensas? Escasean en librerías. Muchas historias continúan, eso sí, circulando de boca en boca por hogares y cafés. Quizá valga la pena fijarlas por escrito. Y, como algunas hablan de gitanas, allá vamos.

Chema Traverso apareció al final de una mañana en Monfragüe. Veníamos de observar buitres y cigüeñas negras en el Salto del Gitano, unos farallones que emergen como inmensos obeliscos donde anidan varias especies de pájaros grandes, y coincidir allí con el hombre que llevaba más de treinta años rastreando a las que él mismo denominaba «gitanas» fue una casualidad afortunada.

«Por seguir a una cigüeña negra me rompí la espalda —dijo sentado sobre una piedra tan ancha como él, que era enorme, corpulento sin matices, con frondosa barba blanca y vozarrón, como si a la Tierra hubiera bajado un dios—. Soy más *voyeur* que naturalista.»

No conozco a otros *voyeurs* que se pasen tres inviernos subiendo a una osera cuando la nieve ya ha tapado la entrada para entonces perforarla con taladro y, gracias al agujerito, observar a los oseznos comiendo avellanas y escaramujos. Chema tenía historias de ese estilo siguiendo a animales distintos, pero las gitanas lo volvían loco. Aunque se lesionó de gravedad subiendo a un nido, continuaba encaramándose a paredes complicadas y acababa de comprar un kayak para acercarse a las cigüeñas que

preferían instalarse junto a ríos y embalses.

Lo de la espalda fue por no molestar. Había estado esperando a que la madre saliera del nido para anillar a los cigoñinos. Cuando llegó el momento, quiso actuar rápido sabiendo que, si la adulta volvía antes de que él se marchara, el miedo la empujaría a emprender la huida, abandonando a los polluelos.

El nido estaba en una pared vertical que Chema abordó desde una roca situada pocos metros por encima. Ajustó el mosquetón a un fisurero y empezó a rapelar tan aprisa como le permitían sus cien kilos, que fueron otra clave, porque entre el mosquetón ajustado al tuntún y su peso, hubo un corrimiento de cuerda que lo proyectó al vacío. Se rompió cuatro ligamentos, un menisco y cinco vértebras se amalgamaron. Quedó con la espalda tan dañada que usó muletas un año y medio, durante el que no paró de reconstruir nidos abandonados —por si algún día las cigüeñas querían volver— y de habilitar charcas para anfibios, que son la base alimenticia del pájaro, como bien sabe Marisol.

Chema asumía no ser muy sociable. Fumaba marihuana desde los dieciséis años, le gustaba estar relajado en el campo, de vez en cuando enseñaba a tirar con arco y una vez pasó una semana entera vigilando un nido de cigüeña negra porque temía que un furtivo de la zona robara los huevos. Nombró a una pareja de polluelos como a dos de sus cinco hijos.

Es difícil saber cuándo alguien empieza a ser como es, pero Chema recordó un viaje en autobús. Tenía quince años. Su padre, un militar, lo llevaba de vez en cuando a cazar, y ese día iban a Valdecaballeros.

«En un momento del viaje me dio un mareo, uno extraño, no sabría explicarlo bien. Pregunté por dónde íbamos y me dijeron que acababa de entrar en Extremadura.»

Suena raro hablar de La Llamada de La Siberia, pero Chema sugirió algo así. Creía en el instinto y en la influencia de los intangibles. Si las aves son capaces de ver

campos magnéticos, ¿por qué no podía percibirlos él?

Chema habló sobre una vibración más allá del oído, la vista o los colores. Habló de temblores en el aire listos para ser captados por los sentidos en alerta, de sensaciones que enlazaban con lo que siente un creador a la hora de imaginar y ejecutar una obra; a la hora de apostar, por ejemplo, por el negro para retratar la naturaleza o la vida, como habían hecho Goya, Velázquez, Zurbarán. Son apuestas a veces inexplicables que, sin embargo, inauguran espacios distintos tan necesarios que, luego, individuos y sociedades se preguntan cómo habían podido vivir sin ellos, sin mirar ahí así, durante tanto tiempo.

El negro aún es un color apartado, ausente, un signo de lo que hay que evitar. Al arco iris le falta algo, y es el negro. Hay que luchar por él, y si Leonardo da Vinci revalorizó la oscuridad confiando en la paleta de colores natural, a la que concedía una riqueza superior a la de cualquier alquimia, Van Gogh localizó hasta veintisiete negros distintos en la obra de Frans Hals, advirtiendo sobre las inmensas posibilidades de los tonos y del negro en sí. De hecho, y esto es una corrección, es falso que al arco iris le falte el negro porque este color es la suma de los demás del arco, el que sublima al conjunto cuando se funden todos. El color total.

Pero para ver veintisiete negros o los amarillos del Bosco o gitanas en dehesas o urogallos entre robles o desmanes en caceras, para ver donde otros no ven, son precisas vidas de fe y resistencia sedimentadas en la convicción de que hay espléndidas luces mínimas. Apeles lo demostró usando un barniz negro, el *atramentum*, para pintar alas con un pincel minúsculo. Por entonces, la elegancia más delicada se expresaba con trazo negro y fino, y Apeles y Protógenes compitieron durante años por ver quién lograba ser más sutil y aéreo, quién rozaba mejor lo invisible.

El reto sigue vigente para quien aún pretenda zambullirse en elegancias de ensueño. Cuando alguien desee volar entregándose por ejemplo a los lápices o los

pinceles, puede aceptar el desafío de pintar gitanas pluma a pluma. Le será útil revisar la obra de Yan Pei-Ming, el artista chino fan de Goya y Velázquez, virtuoso de la pintura en blanco y negro y, dicen, la persona que mejor ha pintado un ala.

Igual que el lenguaje patina al intentar describir el hielo o la nieve, las plumas de las aves se escurren entre el vocabulario. Están hechas de raquis y cálamos que de repente ofrecen racimos de tersas superficies coloridas, tan entre el hilo y la seda que escapan a la definición. Los técnicos las llaman *barbas*, y aunque es una palabra impropiamente ruda, me devuelve a La Siberia de mi abuela y mi madre, porque su apellido, Barba, me permite confirmar que en esta familia hay mujeres que vuelan.

Como para el amor, para el color faltan palabras, pero sabemos que su composición es mineral. Que se forjan en simas profundas. Cuando el amor y el color se expresan, llenan el mundo de energía, da igual del tipo que sea, y por eso, debajo de la escultura de la gitana que preside la estantería del salón donde trabajo, guardo la pluma de cigüeña negra que me regaló Jesús Manuel el día que me llevó a las mesas del río Guadalemar, entre Siruela y Garbayuela, a ver si encontrábamos una.

Jesús Manuel dice que ver a esta cigüeña tiene un punto de «magia». Cuando le comenté que, quizá porque no lograba verla, yo había empezado a pensar demasiado en ella, me guio hasta un nido «gitano» en mitad de un pasillo de aire que corría entre encinas. Si hay quien elige su casa por el número de ventanas o por el ángulo de la luz a mediodía, la cigüeña negra que se instala en bosques adehesados prioriza los pasillos de aire lo bastante amplios para, viniendo del claro, planear fronda adentro hasta el nido. Se trata de corredores despejados como pistas de aterrizaje en la selva, solo que abiertas de forma natural.

Cuando nos adentramos en el bosque, corría el mes de febrero. La emigración gitana empieza en marzo, pero como cada vez hay más aves que prolongan sus estancias y algunas ya ni siquiera se marchan, decidimos probar.

Estaba vacío.

Jesús Manuel sumaba casi una década observando aquel nido. La habitual pareja de cigüeñas llevaba dos años sin habitarlo. Como Jesús Manuel sospechaba que algo las había espantado, meses antes se había acercado a inspeccionar el suelo bajo la plataforma y encontró un cúmulo de plumas y huesecillos repartidos por la hojarasca que insinuaba la acción de un carnívoro. De todas formas, la degollina había ocurrido en tierra, el nido parecía intacto, y aún albergaba esperanzas.

Para alcanzar el nido, habíamos sudado un rato remontando colinas desde el puente viejo del río. El monte se elevaba entre sinuosos desniveles sin brizna de hierba, dominio de un suelo de roca propicio para cardos y zanahorias. El agua y la humedad permitían prosperar al acebuche, la versión silvestre del olivo, y proliferaban las madrigueras y los nidos. El de la cigüeña negra estaba a cincuenta metros del de un águila culebrera. No muy lejos había otros de gorrión. Es decir, estos pájaros convivían con sus depredadores, se supone que confiando en lograr una familiaridad suficiente como para que el vecino no los devorara.

Exponerse rutinariamente al peligro de manera voluntaria incumbe a ese tipo de rarezas protagonizadas por seres que arriesgan su salud o su vida —lo que viene a ser lo mismo— con tal de vivir como les gusta o donde prefieren, como el propio Jesús Manuel, un alérgico a las gramíneas y los olivos que no solo escapaba de Ciudad Real al campo en cuanto podía, sino que sopesaba convertirse en forestal.

Uno de sus grandes momentos fue hace unos junios, en pleno apogeo de su rinitis alérgica. Mayo y junio son ideales para localizar especies anidando o pariendo, así que tomó los antihistamínicos habituales y salió a moquear con prismáticos por las mesas del Guadalemar. Hacia el final de la tarde, remontaba una empinada ladera imaginando lo de siempre: cómo sería ver un nido de cigüeña negra en la dehesa. Los biólogos aconsejan buscarla en altas paredes de

roca al considerar que la huella humana en la dehesa minimiza la presencia de estas cigüeñas, pero Jesús Manuel llevaba diez años convencido de que un día la iba a encontrar ahí. Había recorrido los bosques adehesados de todo el este siberiano; había estudiado a la pareja que vivía en el Salto del Gitano desde hacía dos décadas; había entrevistado a pastores y cabreros; se había apostado durante horas entre matojos. En vano. Hasta que esa tarde, mientras ascendía el pedregal empapado en sudor, imaginando de nuevo cómo sería contemplarla de cerca, una cigüeña negra planeó sobre las encinas y se posó a unos cuarenta metros de él.

Por eso hablaba de magia. No era dado a ensoñaciones ni a hipérboles, ni lo oí utilizar otras veces esa palabra ya casi exótica, *magia*, pero tampoco halló una más apropiada para explicar el prodigio de encontrar lo que buscas mientras estás pensando en ello. Lo sintió como una liberación. Idolatraba a la cigüeña negra desde que vivió con su padre en el Parque Nacional de Cabañeros, aureolándola de un misterio que incluía cierta inquietud. ¿Por qué se obsesionó con ella? Soy de los que creen que muchas personas se acaban pareciendo a sus animales de compañía o totémicos, y al revés. Una mímesis que también es posible en ausencia, es decir, con un animal que no está pero sientes que llevas dentro. El animal que forma parte de tus sueños, que siempre deseaste ver, que te animaría a desplazarte a lugares impensados porque, crees, su presencia alberga algún tipo de respuesta. Supongo que a veces da la impresión de que entendiendo al animal que te acompaña u obsesiona te entiendes mejor a ti. Lévi-Strauss dijo que las especies naturales no se eligen como tótems porque sean buenas para comer, sino porque son buenas para pensar. Es fácil estar de acuerdo.

El amor por los espacios vírgenes de Chema y Jesús Manuel, su tendencia al aislamiento y la soledad, se proyectaban nítidamente en las cigüeñas negras, tan distintas a las blancas que evitan aparearse entre ellas. Ambos habían experimentado momentos indescriptibles

que, por recurrir a un vocabulario común, asociaron a términos como *llamada* y *magia*. Es lo que tiene lo invisible. Llama. Fascina. Hechiza. La única condición es confiar en lo que no ves.

Intrigado por saber qué se cocía en los nidos gitanos, aquella tarde trepé a la encina rememorando mi infancia de cabañas aéreas entre copas de pinares. Encontré un ancho grumo circular construido a base de ramitas, plásticos, cordeles, plumas, huesecillos y desperdicios que costaba identificar porque muchos estaban roídos, podridos, incluso oxidados. Las gitanas de dehesa suelen preferir los alcornoques por la amplitud de las cruces que forman sus ramas, ideales para construir un buen nido, pero la cruz de aquella encina era bien amplia y, a través del pasillo de aire, se contemplaba la dehesa al fondo. La iluminaba un incandescente sol de invierno. Desde luego que invitaba a volar.

Siempre que pienso en gitanas aparece un entorno hermoso. En sus riberas asombradas de chopos, en las dehesas, estepas o acantilados, acechan águilas, zorros, ginetas, serpientes... El peligro, en fin, también está ahí, formando parte del hechizo, añadiendo la incertidumbre y las tensiones que definen a un paisaje completo. La vida y la muerte conviven desnudas en un espectáculo al que bastaría dedicar tiempo para narrar con un mínimo gancho las potentes vibraciones que emite. Por eso, al revisar la historia del arte español, cuesta entender por qué hasta Jenaro Pérez Villaamil, a principios del XIX, los pintores no abordaron el paisaje de frente. Entre los que vinieron después, Sorolla es referencia y uno de sus secretos es haber mirado mucho tiempo a un lugar. Sorolla pintó su jardín cuarenta y cinco veces en tres años, demostrando cuánta luz hay en lo doméstico.

«La belleza en el mundo es todo lo que se manifiesta en sus elementos particulares, como las estrellas en el cielo, los pájaros en el aire, los peces en el agua y los hombres sobre

la tierra», escribió Guillermo de Conches. Atender a los elementos particulares, a los detalles, revela grandezas inesperadas, también en uno mismo. «Dentro de mí hay algo más precioso que yo», proclamó La Rochefoucauld, invitando a confiar en espíritus, corazones e instintos y, por lo tanto, a comportarte con elegancia, elevación y entusiasmo para estar a la altura del tesoro que contienes, que tú eres. Eso sí: es importante reconocer tu hermosura para lograr que se despliegue. Entonces, cuando tu propia luz resplandece y la contemplas, no hay vuelta atrás. Ves tu alma sublimada. Lo mejor que habita en ti. Ante una fuerza superior, solo cabe apreciar su esplendidez y comportarse dignamente. Esto implica afinar el cuidado y la elegancia.

La pregunta es: ¿cómo alcanzo a verme dentro? ¿Cómo puedo conocer a mi *alguien* más precioso? Entre los varios modos de hacerlo, proyectarte en un animal es una opción. Indagando en su carácter aparecerán interrogantes que te harán investigar hasta saber más de ti. Pon una gitana en tu vida y verás. O una ballena franca, un picozapato, un murciélago, una jirafa, un dingiso, un glotón. Una lagarta.

Y verás.

▲▼▲

A veces basta imaginar que en un lugar hay algo para volver a disfrutarlo. No hace falta mucho para cambiarlo todo. Por ejemplo, emplear una vocal distinta. Pronunciar un nombre que no esperas. Dar otro significado. Lagarta. A las mujeres que enamoran pero no corresponden al afecto como se espera de ellas se las denomina *lagartas*. Porque se escurren, se ocultan, se escapan del amor convencional. Lagartas. Porque sacuden las reglas de un juego que, a fin de cuentas, no es el suyo. Las historias de este libro reúnen a varias lagartas, aunque se llamen Luis Fernández, Selma Huxley, Perico o Marisol. Aunque se presenten como restauradoras de ballenas. Aunque tengan cuerpo de lince, bucarda o gitana. Y es que existe un lugar donde unos y otras se cruzan e intercambian nombres, géneros, flujos,

con la naturalidad de sus vidas mismas. Un lugar donde es posible ser otro más racional o salvaje. Donde es posible disfrutar la incertidumbre mientras sientes la zozobra de estar transformándote en otra cosa. Donde es posible temblar con ilusión. Todo un arte, porque los cruces dejan el aire vibrando, temblando, y eso tiende a inquietar. Cazadores que salvan linces. Ecologistas que comen carne. «Entendemos mejor el mundo cuando temblamos con él, porque el mundo está temblando en todas direcciones», dijo Édouard Glissant. Por eso Paul B. Preciado, que cambió su sexo y su nombre, reivindicó la potencia renovadora del cruce: «Allí donde el cruce es posible empieza a dibujarse el mapa de una nueva sociedad, con nuevas formas de producción y de reproducción de la vida».

Paul sacudió las reglas del juego por amor a la vida, y lo hizo con arte.

Lagarta.

Brava y fuerte como un toro.

Toros como lagartas.

«Solo el arte, el amor y la transgresión son imprescindibles, el resto no pasa de necesario.» No logro recordar a quién pertenece esta frase, pero en cualquier caso era grande. Arte, amor y transgresión para creer en las fuerzas invisibles, para no dejar de jugar, porque un secreto de la felicidad radica en hasta cuándo prolongas el juego. Si aguantas lo bastante, la vida se convierte en jugar. ¿Y quién desea otra cosa? ¿Quién no desea soñar con gitanas, soñarse una?

Zarpamos hacia la gran pared acantilada una mañana de invierno. La lancha cortaba el lago estampando viento frío contra el rostro. Navegábamos de perfil a las laderas de El Risco, un conglomerado de rocas cuarcíticas superpuestas como un hojaldre mineral. Mi amigo Álvaro Sánchez, un sabio madrileño afincado en La Siberia desde hacía veinticinco años, y su colega Paco habían organizado la incursión hasta la pared donde solía anidar una hembra

negra. Días antes, Álvaro y yo entrevimos a una gitana emboscada en el meandro de un río, pero estaba cayendo el sol y la cigüeña pescaba lejísimos, así que, al menos yo, no pude ni intuirla a través de los prismáticos. Álvaro también creyó que se había tratado de un avistamiento fantasma y, como quería intentarlo de nuevo, orquestó aquella salida.

Durante el viaje, la norma más importante era actuar con discreción. En cuanto superáramos el primer tramo de pared, debíamos aproximarnos reduciendo la velocidad al mínimo, y apagar el motor en las inmediaciones del nido. Paco ralentizó la marcha al atisbar el inicio de la gran pared. Cuando el muro nos encajonó bloqueando la vista de El Risco, el capitán bajó las revoluciones al límite. La inercia nos deslizó aún con cierta velocidad frente al águila pescadora posada en las ramas secas de un árbol con el tronco hundido en las aguas. A nuestro paso, no se inmutó.

—Es muy raro que no haya echado a volar —dijo Álvaro—. Se están acostumbrando a la presencia humana.

Comenzamos a escrutar las sombras de la pared. Álvaro señaló una zona con el dedo, sin casi estirar el brazo, sin hacer gestos bruscos. Murmuró:

—El nido está por ahí.

La lancha flotaba con el motor detenido. Alternamos el escrutinio a simple vista con los prismáticos.

—Quizá no ha llegado aún. O se ha ido a otro sitio —dijo Paco.

—Ahí está —musitó Álvaro, sonriendo tras los prismáticos.

Me costó localizar la oscuridad adecuada. Las grietas se sucedían en el muro inmenso pero, siguiendo las indicaciones de mis guías, la enfoqué.

—Hay dos —dijo Paco—. Están copulando.

Las cigüeñas se distinguían claramente una sobre la otra, aunque no tardaron en separarse. Creo que nos miraron.

—Es un día de suerte —dijo Paco.

Como para subrayar la sentencia, una gitana emergió de la cueva sobrevolando nuestras cabezas. Las alas

azabache se desplegaron destapando el vientre blanco. El escarlata del pico y las patas puntuaba el principio y el fin del ave, que se recortó perfecta contra el azul de la mañana limpia y contra la pared polícroma, donde el verde intenso de los musgos acumulados en las fisuras alternaba con el liquen amarilleante de las superficies al sol y con las rocas nacaradas y las piedras de mil grises. Los colores de tantas vidas se adueñaron del aire, donde la gitana batía las alas despacio, planeando hacia la otra orilla, trazando círculos que pretendían alejarnos del nido que protegía. La cigüeña se expuso al riesgo que nosotros entrañábamos con su elegancia natural, interpretando una muda danza de supervivencia que pronto nos persuadió para virar la proa y dejar a la pareja con su querido silencio.

Los pájaros parecen ser los animales más estéticos y, además de ostentar un sinfín de colores y crear refugios que decoran con adornos, a menudo cantan para seducir. ¿Por qué? «Es probable que la mayor parte de la abundante presencia de belleza en la naturaleza no tenga sentido y sea arbitraria», ha escrito Richard O. Prum, quien recurre a las aves de emparrado y, en concreto, a los jardines que inventan los pergoleros grandes y satinados para explicar cómo los animales también se entregan a la belleza por la belleza creando obras maestras que ninguna ciencia, claro, puede entender.

En estos tiempos de tecnología rampante donde la ciencia emerge como presunta estrella guía, la búsqueda de sentido se antoja un imperativo social. Para todo queremos respuestas, para la belleza también, de modo que incluso Darwin ha sido desplazado de algunos debates clave por haber separado la selección natural de la sexual, al sugerir que los animales, como las personas, no seducen siguiendo pautas genéticas ni matemáticas indiscutibles, sino que en ese proceso interviene una sensualidad que trasciende todo cálculo y termina emparejando a hembras con machos revestidos de plumas no tan perfectas, y cuyos cantos no

suenan tan finos o armoniosos o valientes, porque ellas y ellos conceden valor al talento y a la fuerza, sí, pero también al comedimiento, a la sutileza y a una serie de intangibles que forman parte del encanto que permite entrar en la onda íntima de la pareja a la que se pretende conquistar. La conexión sensual.

Esto vale tanto para Shakira y Antonio Banderas como para el urogallo o el argos real, uno de los animales estéticamente más extremos del planeta, dificilísimo de ver en libertad, otra belleza oculta que se distingue por su pericia jardinera y por un canto raro consistente en un gemido fuerte y melancólico de dos notas que suena *kwao-waaaaao*.

Pero a La Academia, La Administración del pensamiento, esta flexibilidad no la convence. A La Academia no le hables de encanto y maravilla. ¿Consecuencia? «En la elección de pareja, el ansia por el sentido y la razón nos ha dejado una ciencia cansada y desgastada que consistentemente fracasa a la hora de analizar la evolución de la belleza en el mundo natural.» Son palabras del mismo Richard O. Prum, quien en *La evolución de la belleza* señala nuestra incapacidad actual para asumir «la hipótesis nula». Es decir, para aceptar que hay sucesos y realidades inexplicables, ajenos a cualquier lógica o parámetro establecido. Por eso, siempre que se detecta un ser o movimiento que escapa al cálculo habitual, aparecen grupos de la presunta élite ofreciendo una explicación aparentemente sensata sobre por qué eso existe o ha ocurrido.

O. Prum lo ejemplifica con el mercado de valores, que en ocasiones sufre sacudidas de origen desconocido. ¿Por qué las acciones van de pronto a la baja? Analistas en la inopia articulan lógicas instantáneas para simular que controlan una realidad sólida. Su misión es convencerse y convencernos de que nuestra especie domina cualquier situación. ¿El motivo? Dicen que aceptar la hipótesis nula (un sinónimo de ignorancia) no vende. Que no engancha. Que nos abre al vacío preilustrado, a la posibilidad de las

viejas preguntas sin respuesta, al miedo a la incertidumbre. El desconcierto transmite debilidad, ese emblema de lo inseguro, y como no hay que asustar a la gente, nos fabrican ficciones exprés que apuntalan nuestras (novísimas) seguridades.

Pero.

Hay momentos en los que el mundo no se explica, solo pide ser sentido, y esto la gitana lo entiende muy bien. Es un animal silencioso, mucho más que su pariente blanca. Dicen que el macho crotora armando cierto escándalo al copular, aunque yo no lo oí la mañana de la gran pared. En cualquier caso, aceptemos el crotoreo: será porque celebra que está con quien quiere de la manera que desea. Y que quizá pronto haya una gitana más.

John Muir atisbó «una infinita tormenta de belleza» más allá de las ciudades y contribuyó a fundar el primer parque natural del mundo, el de Yosemite. Ortega y Gasset distinguió «la pluma como acento del hombre», preguntándose por qué un indio puso por primera vez una pluma de ave en su cabeza. El filósofo fue conquistado por la gráfica solución con la que los indígenas resumieron la fusión de las especies, emocionante de tan simple.

Ante los viejos que han vivido naturalmente me arrodillo, porque aprendieron a ahorrar. Gestos, palabras, dinero. Deseando ser sintéticos, supieron exprimir el valor de la comida y los símbolos, de modo que son más poetas que nadie. Resumen la hermosura a base de tormentas y plumas. Para ellos todo espacio cuenta, el que ocupa el sonido también.

«Si viviéramos como buitres no habría desperdicio», afirman los ancianos radicales, aunque todos lo sean un poco, y es que alguien que ha vivido el tiempo posee una serenidad afilada porque le importa menos, mucho menos, lo que opine «la sociedad».

Las circunstancias, con el cambio climático cabalgando apocalípticamente mientras una pandemia atraviesa el

mundo y la mayoría de los gobiernos continúa rindiéndose a las empresas que nos han sumido en un cúmulo de absurdas dependencias, favorecen que los que han vivido se expresen con serena contundencia. El matiz entre este grupo y otros muchos que protestan es que los serenos han amortiguado la rabia y por eso dirigen buena parte de su apuesta a visibilizar la belleza. Aun teniendo claro que con la belleza no basta.

«Cualquiera, ante ese horizonte aterrador —ha escrito Barry Lopez, entendiendo por *aterrador* los desastres básicamente medioambientales provocados por "tiranos, oligarcas y sociópatas narcisistas" nada dispuestos a cambiar inercias—, podría decidir mirar hacia otro lado, sumergirse en la belleza o apartarse del mundo en medio de distracciones electrónicas, o encerrarse en el aislamiento catatónico de la fortaleza del yo. Pero también puede elegir dar un paso, adentrarse en el vacío traicionero entre uno mismo y el mundo desconcertante, y allí dejarse sobrecoger por la vastedad, la complejidad y las posibilidades de ese mundo, aceptar sus exigencias de muerte, pero trabajar para disminuir el grado de crueldad y para ampliar el alcance de la justicia en todas partes.»

Aunque, como el propio Barry indica, la belleza no basta, él mismo reconoce su poder purificador y curativo. Y pone el ejemplo de una ceremonia navaja llamada el Camino de la Belleza en la que un curandero «cantor» va a casa de un «paciente» para cantar sobre él. El paciente es alguien a quien se considera deteriorado o en un estado de imperfección espiritual. El cantor le canta al paciente, a su vida y a sus complicados asuntos, inoculándole música como si fuera una medicina. El propósito del canto es restaurar la belleza en esa persona.

«La idea de que la belleza hace referencia a un nivel superior de coherencia que existe eternamente en el mundo, y que se puede renovar en nosotros si nos integramos con un mundo que no controlamos, me ha resultado atractiva desde que conocí esta ceremonia navaja», escribió Barry Lopez.

Un propósito que se antoja sostenible es prolongar el estado de belleza en tu interior para de ese modo afinar las percepciones y, en medio de una llanura, un lago, un horizonte, experimentar la maravilla de estar sano y sentir el roce del viento o la arena, distinguir el ronquido del depredador en la fronda, el fragor de un pétalo flotando a centímetros. La belleza te informa al detalle sobre el mundo haciéndolo memorable, brindando un instante sensacional que vas a salvaguardar.

Aunque la belleza no baste, ayuda a encontrar símbolos que sirven para alcanzar la justicia que reclama Lopez, y por eso la cigüeña negra, además de un ave tímida, es una llave para cambiar el mundo. Una llave que no descarta, más bien incluye, la lucha cuerpo a cuerpo contra La Academia, La Administración y El Capital más enquistados. Hoy, para defender árboles, plantas, cuevas, océanos, ríos, volcanes, animales..., hay que luchar.

También lo creen así Chema y José Manuel, que se rompen literalmente la espalda en pro de la magia mientras localizan águilas, encinas, tritones cuya presencia impide por ley que empresas hidroeléctricas, mineras o madereras se instalen en sus espacios silvestres. Así lo creen Marisol, Isabel Gallardo o Carmen de Mera, forestales que a menudo prefieren vivir en casas aisladas fuera del pueblo donde tienen la oficina para evitar encuentros tensos con los furtivos e ilegales a los que denuncian. Ellas conocen mejor que nadie el precio de ser cigüeña negra o lagarta, y lo pagan a diario confiando en que esas aves y reptiles duren un poco más mientras asisten a cómo el aguilucho cenizo o la codorniz salvaje se están escurriendo del paisaje igual que el sisón, antes tan presente en Extremadura y al que ahora Carmen solo ve de tanto en tanto cuando va en bici a Don Benito.

Cada vez son más quienes se mueven para defender a seres vivos no humanos a los que consideran vecinos, y por eso hay propuestas para que los incendios provocados del Amazonas sean declarados crímenes de lesa humanidad. En Nueva Zelanda lo entienden tan bien que han concedido

estatus de persona a un parque nacional, a un río y a sus afluentes, de modo que quien agreda a esos espacios será juzgado como si atacara a alguien... humano.

Alguien.

Modificar la terminología va a resultar urgente, asumiendo de entrada las dificultades que opondrá la presuntuosa especie que se autodenomina *sapiens*, como si el resto careciera de conocimiento. Así nos va.

Nunca se descubre la verdad, pero ahora que sé algo sobre ella afirmo que todos pretendemos ser alguien, y que nadie es nada solo. Sé que el poema, el nido, el canto, el guiso, el vuelo, la creación, en fin, es el espacio donde millones nos encontramos, porque crear es la forma de comunicar al universo quiénes somos y cuál es nuestro lugar. «Hablarse callando o silbando siempre es posible: el problema es entenderse», escribió Italo Calvino, viejo maestro de lo invisible que me acompañó intensamente una tarde cuando yo paseaba junto a un sinfín de racimos de huevos de rana alineados en una charca, pensando que el clinclín de las monedas no llegaba hasta allí. Muy pronto, los renacuajos se dispersarían por las lagunas y el río, apuntalando la biodiversidad de aquel espacio, constatando la grandeza de lo despreciado. Con los renacuajos, las montañas palpitarían más y durante más tiempo. El pálpito casi no hace ruido pero certifica la vida, la de la cigüeña negra también, y es que algún día no muy lejano una gitana podría desplegar sus enormes alas sobre aquellas aguas para capturar a uno de esos renacuajos ya convertido en rana.

Durante estos años he detectado que quienes reconocen que la rana y la gitana son alguien también hablan mucho de murciélagos, bucardos, lagartos, desmanes. La mayoría aprecia singularmente el papel jugado por reptiles, insectos, anfibios, no porque los prefieran a otros, sino porque sirven para ilustrar la relevancia de lo que a menudo se ve como un margen, un proletariado animal. Los habitantes del espacio oscuro.

Esos naturalistas también suelen compartir el cariño por Félix Rodríguez de la Fuente y una agilidad singular,

tanto en músculo como en neurona. Son gente que utiliza los sentidos y la lengua de un modo tan profundo que se puede antojar exótico, pero lo que los une de manera infalible es la obsesión por facilitar la vida a otros y la convicción de que la esencia de cualquier espacio no es la transparencia sino la oscuridad. Por eso casi ninguno necesita ver el fruto de su obsesión. Es cierto que hay que comprobar existencias, que su labor los obliga a buscarlas, pero esto no deja de ser un trámite. «Ya no quiero verlo, solo saber que está», dijo uno de ellos. Una frase cada vez más extraña que, sin embargo, todavía es posible oír en boca de personas que conjugan de la forma más completa los verbos decisivos: *ser* y *estar*.

Isla de Buda, 28 de agosto del 2021

Agradecimientos

Parte de este libro fue escrito en dos residencias de escritores de Liternatura. Son iniciativas nuevas orientadas a promover la alianza entre literatura y naturaleza, tienen mucho de pioneras, y por eso quiero desear larga vida a esos proyectos de

Faberllull
y la
Fundación Jan Michalski.

Y esta *Lagarta* no existiría sin la imprescindible ayuda del Ayuntamiento de El Hierro, el Consorcio de Bibliotecas de Barcelona, el Centro Nacional de Educación Ambiental, la Fundación Ortega Muñoz, la Fundación Oso Pardo, la Fundació Catalunya-La Pedrera y MónNatura Pirineus, así como de Jordi Sargatal. Y fundamental ha sido el apoyo que me han prestado muchas de las personas que aparecen en los diversos capítulos.

Lagarta
Cómo ser un animal salvaje en España
Gabi Martínez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustraciones de cubierta e interior: Francisca Pageo
© icono lagarto: MariLila/Shutterstock; guardas: Morphart Creation/Shutterstock; hojas: Pawaris Pattano09/Shutterstock; Bucardo: Joseph Wolf/dominio público; desmán: Guérin-Méneville/dominio público; ballena: D. du Monceau/dominio público; Selma Huxley: Rastrojo/CC BY 2.0; mano y murciélago: Morphart Creation/Shutterstock; urogallo: Venca Bartuska/Shutterstock; cigüeña negra y lince: andrey oleynik/Shutterstock

© Textos: Gabi Martínez, 2022
En representación del autor: Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L. © Editorial Planeta, S.A., 2022
geoPlaneta
Diagonal 662-664. 08034 Barcelona (España)
info@geoplaneta.es - www.geoplaneta.com
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero del 2022

ISBN: 978-84-08-25549-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!